LORENA GRANDE

Torres más altas han caído

Amaneceres en Boston 1

Selecta

Torres más altas han caído

Serie
Amaneceres en Boston 1

Lorena Grande

Selecta

A mis padres, a mis padrinos y a Aarón
por todo su cariño y su apoyo

Capítulo 1

Hola. Me llamo Keira Payne, tengo diecinueve años y este es mi primer año de universidad.

—¿No estás emocionada, Keira? ¡Es nuestro primer día!

La que habla es Melissa, una de mis mejores amigas. Está un poco loca, pero eso es lo que le da chispa a la amistad. Tiene la mala costumbre de meterse en problemas demasiado a menudo, pero es cariñosa y entusiasta.

—Eres una escandalosa, Melissa...

Y esta es Gal, aunque su verdadero nombre es Galene. Es la que mantiene a los chicos alejados de nosotras. Da miedo, en serio, aunque lo que ocurre es que no quiere que ningún estúpido «se meta en nuestras cabezas y nos lave el cerebro» (palabras textuales de Gal). Eso es bastante difícil, porque entre la personalidad y el pelo rosa chicle de Melissa y el cuerpo y la mirada penetrantes de Gal, los chicos caen como moscas. Yo soy la normalita, la que se sienta en la última fila de la clase y permanece en silencio todo el rato.

Conocí a Melissa y a Gal en el último año de instituto, justo cuando mis dos mejores amigas se cambiaron de colegio. Unos tipos me estaban acosando y las dos salieron a defenderme. Al parecer son primas o algo así, nunca acabo de entenderlo. Son tan diferentes que me resulta extraño que se lleven tan bien, pero bueno, dicen que los polos opuestos se atraen, ¿no? En fin... Desde entonces, las dos han cuidado de mí y se han convertido en mi mayor apoyo.

Y aquí estamos, caminando hacia nuestra nueva vida universitaria, viviendo las tres juntas en un bonito apartamento cerca de la facultad y con el futuro por

delante. Es emocionante, pero también me da miedo. ¿Y si no encajo aquí? ¿Y si vuelvo a ser el bicho raro de las clases? Sé que la universidad no es igual que el instituto, pero aun así no puedo evitar sentirme un poco... nerviosa... asustada... inquieta.

—¡Eh! —exclama Melissa, cortándome el paso y sorprendiéndome en el acto —. Alegra esa cara, *Keirita*. —Sí, le encanta llamarme así y no sé por qué—. Ya verás que todo va a ir bien.

—Si está en tu misma clase, eso es imposible —interviene Gal, tirando de mí para que siga caminando—. Eres un imán para el desastre.

Melissa hace un mohín al tiempo que apresuro el paso para mantenerme junto a mi amiga rubia.

—Jo, Gal, eres tan cruel... —Lloriquea Melissa mientras se pone a nuestra altura.

—Cruel, no. Realista.

Miro a Gal y me muerdo el labio inferior.

—Dime que estarás conmigo en alguna clase...

Gal suspira y niega con la cabeza.

—Keira, mi carrera es diferente a la tuya —repite por trillonésima vez—. Tú eres de Humanidades y yo soy de Criminología. No vamos a tener las mismas clases.

Agacho la cabeza y suspiro, resignada.

—Voy a morir... —farfullo, sintiendo cómo se me forma un nudo en la garganta.

—Ya verás que no. —Sonríe Melissa a mi lado, regalándome una de sus brillantes sonrisas—. Tú y yo seguramente coincidamos en alguna asignatura.

—Eso no me ayuda —confieso con voz temblorosa.

Gal se echa a reír por lo bajo. Nadie dice nada más mientras subimos los escalones hasta llegar al vestíbulo. Es un espacio enorme y diáfano, con las paredes pintadas de blanco pulcro, varios pasillos con diferentes puertas de metal oscuro y unas escaleras que dividen el enorme edificio en tres plantas y una azotea. Hasta ahora no me había percatado de que hemos caminado rodeadas por un magnífico campus lleno de árboles con flores blancas, jardines de flores silvestres y zonas para el descanso y el estudio. Esto es enorme. ¿Cómo puede ser tan grande una facultad? Siento que me ahogo, que me falta el aire.

Doy un paso hacia atrás, negando con la cabeza, ignorando las miradas extrañadas que me dirigen mis compañeros.

—No... No puedo hacer esto...

Y estoy por echar a correr, pero Gal me agarra del brazo y me obliga a seguirla a través del pasillo central, que no tiene ninguna puerta salvo la del final. Todos nos dirigimos hacia allí y llegamos a un gigantesco foro con filas y filas de asientos y un gran escenario pegado a la pared de enfrente. Parte de este queda oculto tras unas cortinas de color rojo oscuro y un frontal del mismo color con el escudo de la Universidad de Boston bordado en él con hilos rojos. En el centro del escenario hay un pequeño atril de madera clara y, tras él, una mesa alargada, a la cual están sentados varios profesores y un par de alumnos.

Trago saliva con fuerza y sigo a Gal y a Melissa hasta unos asientos en la quinta o sexta fila. Nada más sentarme, miro hacia atrás y veo que el resto del salón de actos está ocupado.

—Parece que nadie quiere sentarse en primera fila —comento mientras me pongo derecha en mi asiento y observo a la gente discutiendo por quién se pone más adelante o más atrás.

—No me extraña —responde Gal a mi izquierda—. He oído que los profesores de la universidad estudian a los que se sientan en las primeras filas. Si alguno cae en su clase, está perdido.

Me hundo un poco en mi sillón. «Que no me mire nadie, que no me mire nadie, que no me mire nadie...».

Como si lo hubiera invocado, uno de los alumnos gira la cabeza y posa sus ojos azules en mí. Siento que me quedo sin aire y lucho por llenar mis pulmones de oxígeno. Todo lo que había oído hasta ahora acerca de la universidad eran cosas malas. ¡Nadie me había dicho que había semejantes dioses allí! Me reprendo a mí misma nada más pensar aquello y desvío la mirada, rompiendo así el contacto visual. Aunque no dejo de sentirme observada, todo sea dicho. Apenas han sido unos segundos, pero ha sido el tiempo suficiente para darme cuenta de que esos ojos son los más azules que he visto en mi vida, que tiene el pelo de un extraño color negro azulado y que el rictus de su rostro era de auténtica diversión, con una media sonrisa que le daba ese aire de chico malo de instituto.

Un par de golpes en el micrófono del atril hacen que se desvanezcan mis pensamientos y me centre en la persona que va a hablar, un hombre alto, con el pelo negro y los ojos ocultos tras unas gafas metalizadas. Este carraspea y nos mira a todos.

—Ese es el rector de la universidad —susurra Melissa en mi oreja segundos antes de que hable el hombre.

—Buenos días, alumnos de nuevo ingreso —comienza a decir el rector con decisión, sin dejar de observarnos—. Es para mí un gran placer daros la bienvenida a nuestra universidad. Vuestro periodo aquí quedará marcado por

vuestros logros y vuestros errores. Tened en cuenta que hacer una carrera no es como estudiar el día de antes para el examen final del instituto. —Hace una pequeña pausa para que sus palabras calen en nosotros; al menos, calan en mí—. Las reglas son estrictas. No se permite el plagio. No se toleran las peleas, los insultos ni cualquier tipo de violencia, sea física o verbal. Copiar en los exámenes estará castigado en proporción al método usado para copiar. Absteneos de formar ningún lío, pues todo lo malo que hagáis quedará reflejado en vuestro expediente, al igual que lo bueno.

»Os aconsejo, igualmente, que lleguéis puntuales a clase. Los profesores de la universidad no son nada permisivos con ese tipo de faltas. No obstante, están a vuestra disposición si tenéis algún problema. Podéis contar con todos nosotros, incluido un servidor. No dudéis en utilizar correctamente todas nuestras instalaciones. El horario de la cafetería es de ocho de la mañana a siete de la tarde. La biblioteca permanecerá abierta desde las siete y media de la mañana a las diez de la noche, salvo en periodo de exámenes, que no cerrará a ninguna hora.

La voz del rector se me mete dentro de la cabeza y me embota los sentidos de tal manera que apaga mi raciocinio y me hace buscar al alumno que me ha sonreído, ese al que yo he comparado estúpidamente con un dios pagano de la lujuria. Ahí está, con los ojos fijos en el rector. A su lado, el hombre parece un viejo estirado que no sabe divertirse. Me siento inclinada a devolverle la sonrisa anterior, pero consigo controlarme a tiempo.

Antes de que pueda darme cuenta, el rector deja de hablar y todos aplaudimos a modo de cortesía. Es entonces cuando el alumno al que yo no dejo de mirar se levanta de su asiento y, tras inclinar la cabeza levemente hacia el rector, rodea la mesa y se dispone tras el atril sin dudar ni un momento. Veo que inspira con fuerza y eso me hace imitarlo inconscientemente. Trago saliva. Va a hablar...

—Buenas —saluda con voz potente—. Mi nombre es Elian. Soy alumno de segundo año de Humanidades, aunque no lo parezca. —La gente ríe un poco; ¿eh?—. Lo que ha dicho el señor rector es cierto. No vengáis borrachos a clase, os arrepentiréis toda la vida. Os lo aseguro. —Nuevas risas; noto que Gal bufa a mi lado y que Melissa aplaude por lo bajo—. Aun así, no voy a repetir lo que ya os ha dicho el señor rector. Solo vengo a deciros que disfrutéis de esta etapa, que os unáis a cien clubes y luego os salgáis de noventa y nueve. Que os hartéis de comer y de beber hasta vomitar. Que estudiéis el día de antes si queréis aprobar por los pelos. Pero, sobre todo, que recordéis estos años como los mejores de vuestra vida porque, después de todo esto, nos convertiremos en jóvenes

graduados en paro buscando un apartamento barato para salir de casa de nuestros padres (los que no hayáis salido todavía). —Y más risas—. Bienvenidos al mundo universitario, novatos. Nos vemos en clase. —Hace un extraño gesto con dos dedos de la mano derecha y deja solo el atril en medio del escenario.

Todos aplaudimos, unos con más entusiasmo que otros, y nos levantamos de nuestros asientos al ver que los profesores hacen lo propio. Me fijo en que Elian habla animadamente con su compañero, un chico que parece mucho más formal que él, con el pelo castaño y unos ojos verdes rodeados por unas gafas cuadradas de pasta fina negra. El chico le devuelve la sonrisa, pero se contiene más que él. Noto entonces que alguien me empuja por la espalda y miro hacia atrás. Veo a Gal metiéndome prisa.

—Venga, mujer, ¿a qué estás esperando?

—Uy, lo siento —mascullo mientras salgo con rapidez de la fila de asientos y localizo a Melissa ya en la salida del salón de actos.

Como es el día de presentación y no hay clase, Gal, Melissa y yo decidimos irnos a comer por ahí antes de regresar al apartamento para prepararnos para el día siguiente. En cuanto mis pies tocan la calle, fuera del campus, me siento liberada. He superado el día de presentación sin ningún tipo de contratiempo. Las miraditas entre Elian y yo se han quedado en mi memoria como mera anécdota. Está en la misma carrera que yo, pero eso no significa nada. Va un curso por delante de mí, así que no tendré que enfrentarme a sus medias sonrisas, sus ojazos azul eléctrico y su pose de chico malo.

No, mis cuatro años de carrera transcurrirán tranquila y pacíficamente.

Capítulo 2

Después de haber sobrevivido al día de presentación, Melissa, Gal y yo nos fuimos a comer. Llegamos pronto a casa, por lo que decidí meterme en la cocina y experimentar un poco. Me di cuenta de que no teníamos muchas cosas para alimentarnos (todavía estamos en esa fase en la que no hemos desempaquetado la mitad de las cosas), así que, aquí estoy, camino del supermercado con una lista en la mano de cosas por comprar. Veo que Melissa se ha encargado de añadir por su cuenta unos cuantos paquetes y salsas especiales. Suspiro. Espero que toda esta comida sea suficiente para pasar bien la semana. Aunque haya días que tengamos que quedarnos en la universidad a almorzar, estoy segura de que Melissa regresará a casa con apetito; esa chica come más que un cachorrito.

La temperatura del día ha descendido, el sol ya está casi oculto y apenas se puede ver reflejado en los altos edificios de oficinas que rodean el campus de la universidad y nuestro apartamento. Me paro en un semáforo a la espera de que el muñequito se ponga en verde. Aunque ya es un poco tarde, aún hay gente en la calle y bastante tráfico. Vuelvo a mirar la lista. A mi lado, alguien sigue caminando hacia adelante, ignorando el muñequito rojo y los coches que van y vienen a toda velocidad. Como movida por un resorte, corro tras él y le doy un empujón, justo en el momento en que un camión pega un frenazo y queda a pocos milímetros de mí. Por culpa del impulso, caigo al asfalto. Enseguida, todo lo que oigo es un revuelo de gritos y pitidos. Miro a los lados, atolondrada, y pego un grito al encontrarme el morro del camión frente a mi cara. El conductor no deja de proferir insultos, pero yo soy incapaz de responderle.

—¿Se puede saber qué haces? —Escucho una voz junto a mi oreja derecha.

Me vuelvo a cámara lenta y me encuentro con unos ojos azules impactantes. Me lleva unos segundos darme cuenta de a quién acabo de salvarle la vida.

—¿Estás bien? —sigue preguntando Elian mientras me coge por los brazos y me ayuda a levantarme.

Apoyo los pies en el suelo e intento mantenerme en pie por mí misma.

—Sí... Sí, estoy bien —respondo, aturdida—. Lo siento, es que...

Elian niega con la cabeza y resopla, empujándome hacia el lado de la acerca desde el que he saltado. Al momento, la gente se dispersa para dejarnos espacio y el tráfico vuelve a su ritmo normal.

—¿Estás segura de que estás bien? —insiste Elian, mirándome de arriba abajo con ojo crítico.

Asiento con la cabeza y miro al cielo, ya oscurecido. Se me han quitado las ganas de ir a comprar. Respiro hondo y vuelvo mis ojos de nuevo a Elian, ahora cabreada.

—¿Es que no miras por dónde vas? —estallo, enojada.

Elian da un paso hacia atrás con los ojos muy abiertos, sorprendido.

—¿Qué?

—El semáforo estaba en rojo, idiota —lo regaño, señalándole el muñequito que ahora está en verde; a buenas horas...—. Podrían haberte atropellado.

Elian se queda unos segundos en silencio antes de echarse a reír. En mi cara. ¡Se está descojonando en mi cara! Me cruzo de brazos ante él y alzo la barbilla.

—No le veo la gracia.

—Pues yo sí —dice entre risas sin dejar de mirarme; hasta que se da cuenta de que estoy por cruzarle la cara con un bofetón, solo entonces deja de reír y me mira fijamente, aunque no puede evitar que se le escape una sonrisilla—. Lo siento, ¿vale? No iba a pasarme nada. Ya había visto el camión.

—¿Y qué hay de los coches que venían por el otro lado?

—No había ninguno que viniera por ese lado —repone, algo más calmado, regalándome esa sonrisa que me pone los pelos de punta—. Gracias por preocuparte por mí. Tú eres la chica de la presentación, ¿verdad? La que no dejaba de mirarme hoy.

Abro la boca y los ojos al máximo, sintiendo que me voy sonrojando por momentos. Trago saliva mientras niego con la cabeza.

—¿Qué? No, no, no. Te estás confundiendo. No era yo la que te miraba; tú eras el que me miraba a mí. —Le pongo un dedo sobre su pecho, aunque me arrepiento enseguida al sentir la dureza de su cuerpo junto a mi mano.

Elian avanza un paso hacia mí y se me queda mirando desde su altura,

claramente divertido por la situación, al contrario que yo.

—Sí —admite, socarrón—, no he dejado de mirarte desde que te vi entrar en el salón de actos.

Frunzo el ceño.

—No sé si te estás riendo de mí o no —admito, nerviosa.

Elian se encoge de hombros y me coge el dedo con el que lo señalo. Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí hacia él. Estoy tan anonadada por todo lo que está pasando que no sé bien qué hacer al respecto.

—Eso —dice muy cerca de mí en voz baja— tendrás que averiguarlo por ti misma.

Me quedo mirándolo a los ojos, embriagada por su aroma. ¿Cómo puede oler tan bien? Eso debería estar prohibido. Es más, seguro que es ilegal. Veo que Elian amplía su sonrisa mientras junta más su rostro al mío. Notarlo tan cerca hace que se produzca un chasquido en mi cabeza y me haga reaccionar. Con la mano libre, le doy un empujón para apartarlo de mí y me deshago de su agarre de un tirón.

—Eres un maleducado, un pretencioso y me debes un favor.

Elian ríe de nuevo, para nada ofendido con mi actitud.

—¿Un favor? ¿Por qué?

—Te he salvado la vida, ¿recuerdas? Además —tanteo los bolsillos del pantalón y me doy cuenta de que he perdido la lista de la compra—, has conseguido que mi lista de la compra se volatilice. ¡Puf! Ya no existe. Me vas a hacer volver a casa y regresar al supermercado otro día.

—Bueno, así te das un paseo. —Me mira las caderas sin ningún tipo de contemplación—. Te haría bien andar un poco más.

Ahogo un grito y le doy un fuerte puñetazo en el hombro; aunque lo de fuerte será por mi parte, no por la suya. Apenas se inmuta.

—Imbécil —escupo, mientras me doy la vuelta.

Escucho su risa a mis espaldas y oigo su voz llamándome, pero yo ya he enfilado la calle de vuelta al apartamento. Engreído...

Cuando abro la puerta del piso, Melissa me atosiga a preguntas tipo «¿y mi comida?» o «¿qué vamos a cenar?». Cuando le digo a ella y a Gal lo que me ha pasado, ambas me preguntan cómo estoy y deciden, sin votación ni nada, pedir una pizza esa noche. Mejor, así no quemo la cocina mientras no dejo de darle vueltas a Elian, su sonrisa y su olor almizclado.

***

Es el segundo día (el primero de clases) y estoy más aterrorizada que ayer. Después de lo que ocurrió en el semáforo, tengo miedo de encontrarme con Elian. Sé que es irremediable que lo vea algún día, pero si pasa más tiempo para que me olvide de todo aquello, mejor.

Por desgracia, veo que mis plegarias no han sido escuchadas porque, nada más entrar en el aula de la primera clase, ¡zas! Ahí está, hablando con una chica con el pelo corto y negro y unos ojos tan oscuros como su cabello. Su piel es blanca como la porcelana, lo que hace que el contraste con sus labios rojos sea instantáneo. Veo que ella sonríe y lo agarra del brazo. Elian se deja, pero tampoco hace nada por devolverle el gesto. Como si supiera que estaba pendiente de él, gira la cabeza hacia mí y posa sus ojos en los míos. Al momento, amplía su sonrisa y solo entonces le devuelve el abrazo a esa chica de pelo oscuro. Frunzo el ceño y rompo el contacto visual. No pienso permitir que me amargue la existencia en la facultad. No, señor.

Veo que hay un sitio libre en la penúltima fila, junto a un chico rubio, y ando hacia allí. Al llegar a su altura, carraspeo un poco y sonrío.

—Hola —saludo a mi compañero.

Él alza la vista y me encuentro con unos ojazos castaños que me miran con asombro.

—Hola —responde, echándose hacia atrás en su asiento.

Señalo con un dedo la silla que hay a su izquierda.

—¿Está ocupado ese sitio? —pregunto con timidez.

El chico mira la silla a su lado y niega al instante con la cabeza.

—No, no. Para nada. Está libre.

Suspiro, aliviada.

—Uf, menos mal. —Lo rodeo por detrás y me siento junto a él—. Ya creía que tendría que buscarme la vida y sentarme en la primera fila.

El chico sonríe un poco.

—Nadie quiere ser el centro de atención el primer día, ¿verdad?

—No —coincido, contenta de poder entablar conversación sin problemas con alguien de mi misma carrera—. No me he presentado. Me llamo Keira, Keira Payne.

—Yo soy Jonathan Crowell.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Crowell?

Jonathan asiente, sonrojándose un poco y llevándose una mano a la nuca para rascarse.

—Sí, ya... No es muy común.

—Pero sí bonito —digo rápidamente para que no sienta que me burlo de él.

Jonathan me sonríe.

—Gracias.

Voy a responderle cuando una voz se superpone a la mía y me hace querer fundirme con la madera de la mesa.

—Vaya, Keira, qué pronto desechas nuestro amor.

Aprieto los dientes y cierro los ojos, temblando de rabia. Al abrirlos de nuevo, veo que Jonathan se ha quedado blanco y nos mira a Elian y a mí, alternativamente.

—¿Amor? —Escucho que dice por lo bajo.

—Ignóralo. Yo lo hago —respondo, omitiendo por completo a Elian a mi lado, que está apoyado con una mano sobre la mesa.

—Sabes que eso es imposible, Keira.

Me giro en redondo hacia él y clavo mi mirada amenazante en su rostro. Maldita sea. ¿Por qué tiene que tener esos ojos tan hipnotizantes?

—¿Y tú desde cuándo sabes cómo me llamo? —inquiero, molesta.

—Te he oído decírselo. —Señala a Jonathan.

—¿Sabías que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

—¿Y tú que dejar a las personas con la palabra en la boca también lo es? —pregunta a su vez.

Gruño y aprieto los puños por debajo de la mesa. Parece que Elian se da cuenta, porque se echa a reír en voz baja. Sin embargo, se aleja un poco y le hace una señal a Jonathan con una mano, la misma que le vi hacer ayer en el salón de actos.

—Nos vemos, Crowell.

Veo cómo Elian se aleja ante la mirada perpleja de Jonathan que, en cuanto se da cuenta de que está lejos de nosotros, se gira hacia mí con los ojos completamente abiertos.

—¿Conoces a Elian?

Suspiro, resignada.

—No puede decirse que lo conozca... —Veo que Jonathan no se queda contento con la respuesta, porque alza las dos cejas, insistente; qué confianza se ha cogido el chico—. Preferiría no hacerlo.

El resto del día pasa sin ningún incidente. Jonathan se viene a comer conmigo a la cafetería y allí nos encontramos con Melissa. Mi amiga espachurra a Jonathan en cuanto se lo presento y este intenta por todos los medios respirar y

no fundirse en medio de tanto bochorno. Gal tiene clase a esa hora, así que nos pasamos todo el almuerzo conversando acerca de todo un poco.

Al acabar el día, estoy molida y con ganas de asesinar a Elian. Eso sí que es reseñable.

Capítulo 3

El resto de la semana pasa sin que tenga que echarle las dos manos al cuello a Elian. Me he dado cuenta de qué, a pesar de estar en segundo curso, tiene las mismas asignaturas optativas que yo. Quizá se puedan escoger indiferentemente al curso al que asistas. Por suerte, tengo a Jonathan en todas mis clases y eso ayuda a que no me sienta tan apartada del mundo. Aquí parece que todos se conocen, como si hubiesen elegido la carrera por grupos. Se nota bastante que yo no soy de ese tipo de persona.

Sin embargo, noto como si no estuviera viviendo el comienzo de esta nueva etapa con toda la intensidad que me gustaría. Gal y Melissa no dejan de insistirme para que salga de fiesta el sábado por la noche con unos cuantos de cursos superiores. Claro, como ellas son populares y no tienen problemas de autoestima, pues... De hecho, ahora mismo, mientras hago la cena, ellas dos se están arreglando en el salón, tirando ropa encima de la mesa a medio poner y de las sillas. Resoplo, disgustada, y me doy la vuelta para encararlas.

—Por favor, chicas, ¿os cuesta mucho no poner todo eso —señalo la pila de ropa— en la mesa? La cena ya casi está.

Melissa me regala una sonrisa inocente y se acerca a mí dando saltitos. Se asoma por uno de mis costados a lo que estoy cocinando y cierra los ojos.

—Uhm... ¡Huele de maravilla, Keira, como siempre! —exclama, dándome un apretujón que hace que suelte el mango de la sartén como si me quemara.

—¡Mel! —la regaño, quitándomela de encima como puedo a base de codazos suaves—. Vas a hacer que se me queme todo.

—Eso es imposible, Keirita. —Se pone a mi lado, un poco más calmada, y trata de captar completamente mi atención.

Alzo una ceja, divertida en parte.

—De esa forma pareces una muñeca doblada . —Señalo su postura con los ojos.

—Olvídate de eso. ¿Por qué no dejas a un lado la cara de enciclopedia, te arreglas cuando cenemos y sales con nosotras? No vamos a dejar que te pase nada.

La miro con cara de circunstancias.

—No prometas cosas que no sabes si podrás cumplir, Chica Desastre —interviene Gal, asomando la cabeza en la cocina—. Ayúdame a recoger todo esto, anda.

Melissa hace pucheros, pero finalmente camina de nuevo hacia el comedor y limpia todo lo que ha montado en un momento con Gal. Confío en que mis amigas estén ocupadas el tiempo suficiente y empiezo a servir la cena en varios platos. Pocos minutos después, ambas me ayudan a llevarlo todo a la mesa.

—¡Que aproveche! —decimos todas a la vez.

La cena transcurre con más intentos por parte de Melissa de llevarme de fiesta. Gal ya ni lo intenta, sabe que no va a conseguir nada. Aunque lo cierto es que me muero de ganas por saber cómo es un festejo universitario. Siempre dicen que ese tipo de reuniones son legendarias y que nunca dejan de contar historias sobre ellas. Me apena pensar que yo no podré decir nada sobre eso, porque no voy a ir. A ver, yo allí no encajo. Soy una chica de estatura media, delgada, con el pelo castaño liso y los ojos demasiado expresivos. Soy del montón, no como Melissa, con su pelo rosa y sus brillantes ojos; o Gal, con ese pelo rubio y esa mirada arrebatadora. No, no y no. Las fiestas son para gente con caché; y yo, por suerte o por desgracia, no lo tengo.

De esta manera, desecho por completo la absurda idea de ir que se me ha pasado por la cabeza hace unos minutos y sigo comiendo, denegando la proposición de Melissa una y otra y otra vez. Hasta que, por fin, llegan las diez de la noche y las dos se despiden de mí, cerrando la puerta del apartamento a sus espaldas.

Bien. Ya estoy sola, por fin. Un poco de tranquilidad. Podré ponerme a leer un libro (cosa que no puedo hacer con Melissa en el apartamento), podré ver alguna peli romántica (de esas que Gal no soporta y quiere tirar por la ventana para que se la coman los gatos), me haré unas cuantas palomitas y me tiraré en el sofá delante de la tele. Una noche tranquila para celebrar que he sobrevivido a la primera semana de universidad...

Mi móvil empieza a vibrar sobre la mesa, asustándome. Pego un brinco en el sofá y miro la tele. La peli ya se ha acabado. ¿Cuándo me he quedado dormida? El móvil sigue vibrando y me acerco a la mesa para cogerlo, no sin antes ver la hora y quién me está llamando. Las doce. Gal. Yupi.

Frunzo el ceño y cojo la llamada.

—¿Gal? —pregunto con voz somnolienta.

—Hola, ¿eres Keira? —Oigo una voz que para nada es la de Gal y mucho menos la de Melissa.

Me aclaro la garganta y me pongo recta, totalmente despierta.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Gal? —exijo saber, intentando aparentar seguridad y amenaza.

—Soy Elian.

¿¡QUÉ!?

Carraspeo de nuevo.

—¿Elian? —repito—. ¿Qué haces tú con el móvil de Gal?

Oigo mucho jaleo al otro lado del teléfono antes de que Elian me responda.

—Ella no... —Oigo cómo un vaso cae al suelo y empiezo a ponerme nerviosa —. Ella no se encuentra bien.

—¿Que no se encuentra bien? ¿Dónde está Melissa?

—Anda algo... ocupada.

—¿Ocupada con quién?

—Con un tío de tercero.

—¿¡De tercero!? —Abro los ojos al máximo y rodeo la mesa en dirección a mi habitación—. ¿Dónde estáis?

Apenas soy consciente de que estoy escuchando las indicaciones de Elian mientras me visto a toda prisa y cojo las llaves antes de salir de mi apartamento como alma que lleva el diablo. Al llegar a la planta baja, me despido de él y cuelgo. Nada más salir, una brisa fresca hace que se me ponga la piel de gallina. Ignoro el frío y tuerzo a la izquierda camino del local donde se ha organizado la fiesta mientras maldigo por lo bajo. No obstante, estoy bastante preocupada. Gal no ha bebido nunca y temo que sea el alcohol lo que la haya tumbado. Además, no pienso pasar por alto el hecho de que haya sido Elian y no cualquier otra persona quien haya marcado precisamente mi número. Son demasiadas coincidencias y estoy segura de que, hasta que no tenga a mi amiga y a Señor Popular frente a frente, no obtendré las respuestas que quiero.

Estoy tan metida en mi cabeza pensando lo que voy a decirle a cada uno que, cuando me quiero dar cuenta, me he perdido. Sí, señor, me he perdido. Estoy en

medio de una calle poco transitada con escasa iluminación, el sitio típico y perfecto para un robo o una violación. Sacudo la cabeza. Está claro que la peli *El coleccionista de huesos* me ha trastocado.

Miro a ambos lados y no veo a nadie a quien preguntar. Intento averiguar dónde estoy por las pocas tiendas y restaurantes que hay cerca, pero eso solo hace que me desoriente más. Así pues, solo tengo una solución. Saco el móvil de un bolsillo de los pantalones y llamo al de Gal. Si Elian es inteligente (cosa que dudo bastante), seguirá teniendo el aparato de mi amiga y me cogerá la llamada.

Un toque. Dos toques. Tres toques. Al cuarto toque estoy por colgar.

—¿Keira? —Escucho la voz de Elian al otro lado de la línea, ya sin tanto ruido de fondo.

—Me he perdido —digo simplemente, cerrando los ojos con fuerza, casi viendo cómo debe de estar riéndose de mí.

Sin embargo, solo oigo un suspiro.

—Vale. Dime qué ves.

Abro los ojos y parpadeo, sorprendida. Me giro de inmediato y empiezo a describirle la calle donde estoy.

—Estás cerca. Quédate ahí, voy a buscarte.

—Pero mi amiga...

—Gal está con un colega mío. No te preocupes por ella. Dame cinco minutos.

Y me cuelga. ¡Y me cuelga! Pues nada, a esperar se ha dicho. Me apoyo en una pared y suspiro, cansada. Y yo que quería una noche de relajación para mí sola...

Es entonces cuando lo noto. Un par de ojos mirándome desde la otra acera de la calle. Unos ojos oscuros, medio ocultos por una mata de pelo rubio platino que enmarca un rostro afilado, amenazante. Siento que mi corazón empieza a bombear la sangre con mayor rapidez. Me enderezo en mi sitio y miro a ambos lados de la calle en busca de una figura con el pelo negro y los ojos azul eléctrico. No hay nadie, nadie salvo ese hombre y yo. Intento parecer desinteresada, como si pudiera echar a correr en cualquier momento o pudiera defenderme sin ningún tipo de problema.

Sin embargo, veo que eso no funciona. Debe de haber leído en mi cara que estoy indefensa, sola y asustada en medio de una calle que no sé ni dónde está ubicada en el mapa. En definitiva, un cervatillo disperso. Sonríe y empieza a cruzar la calle en mi dirección. Viene a por mí, eso está claro, y no sé si mis piernas tendrán suficiente fuerza para asestarle una patada en la entrepierna antes de que me toque.

Termina de cruzar la calle y da un par de zancadas antes de situarse frente a

mí, con esa sonrisa ladina que me pone los pelos de punta.

—Buenas noches, preciosa —saluda con voz grave; el aliento le huele a ron —. ¿Esperas a alguien?

Ladeo la cabeza, como si el mero hecho de no mirarlo me hiciera desaparecer de su vista. Por supuesto, no es así. Apoya una mano en la pared, junto a mi cara, cortándome el paso por la derecha. Me muerdo el labio inferior, nerviosa.

—No te asustes, preciosa —ronronea él, cogiéndome la barbilla con la mano que le queda libre y acercando su cuerpo al mío.

Contengo la respiración cuanto puedo para no inhalar su pestilente hedor.

—Te aseguro que me portaré muy bien, ¿de acuerdo? —susurra, aproximando su boca a la mía.

Intento apartarme, pero me tiene cogida la cara con demasiada fuerza. Frunzo los labios y cierro los ojos con fuerza. No quiero ver esto. No quiero ver cómo se aprovecha de mí sin yo haberle hecho nada. No quiero...

Pero su boca nunca llega a tocar la mía. Al darme cuenta de que ya corre el aire de nuevo por mi cuerpo, que ya nadie me agarra la cara con violencia y que mi costado derecho está libre, abro los ojos y me permito respirar hondo, aliviada. Consigo ver la figura del tipo tirada en el suelo, retorciéndose de dolor con las piernas encogidas a la altura del estómago y, frente a mí, con los puños fuertemente cerrados, está Elian. Lo mira como si fuese un bicho asqueroso y quisiera coger un buen ángulo para aplastarlo.

—Elian... —susurro sin darme cuenta.

Sus ojos vuelan hacia mí. Nunca imaginé que me sentiría a salvo al ver esa mirada. Trago saliva y me atrevo a apartarme de la pared. Alzo una mano y le toco el brazo con timidez.

—Estoy bien —le aseguro, aunque me siento al borde de un colapso nervioso.

Elian desvía la vista un segundo de mí y la vuelve hacia el violador. Se acerca a él, se agacha y le da un último puñetazo en la quijada antes de alzarse y andar hacia mí. Me coge de la mano casi sin mirarme y me lleva prácticamente a rastras calle abajo. Hasta que no estamos varios metros lejos de él, Elian no decide parar. Veo que su pecho sube y baja a toda prisa bajo la camisa negra que lleva puesta. La tela se estira y se encoge por debajo de los vaqueros, ceñidos a su cintura con un cinturón de piel negra.

Levanto la mirada antes de que empiece a babear inconscientemente y veo que sigue mirando al suelo. Me pongo frente a él sin soltarme de su mano y respiro hondo.

—Elian —lo llamo.

Automáticamente, él alza la cabeza y me mira con los ojos abiertos al

máximo, como si lo hubiera sorprendido en medio de una travesura o algo así. Es una mirada extraña. No sé bien cómo describirla. Tan vulnerable y peligrosa al mismo tiempo...

—Keira —dice mi nombre con tal dulzura que siento que los huesos se me derriten.

Es una estupidez, sí, pero se me derriten.

—¿Estás bien? —pregunta, recuperándose del shock; me mira con algo más de calma—. ¿Te ha hecho daño?

Niego con la cabeza y le sonrío un poco.

—No le ha dado tiempo. Gracias.

—Volvería para matarlo si realmente te ha...

—No me ha hecho nada —me apresuro a decir—. Sigo entera, ¿ves?

Elian me echa una ojeada y asiente.

—Sí, lo veo —responde con un tono de voz extraño.

Suspiro y trato de liberarme de su mano, pero él no me deja. Lo obvio para no darle vueltas a la cabeza al hecho de que no quiere soltarme y trago saliva.

—Bueno... ¿Dónde están Gal y Melissa?

Elian se queda observándome unos segundos antes de sacudir la cabeza y tirar de mí de nuevo hacia adelante. Giramos a la derecha y me encuentro en un callejón cuya única puerta es la de un local del que sale un sonido demasiado estridente para mi gusto. La música está muy alta. Hay gente en la puerta bebiendo, fumando y charlando. Me estudian y me miran cuando entro de la mano de Elian. Me observo a mí misma y lo entiendo: llevo unos pantalones de chándal y una camiseta de hacer deporte; no voy vestida para una fiesta.

Elian me guía a través de la gente, pegado a la pared, y me lleva a un pasillo en penumbra que da a los baños de chicas y de chicos. Gal está apoyada en una esquina y, a su lado, hay un chico con gafas inclinado sobre ella, hablándole. Elian tira de mí y me pone a su altura para poder pegar su boca a mi oído.

—Mike le da conversación para que no se duerma —me explica por encima de la música.

Yo asiento y me alejo de él antes de que note que me ha puesto nerviosa con el roce. Andamos hasta llegar a su altura y yo me agacho para encarar a Gal. Solo entonces, Elian accede a soltarme la mano.

—¡Gal! —grito por encima de la música para hacerme oír—. ¡Gal!

Mi amiga levanta la cabeza y me muestra su faceta ebria. Está al borde de un coma etílico. Trago saliva y le cojo las manos.

—Hi... —se interrumpe antes de seguir tras un hipido—, Keira. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—He venido a llevarte a casa —le explico, tirando un poco de ella para intentar ponerla de pie.

—¿A casa? —Asiento—. Yo no quiero irme a casa. —Segundo hipido en menos de treinta segundos—. Me lo estoy pasando del carajo aquí.

Suspiro y le pido ayuda al chico (Mike, lo ha llamado Elian) con la mirada. Él asiente, se pone bien las gafas y la coge por debajo de los brazos para ponerla de pie. Elian, a mi espalda, ayuda a Mike a sostenerla.

—Es hora de irse, Gal —repito pacientemente.

—¿Y Melissa? ¿A ella no la obligas a irse?

Ay, Dios... Miro a Elian, desesperada.

—Ella ya va camino de casa —dice Elian con toda la tranquilidad del mundo.

—¿En...? —Hipido—. ¿En serio?

—Sí —intervengo, tratando de quitarle a Elian el marrón de encima—. Sí. Ya habrá llegado a casa. Yo he venido a por ti.

Ella ríe un poco y se lleva la mano a la boca con el cuarto hipido.

—Vale... —Mira a Mike y le pone un dedo en los labios—. Tú y yo seguiremos esta conversación otro día, ¿de acuerdo?

—Sí —dice el chico simplemente.

Le dirijo una mirada de agradecimiento, y entre él, Elian y yo conseguimos llevar a Gal a la salida. La sacamos a la calle, y en cuanto el aire fresco le da en la cara, nos quita de en medio y se inclina hacia adelante para echar todo lo que ha bebido. Me aparto de un salto, sorprendida y asqueada, pero veo cómo Mike la sujeta por la frente y Elian le quita el pelo de la cara para que no se lo manche. Observo cómo la ayudan hasta que Gal se siente mejor y deja de vomitar. Solo entonces, se vuelve hacia mí y me mira con los ojos de corderito degollado. Parece que la vomitona le ha devuelto algo del sentido común.

—Lo siento, Keira...

Alzo una mano antes de que siga. Ahora mismo, solo quiero llevármela a casa y dormir hasta que me olvide del episodio nocturno. Miro a Elian.

—¿Te importaría...?

—Melissa no irá a casa hoy —me asegura él con una media sonrisa—. Te prometo que volverá antes de que termines el almuerzo.

Alzo una ceja, suspicaz.

—¿Qué? —me reta—. ¿Todavía no te fías de mí?

Vale. Ya ha vuelto su faceta de superguay.

—Está claro que la amabilidad solo te dura unos pocos minutos —espeto.

Cojo a Gal como puedo y cargo con ella hasta la esquina bajo la atenta mirada de Mike y Elian.

—¿No quieres que te ayude? —Escucho que dice Elian, riéndose.

Paso de girarme, eso solo lo divertirá más. Arrastro a Gal fuera del callejón y giro a la izquierda para salir a la avenida. Empiezo a andar a pasos lentos. Gal se duerme y se despierta encima de mí, lo que hace que el camino se me haga más y más largo. Llego a la esquina donde Elian me salvó y veo que el violador ya se ha ido. Hay unas gotas de sangre en el suelo pero, por lo demás, no hay ni rastro de la «pelea». Me pongo a recordar el camino que he hecho y, tras más de media hora vagando con Gal sobre mi espalda, consigo llegar al apartamento. Saco las llaves con esfuerzo e introduzco la correcta en la primera cerradura. Abro y meto a Gal dentro del bloque de pisos. Me giro sobre mí misma y veo dos destellos al fondo de la calle, mirando hacia aquí.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es que el violador me ha esperado y me ha seguido. Sin embargo, la luz de la farola que hay junto al observador le arranca un destello eléctrico a la mirada. Sacudo la cabeza y me meto en el bloque. No voy a pensar que era Elian quien nos observaba, porque es demasiado irreal. Bastante con que me ha ayudado antes y me ha llamado para que fuera a recoger a Gal.

Tiro entonces de mi amiga hacia arriba y la subo en el ascensor. Llegamos a nuestra planta y la arrastro hasta nuestra puerta. La abro y, nada más entrar, me dejo caer en el suelo enmoquetado, agotada. Apenas soy consciente de llevar a Gal a la ducha, enjuagarla un poco, vestirla y acostarla en la cama. Arrastro los pies hasta mi habitación y, una vez allí, le doy la bienvenida a mi cama como nunca antes se la había dado.

Capítulo 4

—¡Keira! ¡Vamoooos, despiertaaa!

Me remuevo en mi cama y frunzo el ceño. ¿Quién está chillándome ahora?

—¡KEIRA!

El grito me hace pegar un salto y abrir los ojos al máximo. Me enderezo sobre la cama sin deshacer y me restriego la cara para terminar de espabilarme.

—¡Buenos días! —Me saluda la voz estridente de Melissa mientras pone su rostro a pocos centímetros del mío, haciéndome dar un brinco hacia atrás—. O, debería decir mejor, ¡buenas tardes!

—Melissa —protesto, llevándome las manos a los oídos—, ¿quieres hacer el favor de dejar de chillar? En serio, me estás matando.

Mi amiga se ríe y me da un golpecito en el hombro.

—Vaya, Keira se ha despertado de mal humor.

—¿De mal humor? —repito, intentando aclarar mi mente y buscando el reloj en mi habitación—. Es la una y media, ¿y me dices que me he despertado de mal humor?

—Tampoco es tan tarde... ¿O sí?

Bufo y me levanto de la cama mientras me atuso el pelo.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto, cogiendo una gomilla de la mesa de mi escritorio.

—Ahora mismo —responde Melissa, acomodándose en mi cama y haciendo como que se está quitando algo de debajo de la uña—. Ya he visto a Gal en su habitación, está durmiendo como un tronco. Creía que se había largado por sí

misma y me había dejado plantada en esa fiesta.

Me giro hacia ella con enfado.

—¿Que ella te había dejado plantada? Más bien fue al revés —espeto, furiosa—. Elian me llamó para que fuera a buscarla porque resulta que se había emborrachado tanto que no sabía ni cómo se llamaba.

Melissa me mira, confusa.

—¿Elian? —dice, haciendo que me exaspere—. ¿Desde cuándo tiene Elian tu número?

Pongo los ojos en blanco.

—¿De verdad solo has escuchado esa parte de la historia?

Melissa suspira, me sonríe y se pone en pie para encararme. Es más bajita que yo, pero eso no parece importarle en estos instantes.

—Keira, cariño, relájate. Gal ya es mayorcita para saber lo que hace. Y yo también. No puedes echarme nada en cara. Además, ya estoy aquí, ¿no? Vivita y coleando, si eso era lo que te preocupaba.

Me quedo mirándola unos instantes en silencio, más enfadada aún. No porque tenga razón en lo que me ha dicho, sino porque Elian me aseguró que ella llegaría antes del almuerzo y ha sido así. ¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso se ha encargado él de traerla a casa?

—¿Quién te ha traído? —pregunto con voz grave.

—Uy, Keira —se burla Melissa—, ni que hubiese cometido un asesinato.

—Dímelo, por favor —pido muy seria, rogando por dentro que no sea quien creo que ha sido.

—El chico con el que he pasado la noche —responde sin sorprenderme del todo; sabía que no había estado sola—. Es alto, moreno, fuerte y... —ríe por lo bajo como una niña pequeña— ¡hace los mejores gofres con chocolate del mundo!

Alzo una ceja y suspiro, rendida.

—Vale, como tú digas.

La rodeo y salgo de mi habitación. Al salir de allí, veo que la puerta del cuarto de Gal se abre y por ella sale mi amiga, con el pelo rubio hecho un nido de pájaros y el maquillaje corrido por la cara. Me mira con vergüenza y alza una mano antes de que pueda decir nada.

—Ni un comentario —ordena con voz pastosa.

Me da la espalda y se mete en el cuarto de baño. Noto entonces que Melissa ha salido tras de mí y ambas nos miramos a los ojos. Tras un segundo en silencio, estallamos en carcajadas. Es imposible no reírse ante la escena. Gal nos manda a tomar viento fresco desde el baño, pero yo la ignoro. Después del susto de

anoche, lo último que me apetece es estar de morros todo el día.

***

Cuando mi despertador suena, tengo ganas de estamparlo contra la pared. En serio, es lo único que quiero ahora mismo. Vuelve a ser lunes y hay que ir a clase. El lunes pasado fue la presentación de mi promoción y no hubo clase. Sin embargo, hoy toca ir a primera hora.

Arrastro mi cuerpo por la cama hasta el suelo. Una vez allí, levanto la cabeza y gimo. Tras varios segundos lamentándome de mi mala suerte con los horarios, me pongo en pie y empiezo a hacer lo mismo de todas las mañanas: entro en el baño, me lavo la cara, salgo, voy a la cocina, preparo el desayuno para todas, como, vuelvo al baño, me aseo, me visto, me peino, cojo mis cosas y salgo por la puerta del apartamento, ya despierta del todo. Melissa y Gal tienen una hora más para dormir. Qué suerte.

Al salir del bloque de pisos, veo una gran cantidad de compañeros camino de la universidad. Hace un día espléndido. El sol está fuera y hace algo de calor. Aunque estemos acabando septiembre, parece que el verano no tiene ganas de irse todavía. Sigo a mis compañeros y empiezo a andar hacia la universidad, pero justo cuando estoy cruzando una calle estrecha, aparece alguien con quien no quiero tener más contacto que el estrictamente necesario. Elian me sonríe y se acerca a mí. Me pasa un brazo por encima de los hombros y suspira.

—Buenos días, Keira.

Hago un movimiento con los hombros y me quito su brazo de encima.

—Buenos días, Elian. ¿Eres un acosador nato o qué pasa contigo?

Él se echa a reír.

—Te has levantado hoy con el pie izquierdo, ¿eh?

—Vaya, eres adivino —digo sin una pizca de admiración.

—No entiendo por qué eres tan borde conmigo —comenta, clavando sus ojos azules en mí.

Sin embargo, yo no le devuelvo la mirada. No me gusta nada lo que me pasa cuando sus ojos y los míos se encuentran.

—¿Ah, no? —digo con aburrimiento—. ¿El numerito que me montaste el otro día no es suficiente motivo para ti?

Elian ríe por lo bajo.

—Estaba bromeando contigo, Keira. ¿De verdad creías que iba en serio?

Alzo una ceja y lo miro de soslayo. Mierda. Dije que no lo miraría.

—No te conozco ni tú me conoces, así que no sé cómo debería tomarme lo que dices —respondo con total sinceridad.

—Eso está claro. —Da una zancada larga y me corta el paso a pocos metros de la entrada de la universidad; nuestros compañeros nos miran y cuchichean, pero no se quedan a ver lo que pasa—. Si me conocieras de verdad, te darías cuenta de que no soy lo que tú crees.

—Ya, pero como resulta que eso no me interesa, pues...

—¿Y por qué no? —Me quita el maletín de las manos y lo pone entre sus piernas; agacha la cabeza para quedar a mi altura y me guiña un ojo—. Te aseguro que no te arrepentirías.

Me echo hacia atrás y, antes de que pueda impedirlo, lanzo una patada al maletín y lo saco de donde lo tenía. Él abre los ojos completamente y me mira, asombrado. Lo rodeo con decisión y cojo mis pertenencias del suelo. Me giro para verlo y esbozo una sonrisa irónica.

—Yo creo que sí.

Y, sin nada más que añadir, vuelvo mi cabeza hacia el campus y entro en él realmente orgullosa de mí misma. Ha vuelto a demostrarme lo que ya sabía desde nuestro primer encuentro y es que es una persona problemática con serios síntomas de egocentrismo puro y duro.

Al llegar al aula, veo que Jonathan ya está sentado en nuestro sitio habitual y me tiene guardado el asiento de al lado. Sonrío y ando hacia él, pero entonces una chica con el pelo corto y negro se sienta en *mi* sitio y empieza a hablarle. Me quedo parada en medio del pasillo sin saber qué hacer. Veo que Jonathan no sabe bien cómo responder ante la situación. La chica casi está encima de él, le sonríe y le acaricia el brazo a modo de coqueteo. Doy un paso hacia atrás, pero entonces choco contra el pecho de alguien.

—Uy, lo siento, yo... —empiezo a balbucear, pero cuando me doy la vuelta lo único que quiero es sentir cómo la tierra me traga y me escupe en la playa.

Elian dibuja una media sonrisa en su cara y me ciñe con un brazo.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado sin sitio o qué?

Vuelvo los ojos y asiento, señalando mi lugar con la cabeza, de donde la morena no se quita ni aunque Jonathan le eche un jarro de agua fría.

—Jonathan me tenía guardado el sitio, pero parece que a ella le da igual.

—¿Corinna? —pregunta, alzando la cabeza y mirando a la chica.

Frunzo el ceño.

—¿La conoces?

—Claro. Me viste hablando con ella el primer día de clase.

—Ah. —No sé qué más decir; ¿en serio se acuerda de eso?

Elian acerca su mejilla a la mía y me susurra al oído.

—¿Celosa?

—¿Qué? —Me aparto un poco para encararlo—. Ni hablar. —Me zafo de su agarre, incómoda—. Y deja ya de manosearme, pervertido.

Elian ríe y alza las dos manos.

—Está bien, está bien. Dejaré de acosarte a cambio de un favor. Aunque ya me debas uno.

—¿Cómo? ¿Que yo te debo un favor? —Esto es de locos.

—Sí, señora. Te llamé para que fueras a buscar a tu amiga a la fiesta. De no haber sido por mí, Gal seguiría tirada en el pasillo de los baños. —Señala con el pulgar a su espalda, como si ese pasillo estuviera ahí detrás.

Suspiro. Tiene razón. El muy canalla tiene razón. Le debo una; y si le digo que deje de acosarme, le deberé dos. ¿Cuántos favores se pueden guardar en una sola semana?

—Ah —exclama, alzando tres dedos de una mano—. En realidad me debes otro más.

Abro los ojos como platos.

—¿Qué?

—Sí. Tu amiga Melissa llegó sana y salva antes de que pudieras hacer la comida, ¿cierto?

Abro y cierro la boca, cual pez, repetidas veces.

—Pero... Pero... Pero... —Lo señalo con un dedo—. ¿Tú me sigues? ¿Me grabas con una cámara oculta o qué demonios es esto?

Elian echa la cabeza hacia atrás y ríe con ganas. Sí que se está divirtiendo con esto... Me cruzo de brazos, alzo una ceja y aprieto los labios, esperando a que se le pase el ataque de risa. Parece que se da cuenta, porque deja de reír a carcajada limpia enseguida, aunque no es capaz de borrar la sonrisa.

—De verdad que no puedo contigo, Keira.

¿Eh?

—Vale, está bien. Volviendo al asunto. ¿Quieres escuchar mi propuesta? —Señala con la cabeza al estrado, donde el profesor ya se ha situado y está sacando los papeles—. No tienes mucho tiempo...

Y así es cómo acabo sentada brazo con brazo con Elian en la segunda fila de asientos, esa donde solo se ubican los valientes, los inteligentes y los que quieren aprobar en la última semana de clase. Sí, esa fila. Miro a Elian a mi derecha y veo que, sorprendentemente, está serio y dispuesto a escuchar al profesor. No puedo

evitarlo. Esto sí que es una novedad.

Capítulo 5

Elian gira los ojos hacia mí y me pilla observándolo. Yo frunzo el ceño y desvío la mirada, pero veo por el rabillo del ojo que esboza una pequeña sonrisa victoriosa. *Argh!* Intento centrarme en la clase, pero me resulta imposible. El olor almizclado de Elian se me mete por las fosas nasales y me enturbia los sentidos. Huele demasiado bien. ¡Y no me gusta! Si se entera de que estoy obsesionada con su olor corporal, lo usará como arma para acosarme, y eso era lo que me faltaba.

Algo choca contra mi mano derecha y miro hacia abajo. Veo que tengo un papel sobre dos dedos. Lo miro con extrañeza y lo cojo con las dos manos para ponerlo sobre mi regazo, lejos de la vista del profesor. Lo desdoblo y leo lo que hay escrito.

> Sé que soy irresistible, pero
> ¿podrías dejar de mirarme?

Trago saliva, pero esta decide irse por la laringe camino de los pulmones y empiezo a toser. Noto que Elian me da unos golpecitos en la espalda para ayudarme a calmarme. En ese momento, el profesor se gira hacia mí y me mira con reproche.

—Señorita, ¿le importaría dejar de armar escándalo? No estamos en la cafetería.

Levanto una mano mientras intento calmar mi tos, aunque no soy capaz. A mi lado, Elian cubre mi cintura con un brazo y alza la cabeza.

—Disculpe, no se encuentra bien —suelta con seriedad, como si aquello no fuese la mentira más grande del mundo.

El profesor nos mira a ambos y por fin consigo dejar de toser como una condenada.

—¿Po... Podría ir a beber un poco de agua? —pido con la voz quebrada, totalmente avergonzada por tener los ojos de todos mis compañeros sobre mí.

El profesor hace un gesto de fastidio, pero finalmente asiente y me señala la puerta con la mano. Yo me levanto con esfuerzo, seguida de cerca por Elian. Al pasar junto al profesor, musito un tímido «gracias» y casi echo a correr fuera del aula. Nada más salir, Elian cierra la puerta tras él y sube el brazo izquierdo a mis hombros, algo que veo que está tomando por costumbre.

—Eres muy poco discreta, ¿lo sabías? —susurra junto a mi oído mientras me acompaña a paso lento hacia una fuente cercana.

Tuerzo los ojos y luego lo miro, molesta.

—No ha sido culpa mía. Eres tú quien no deja de fastidiarme.

Elian sonríe un poco y niega con la cabeza.

—Te empeñas en culparme a mí de todo lo malo que te pasa desde que entraste en esta universidad, pero lo cierto es que solo tú eres la responsable.

Al escuchar eso, me aparto como si me hubiese dado calambre y le cruzo la cara con la mano derecha abierta. Elian gira la cabeza poco a poco hacia mí con los ojos como platos y la boca entreabierta, claramente sorprendido. Sí, lo he pillado con la guardia baja. Lo señalo con un dedo, furiosa, notando cómo la respiración se me ha acelerado de repente.

—No se te ocurra insinuar que lo que pasó el sábado por la noche lo provoqué yo. ¡Ni lo pienses siquiera! —amenazo, sintiendo la sangre cada vez más caliente dentro de mis venas.

—¿Cómo? —Elian me mira con la confusión pintada en la cara—. ¿De qué estás hablando exactamente?

—¡Del tipo ese que intentó abusar de mí! ¡Y de lo que les pasó a mis amigas!

—Eh, eh, eh, para el carro. —Alza las dos manos un segundo antes de apuntarse a sí mismo con ambas, inclinándose levemente hacia mí; me doy cuenta, con ese gesto, de que le he dejado algunos dedos marcados en la mejilla —. Lo que he dicho era una broma, solo quería picarte. No pensaba que te lo tomarías tan en serio y, sobre todo, que lo asociarías a eso.

Elevo las cejas y cojo aire por la boca en una sola bocanada.

—¿Era una broma? —repito, anonadada.

—¡Claro! —exclama Elian, algo exasperado—. No soy tan cabrón, Keira. Ya

te dije que tenías que conocerme para juzgarme mejor.

Vale, no sé qué decir. Lo he malinterpretado, le he pegado y ahora me siento más humillada que antes. Siempre he podido saber cómo era una persona con solo verla, pero con Elian siento como si esa habilidad se hubiera evaporado o no funcionara. Estoy viendo varias caras de él y no sé si está siendo sincero conmigo o solo está interpretando un papel. Sea como sea, no entiendo por qué tienen que pasarme a mí estas cosas.

Agacho la cabeza y desvío la mirada. ¿Por qué hace eso? ¿Por qué actúa como si nada le importara y, al momento, cambia para ser alguien a quien le afecta lo que piensen los demás? A ver, no creo que se haya puesto de esa forma por nada. Si le diera igual mi opinión, no estaría intentando convencerme de que es más de lo que aparenta. La cuestión es: ¿me fío de su palabra o no?

No podré saberlo a menos que le dé una oportunidad de explicarse.

Levanto la vista del suelo y advierto que él no ha dejado de mirarme en todo el rato. Me muerdo el labio inferior, dubitativa.

—Lo siento —musito finalmente—. Siento haberte pegado.

Elian no sonríe, solo sigue con los ojos fijos en mí. Me remuevo, incómoda.

—Y te agradezco mucho lo que has hecho por Gal y por Melissa, aun sin conocerlas. Te debo ese favor.

Ahora Elian sí que sonríe un poco.

—Esos son dos favores —protesta, acercándose a mí, relajado.

—De eso nada. —Me niego al instante—. Es un solo favor.

—¿Y qué hay de lo de permitir que te sientes a mi lado en clase? —añade sin dejar de avanzar hacia mí, al tiempo que yo doy pasitos hacia atrás.

Alzo una mano y la pongo sobre su pecho, parándole los pies. Intento que la dureza de sus pectorales bajo mi mano no me distraiga y sigo mirándolo a los ojos, aunque ese es otro tremendo error.

—Me senté a tu lado porque dijiste que dejarías de acosarme.

—Pero es que no me compensa —repone, dejándome boquiabierta—. Está visto que eso no es suficiente para que dejes de considerarme un chulo de playa.

—Eh... —¿Cómo lo ha sabido?

Elian amplía su sonrisa.

—Eres fácil de leer —dice simplemente, como si estuviera respondiendo a mi pregunta no formulada en voz alta—. Así que te propongo algo —prosigue con lo que estábamos hablando, presionando su cuerpo contra mi mano—. Tú no vuelves a marcarme los dedos —se señala con un dedo la mejilla golpeada; yo me encojo un poco—, y yo dejo de ser un capullo contigo. ¿De acuerdo?

Alzo una ceja.

—Eso no soluciona el problema de los favores.

—Vale. Pues sal conmigo.

¿¡QUÉ!?

***

Es martes y no he podido dormir. Llevo desde ayer a las nueve y media hasta ahora con las palabras de Elian pululando dentro de mi cabeza. «Sal conmigo», «sal conmigo», «sal conmigo». Después me aclaró que era simplemente quedar para tomar algo y conocernos mejor, pero esa frase tiene otro significado para mí, lo cual demuestra lo diferentes que somos Elian y yo. Elian y yo... No me gusta cómo suena esa combinación de palabras.

Jonathan está a mi lado disculpándose por no haberse sentado ayer conmigo en todo el día. Yo apenas lo escucho, me limito a murmurar algunas palabras de consuelo para que se calme. Me insiste en que no quería dejarme sola con Elian y que la chica morena, Corinna, lo cogió por banda y no lo soltó hasta que acabaron todas las clases del día. Ni siquiera durante el almuerzo estuvo conmigo, aunque yo de eso casi ni me enteré. Sé que comí con Gal y con Melissa, pero poco más.

Cuando ayer llegué a casa, me encerré en mi habitación a empezar un par de trabajos y dejé que Gal pidiera algo para cenar por la noche. Sin embargo, mi mente no estaba tampoco para las tareas. Así que, aquí estoy, con Jonathan soltando disculpas y mi cabeza echando humo.

—Keira. Keira. Keira, ¿me estás escuchando? —Oigo que dice Jonathan.

Parpadeo un par de veces y enfoco mis pupilas en mi compañero rubio, que tiene el ceño fruncido y una expresión de fastidio.

—Perdona, Jonathan —me disculpo enseguida, removiendo los papeles sobre la mesa—. Es que no he pasado una noche muy buena.

Él cambia el gesto de enfado por uno de preocupación.

—¿Estás bien? ¿Fue por el ataque de tos de ayer?

—No, no. Es que... no he dormido bien. Los dos trabajos que tenemos que hacer para la semana que viene me desvelaron. —Mentira podrida.

—¿Seguro? —Jonathan se acerca a mí y empieza a hablar en susurros—. Vi que Elian te acompañó a beber agua. No te diría nada fuera de lugar, ¿no?

Miro a todos lados menos a Jonathan. Se me da fatal mentir en cosas serias si miro a los ojos a las personas.

—No, qué va. —Hago un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto—. Se comportó de la misma forma que siempre: fanfarrón y estúpido.

Jonathan me coge las manos con las suyas y se las lleva a la boca, con los ojos marrones clavados en mí. Empiezo a ponerme muy nerviosa cuando veo que deposita un beso en mis nudillos. ¿¡EH!? ¿Qué está pasando?

—Si alguna vez te hace daño o te molesta, dímelo, por favor —murmura con la boca aún pegada a mis manos.

—S... s... sí... Claro...

La profesora llega en ese instante y Jonathan tiene que soltarme las manos. Al girarme hacia el frontal del aula, veo que Elian está dado vuelta hacia mí y me mira fijamente. A su lado, Corinna, la chica que se sentó ayer con Jonathan, no deja de toquetearle el brazo y de tratar de llamar su atención. Trago saliva (con cuidado, para no ahogarme otra vez) al ver que él frunce el ceño, aparentemente molesto, y me da la espalda. ¿Qué está pasando aquí?

Capítulo 6

—Keirita... —Oigo que Melissa abre la puerta de mi habitación poco a poco.

Me giro en la silla y alzo una ceja al ver que entra con un trozo de tarta de chocolate y frambuesas sobre un platito. Tras ella, Gal pone los ojos en blanco y la empuja para que entre.

—Mira, Keirita, te hemos traído un poco de tu pastel favorito.

Melissa pone el platito junto a mis apuntes y me da una cucharita. Miro a Gal, confusa.

—¿Y esto? —pregunto, señalando la tarta con la cuchara.

Melissa amplía su sonrisa y se sonroja. Un momento. ¿Melissa se está sonrojando? Abro la boca para decir algo al respecto, pero veo que Gal niega a espaldas de nuestra amiga. Frunzo el ceño.

—Sebastian lo ha preparado —responde Melissa, entrelazando los dedos de las manos y retorciéndoselas con nerviosismo.

—¿Quién?

—El chico con el que se lio en la fiesta —me explica Gal, poniendo los ojos en blanco—. Al parecer, es un chef.

—¡Es el mejor! —grita Melissa dando saltitos.

No puedo evitar echarme a reír.

—Menos mal que no ibas a dejar que ningún chico te comiera la cabeza —comento, hundo la cuchara en la tarta y me llevo un trocito a la boca.

—Y no lo ha hecho... —apunta Melissa en voz baja y desviando la mirada.

Vale. No quiero saber nada más. Saboreo el chocolate con los trocitos de

frambuesa dentro de mi boca y se me escapa un suspiro. ¡Esto está de vicio!

—Vaya pasada. —Sonrío, cogiendo otro cachito—. Sí que es un chef. Deberías probarlo, Gal.

—Paso. —Alza una mano para corroborar su respuesta—. Melissa le pidió al chico que le cocinara el pastel para ella, pero en realidad es para ti.

Miro a mis amigas con extrañeza sin dejar de comer.

—¿Por qué?

Melissa y Gal intercambian una mirada. Oh, oh. Esto no puede ser nada bueno.

—Es que... —empieza a decir Melissa— últimamente has estado un poco...

—Ida —completa Gal, sentándose en mi cama y cruzando las piernas.

—Sí, eso —asiente Melissa, conforme—. Como si te hubiera abducido un ovni o algo por el estilo.

Gal bufa.

—¿En serio, Mel? ¿Un ovni?

Mi amiga se encoge de hombros y vuelve a prestarme atención.

—Desde el lunes no pareces tú. Estamos a jueves y lo único que haces cuando llegas a casa de la universidad es encerrarte aquí y olvidarte del mundo. Ya hemos pedido la cena cuatro veces.

Abro los ojos al máximo y me inclino hacia adelante, dejando la cucharita sobre los restos del pastel.

—¿Cuatro? —Las dos asienten—. ¿Cuatro noches? —Vuelven a asentir—. Vaya...

—No sabemos bien lo que ha pasado, pero... —continúa diciendo Melissa—. Creemos... —Gal carraspea—. Bueno, vale. Creo que puede deberse a un chico...

Mierda. Mierda. Mierda. Maldita sea... No puede ser. Se han dado cuenta. Se han dado cuenta de que llevo evitando a Elian estos últimos días desde que me dijo que quería salir conmigo a tomar algo. Aunque lo cierto es que nos estamos evitando mutuamente. No parece querer molestarme desde que me vio con Jonathan antes de clase el martes, cuando me besó la mano. Al principio pensé que era porque se había levantado con mal pie, pero cuando, después del almuerzo, me caí al suelo y pasó por mi lado como si nada, supe que había algo que andaba mal.

Y como no se me da bien afrontar este tipo de situaciones, lo he ido dejando pasar más y más hasta el punto de tratar de no buscarlo con la mirada. Lo he pillado observándome un par de veces, pero nada más. Lo hace como si quisiera atravesarme con los ojos. Da un poco de miedo, la verdad.

Así que el hecho de que Melissa y Gal se hayan dado cuenta de todo esto no

me ayuda en absoluto. Yo quería sufrir en silencio y encontrar una solución por mí misma, pero ahora veo que eso va a ser imposible. Aunque, por otro lado, ¿por qué tendría yo que sufrir? ¿A qué exactamente tendría que encontrarle una solución? Elian solo es mi compañero de clase, alguien realmente molesto, pero nada más. Entonces, ¿por qué siento que me falta algo por cada día que pasa sin intentar sacarme de mis casillas?

—Confiesa, Keira —exige Melissa, dando un golpe tan fuerte en la mesa que me saca de mis ensoñaciones; se inclina hacia mí y pone el flexo de manera que parezca un interrogatorio americano—. ¿Quién te gusta? ¿Es Jonathan?

—Es un poco niño, pero es mono —apunta Gal, haciéndose ondas en el pelo con un dedo, distraída.

—Un segundo —intervengo antes de que esto se líe más—. ¿Jonathan? —repito, anonadada; no me esperaba esto—. ¿Por qué creéis que me gusta Jonathan?

—Mujer, te llevas todo el día con él... —responde Melissa con una sonrisita —. Además... —Pone dos dedos sobre mi brazo izquierdo y empieza a hacer como que anda con ellos—. Os vi el otro día en clase... —canturrea.

—Eh...

—Sí, sí, no me lo niegues. —Me coge las manos y las pone junto a su boca; entonces ya sé a qué se refiere Melissa exactamente—. Así, tan íntimamente, como si nada ni nadie pudiera romper vuestra burbuja...

—Deja de leer novelas románticas, Mel —dice Gal por detrás.

Intento girarme hacia ella, pero Melissa me lo impide, cogiéndome por la barbilla con una mano y acercando su cara a la mía.

—Eh... Mel... Esto es un poco incómodo... —balbuceo, intentando echarme hacia atrás en la silla.

—Y así —prosigue con voz grave, ignorándome completamente—, al amanecer del quinto día, al alba, mira al este...

—Melissa, te estás liando con *El Señor de los Anillos* —vuelve a intervenir Gal.

—Eh...

—Uy, sí, es verdad. —Ríe Melissa, dejándome aún más perdida—. Como sea. —Vuelve a mirarme como antes, de esa forma tan... inquietante—. Tú lo mirarás a los ojos, así... Él te mirará a los ojos, así... Se irá acercando a ti lentamente...

—Melissa, no hace falta que... —intento decir, pero ella me pone un dedo sobre los labios.

—Y justo en el momento preciso, él se inclinará hacia ti y sentirás una descarga por todo tu cuerpo cuando...

—¡VALE! —estallo, apartando a Melissa de mí y saltando de la silla para

abrir un poco la ventana—. Por favor, qué calor...

Gal me mira con una ceja alzada y una media sonrisa divertida.

—Qué sensible.

—Sí, ¿verdad? —dice Melissa, sentándose junto a ella—. No creí que aguantara tanto...

Siento que el calor abandona la habitación y se concentra en mis mejillas. Agarro un peluche de mi cama y se lo lanzo a la cara a Melissa. Gal consigue esquivarlo a tiempo para que no le dé, pero Melissa se lo lleva puesto.

—¡Ay! —Oigo que protesta.

—¡Fuera de aquí! —exclamo, señalando la puerta con un dedo índice—. Me venís con tonterías. Ni me gusta Jonathan, ni me gusta Elian ni me gusta nadie.

Melissa ahoga un gritito y mira a Gal, que tiene los ojos abiertos como platos.

—¿Elian? —repite Melissa.

Ay, Dios...

—Lo he dicho por decir... —intento quitarle hierro al asunto—. No conozco a más chicos y...

—Claro, claro... —Melissa le da un codazo amistoso a Gal y le guiña un ojo —. Te ha salido una competidora, Gal...

Un segundo. Competidora. Gal. ¿Qué...?

—No, no, no, no, no. Espera, alto, pausa —digo de inmediato a toda prisa, acercándome a ellas y olvidándome del cabreo de antes—. Nada de competidora. Y... —Me vuelvo hacia Gal—. Gal... ¿A ti te...? —Trago saliva—. ¿A ti te gusta Elian?

Gal bufa y suelta una risa sarcástica.

—¿De verdad te vas a creer las invenciones de Melissa?

—Tú te estabas creyendo lo de que a mí me gusta Jonathan... —puntualizo, sintiendo que el corazón me golpea el pecho con más fuerza de la habitual.

—Eso es diferente. Hay pruebas de eso.

—¡No hay pruebas de nada! —suelto, exasperada—. Jonathan y yo solo somos amigos. Ni yo le gusto ni él me gusta. Y tampoco me gusta Elian. ¿Podemos dejarlo así?

—Entonces —interviene Melissa, poniéndose entre las dos—, ¿por qué estás tan deprimida? ¿A qué viene esa cara triste?

El tono de voz de Melissa ya no deja ver diversión, risas y tomaduras de pelo. Ya no quiere jugar, me lo está preguntando muy en serio. Parece preocupada y me siento mal de repente. No quería que mis tonterías ni mis idas y venidas les afectaran. Tengo un lío en la cabeza que ni yo misma me entiendo; debo aclarar qué me pasa, sobre todo si a Gal realmente le gusta Elian.

Eso sería gracioso, en parte. En primer lugar, porque Gal caería precisamente con el tipo de chico con el que dice que jamás de los jamases saldría. En segundo lugar, porque Elian y ella se parecen bastante, no son lo que aparentan. Y en tercer lugar, porque él nunca se lo esperaría. Al menos, eso creo.

Sea como sea, tengo que solucionar mis paranoias. No puedo dejar que afecten a mis estudios ni a mis amigos.

Sacudo la cabeza y suspiro.

—No es nada —digo finalmente, mirándolas a ambas—. Solo que empiezo a agobiarme con los trabajos y las investigaciones. No quiero quedarme atrás... Siento haberos descuidado...

—Si lo dices por lo de la cena, olvídalo. —Sonríe Melissa, abrazándome—. Solo espero que cuentes con nosotras para lo que sea —murmura, apretujándome.

Sonrío un poco y asiento.

—Prometido —aseguro, luchando por respirar.

Melissa me suelta y le deja vía libre a Gal, pero ella me mira con una ceja alzada, se levanta de la cama y sale de mi habitación. Ella, tan cariñosa como siempre.

***

Hoy es viernes. Anoche volví a hacer la cena y comimos las tres juntas, como es habitual. Me he levantado con una nueva resolución. Quiero comprobar lo que dicen las chicas, si realmente Jonathan tiene algún interés romántico en mí. Y, si es así, pararle los pies antes de que se ilusione demasiado. Además, estoy decidida a hablar con Elian de una forma u otra. No quiero tener que deberle nada más durante mucho más tiempo.

Tengo suerte. Nada más entrar en clase, lo veo hablando con la misma chica de siempre, Corinna. Me vengo abajo un poco, pero, nada más recordar mi decisión, respiro hondo y ando hacia Elian sin echarle cuenta a las miraditas de sorpresa que me dirigen los demás. El último que se da cuenta de que estoy ahí es él. Carraspeo un poco y muestro mi mejor sonrisa. Elian se gira hacia mí y abre los ojos, sorprendido, aunque vuelve a su postura habitual nada más salir de su asombro.

—Buenos días, Elian —saludo, envalentonada.

Él alza una ceja y sonríe un poco.

—Buenos días.

—¿Podemos hablar un momento, por favor?

Elian me observa unos instantes para ver si flaqueo, pero no lo hago. Se va a quedar con las ganas de verme correr con el rabo entre las piernas. Finalmente, asiente.

—Claro.

Me aparto de él y me dirijo a un rincón de la sala, donde dejo la chaqueta que me he puesto hoy colgada de un perchero. Nada más girarme, me topo con el torso y el cuello de Elian a la altura de mis ojos, muy cerca de mí. Alzo la cabeza para encararlo y veo que se ha apoyado en la pared y me rodea indirectamente con su cuerpo. Carraspeo de nuevo.

—¿Qué haces?

Él se encoge de hombros.

—Así no nos escuchará nadie —se excusa.

—Quedamos en que nada de acosarme —le recuerdo.

—Y eso he hecho, ¿no? Ya no te persigo por los pasillos.

—Eh... —Vale, ahí lleva razón; sacudo la cabeza—. Bueno, quería decirte que todavía estoy esperando que me digas de quedar algún día y así redimir el favor que te debo.

Elian suelta una risa seca.

—*Los* favores —puntualiza, recalcando la «s».

—No, no, no —empiezo a protestar—. Habíamos quedado en que...

—Mira, Keira. —Agacha la cabeza y se inclina hacia mí, ocultando mi cara del resto de mis compañeros—. Me dan igual los favores. Yo solo quiero quedar contigo, ¿de acuerdo? Tómatelo como quieras.

—Pe... Pero... tú dijiste...

—Sé bien lo que dije, ¿vale? —me corta con fastidio—. Si no quieres quedar conmigo, simplemente dilo. Seguro que tienes mejores planes con tu amigo el rubio.

Levanto las cejas.

—¿Jonathan? —Elian desvía sus ojos azules, entrecerrados; empiezo a reírme —. ¿Crees que estoy saliendo con Jonathan?

Él vuelve los ojos antes de mirarme de nuevo.

—Me da igual con quién estés saliendo. Solo quiero tomar algo contigo, convencerte de que no soy tan malo.

—¿Por qué te empeñas en caerme bien? —inquiero, confusa y abrumada por su olor y sus ojos—. Es decir... Me persigues, me molestas, luego intentas pedir perdón y tratas de quedar conmigo. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué conmigo?

Mis preguntas parecen surtir efecto. No tenía planeado hablar con él de esto. De hecho, ni siquiera me había planteado lo que le estoy preguntando, pero es cierto. ¿Por qué quiere quedar bien conmigo sí o sí? No tiene sentido. Soy yo la que debería ir tras él, no al revés. No lo entiendo...

Abre y cierra la boca varias veces, pero no profiere ningún sonido. Lo he dejado mudo, cosa difícil. Finalmente, cuando escuchamos que el profesor entra en el aula, se aleja un poco de mí y suspira.

—No lo sé —responde, sincero y... ¿perdido?—. Te veo mañana a las siete en el parque. ¿De acuerdo?

Fijo mis ojos oscuros en él. Algo parece estallar entre nosotros, algo invisible pero que se siente en el ambiente. No entiendo qué es, no entiendo lo que me pasa.

—De acuerdo. —Y tampoco entiendo por qué he dicho eso.

Capítulo 7

Elian se separa de mí, me guiña un ojo y se aleja en dirección a su asiento. Sacudo la cabeza para salir de la burbuja y me apresuro a imitarlo. Jonathan me mira con extrañeza mientras saco el libro y los apuntes de mi maletín. Se inclina un poco hacia mí cuando el profesor comienza la clase, y me susurra:

—¿Has aceptado salir con Elian?

Trago saliva y me pongo tensa. Asiento débilmente. Oigo que Jonathan suspira.

—No sabes dónde te estás metiendo, Keira.

Agacho la cabeza y me escondo entre mis compañeros para que el profesor no me vea. Ladeo la cara y lo miro, nerviosa.

—No lo hago por gusto, ¿sabes?

Jonathan hace lo mismo que yo y me encara, quedando a poca distancia de mi cara.

—Por Dios, Keira, parecías hipnotizada. No me mientas.

—¡No miento! —Uy, sí, ya te digo yo si miento...—. Es que... Le debo un par de favores por una cosa que pasó el sábado y...

—Ah —exclama Jonathan por lo bajo—, que lo viste también el sábado...

Pongo los ojos en blanco, impaciente.

—No es lo que tú crees.

—Vale, Keira, no tienes que darme explicaciones —me corta, se endereza en el asiento y se aleja de mí.

Cuadra los hombros y me ignora. Literalmente. Siento que se levanta una

barrera invisible entre nosotros. Lo miro suplicante, pero Jonathan no me echa cuenta. Tiene los ojos fijos en el profesor y los oídos puestos en la clase. Yo me siento incapaz de escuchar y eso me molesta. No entiendo por qué Jonathan se ha enfadado y no entiendo por qué me preocupa tanto que se enfade.

Bueno, sí lo entiendo. Es el único amigo que tengo en la universidad, sin contar a Melissa y a Gal. A Elian no puedo considerarlo un amigo, no aún. Respiro hondo e intento volcar mi atención en la lección. Sin embargo, mis ojos cubren la distancia entre el profesor y la nuca de Elian y se centran en ella, como si allí estuvieran escritas las respuestas a mis preguntas. ¿Por qué quiere conocerme? ¿Por qué tiene tanto interés en que nos llevemos bien? ¿Por qué no me deja en paz? ¿Por qué es el motivo de que Jonathan y yo discutamos? Tantos porqués...

***

Al acabar la clase, Jonathan se fue sin decirme «adiós». Comí sola en la cafetería y me fui a casa sin hablar nada más con él, aunque me sentara a su lado en el resto de las clases. Ahora, camino del apartamento, me siento más sola que nunca. Me siento perdida. Hace apenas dos semanas lo tenía todo claro. Sabía cuáles eran mis objetivos. Y, por arte de magia (o de Elian), todas mis expectativas se han ido a tomar viento fresco. Lo peor es que no puedo contarles lo que me pasa a Melissa y a Gal. A la primera, porque se pondría como loca y empezaría a elucubrar y a montarse sus películas en las que Elian, Jonathan y yo formamos un triángulo amoroso. A la segunda, porque no sé si es cierto que a Gal le gusta Elian, así que me niego a que ella se enfade también conmigo. Tampoco puedo decirle nada de esto a Jonathan, porque no quiere saber nada de mí. Y Elian es cascarón de huevo, no cuenta; se reiría de mí si le digo lo que me pasa. Aunque, claro, ¿qué idiota iría a contarle al chico que le ha puesto la vida patas arriba que, ¡oh!, le ha puesto la vida patas arriba? Es absurdo e irracional y yo no hago cosas absurdas e irracionales. Hasta ahora. Que he quedado con Elian. Eso es lo más absurdo e irracional que he podido hacer en mi vida.

—¿No te estarás arrepintiendo, verdad? —dice una voz junto a mi oreja, sobresaltándome.

Grito y me alejo lo máximo posible de quien me ha hablado. Al darme cuenta de quién es, tengo ganas de coger un mazo y aplastarle la cabeza.

—No tengo ánimos para tus jueguecitos mentales, Elian —le aviso con voz

cansada mientras retomo mi camino a mi apartamento.

Parece que se da cuenta de que no estoy de humor, porque se pone a mi altura sin decir ni una palabra grosera.

—¿Estás bien? —me pregunta; lo miro con una ceja alzada—. Vale, es una pregunta estúpida, lo siento.

Suspiro y niego sin poder evitar sonreír un poco.

—¿Ves? Eso está mejor —señala Elian, mirándome la boca—. Mis gilipolleces te han hecho reír.

—Ya... Es lo que más necesito ahora... —confieso casi sin darme cuenta.

Veo que Elian me observa, sorprendido. Sí, hijo, sí, hoy estoy mansa.

—Puedes contarme lo que te pase, ¿vale? —intenta animarme sin tocarme ni un poco; mentalmente, le agradezco que guarde las distancias—. Se me da bien escuchar, aunque soy un desastre dando consejos.

Le sonrío a modo de agradecimiento.

—Gracias, pero me temo que esto es algo que tengo que cargar yo sola.

Elian frunce el ceño. Estoy dejando que me acompañe a casa, cosa que en otro momento habría evitado.

—No sé por qué, pero me da que soy el causante de tu desgracia.

Abro los ojos al máximo y lo miro.

—¿Cómo has...?

Él se encoge de hombros con una extraña sonrisa.

—Ya te lo he dicho. Eres fácil de leer —se excusa, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Has hecho algún cursillo de lenguaje corporal o algo así? —intento bromear.

Parece que surte efecto, porque Elian se ríe.

—Ese ha sido un intento bastante patético de intentar animarte a ti misma a mi costa.

—Es lo que me queda.

—Lo sé.

Los dos nos reímos un poco y seguimos caminando en silencio. Queda un tramo para llegar a mi apartamento, pero, curiosamente, no tengo ganas de subir. Quiero quedarme un rato más con él, descubriendo esa faceta de niño bueno que me está mostrando. Quiero saber cuánto le durará esta vez el episodio de simpatía.

—Keira —me dice entonces, justo cuando veo al fondo de la calle la puerta del edificio de apartamentos; me giro hacia él y veo que deja de andar, así que hago lo mismo—. Espero no haberte causado problemas, te lo digo en serio.

—Ya... —suspiro—. Hay veces que no puedes evitar hacer cosas que molestan a los demás, ¿no crees?

—¿Eso se ajusta a ti? —pregunta, curioso, mientras se acerca un poco a mí, haciéndome retroceder hasta toparme con una pared.

—Puede —contesto con sinceridad, dejando que me corte todas las salidas.

Soy como un trozo de metal volando alrededor de un imán bien cargado. No puedo evitar dejar que ponga los dos brazos sobre la pared, encarcelándome entre la pared y su cuerpo. No puedo evitar agarrar con fuerza el maletín con las dos manos y alzar mi rostro hacia él. No puedo evitar olerlo y cerrar los ojos, embriagada. Cuando los abro de nuevo, Elian me mira con esos ojos tan azules con una mezcla extraña de sensaciones. No sé describir bien lo que le pasa. No sé en qué está pensando.

—Elian... —murmuro en estado de shock.

—¿Qué? —susurra, parece tan atrapado en el ambiente como yo.

—¿Por qué me persigues? —pregunto con un hilo de voz, boqueando como un pececillo.

Ladea la cabeza un momento antes de enderezarla de nuevo y juntar su nariz con la mía. Dios, Dios, Dios... El dios Elian y el efecto en la piel humana... Es tan cálido... Sus ojos son puro hielo, pero su mirada y su piel dicen lo contrario...

—No lo sé... —responde, regalándome un poco más de su olor y de su voz—. ¿Me dejarás descubrirlo?

—Yo... —Cierro los ojos y trago saliva.

¿Qué se supone que hay que hacer en situaciones como esta?

—Keira —el cambio en su tono de voz hace que vuelva a mirarlo; efectivamente, algo ha cambiado, ya no me observa como antes, con esa intensidad—, quiero que me prometas una cosa.

—Vale...

Elian suspira y entrecierra los ojos.

—Prométeme que nunca vas a olvidarme.

Abro la boca por completo.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—Por favor —insiste—. Sé lo que estoy diciendo. Por favor. No olvides cómo soy contigo. A cambio, te daré lo que quieras. Si quieres espacio, te lo doy. —Se separa de mí y baja los brazos de la pared—. Si quieres tiempo, te lo doy. Si quieres que te deje en paz, lo haré.

—De... De acuerdo... —tartamudeo.

No sé qué más decir. ¿Por qué me dice eso? No lo entiendo, no sé a qué viene

ese cambio tan repentino.

—Bien —asiente, satisfecho.

Respira hondo y cierra los ojos. Aprovecho esos segundos para recuperarme de la impresión. Sin embargo, Elian da una palmada y todo cambia drásticamente.

—Bueno, Keira, ¿qué piensas ponerte el sábado? —pregunta, ilusionado.

—Eh... ¿¡QUÉ!?

***

Jonathan no me dirigió la palabra el viernes. Melissa me pregunta por qué no viene a comer con nosotros el sábado y yo no sé qué responder. Hoy tampoco me ha hablado. Mi amiga insiste una y otra vez hasta que Gal le mete un cruasán en la boca para acallarla. Ella mastica con fuerza y traga, sin aliento.

—Jo, Gal, eres una aguafiestas... —protesta Melissa.

—Sí, claro... —responde Gal, ignorando el puchero que hace Mel.

Yo río un poco y sigo comiendo.

—Oye, Melissa —dice entonces Gal, sonriendo con malicia mientras mira por encima del hombro de nuestra amiga—, ¿no es ese el chico que te hizo el pastel el otro día?

Melissa abre los ojos como platos y se gira como un resorte sobre su silla. Sus ojos vuelan hacia un grupo de chicos entre los que se encuentran Elian y Mike, el que ayudó a Gal el sábado pasado. Junto a ellos, hay uno que es más largo que un día sin pan. Yo creo que, si se pone de puntillas y levanta al brazo, toca el techo de la cafetería. Melissa profiere un chillido y los tres se giran para ver de dónde proviene el sonido.

Los ojos de Elian se encuentran al momento con los míos. Él me sonríe y me guiña un ojo. Yo pongo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez con la pose de chulo. Veo que vocaliza algo y yo me pongo como un tomate cuando descubro lo que me está diciendo. Él se ríe y sigue caminando. Capullo.

Por suerte, ni Melissa ni Gal se dan cuenta. Mike ve a Gal y la saluda, pero ella pasa tres kilos y cuarto de él, lo que hace que el pobre chico se ponga a la altura de Elian y vaya con él hacia una mesa. El que queda debe ser Sebastian. La descripción que hizo Melissa de él era bastante acertada. Sí, es muy alto, con el pelo oscuro, al igual que sus ojos. Y es el doble de ancho que Elian y Jonathan, aunque el segundo es más esmirriado que Elian, así que Sebastian debe ser el

doble de Elian y el triple de Jonathan.

Un momento. Sacudo la cabeza. ¿Qué hago comparando tíos? Estoy perdiendo la cabeza...

—Ay, Keira —dice entonces Melissa, sacándome de mis comparaciones nada saludables—, ¿a que es increíble? Sabe cocinar, habla tres idiomas, está en tercero y... ¡está como un cañón! Yo cogía pan y lo mojaba en él.

—¡Mel! —exclamo; siento vergüenza ajena—. Por Dios, te va a oír todo el mundo...

—Ay... —ella suspira, ajena a mis apuros.

Gal, a su lado, se encoge de hombros.

—Parece un portero de discoteca.

—Sí, ¿verdad? —asiente Melissa, soñadora.

Sebastian saluda de lejos a Melissa y casi puedo ver cómo a ella se le suben los colores y se convierte en un cohete. Sí, ya veo los fuegos artificiales...

—¿Por qué no sales otra vez con él? —propongo, comiendo de nuevo.

Noto los pares de ojos de Gal y Melissa mirándome fijamente. Alzo la cabeza y les devuelvo la mirada.

—¿Qué?

Melissa entrecierra los ojos y se inclina hacia mí por encima de la mesa y de su bandeja de comida.

—¿Desde cuándo nos animas tú a salir con chicos?

¡Pillada!

—No sé... —Intento desviar la mirada—. No me parece que sea un chico de la L.N.G.

Melissa bufa.

—Por supuesto que no entra dentro de la Lista Negra de Gal. Ni que fuera *stripper*...

—¿Quién sabe...? —comenta Gal por lo bajo.

Melissa la fulmina con la mirada y yo me río.

—Vamos, vamos. —Intento conciliar—. No me parece mal chico. Por eso te animo a que salgas con él.

—¿Y tú? —inquiere Melissa; ¿cómo hace para saltar así como así de tema?—. ¿No vas a salir con nadie hoy?

Ay, ay, ay... No sé mentir... No sé mentir...

—Eh... Esto...

—Sí —dice una voz a mi lado, sorprendiéndome.

Me giro y veo a Jonathan, muy muy muy serio.

—Va a salir conmigo. ¿Verdad, Keira?

—¿¡Cómo!? —exclaman Gal y Melissa a la vez.

Ahora la cafetería al completo sí que está pendiente de nosotras. Intento hundirme en la silla y desaparecer. Tierra, trágame y escúpeme en la playa, por favor...

Jonathan se sienta a mi lado.

—Pero hoy no —puntualiza, consiguiendo que estas dos se calmen y los demás sigan pendientes de sus propias conversaciones—. Hoy va a venir a mi casa a ayudarme con unos apuntes, ¿a que sí?

No me arriesgo y le sigo el juego tan rápido como puedo.

—Sí, sí, claro —asiento, sonriendo y sintiendo los ojos de Elian fijos en mí.

Socorro...

Gracias al cielo, no tenemos clase a última hora y nos podemos ir antes a casa. Mientras recogemos todo, me giro hacia Jonathan y le pongo una mano en el brazo para captar su atención. Me mira, sorprendido, y yo trago saliva. He guardado silencio desde que terminamos de comer. Ya es hora de que averigüe qué demonios está pasando aquí.

—¿Por qué has mentido? —pregunto en voz baja para que nadie más se entere de nuestra conversación.

Menos mal que Elian no está en esta clase. Jonathan suspira y se encoge de hombros.

—No pienso dejar que Elian se aproveche de ti tan fácilmente —contesta, dejándome helada.

—¿Aprovecharse? —repito, nerviosa.

—Sí. —Jonathan vuelve a mirarme mientras se cuelga la mochila a la espalda, de un solo hombro—. Conozco a Elian bastante más que el resto. No ha habido una sola chica que no haya acabado mal por culpa de él. Y tú eres mi amiga, no voy a dejar que te haga lo mismo.

Sus ojos destilan decisión. Siento que el corazón se me encoge.

—Creía que estabas enfadado conmigo...

—Contigo, no. Conmigo mismo. Por no haber sido capaz de prever esto.

—Ah... —¿Qué más debería decir?—. Entonces... ¿Amigos?

Le tiendo la mano derecha con timidez. Si me rechaza, no sé lo que haré.

—Amigos —responde, estrechándome la mano y agarrándome con fuerza.

Yo sonrío, aliviada. Por fin, un problema menos. No sé si debería preguntar de qué conoce a Elian. Tal vez lo mejor sería dejarlo pasar un poco. Ahora mismo, lo que más intrigada me tiene es lo que me ha dicho Jonathan. Pienso comprobar esta tarde si él está equivocado... o no.

Capítulo 8

Salgo de la universidad a paso ligero. Son las cinco y media y he quedado a las siete con Elian en la puerta del parque. Estoy nerviosa. Las palabras de Jonathan me han sentado como un jarro de agua fría. Ya *sabía* que Elian había estado con muchas chicas y que, muy probablemente, todas siguieran babeando por él. Sin embargo, que Jonathan me confirmara aquello solo aumentaba mi preocupación. Aun así, no pienso echarme atrás. Quiero comprobar si lo que Jonathan me ha dicho es cierto. También está el punto de que él conozca a Elian desde antes, pero me temo que eso va a tener que esperar. Tengo poco tiempo para ducharme, vestirme y salir hacia el parque.

Por suerte, no me tropiezo con nadie y llego al apartamento antes que Melissa y Gal. Mucho mejor. Tiro el maletín encima de mi cama, cojo una falda y una blusa, me hago con la ropa interior y me meto a toda prisa en el cuarto de baño. Media hora después, estoy duchada, vestida y arreglada. Salgo hacia mi habitación. Por el camino, echo la ropa sucia de hoy en el bombo que hay junto a la cocina. En ese instante, oigo que alguien mete las llaves en la puerta de entrada y yo salgo corriendo hacia mi cuarto. Me niego a que Melissa y Gal me entretengan. Son las seis y media.

—Keirita —canturrea Melissa—, ya estamos aquí.

—¡Vale! —respondo, metiendo lo necesario en un bolso: móvil, cartera, llaves y paquete de pañuelitos (por si este encuentro acaba en desgracia).

—¿Dónde estás? —Oigo que pregunta Mel, enfilando el pasillo.

—En mi habitación.

Melissa abre la puerta y ahoga un gritito de emoción al verme. Suelto un suspiro cansado y me vuelvo hacia ella poniendo los ojos en blanco.

—Ni un comentario —le aviso.

—Esa frase es mía. —Escucho la voz de Gal por detrás de Melissa.

Veo que se apoya en el marco de la puerta y se cruza de brazos. Me observa con ojo crítico y, finalmente, asiente.

—Esa falda es de vieja, pero como vas a estudiar... —comenta, sonriendo de forma afilada.

Trago saliva y me río.

—Claro. No tengo ninguna intención de ligar con Jonathan.

—Por supuesto —asiente Gal—. Porque no hay nadie que te interese, ¿verdad? —Niego con la cabeza, tratando de desviar la mirada—. Aunque me parece que sí hay alguien bastante interesado en ti.

Ay, madre mía de mi vida...

—¿Quién? —pregunto, haciéndome la tonta.

Melissa ríe por lo bajo y le da un golpecito a Gal en el brazo.

—No seas mala, Gal. Ya sabes que Keira es muy cortita para esas cosas.

—Sí, ya... —responde Gal, en absoluto convencida.

Melissa avanza hacia mí y me entrega el bolso, que me esperaba en el escritorio.

—Vete, anda. Vas a llegar tarde.

Abro mucho los ojos, sorprendida. ¿Desde cuándo mi amiga cambia de tema tan radicalmente?

—Va... Vale...

—Y no te preocupes por nosotras ni por la cena, ¿sí? —añade, agarrándome por los hombros y obligándome a salir de mi habitación—. Estaremos bien. Nos pediremos algo.

Intento girarme hacia ella, pero me lo impide. Maldita sea.

—Estaré aquí para la hora de la cena, lo prometo —les aseguro, atravesando el umbral de la puerta del apartamento.

—Claro, claro. —Me sonríe Melissa demasiado amable—. ¡Hasta luego!

Gal, a su espalda, levanta la mano y se despide de mí sin una sola palabra, aunque con el brillo de la diversión pintado en los ojos. Sé bien lo que está pensando y no sirve de nada intentar contradecirla, así que me doy media vuelta y me despido de ellas. No obstante, antes de entrar en el ascensor, escucho la voz de Gal al fondo del pasillo:

—Diviértete..., pero no demasiado.

Me pongo roja como un tomate y me giro para responderle, pero ya es tarde. La puerta del apartamento está cerrada y el ascensor me espera. Suspiro de nuevo y miro el reloj que llevo en la muñeca. Las siete menos cuarto. ¡Mierda!

***

Llego al parque dos minutos antes de que den las siete. Me apoyo sobre la verja que separa el recinto del resto de la calle para recuperar el aliento. No he corrido tanto en todos los días de mi vida, ni siquiera en las clases de gimnasia en el instituto. Ni Usain Bolt. Tras unos segundos, me enderezo y le doy la espalda al enrejado para observar la calle. No veo a Elian por ninguna parte. Miro el reloj de nuevo. Ya son las siete. ¿Dónde está?

Tras unos minutos esperando, justo cuando estoy a punto de marcharme porque creo que me ha dado plantón, veo sus ojos azules mirándome desde el otro lado de la calle. Frunzo el ceño y me predispongo a echarle una buena bronca por llegar tarde. Veo que sonríe y cruza sin mirar a ningún lado más que a mí. Un coche está a punto de atropellarlo, pero parece que a él le da exactamente igual. Será imprudente...

—¿Llevas mucho esperándome? —me dice en cuanto llega a mi altura; ni un «hola» ni nada, muy bonito.

Gruño por lo bajo con mis ojos clavados en él. Espero que esté captando el enfado que tengo encima.

—Odio la impuntualidad —lo riño, apretando los dientes—. Me he metido el turbo y me he convertido en un cohete para llegar aquí a tiempo. Y tú llegas tarde y te quedas tan tranquilo. Ala.

Elian se echa a reír y, antes de que pueda evitarlo, me pasa un brazo por encima de los hombros y me pega a él.

—No te enfades, anda —me dice cuando consigue parar de reírse—. He tenido que solucionar un problema en casa antes de venir. Por eso he llegado tarde.

—Sí, claro, eso se lo dirás a todas —repongo, mirando hacia otro lado, pero sin quitarme de debajo de su brazo.

Noto que Elian me mira fijamente, pero yo me mantengo en mis trece. Oigo que suspira.

—¿Vas a estar enfadada conmigo todo el rato? —me pregunta con cansancio en la voz.

Respiro hondo y me giro hacia él.

—No —respondo, muy a mi pesar.

Él parece aliviado, pero no sonríe.

—¿Sigues queriendo estar hoy conmigo?

Me muerdo el labio inferior. Me da miedo responder.

—Sí —digo finalmente. Es mejor ser sincera.

—Gracias. —Sonríe, pero no con la sonrisa de autosuficiencia que me muestra en la universidad, sino esa en la que pareces ver un poco de su auténtico yo—. Bueno, ¿vamos? —Me señala el parque, y yo asiento.

Entramos en el recinto verde vallado. Hay árboles por todas partes y, entre ellos, varios merenderos con mesas y bancos de madera. Hay niños jugando desperdigados por el parque. Conforme avanzamos, veo que el parque está dividido por varios senderos como por el que estamos caminando. A ambos lados hay matorrales, árboles y familias. Descubro un par de pequeñas construcciones donde hay asentada alguna que otra cafetería o un pequeño bar. También veo que hay un par de puestos donde venden bebidas, dulces y helados. Al pasar junto a uno de ellos, atisbo una máquina para hacer granizadas de limón y se me hace la boca agua.

—¿Quieres una? —Oigo la voz de Elian junto a mi oreja.

Giro mi cabeza hacia él de sopetón, sorprendida, y me encuentro con su cara a pocos centímetros de la mía. Carraspeo y me alejo un poco.

—No, no hace falta —rechazo; me niego a que me invite a nada.

Elian sonríe.

—Por más que me digas que no, sé que sí —me suelta y se aleja de mí en dirección al puesto—. Ahora vengo.

No sirve de nada protestar, ya ha llegado al puesto y está pidiendo una granizada para mí y otra para él. Mientras espero, me fijo en él. Va vestido con unos vaqueros azul oscuros y una camisa blanca. Sobre la camisa, lleva un chalequillo negro que resalta el azul de sus ojos. Me doy cuenta de que algunas chicas que pasan por su lado se quedan mirándolo e, inevitablemente, siento una pizca de celos.

Estoy segura de que Elian ha tenido el doble de citas que yo. Puedo darme cuenta de ello por la soltura que tiene al agarrarme o al hablarme. No le da miedo meter la pata. Es el dios Elian, ¿por qué habría de tenerlo? Puede arreglar todo lo que haya estropeado, siempre que le convenga. Eso me hace preguntarme si, en el caso de hacerme daño, volvería a mí para intentar consolarme y arreglar..., bueno, lo que sea que tengamos ahora mismo, que no sé si es amistad o... yo qué sé.

Elian se da la vuelta con las dos bebidas y me pilla observándolo. No obstante, esta vez no me pongo roja cuando me sonríe con esa sonrisa arrebatadora y me entrega la limonada.

—Gracias —murmuro, ensimismada.

Elian le da un sorbo a la suya y se inclina hacia mí. Ahora no solo huele como normalmente, sino que huele a champú y a limón. Dios.

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? —Abro más los ojos, sorprendida.

—Tienes esa cara de «me estoy rayando y no sé cómo dejar de rayarme» que pones cada vez que me miras.

Desvío los ojos. Ahora sí que me sonrojo.

—No, no es nada.

Elian no insiste, sino que vuelve a pasarme el brazo por encima y tira de nuevo hacia mí para seguir andando.

—Como quieras —farfulla con la cañita metida en la boca para seguir bebiendo—. He llegado a una conclusión contigo.

—Ah, ¿sí? —pregunto, anonadada.

—Sí —confirma—. No voy a seguir preguntándote si no quieres decirme algo. Te cierras en banda y no quiero que estés así conmigo. Así que, nada de insistir.

—Vaya... —Esto sí que es una novedad.

Elian me guiña un ojo, pero no añade nada más.

—Aunque —apunta tras unos segundos en silencio— si no sé lo que te pasa, no puedo intentar ayudarte.

—¿A pesar de ser un desastre? —bromeo, tratando de suavizar el ambiente.

Lo consigo. Elian se ríe.

—Sí, a pesar de eso.

Le devuelvo la sonrisa y siento que los hombros se me destensan un poco. Esto no está tan mal. Seguramente las otras chicas con las que ha estado no dejaban de parlotear y de molestarlo. Como Corinna. Nunca se da cuenta de que Elian se cansa de escucharla y empieza a ignorarla.

—¿En qué piensas? —me pregunta entonces, encaminándonos a un banco frente a un lago lleno de patos.

Me siento junto a él y le doy otro sorbo a mi granizada. ¡Qué fresquita!

—Pues la verdad —empiezo a decir—, estoy pensando en Corinna.

Je, he pillado a Elian desprevenido.

—¿En Corinna? —repite—. ¿Qué pinta ella aquí?

Me río un poco y me encojo de hombros.

—Bueno —vale, ahora no tengo excusa; quería sorprenderlo, no responder a eso...—, parece que os lleváis muy bien, ¿no? Es decir... Me da la impresión de que os conocéis desde hace tiempo.

—Sí —dice Elian casi al momento, bebiendo—. Estábamos en el mismo instituto. Tardé un año más en meterme en la universidad por ella. Estaba enferma y decidí esperarla para empezar juntos la carrera.

—Ah... Entiendo.

Elian sonríe un poco y se inclina hacia mí.

—¿Te estás poniendo celosa de ella?

—¿Qué? Para nada —digo con rotundidad—. Solo me ha llamado la atención. Cada vez que te miro, no pareces estar interesado en lo que te cuenta.

—Vaya, ¿me miras? —inquiere, acercándose más a mí.

Trato de alejarme, pero ya estoy en el borde del banco. Si doy un saltito más a la izquierda, me caigo.

—Como a todo el mundo —me excuso, aunque me vacila un poco la voz, lo cual hace sonreír aún más a Elian—. Además, tengo una teoría respecto a ella y a ti.

—¿En serio? —pregunta, divertido—. Cuenta.

—Pues... —Fijo mis ojos en el reflejo de los patos en el agua; el sol ya se está escondiendo—. Me parece que tú le pediste que se sentara junto a Jonathan para que yo pudiera sentarme a tu lado el otro día, en clase.

—¿Y por qué debería haberle pedido yo eso?

—¡Y yo qué sé! Tú eres la mente diabólica, no yo. —Elian se echa a reír—. Eres un acosador nato. Te has dedicado a perseguirme desde el día de la presentación. Así que lo único que me cuadra es eso, porque antes no había visto a Corinna interesada en Jonathan.

—Y tú sí lo estás, ¿no? —pregunta, sonriente, aunque la alegría y la diversión han desaparecido de sus ojos.

Esto está tomando un cariz que no me gusta nada...

—No —respondo de inmediato, seca—. Es mi amigo. Nada más.

Elian bufa.

—No creo que él piense lo mismo.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunto, encarándolo—. ¿Qué te hace pensar que Jonathan piensa en mí de otra forma? Ilumíname, porque a mí no me lo parece y tú eres la tercera persona que me dice lo mismo. ¿Qué es lo que me estoy perdiendo, a ver?

Elian levanta las dos manos, serio.

—Tranquila, ¿vale? Es solo una idea, nada más. —Trato de relajarme; apenas

lo consigo—. Pero si ya somos tres quienes lo decimos, tal vez deberías prestar más atención, ¿no?

—Pues mira, no. Porque eso tal vez le dé falsas esperanzas a Jonathan.

—Entonces, dado que tú me estás prestando más atención que a él, yo debería pensar que quieres algo conmigo, ¿no? Por esa regla de tres...

Ahogo un jadeo, anonadada. ¿Cómo hemos llegado a este tema?

—Me parece que se te está subiendo la fama a la cabeza otra vez... —digo, poniéndome en pie y paseando un poco para liberar tensiones.

—Y yo creo que no quieres admitir que te gusto —insiste, cruzando una pierna sobre otra y abriendo los brazos para cubrir todo el respaldo del banco—. ¿Por qué, sencillamente, no lo dices?

—¡Porque estaría mintiendo! —estallo; la gente que pasa cerca de nosotros nos mira, pero ahora mismo me da igual. Elian me ha sacado de mis casillas, se está cargando la... cita...

—¿Seguro? —Descruza las piernas y se pone en pie—. Bien, hagamos una prueba. Si te beso y huyes de mí, significa que estarás diciendo la verdad. Pero, si te beso y te dejas, me habrás mentido.

—¿Cómo? —Abro los ojos al máximo; esto es el colmo—. Ja, ni hablar. —Doy un paso hacia atrás—. No pienso dejar que me beses.

Elian clava sus ojos azules en mí, como si fuera un depredador, y sonríe. Esa sonrisa no me gusta. Me da miedo, me pone nerviosa y hace que me asuste de los impulsos que me hace sentir.

—Si te niegas, me estarás dando la razón... —murmura sin dejar de dar pasos en mi dirección.

Me topo a mi espalda con la barandilla que da hacia el lago y miro de reojo hacia atrás. La gente sigue paseando junto a nosotros, ahora sin prestarnos demasiada atención. Creerán que esta es una pelea de enamorados y no se meterán en asuntos que no les atañen.

—Me da igual lo que pienses —farfullo, nerviosa—. No podrías gustarme nunca.

Esas palabras parecen tener un efecto instantáneo en él, porque se para a un palmo de mí con la cara desencajada. Tiene los ojos azules muy abiertos y la boca entreabierta. El viento le revuelve el pelo, despeinándolo. Ya hace frío y yo me he olvidado de coger una rebeca. Aunque ahora mismo estoy que me aso de calor; no solo por la presencia cercana de Elian, sino por la discusión.

—Si en algún momento tuve la esperanza de que dejarás de ser un capullo —añado—, acabas de aplastarla.

Elian da un paso hacia atrás, como si le hubiera dado una patada en el

estómago.

—Keira...

—No tienes ningún derecho para evaluar mi relación con Jonathan. No tienes ningún derecho para decidir lo que siento o no por ti. —Al ver que cojo ventaja sobre él, acerco mi rostro al suyo y clavo mis ojos en los suyos azules—. No eres el centro del mundo, Elian. Y yo no soy como las demás. Recuerda eso antes de venirme de nuevo con tus jueguecitos.

Y sin darle lugar a reproches, me alejo y lo rodeo para recorrer de nuevo el camino de antes y salir del parque a toda prisa, antes de que se dé cuenta de que estoy llorando y que acabo de sufrir un mazazo en toda regla. Me había hecho ilusiones de poder cambiar esa faceta suya de ligón y engreído, pero acabo de darme cuenta de que eso es imposible. Así que es mejor que rompa mi promesa y olvide cómo se ha portado conmigo antes de que su yo egoísta se alzara de nuevo entre las sombras. Es lo mejor para mí. Sí. Es lo mejor.

Capítulo 9

Cuando llego a la entrada del parque, me echo a un lado para dejar que la gente pase sin empujarme. Y no sé si será cuestión de karma, destino o como queráis llamarle (en mi caso, ironía), pero en cuanto alzo la cabeza para mirar hacia la calle, lo único que veo paseando en dirección al parque son parejas. Altas, bajas, homosexuales, heterosexuales... ¡Hasta de niños pequeños! Por un momento, creo que estoy loca y estoy sufriendo alucinaciones. Pero no. Parece como si el mundo quisiera reírse en mi cara después del final espantoso de mi cita con Elian. Porque sí, ha sido una cita, la peor de la historia de las citas.

Suspiro y me atrevo a mirar por encima de mi hombro. Elian no me sigue y no estoy segura de si debería alegrarme o no. Sea como sea, necesito irme de allí. Tengo unas ganas de llorar de frustración que ni yo misma me aguanto, pero no. Me niego a que salga ni una sola de mis lágrimas. Él no merece que llore por su culpa. No... No... Y no. Trago saliva con fuerza y me enderezo, secándome los ojos con el dorso de una mano, de manera que acaba pintada de negro por culpa del poco rímel que decidí ponerme. Estúpida de mí.

Siento como si la voz de Jonathan se cerniera sobre mi cabeza y me dijera eso de «te lo dije». La cara asombrada de Melissa aparece entre mis pensamientos. Gal no parece estar afectada por nada de esto; al contrario, parece feliz de que mi cita con Elian haya sido un fracaso monumental. ¿Por qué? Ya lo dijo Melissa, ¿no? A Gal le gusta Elian. Mis neuronas crean una película dramática en la que Gal se deshace de mí a base de putadas para poder quedarse con Elian, mientras que Melissa se aparta de todos y Jonathan acaba siendo mi

pañuelo consolador.

Lo sé, debería dejar de ver telenovelas.

Sea como fuere, no quiero volver aún a casa. Apenas son las ocho y cuarto. Sé que queda poco para que tenga que abrir la puerta del apartamento y enfrentarme al interrogatorio de Melissa mientras preparo la cena. Pero no quiero ir todavía. Necesito desahogarme con alguien que no conozca mi pasado desastroso con los hombres. Y, aunque sé que me expongo a sus duras críticas, Jonathan es el único que cumple con esa descripción..., sobre todo porque no conozco a nadie más aquí que pueda ayudarme. Así que, con un suspiro de resignación, saco el móvil del bolso, desbloqueo la pantalla táctil y busco su número en mi escueta agenda. Lo encuentro al poco y pulso sobre su nombre para llamarlo. Respiro hondo y me llevo el teléfono a la oreja. Un pitido. Dos pitidos. Tres pitidos. Estoy a punto de colgar con el cuarto pitido cuando escucho cómo alguien descuelga al otro lado de la línea.

—¿Diga? —Oigo la voz de Jonathan.

No puedo evitar sonreír. Es un alivio que me haya cogido el teléfono.

—Hola —saludo con timidez; no quiero que piense que lo necesito solo para consolarme..., aunque sea en parte verdad—. Soy Keira.

—¿Qué te pasa? —pregunta al instante, cambiando el tono de voz de despreocupado a preocupado. Je—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —me apresuro a contestarle—. Bueno... En realidad, necesito hablar con alguien...

—¿No estás con Elian?

Echo la mirada al cielo. Ay...

—No —digo a mi pesar—. Él me ha... Bueno...

—¿Te ha hecho daño? Mira que si te ha puesto una mano encima le voy a...

—No, no es eso —lo interrumpo, sorprendida; no conocía esa faceta de Jonathan—. Es que no congeniamos muy bien —suspiro y me muerdo el labio inferior—. Tú tenías razón. No debí fiarme de él.

—Ya... —me dice, como si no quisiera echarme en cara el «te lo dije».

—Así que... En fin... No tengo muchas ganas de ir a casa todavía, Melissa debe de haber preparado una hoja con cien preguntas al respecto —intento bromear, pero no me sale muy bien.

—Y quieres ir a dar una vuelta, ¿no? —adivina; este chico da miedo, en serio.

—Sí —admito, derrotada—. Entenderé que no te apetezca salir ahora. —Miro el reloj de mi muñeca—. Es tarde y seguro que tienes planes que...

—¿Dónde nos vemos? —me corta, dejándome congelada; ¿va en serio?

—¿Cómo? —pregunto y no precisamente porque no me haya enterado.

—Que dónde nos vemos —me repite—. Si me has llamado, es por algo. Y ya te dije que quiero ayudarte si me necesitas. ¿Dónde nos vemos?

Tardo unos segundos en reaccionar. No esperaba que me dijera eso. Pensaba que tendría que rogar y rogar para que me concediera un minuto de su valioso tiempo.

—Pues... Yendo hacia aquí he visto una cafetería bastante bonita. Nunca he entrado. ¿Te parece que nos veamos en la misma entrada del parque?

—De acuerdo. Dame diez minutos.

—Vale...

Y cuelga sin decir nada más. Miro a ambos lados y veo que hay unos pequeños asientos de hierro forjado en la misma entrada del parque. Ando hacia allí y me siento en uno de ellos a esperar. Dejo la mente en blanco. Prefiero entretenerme viendo cómo las hormigas que hay a mis pies llevan la comida al hormiguero para aprovisionarse para el invierno. No me doy cuenta de que han pasado diez minutos hasta que veo unos pies frente a mis ojos, cubiertos por unos botines desgastados y unos pantalones marrones. Levanto la cara y me encuentro los ojos castaños de Jonathan enmarcados por su pelo rubio. Ha anochecido y ni me he dado cuenta.

—Hola —saludo, esbozando una sonrisa triste—. Siento haberte molestado.

Él niega, me sonríe y me tiende una mano para ayudarme a levantarme. Sería extraño pensar en el sentido literal y metafórico de la acción. No, prefiero no rayarme con eso. Acepto la mano y me pongo en pie. Veo que me recorre con los ojos y yo me remuevo, incómoda. Cuando termina con su escaneo, vuelve a mirarme a la cara y chasquea la lengua.

—Ese tío es un imbécil —comenta—. ¿Nos vamos?

Yo asiento sin decir ni una palabra y ambos salimos del parque en silencio. Lo guío por la avenida hasta llegar a una cafetería que cae de esquina. Es un lugar coqueto, con las mesas y las sillas de madera aglomerada de color oscuro y lámparas de pie en el centro de cada mesa. Hay una barra que cubre la esquina del fondo izquierda. Las paredes están recubiertas con papel pintado en tonos rosa, crudo y marrón chocolate. Me encanta. Jonathan me abre la puerta y me deja pasar primero. Espero a que él entre para elegir una mesa.

Nos sentamos en una que está cerca de uno de los ventanales que hacen las veces de pared. Nos miramos mutuamente en silencio, sin saber bien qué decir ni cómo empezar. Me siento extrañamente tímida ante él. Es como si estuviera delante de un hermano menor imaginario que tiene que consolar a su hermana mayor imaginaria. Siempre me ha dado la impresión de que era yo quien lo cohibía a él, pero ahora siento que es al revés, como si esos ojos marrones

pudieran ver a través de mí. Es un poco extraño, pero igualmente reconfortante. Siento como si pudiera hablar de cualquier cosa con Jonathan, aunque ahora mismo no sé por dónde empezar, la verdad.

Una camarera nos atiende y los dos pedimos un café con un dulce. La muchacha se queda mirando a Jonathan más tiempo de lo necesario, pero él tiene los ojos fijos en mí, ignorándola deliberadamente. Por suerte se da cuenta de que no tiene nada más que hacer allí y se marcha, haciendo un puchero. Entonces, Jonathan pone las manos entrelazadas sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—Si estás esperando a que adivine lo que ha pasado, te advierto que te vas a hartar de esperar. —Y sonríe; ah, claro, es una broma.

Me río por lo bajo y siento como si me quitara un peso de encima que no me dejaba respirar bien.

—Ha sido un desastre —admito finalmente—. Ha llegado tarde, empezando por ahí.

—Ah, sí, odias la impuntualidad —comenta sin dejar de sonreír a modo conciliador.

—Exacto. Hemos empezado a andar por el parque en silencio.

—Sí, como nosotros hace un minuto.

—Eso es. —Me río—. Luego hemos empezado a hablar. Me ha invitado a una limonada y nos hemos sentado en un banco. Y... —Dejo de sonreír—. Hemos empezado a hablar de ti.

Jonathan borra la sonrisa también y frunce el ceño.

—¿De mí? —asiento, confirmándole lo que le acabo de decir—. ¿Qué habéis hablado?

—Bueno... Ha insinuado que tú me gustas o que yo te gusto —empiezo a hablar muy rápido, porque veo que Jonathan se está sonrojando; normal, le estoy haciendo pasar un mal rato, cuanto antes acabe, mejor—. Y luego ha terminado diciendo que le presto más atención a él que a ti y que por eso me gusta. Y como yo le he dicho que nada de eso es así, ha insistido en hacer una prueba. Que si me besaba y salía huyendo, no querría nada con él... Pero si me quedaba, era porque realmente me gustaba y...

—Espera, espera, espera. —Me para, levantando las manos.

En ese momento llega la camarera con nuestros pedidos. Le pagamos en silencio y esperamos a que se marche. Otra vez tiene los ojos fijos en Jonathan y eso me molesta. Me dedica una mirada de superioridad. Ja, esta se cree que estamos saliendo y que está discutiendo conmigo. Oh, cómo me gustaría coger la taza con mi café y estampársela en...

—Keira. —Escucho la voz de Jonathan que me devuelve a la realidad.

La camarera ya se ha ido y él parece a punto de levantarse y reventar la mesa.

—¿Qué coño es eso de que iba a besarte? —pregunta, violento.

Me echo un poco hacia atrás en mi asiento, sorprendida. Jonathan se ha enfadado. Se ha enfadado de verdad, no como cuando pasaba de mí esta semana y no me respondía cuando le hablaba. No. Hablo de un enojo diferente, de ese que sientes cuando quieres romperle la cara a alguien. De ese hablo. Vaya, me estoy volviendo muy violenta.

—Es... —intento hablar—. Es una tontería suya... Como comprenderás, no dejé que hiciera eso. Me niego a que me bese ese parásito.

—¿Te iba a obligar? —pregunta, apretando los dientes y cerrando las manos en torno a su taza. Si aprieta un poco más, fijo que la rompe.

No sé qué responder. Me da miedo cómo pueda reaccionar, pero a estas alturas de la conversación, no puedo negarle lo que es obvio.

—Sí —respondo finalmente en voz baja, agachando la cabeza—. Le dejé bien claro que jamás podría enamorarme de él y que yo no soy una más de las que caen en sus redes. Me fui y lo dejé plantado en el estanque.

Noto que la presión de las manos de Jonathan sobre la mesa se relaja. Me atrevo a levantar la mirada y a observarlo por encima de mis pestañas. Está más relajado, aunque sigue frunciendo el ceño, molesto. No sé bien qué está pasando. Entiendo que se enfade y que quiera matarlo, pero no esperaba que se fuera a poner así. Me ha sorprendido y me ha dado un poco de miedo al mismo tiempo. No parece una persona violenta. Ha aguantado las pullas de Elian estoicamente, sin inmutarse siquiera. ¿Por qué ahora se ha cabreado tanto?

Jonathan parece captar mis ojos fijos en él y relaja la expresión.

—Lo siento —se disculpa, más calmado—. No quería ponerme así. Lo siento.

—No te preocupes —digo casi al momento—. No es santo de tu devoción.

—No —asiente—. No lo es, me da igual lo que haga con su vida, pero que te meta a ti en esas gilipolleces me parece lo más rastrero que ha hecho nunca.

—Ah... —agrego simplemente, como si eso lo resolviera todo—. Pero ya está todo bien. —Me atrevo a levantar una mano y a cogerle las suyas para apretárselas con cariño, gesto que hace que le vuelva el color rojo a las mejillas —. Gracias por no dejarme sola y por escucharme. De verdad, te lo agradezco mucho. Tendría que haberte escuchado...

—Eso ya da igual. Más vale tarde que nunca, ¿no? —Y me sonríe de nuevo; ese sí es el Jonathan que conozco—. Tómate el café, anda. Y cómete la galleta. O te aseguro que me la como yo.

Me echo a reír, aliviada, y le hago caso. Me niego a que se coma mi galleta.

No volvemos a tocar el tema. Al salir de la cafetería, insiste en acompañarme al apartamento. La conversación es distendida y me siento tranquila a su lado. Es el bálsamo que cura las heridas de Elian. Al llegar a la puerta, nos despedimos con un abrazo y él se queda allí hasta que me ve cerrar la puerta del edificio. Sé que ahora voy a tener que aguantar los comentarios de Melissa, pero después de la sesión terapéutica con Jonathan, creo que podré soportarlo.

Capítulo 10

Efectivamente, Melissa me molió a preguntas. Las fui esquivando como pude. Por lo menos, el domingo no me dio tanto la tabarra. La noche anterior, Melissa y Gal habían vuelto a salir de fiesta, por lo que las dos estuvieron anestesiadas casi todo el día. Y de nuevo es lunes. De nuevo toca levantarse, arreglarse y marcharse a clase. Melissa y Gal aprovechan la hora que tienen libre para dormir, mientras que yo me voy a la universidad con una idea fija en la mente: ignorar a Elian. Ayer, domingo, llegué a la conclusión de que fui una tonta. Me fijé en él por su físico, pero obvié todas las señales de peligro que me enviaban él y el entorno. Así que, esta vez, no volveré a caer en lo mismo. Es mi tercera semana en la universidad y, a partir de hoy, viviré mi primer año al máximo. Se acabaron los pensamientos hacia Elian y, sobre todo, se acabó el tenerle miedo a sus cambios de humor constantes.

Al salir a la calle, noto que la temperatura ha bajado bastante. El cielo está algo nublado, pero no creo que llueva. Aun así, me arrebujo en la chaqueta que llevo puesta encima de una blusa. Comienzo a andar calle abajo junto con mis compañeros. La mayoría van en parejas o en grupos, pero a mí me gusta ir sola. Me da tiempo a despertarme del todo y a disfrutar de los momentos previos a la primera clase. Sin embargo, al llegar a la entrada, me fijo en dos figuras en concreto. Cada uno está apoyado en una pared de la entrada, los dos tienen los brazos cruzados y ambos se retan con la mirada y el ceño fruncido. De hecho, casi puedo llegar a ver la descarga eléctrica que surge entre ambos.

Me muerdo el labio inferior. No me hace falta acercarme más para saber

quiénes son los que se están matando con la mirada. Respiro hondo y trago saliva con fuerza. Ay, Dios mío, dame coraje. Sacudo la cabeza y alzo la barbilla. Retomo mi camino en dirección a la entrada y, cuando parece que voy a meterme en el campus, giro hacia la derecha y me voy directa hacia Jonathan. Él, al darse cuenta de quién soy, deja de mirar a Elian y relaja la postura. Me sonríe.

—Buenos días —me saluda, jovial, como si antes no hubiera estado a punto de tirarse al cuello del otro.

Me dispongo entre los dos y me inclino hacia Jonathan.

—¿Qué está pasando? —susurro, tratando de ignorar los murmullos que hay a mi alrededor.

Jonathan bufa.

—Nada, no te preocupes. —Me coge del brazo y tira de mí hacia dentro—. Vamos, anda.

Quiero protestar, pero el agarre de Jonathan es firme y me obliga a entrar en el campus. Caminamos juntos en silencio hasta el aula, donde nos sentamos en nuestros asientos habituales, en la penúltima fila. En cuanto estamos ubicados, me giro hacia él, decidida. Mi plan se ha ido al carajo.

—¿Se puede saber qué demonios estaba pasando ahí fuera? —exijo saber, nerviosa—. Parecíais dos perros marcando terreno.

—¿Yo era un *golden retriever*? —pregunta Jonathan, intentando quitarle hierro al asunto.

Alzo una ceja, molesta.

—Jonathan, por favor —suspiro, pellizcándome el puente de la nariz—. No quiero seguir con el tema «Elian» en lo que me queda de año. No, más aún, en lo que queda de carrera. Así que, por favor, déjalo estar.

—¿Cómo quieres que lo deje estar? Es un pervertido, te acosó...

—No llegó a tocarme —le recuerdo—. Ignóralo, por favor.

Jonathan pone los ojos en blanco y suspira.

—Eso va a ser difícil... —comenta en voz baja, sacando los materiales de su mochila.

Me inclino hacia él, de manera que cuando se gira hacia mí, nuestras caras quedan a pocos centímetros de distancia.

—Eh... —tartamudea Jonathan, sonrojándose y abriendo los ojos al máximo.

—¿Por qué has dicho eso? —pregunto, pasando olímpicamente de la situación en la que nos encontramos.

—Eh... Esto... Keira...

—¿Y bien? —insisto—. No pienso alejarme hasta que no me lo digas.

Parece que mis palabras lo hacen reaccionar, porque carraspea un poco y

trata de mirar a cualquier lado que no sea mi cara.

—Está en nuestra clase... —farfulla, con los ojos fijos a su derecha—. Está ahí.

Me atrevo a mirar por el rabillo del ojo. Es cierto, está ahí, fulminándonos con esos ojos azules como el hielo, como si realmente le molestara que yo estuviera tan cerca de Jonathan. Bien. Así me gusta. Vuelvo mi mirada hacia mi amigo y cojo aire.

—Sígueme el juego, ¿vale? —susurro, acercándome más a él.

A Jonathan no le da tiempo a protestar, quejarse o intentar evitar lo que sucede. Cubro la distancia que nos separa y junto mis labios con los de él. Dejo de escuchar ruido al instante. El aula se ha quedado en silencio. Cierro los ojos y aprieto mi boca sobre la suya. Finalmente, consigo que deje de estar tan tenso y siento que me devuelve el beso. Noto caer las cosas de Jonathan sobre la mesa y una de sus manos que me coge por la nuca para apretarme más contra él. Disfruto del beso, es dulce, tímido y cálido. Casi parece que le dé vergüenza besarme. Nuestros labios bailan un poco antes de separarse un par de centímetros, lo suficiente para tomar aire.

Solo entonces, abro los ojos y los fijo en Jonathan, que me mira como si fuera la primera vez que me viera.

—Keira... —balbucea; con su palma me sigue agarrando el cuello.

Pongo una de mis manos sobre la suya libre y se la aprieto, sonriéndole.

—Tranquilo, ¿vale? Luego te lo explico todo —murmuro para que nadie se entere salvo él.

Jonathan asiente débilmente con la cabeza. En ese instante, el profesor entra en el aula y se escucha el ruido de las sillas arrastrándose por el suelo. Todos se sientan y yo me giro hacia adelante. Todavía noto el calor de la piel de Jonathan sobre mi boca cuando fijo mis ojos en el profesor y, de reojo, atisbo los ojos de Elian fijos en mí, observándome. Sin embargo, yo me mantengo firme. Espero que, al verme besar a Jonathan, me deje por fin en paz.

***

Por suerte acaban las primeras horas de clase y ya es tiempo de comer. Jonathan no me ha dirigido la palabra en todo el rato y me parece que es porque sigue impresionado. Ahora que por fin hay ruido, es el mejor momento para aclarárselo todo. Me vuelvo hacia él y veo que está ido, viendo sin ver nada en la mesa, con

los brazos sobre las piernas y el pelo rubio cubriéndole parcialmente la cara. Le pongo una mano en el hombro para intentar no asustarlo, pero consigo el efecto contrario. Da un bote y se gira hacia mí, con los ojos como platos y el pecho subiéndole y bajándole con velocidad.

—Lo siento —me disculpo con una sonrisa sincera—. ¿Estás bien?

Jonathan no me responde, solo se queda mirándome. Vale...

—Oye, quería que supieras que siento haberte pillado de improviso antes. Sabía que, si te contaba lo que se me había ocurrido, no querrías colaborar. —Sonrío un poco—. No estarás enfadado, ¿verdad?

Esas últimas palabras crean un cortocircuito en su cabeza y lo hacen negar con fuerza. Suspiro, aliviada, y sonrío un poco más.

—Menos mal. —Me llevo una mano al pecho, más calmada—. Temía que pensaras que te he utilizado o algo así. Te compensaré por el mal rato que te he hecho pasar, ¿vale? —Jonathan asiente levemente, parpadeando por primera vez en varios minutos—. Bien. ¿Nos vamos a comer?

Jonathan vuelve a asentir con la cabeza y, como un autómata, se levanta de su asiento, recoge sus cosas y se va hacia la puerta. Yo lo sigo deprisa y ambos salimos juntos hacia el pasillo. Nos encaminamos hacia la cafetería en medio de murmullos y comentarios. A mí me da igual lo que digan, pero me preocupa lo que pueda sentir o pensar Jonathan. Sé que le gusta tan poco como a mí llamar la atención, aunque ahora mismo a mí no me importe. De hecho, lo que buscaba era eso, que los rumores que se inventen lleguen hasta Elian y, así, me deje tranquila.

Finalmente, llegamos a la cafetería. Veo a Gal y a Melissa ya sentadas en nuestra mesa de siempre. Los dos tomamos asiento. Jonathan sigue callado, metido en sus pensamientos. Solo espero que no siga dándole vueltas a lo de esta mañana. Me da miedo pensar que mi amistad con él se acabe por culpa de eso. Me meto en la conversación de Melissa (o, mejor dicho, monólogo, porque Gal apenas le está prestando atención). Me río con sus comentarios y disfruto de mi comida hasta que, casi al final del almuerzo, veo que Elian viene hacia nosotros como una bala.

Me encojo en mi sitio instintivamente y le doy un par de golpecitos a Jonathan. Él levanta la cabeza de la bandeja y me observa, interrogante.

—Mira —le digo con un hilo de voz.

Elian llega hasta nuestra mesa, decidido. Me mira, me guiña un ojo y me sonríe. Acto seguido, hace lo último que podría esperarme. Si inclina sobre Gal y pega su boca a la de ella. Y de nuevo se hace silencio, aunque esta vez son ellos los protagonistas. Veo que Gal no se mueve de la impresión, pero deja que Elian cierre los ojos y le coma la boca en todo su esplendor. Y así, señoras y señores, es

cómo se venga el karma de mí. Porque, por mucho que me fastidie admitirlo, desearía que ese beso no fuera para ella, sino para mí.

Entonces, tras lo que me parece una eternidad, Elian se separa de ella y le limpia los bordes de los labios con el pulgar. El dios Elian y sus costumbres. Pega su frente a la de ella y fija sus ojos en los de Gal.

—¿Quieres salir conmigo? —le pregunta, en voz lo suficientemente alta como para que se escuche un gritito ahogado en toda la cafetería.

Gal tarda en contestar.

—Sí —dice finalmente con un hilo de voz.

Nuevo gritito ahogado. Creo que esta vez hasta yo he contenido el aliento.

—Perfecto. —Le da un nuevo beso, esta vez más corto, y se aleja de ella—. Te espero a la salida para acompañarte a casa.

—V... Vale... —tartamudea Gal.

Y Elian se va tan pancho, como si lo que ha hecho no hubiera herido sensibilidades ni hubiera destrozado las esperanzas de alguna que otra estudiante estúpida. Y ya no es solo eso. Lo que más me impresiona es ver a Gal desconcertada, perdida y absolutamente abrumada. Vamos, lo que se dice deslumbrada por los encantos del dios Elian, señor de las calamidades amorosas. Porque sí, esto va a desatar una guerra bien grande, aunque lo que me preocupa no es eso, sino no saber de qué tipo. Eso ha sido una venganza en toda regla por mi beso de esta mañana.

Noto a mi lado que Jonathan me tira de la manga de la chaqueta. Me giro hacia él. Creo que estoy pálida, apenas siento que mis pulmones trabajen. Jonathan me observa con preocupación.

—¿Estás bien? —me susurra al oído, las primera palabras que cruza conmigo desde que lo besé.

Veo por el rabillo del ojo que la cafetería ha vuelto a su ritmo y que Melissa ha cogido a Gal por banda. Jonathan ha elegido el momento perfecto para hablarme, justo cuando nadie se da cuenta de que una parte de mí se está rompiendo por dentro.

—Sí —respondo de forma automática.

—¿Seguro? —insiste, cogiéndome las manos—. Si quieres, podemos saltarnos las clases que quedan de hoy. Podemos ir a la cafetería del sábado. ¿De acuerdo?

Eso significaría que huyo, que Elian me ha ganado en esta ronda. No, debo quedarme aquí y aguantar el tirón. Aunque me resulte cien veces peor que pasar mis días de regla en la cama, retorciéndome de dolor. No me extrañaría que se me adelantase el periodo este mes por culpa del estrés.

—No, no. Estoy bien. —Intento sonreírle, pero me sale algo parecido a una

carretera en mal estado, con baches y todo—. Es lo que quería, que dejara de molestarme.

Jonathan alza una ceja.

—¿Estás segura de que ha dejado de hacerlo?

Sé cuál es la respuesta a eso.

—Sí. —Y esta no es la respuesta auténtica, es la que intento meterme en la cabeza a base de pellizcos en el brazo.

Jonathan va a decirme algo, pero entonces suena el reloj central de la universidad y todos debemos volver a clase. Nos despedimos rápidamente de mis amigas y nos dirigimos al aula de Arte y Cultura Prehistórica. Elian no tiene esa clase, lo que me concede una hora y media de relajación y meditación, el tiempo suficiente para enfrentarme luego a una hora y media llena de sus escrutamientos y sonrisas ladinas.

Al llegar a casa, no tengo hambre. Me encierro en mi habitación después de avisar a Melissa de que no me encuentro bien y que se encargue ella de su cena y de la de Gal. No he intercambiado ni una sola palabra con mi amiga rubia. Tarde o temprano tendré que hacerlo, pero hoy no. Hoy ya he llenado el vaso.

Capítulo 11

Los golpes en la puerta de mi habitación no tardan en llegar. Mi despertador ha sonado hace diez minutos y no me he levantado todavía. Estoy segura de que Melissa debe estar preguntándose qué me pasa. Me remuevo en la cama y trato de quedarme dormida de nuevo. Hoy no tengo ganas de ir a clase. No me siento con fuerzas para enfrentarme al rostro de Gal junto al de Elian. Sé lo que me propuse ayer, lo sé, pero estoy de bajón. La regla está a punto de visitarme, y hoy tendría que pasar casi todo el día en el mismo habitáculo que Elian. Sé que Jonathan me va a matar por no ir a clase, pero de verdad que no me siento con fuerzas.

—Keira. —Escucho una voz tras la puerta. Una voz que no es la de Melissa.

Saco la cabeza de debajo de la almohada y miro por encima de mi hombro en dirección a la puerta.

—Keira —repite Gal—. ¿Puedo pasar? —Al ver que no respondo, abre la puerta un poco—. ¿Keira?

—Estoy despierta —digo finalmente en un susurro—. Pasa.

Gal vacila un poco, pero finalmente entra del todo en la habitación y cierra la puerta tras ella.

—¿Y Mel? —pregunto, temiendo su aparición en cualquier momento.

Gal me mira con una mezcla de precaución y pena. ¡No quiero darle pena a nadie!

—Se ha ido ya. Dice que va a desayunar con Sebastian antes de entrar a clase.

—Ah.

Veo que Gal se muerde el labio inferior y yo no puedo dejar de asombrarme. Gal está nerviosa. Nunca la había visto nerviosa. Se retuerce las manos constantemente, parece débil y quejicosa. No sé cómo se supone que tengo que actuar frente a esta nueva Gal.

Saco la mano de debajo de la colcha y le señalo la silla del escritorio.

—Puedes sentarte si quieres.

Gal no se lo piensa mucho. Saca la silla y se sienta en ella con una filigrana. Todo lo que hace está lleno de detalles y florituras, como si su impresionante físico y su carácter ya no llamaran la atención...

—¿Podemos hablar? —pregunta.

¿Me está pidiendo permiso?

—Claro —acepto, no puedo evadir esto más tiempo—. ¿Qué pasa?

—Bueno... —vacila Gal—. Me gustaría hablar de lo que pasó ayer con Elian...

Suspiro y me revuelvo en la cama para sentarme y apoyar la espalda en la pared. Me echo el pelo hacia atrás y cojo la almohada para estrecharla entre mis brazos.

—No tienes que explicarme nada, Gal —le aseguro; lo cierto es que no quiero saber los detalles—. Sé que te gusta Elian, aunque lo hayas negado varias veces. —Gal no me contradice; ay...—. Y él a mí no me gusta, así que...

—Pero ha estado tras de ti todo este tiempo —protesta, acercándose a mí en la silla—. ¿No te ha afectado que estuviera tan cerca de ti? Es decir... Si te gusta, me apartaré, te lo prometo. Entiendo que él se haya fijado en ti antes que en mí y...

—No —la interrumpo—. Ni hablar. Olvídate de lo que haya hecho o dicho hasta ayer al mediodía, ¿de acuerdo? No sé a qué está jugando Elian, así que solo tengo que decirte que tengas mucho cuidado. —Bajo la voz y desvío la mirada; trago saliva con fuerza y respiro hondo—. Solo... ten cuidado, ¿vale? No me fío de él.

—Ni yo —admite Gal con una sonrisa triste—. Pero tengo que intentarlo, ¿no crees?

Me encojo de hombros.

—Supongo.

—Yo lo que no quiero es que te enfades conmigo después del...

Alzo una mano para evitar que siga hablando. Parece que me entiende, porque se calla al instante.

—No estoy enfadada contigo. —Es la verdad y, para demostrárselo, vuelvo a encararla, esta vez con más decisión—. No lo estoy, ¿de acuerdo? Nadie tiene

culpa de nada. Son las acciones de Elian, punto. —Me acerco al borde de la cama y le cojo las dos manos—. Sigo siendo tu amiga y sigo queriéndote. ¿Vale?

Gal se muerde el labio inferior y asiente en silencio.

—Así que puedes irte tranquila a clase, ¿de acuerdo? —intento animarla, sonriéndole.

Gal me devuelve el gesto, pero no parece muy convencida de mi entusiasmo. Sea como sea, no estoy de humor para nada más. Ya la convenceré mañana de que puede estar tranquila y que no me voy a enfadar con ella. Me niego a perder su amistad por culpa de un estúpido.

Gal se levanta de la silla y la pone en su sitio. Sin embargo, se vuelve de nuevo hacia mí con el ceño fruncido.

—¿No vas a ir a clase hoy?

—No —respondo, intentando parecer calmada—. No me encuentro bien. Ya anoche tenía el estómago un poco revuelto.

—Si quieres, puedo quedarme para cuidarte. —Se ofrece.

Vaya, pues sí que Gal está servicial. No puedo evitar sonreír. Gal no es de las que se muestran tal y como son al cien por cien.

—No hace falta. —Desecho la oferta—. Estaré bien. Solo necesito descansar un poco.

—Bueno... Como quieras.

Bien, esa respuesta ya sí es más normal. Le sonrío ampliamente y no le quito la vista de encima hasta que sale de mi cuarto, dejando esta vez la puerta abierta. Pocos minutos después, se despide de mí desde el umbral de mi habitación y sale del apartamento en silencio. Por fin sola.

Suspiro y me levanto de la cama, desganada. Cojo el móvil del escritorio y lo desenchufo del cargador antes de encenderlo. Apenas he introducido el pin cuando veo que Jonathan me está llamando. Miro la hora en la esquina superior derecha. Normal, ya debería estar en la clase. Respiro hondo antes de coger la llamada. Sé que si no le respondo, armará una buena y se presentará aquí reclamando mi vida.

—Buenos días —saludo.

—¿Buenos días? —repite Jonathan—. ¿Dónde demonios estás?

Abro los ojos al máximo, sorprendida. Me siento en la cama.

—En casa.

—¿Y eso por qué?

—Pues... No me encuentro bien del estómago.

Oigo que Jonathan suspira.

—¿Estás sola? —me pregunta, esta vez con más dulzura.

Sonrío a mi pesar.

—Sí. Le he dicho a Gal que vaya a clase sin problema. Puedo apañármelas yo sola.

—¿Estás segura? Mira que si te da por vomitar...

—Jonathan, por Dios. —Río—. Qué asco. Estoy bien, de verdad. Solo necesito reposar un poco y tomar dieta blanda. Nada más. Y eso puedo hacerlo yo solita.

—Uhm... No te creo. Dame quince minutos. Cuando llame, ábreme, por favor, no dejes que me congele allí fuera.

—Pe... Pero...

—Hasta ahora.

Jonathan cuelga antes de que me dé tiempo a protestar. Tengo el tiempo justo para levantarme y adecentarme un poco. Ni siquiera he desayunado. Salgo corriendo de la cama, la aireo un poco y la hago de mala manera. Total, nadie va a entrar aquí. Me cambio el pijama por ropa de estar por casa y dejo la habitación, directa al baño. Me enjuago la boca y me recojo el pelo en un moño mal hecho. Salgo del baño y voy hacia la cocina, donde me preparo unas tostadas rápidas y un café que me reavive por completo.

Justo cuando suelto la taza en el fregadero, suena el timbre. Un minuto después, Jonathan está en la puerta de mi apartamento con cara de circunstancias. Le sonrío y me echo a un lado para que pueda entrar.

—Pasa —lo invito—. Acabo de desayunar, así que tendrás que esperar a que lo recoja todo.

Jonathan entra y yo cierro la puerta.

—No pasa nada —me responde, girándose hacia mí.

Le señalo el sofá del salón con una mano.

—Puedes dejar la mochila allí. Enseguida estoy contigo. ¿Quieres tomar algo? ¿Has desayunado?

Jonathan entrecierra los ojos.

—No pareces estar muy enferma —comenta, acercándose a mí y estudiándome con esos ojos marrones tan avispados que tiene—. Es más, yo diría que hasta pareces la misma Keira de siempre.

Me encojo de hombros y doy media vuelta para entrar de nuevo en la cocina. Me niego a responder nada ahora mismo. Oigo que deja la mochila en el suelo junto al tabique de la cocina y entra conmigo allí.

—Ya puedes ir explicándome lo que te pasa —insiste Jonathan—, porque no me creo que te duela el estómago.

—Yo no he dicho que me duela —repongo mientras enjuago la taza del café y

el plato de las tostadas—. Solo he dicho que me molesta. Lo tengo revuelto.

—Ya.

—No te estoy mintiendo —intento convencerlo al tiempo que lo seco todo con un paño—. Aunque también es verdad que hoy no tenía ganas de ir a clase.

—Eso ya me cuadra más. —Me giro hacia él y veo que está sonriéndome—. Termina de hacer eso, anda. Quiero hablar de algo contigo.

Lo miro, interrogante.

—¿De qué?

—En el salón —sentencia sin derecho a protesta.

Suspiro y le hago caso. En cuanto está todo recogido, ambos nos vamos a la estancia . Yo me siento en el sofá y Jonathan ocupa el único sillón que hay que en el lugar, junto al sofá, formando un ángulo de noventa grados. Me acomodo sobre la tela y cojo un cojín para estrecharlo entre mis brazos. Estoy nerviosa. Temo por lo que pueda decir. Hay tantas cosas de las que querría hablar que no sé ni qué estrategia seguir.

Veo que Jonathan también está nervioso. Se retuerce el bajo de su chaqueta con las dos manos y me mira con cierto reparo. Dios, esto debe ser peor de lo que pienso...

—A ver... —empieza a decir poco a poco—. Yo quería que... aclarásemos un poco lo que... pasó... ayer por la mañana.

—Oh.

Vale. Esta era una de las cosas que estaba segura de que querría hablar conmigo. Y es normal. A ver, ninguna amiga se te lanza de improviso y te besa sin tu consentimiento. ¿No? Entiendo que entre chicos y chicas la amistad sea más difícil, por aquello de la conexión o atracción sexual o... Me estoy liando, la verdad. ¿Los chicos y las chicas pueden ser amigos? No lo sé. Solo he tenido cuatro amigas en toda mi vida y ahora convivo con dos de ellas. No sé lo que es relacionarse con un chico que solo es tu amigo. Quizá por eso no sé bien a qué atenerme con Jonathan, porque está claro que no quiero nada serio con él, no quiero tener una relación con mi (único) mejor amigo.

—Entonces... —dice Jonathan tras unos segundos de silencio en los que me he montado mi propia película en la cabeza.

—Pues... —Paseo mi mirada por todo el salón—. La verdad es que lo hice porque pensé que así Elian me dejaría tranquila.

—Ah.

—Y bueno... —¿Qué más puedo decir?; me llevo una mano al corazón para que vea que le estoy hablando en serio—. Lo siento si te incomodé, seguro que

fue horrible. No sé cómo compensarte el mal rato que te hice pasar. Creo que ya te lo dije ayer.

—Sí, ya... Fue... —Carraspea y evita mirarme—. Sí, fue incómodo...

—Y quiero que sepas que besas muy bien, no quiero ofenderte. —Le sonrío; creo que lo estoy empeorando.

Jonathan abre los ojos al máximo y me mira de una forma completamente distinta.

—¿Ah, sí? —pregunta, claramente sorprendido.

—Sí —le aseguro—. Aunque, claro, eres mi amigo y tú y yo...

No quiero acabar la frase. No quiero cerrarle las puertas a Jonathan, porque no sé cómo vivió él lo que ocurrió ayer por la mañana y mucho menos lo que llegó a sentir. Y, si sintió algo, ¿cómo se supone que tendría que actuar yo? ¿Debería darle una oportunidad? ¿Debería comportarme de forma distinta? Es decir, Jonathan me gusta, claro, pero solo como amigo. Aunque tenga una boca dulce y bese de maravilla. Aunque sea un sol conmigo y no se enfade por mis tonterías con Elian. Aunque sea la mejor persona que he podido conocer nunca. No. Él no me gusta. Me gusta el capullo de nuestro compañero de clase que no ha dejado de fastidiarme desde que me vio el día de la presentación.

Sí, vale, lo admito. Elian me gusta. Tengo una vena masoquista, eso está claro. Me van los retos. Eso también está claro. Y soy estúpida. Eso ya lo sabía.

Ay...

—Lo entiendo —dice Jonathan entonces, interrumpiendo mis pensamientos —. Tú y yo solo somos amigos. Lo sé.

Me muerdo el labio inferior, agobiada.

—Espero que eso no te...

—No, no —me interrumpe con una sonrisa—. Para nada. No había pensado nada diferente —me asegura, inclinándose sobre el sillón hacia mí—. Además, a ti te gusta Elian, yo no tendría ninguna posibilidad si me gustaras.

Abro la boca para protestar, pero sé que no sirve de nada. Jonathan también puede leerme como si fuera un libro abierto. Suspiro y bajo los hombros, derrotada. Apoyo la barbilla sobre el cojín y hago un mohín con la boca.

—¿Se nota mucho?

—Uhm... Yo sí lo noto. Por cómo lo miras y hablas de él, incluso aunque estés enfadada.

—Ya veo... —Desvío la mirada hacia el televisor apagado.

—Y también sé —prosigue— que hoy no has ido a clase porque no quieres verlo junto a Gal.

Intento sonreír a modo inocente, con todos los dientes, pero me sale una mueca rara y se me queda pillado el tendón de la mandíbula, así que dejo de hacer el gamba y me quedo callada unos segundos.

—Parece que a ti no puedo engañarte —concluyo, sonriendo un poco con tristeza.

—Lo siento, pero no —me confirma Jonathan—. Y tampoco puedes convencerme de que te deje estar aquí durante el resto de la semana. Elian no se merece que estés así de mal por su culpa. Es un gilipollas, ¿por qué sufres por eso? Entiendo que te cueste trabajo ver a tu amiga y saber que ella sí está con él, pero ¿le vas a dar el gusto a Elian de hacerte sentir como una mierda? No merece la pena.

—¿Y qué sugieres que haga? —inquiero ansiosa nada más de pensar en él—. Voy a tener que aguantarlo durante el resto del año y, muy posiblemente, de la carrera. Sé que está jugando con Gal, lo hace para molestarme, ya lo viste ayer.

—¿Le has dicho eso a Gal?

—Más o menos —asiento—. Le he dicho que no me gusta la idea de que se esté aprovechando de ella. Gal me ha dicho que lo sabe, que sabe que soy yo quien le interesa (cosa que dudo, pero bueno), y que, aun así, quiere esperar e intentarlo.

—Y mientras, el pobre Mike comiéndose los mocos —comenta Jonathan, echándose hacia atrás en el sillón—. Pobre chaval. Lo que tiene que aguantar con Elian como amigo...

—¿Mike? —repito, curiosa—. ¿Te refieres al chico con las gafas? ¿El de los ojos verdes?

Jonathan ríe y asiente.

—Qué vista tienes, Keira...

Me encojo de hombros.

—Él fue quien estuvo entreteniendo a Gal hace dos semanas en la fiesta de bienvenida para que no se durmiera y entrara en un coma etílico —le explico—. Vi que el sábado pasó de él en la cafetería cuando la saludó con la mano. Como si no lo conociera.

—¿Crees que se acuerda de él?

—No tengo ni idea —admito—. Gal no es de las que muestran sus sentimientos. Demasiado que ha venido a mi habitación para asegurarse de que no estaba enfadada con ella.

Jonathan menea la cabeza, de acuerdo conmigo. Ambos nos quedamos unos minutos en silencio, escuchando el tictac del reloj que hay sobre una repisa. Permanecemos así un buen rato hasta que percibo una llave metiéndose en la

cerradura de mi apartamento. Frunzo el ceño, y Jonathan y yo nos miramos, confusos. Me giro en redondo sobre el sofá y veo que están entrando los reyes de Roma.

Trago saliva con fuerza cuando veo la sonrisa de Elian tras la cabellera rubia de Gal. Están riéndose y no se dan cuenta de que estamos allí hasta que fuerzo la garganta para carraspear. Gal se vuelve hacia nosotros y abre los ojos como platos. Elian parece también sorprendido, pero lo oculta casi al momento. Aun así, yo he visto la sorpresa pintada en sus ojos azules.

—Keira —me saluda Gal, algo nerviosa; esto se está convirtiendo en costumbre y no me gusta ni un pelo—. ¿Estás mejor? —Antes de que me dé tiempo a responder, fija sus ojos en Jonathan—. Hola.

—¿Qué tal, Gal? —le devuelve el saludo, aunque apenas soy consciente de que tiene los ojos fijos en Elian.

¿Se están retando con la mirada o me lo parece a mí?

—Nosotros nos vamos a mi habitación, ¿vale? —me informa Gal, tirando de Elian hacia el pasillo interior—. Así no os molestamos.

—No te preocupes, Gal —interviene Jonathan, haciéndome girar la cabeza con tanta fuerza que me hago daño en el cuello—. Yo ya me iba a clase.

—Sí. —Le sigo el juego de inmediato de forma casi inconsciente—. Y yo me voy a meter de nuevo en la cama. Podéis quedaros aquí sin problema.

Jonathan se levanta con normalidad del sillón, mientras que yo lo hago de un bote. Siento los ojos de Elian fijos en mí en todo momento. No quiero ni mirarlo. Me vuelvo hacia Jonathan y le sonrío.

—Te acompaño a la puerta.

—No hace falta —responde él, devolviéndome la sonrisa y cogiéndome por la cintura con un brazo; se inclina sobre mí y pega su boca a mi oído, dejándome congelada en el sitio—. Tienes que descansar.

—Va... Vale... —balbuceo.

Jonathan se separa de mí lo justo para rodearme y esquivar la mesita. Se gira hacia mí y se cierne sobre mi cara, ocultándome la visión de Gal y Elian en la entrada.

—Sígueme el juego —me dice en un susurro, repitiéndome las mismas palabras que le dije yo ayer por la mañana antes de besarlo.

Inspiro con fuerza y cierro todo lo que puedo los ojos cuando Jonathan se acerca por completo a mí y deposita un suave beso en la comisura de mis labios. Siento que el corazón me golpea el pecho de tal manera que me va a romper la caja torácica. Se separa de mí y me mira con complicidad.

—Nos vemos mañana, Keira.

—Sí. —Es lo único que soy capaz de decir.

Jonathan da media vuelta y pasa por en medio de Elian y Gal, separándolos, antes de abrir la puerta del apartamento y salir de él.

—Hasta mañana, Gal. —Oigo que se despide—. Elian.

—Crowell —responde él con sequedad.

Y Jonathan cierra finalmente la puerta. Me he quedado tan paralizada que me cuesta trabajo moverme y poner bien el cojín del sofá.

—Keira. —Escucho la voz de Gal llamándome.

Me giro de inmediato hacia ella, acomodándome bien un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—¿Estás mejor?

—¿Qué? —No es que no la haya oído, es que necesito tiempo para pensar una respuesta seria.

—Que si estás mejor —me repite, algo impaciente.

—Sí —exclamo, sonriéndole—. Sí, la visita de Jonathan me ha ayudado mucho. Pero voy a volver a la cama y así no contagio a nadie. —Señalo el pasillo y ando hacia allí; paso junto a Gal y Elian (intento no olerlo) y me despido con la mano—. Hasta luego.

Abro la puerta de mi habitación y casi corro hacia el interior. Cierro la puerta tras de mí y solo entonces me permito respirar con algo de tranquilidad. Dios mío, un día de estos me da un infarto.

Veo entonces que el móvil, que había dejado sobre el escritorio me vibra. Tengo un mensaje. Voy hacia él y lo cojo. El mensaje es de Jonathan.

> Siento haberte pillado por sorpresa.
> ¿Estás bien?
> Tengo una idea para darle una lección a Elian.
> Un beso.

Capítulo 12

Releo el mensaje una y otra vez. Estoy flipando en colores. Jonathan quiere vengarse de Elian casi tanto como yo y la idea me atrae peligrosamente. ¿Qué será lo que ha pensado? ¿Tendrá que ver con el *casi* beso que me ha dado al despedirse? Tal vez realmente no le molestó que lo besara ayer por la mañana. Tal vez haya visto ese gesto como la forma de darle celos a Elian para que se fije en mí. Pero, si tanto asco se tienen mutuamente, ¿por qué Jonathan querría ayudarme en esto? ¿Qué sacaría de todo eso? No lo entiendo.

Tecleo una respuesta rápida.

Sí, estoy bien.
No te preocupes. ¿Qué has pensado?
Un beso.

Envío el mensaje y espero a que me conteste.

Iba a proponértelo antes de que llegara Elian.
Si te pregunta si estamos saliendo, dile que sí.
No se lo esperará, te lo aseguro.

¿¡Cómo!? Mis dedos vuelan por el teclado, nerviosos. Esto se me está yendo de las manos.

Tienes que estar de broma.

Su contestación no se hace de rogar:

> Relájate.
> Elian te creerá después de lo que ha visto.
> Nos vemos mañana.
> No te asustes si te cojo de la mano.

Me entra una risa histérica muy poco agradable. Que no me asuste, dice. No, asustarme, no, pero sí que haré cualquier estupidez que mande a tomar viento el plan. Tengo que hablar con Jonathan, preguntarle por qué está haciendo todo esto.

Sea como sea, me abstengo de escribirle de nuevo. No sé qué decirle después de este último mensaje. Parece que capta mi alucinación, porque no me envía nada más. Dejo el móvil de nuevo en el escritorio y suspiro, agobiada. Creo que el hecho de que Elian y Gal se estén saltando las clases y se hayan encerrado en una habitación me parece ahora pequeño comparado con lo que tengo entre manos. ¡Y sin ni siquiera pedirlo! Ay, Dios mío, ayúdame.

Necesito refrescarme. Las temperaturas ya son otoñales, al igual que la estación, con sus hojas doradas cayendo de los árboles, pero yo me siento como si estuviera en julio a pleno sol. Así que salgo de mi habitación y me meto del tirón en el baño. Abro el grifo de la ducha y me desvisto. Me siento sucia. Me meto bajo el agua de la alcachofa de la ducha y dejo que corra por mi cuerpo y aplaste mi pelo castaño sobre mi espalda y mi cara. Cierro los ojos y disfruto de la sensación.

Estoy así un par de minutos hasta que empiezo a lavarme. Poco después, cierro el grifo y salgo empapada de la ducha. Cojo mi toalla del toallero y me relío en ella. Cojo otra toalla más pequeña y me seco la mayor parte del agua que todavía tengo en el pelo. Me miro al espejo. Soy el ejemplo perfecto de simpleza. Ojos color caramelo, pelo castaño oscuro, liso, cara redonda y rasgos poco afilados. Mi rostro sigue pareciendo el de una niña de quince años en lugar de una de diecinueve.

Suspiro, resignada, y cojo el cepillo de uno de los cajones del mueble que hay bajo el lavabo. Quito los nudos de mi pelo y disfruto de la sensación de pasarme las cerdas del cepillo por él. Recuerdo que mi madre solía pasarse los minutos desenredándome el pelo por placer, como si fuera su terapia personal para combatir la necesidad de beber.

Sacudo la cabeza para eliminar esos pensamientos y termino de secarme. Vuelvo a atarme la toalla al cuerpo y meto la ropa sucia en el bombo que hay en el baño. Dentro de poco tendré que poner una lavadora. Abro la puerta del baño y casi me caigo al suelo del susto.

Elian está ahí, con una media sonrisa que eleva su potencial de dios al mismísimo cielo. Me llevo una mano al pecho y boqueo, buscando el aire que me falta por culpa del susto.

—Por Dios... —murmuro, apoyándome en el marco de la puerta—. ¿Qué demonios haces ahí parado?

—Esperarte —responde simplemente. Ah, claro, porque es de lo más normal.

Alzo una ceja, suspicaz.

—Vale. ¿Qué quieres?

Elian se acerca a mí y me coge de la cintura. Me percato del calor de su piel por encima de la toalla y me deshago de su agarre de inmediato. Me niego a que me toque, ni siquiera por encima de cualquier tipo de tela. Él parece sorprendido.

—¿Creías que iba a dejar que hicieras lo que te viniese en gana? —espeto, enfadada.

Lo rodeo antes de que pueda contestar, pero él me coge de la muñeca y tira de mí para que deje de andar hacia mi habitación.

—Un momento, por favor, Keira.

Pongo los ojos en blanco y me giro parcialmente. Soy idiota.

—¿Qué?

—Lo siento —susurra, consiguiendo que me quede helada en el pasillo.

Su expresión ha cambiado. Parece realmente arrepentido, pero eso ya lo he visto antes. No sé si podré fiarme por completo.

—De verdad —insiste, aflojando su mano en mi muñeca y soltándome poco a poco—. No he querido molestarte ni hacerte daño en ningún momento.

—¿Ah, no? Pues intentar forzarme a que te bese y jugar con mi amiga no es el mejor ejemplo de tus palabras.

—Lo sé —admite; mira hacia la habitación de Gal, que tiene la puerta cerrada, y vuelve su mirada hacia mí—. ¿Podemos hablar en otro sitio?

Lo pienso unos segundos.

—No —respondo—. Tengo que vestirme, y tú has venido con mi amiga.

—Esperaré a que te vistas —insiste—. Y no te preocupes por Gal. Sabe que estoy hablando contigo.

—Vaya —exclamo, realmente sorprendida—, esto es nuevo. Tú diciendo la verdad.

Él se encoge de hombros y sonríe un poco.

—Por algo tengo que empezar, ¿no?

No contesto. No estoy segura de lo que quiere decir eso. Suspiro y niego con la cabeza.

—Dame cinco minutos —le pido.

Él asiente, serio de nuevo, y se apoya en la pared, cruzándose de brazos. Yo me meto en mi habitación y cojo ropa limpia. Miro el reloj de la mesita de noche. He tardado dos minutos en vestirme y adecentarme. Nuevo récord.

Salgo de mi cuarto y Elian sigue donde lo dejé. Le hago una señal con la cabeza y lo guío hasta la cocina. Allí podremos hablar un poco mejor. No sé si es buena idea dejar que me coma la cabeza, pero la verdad es que tengo curiosidad por lo que me tenga que decir. Me apoyo en la encimera y él se pone frente a mí, con la espalda pegada al frigorífico. Nos estudiamos con la mirada hasta que rompe el contacto visual. Abro mucho los ojos, nuevamente sorprendida. ¿Él, evitándome?

—Puedes empezar cuando quieras —lo animo, sintiendo un poco de pena por él al verlo cabizbajo.

Elian me mira por detrás de su flequillo negro.

—¿Jonathan y tú...?

Tengo ganas de echarme a reír. En serio. Estoy a puntito de soltar una buena carcajada. Parece como si mi amigo lo hubiera previsto. Qué miedo, pero qué risa. Ay, ay, que no me aguanto. Me muerdo el labio inferior y la lengua para evitar troncharme de la risa.

—Sí —consigo decir tras varios segundos de lucha interior.

Elian frunce el ceño.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte —respondo.

Elian asiente.

—¿Desde cuándo?

—Desde el sábado.

Alza una ceja.

—¿Empezasteis a salir el mismo día que quedaste conmigo y que me negaste que te gustara?

Tuerzo el cuello. Mierda.

—Sí. Me di cuenta de que no quería besarte porque quería que lo hiciese él. —Vaya trola más grande me estoy inventando yo solita—. Lo llamé cuando salí del parque y nos tomamos un café. Ahí empezó todo. —Me remuevo sobre la

encimera—. Pero realmente no tengo que darte ninguna explicación.

Elian se queda callado un par de minutos, observándome, con los ojos azules fijos en mí. Siento una descarga por todo el cuerpo. Solo él consigue que me pase eso. No puedo dejarle entrever lo que me hace, tengo que demostrarle que *estoy* enamorada de Jonathan. Y va a ser muuuuuy complicado.

—No te creo —dice finalmente.

¿He dicho «muy»? Quería decir *demasiado* complicado. Trago saliva.

—Eso me da igual —repongo, intentando hacer como que realmente no me importa lo que me diga.

—No pareces estar pillada por él —añade—. Más bien parece como si lo estuvieras usando para darme celos.

Bufo.

—¿Ves? Ya vuelves a tener la actitud de «soy el centro del mundo».

—No, no, no. No te equivoques. —Sonríe—. No soy el centro del mundo. Soy el centro de *tu* mundo. Te guste o no.

Lo encaro, mosqueada.

—Piensa lo que quieras. Créete tu propia mentira.

Él se aproxima un poco más a mí.

—Puedo demostrártelo cuando quieras, Keira. —Su lengua acaricia mi nombre y siento que me falta el aire cuando mis fosas nasales atisban su olor almizclado; maldita sea...—. Puedo demostrártelo cuando quieras y como quieras.

—Eso habrá que verlo. —Trato de parecer segura, pero me parece que no me ha salido bien, porque ensancha su sonrisa y se pega a mí, arrinconándome contra la encimera.

—Muy bien —acepta—. Ven este sábado a la fiesta que se organiza en el club de Arte. Trae a Jonathan. No podrás aguantar ni cinco minutos allí.

—¿Seguro? —Él afirma con la cabeza—. ¿Por qué no?

No sé ni para qué pregunto. Acerca su rostro al mío y pasea su nariz por mi mejilla y mi frente hasta llegar a mi oído.

—Porque me verás bailar y disfrutar con Gal y desearás ser tú la que esté en su lugar. Jonathan no podrá darte eso y lo sabes. Solo yo.

Estoy a puntito de hiperventilar y él lo sabe. El muy cabrón lo sabe. Está divirtiéndose de lo lindo, aunque no sé si a mi costa o no.

—¿Aceptas el reto? —me susurra, pegando los labios a mi mejilla.

—Yo...

Escucho la risa de Elian en mi oreja y me da un espasmo que intento controlar. Se separa un poco de mí y me mira, con los ojos azules brillando en la penumbra de la cocina.

—A las diez y media —murmura—. Te enviaré la ubicación para que no te pierdas otra vez.

Vale, ahora sí que se está riendo de mí. Frunzo el ceño y me cruzo de brazos, de manera que pongo algo de distancia entre nosotros.

—¿Cómo vas a enviarme nada si no tienes mi móvil?

—Sí que lo tengo. —Saca el teléfono de un bolsillo de los pantalones y busca algo; en cuanto lo encuentra, me lo enseña; abro la boca—. ¿Ves? Lo cogí del móvil de Gal aquella noche.

Miro la pantalla y a él alternativamente sin dar crédito a lo que veo.

—Acosador... —Es lo único que se me escapa.

Él se echa a reír y se guarda el móvil de nuevo en el bolsillo.

—Como sea —dice, desdeñoso—, pero así no te pondrás nerviosa al darme tu número.

Levanto el dedo corazón de la mano derecha.

—Hay que ver lo maleducada que es la juventud de hoy en día, ¿eh? —bromea Elian, consiguiendo que le golpee el brazo con ganas.

—Eres un estúpido —mascullo, echándome a la derecha para salir de la cocina—. Vuelve con mi amiga, te estará esperando. —Eso me recuerda...; me giro hacia él y lo señalo con un dedo—. Por cierto. Como se te ocurra destrozar a mi amiga, te juro que no vas a tener ciudad, país ni continente para esconderte.

Eso parece hacerle gracia al principio, pero luego ve que lo digo muy en serio, porque borra la sonrisa y asiente una sola vez con la cabeza.

—De acuerdo —acepta.

—Bien.

Le doy la espalda y me meto en mi habitación, ya para lo que queda de día hasta que Elian se vaya. Espero que se largue antes del almuerzo, porque dudo que soporte una comida con él después de la conversación en la cocina. De todas formas, tengo que informar a Jonathan sobre lo que ha pasado, así que cojo el móvil, me siento en la cama y empiezo a escribir lo que me parece la Biblia.

Capítulo 13

Elian se fue poco antes de que yo me atreviera a salir de mi habitación para hacer el almuerzo. Melissa tiene clase por la tarde, así que estamos solas en el apartamento Gal, yo y la tensión del momento. Mientras bato los huevos, mi amiga pone la mesa. Todo en silencio. Solo se escucha el revoloteo de una mosca.

Me siento incómoda. Odio sentirme de esta manera en mi propia casa. No debería ser así. Sí, me gusta Elian, pero no es para que de repente deje de hablarme con mi amiga después de asegurarle que todo está bien entre nosotras. ¿Verdad? En fin... Suspiro y echo los huevos batidos en la sartén.

—Ya he terminado —dice entonces Gal, entrando en la cocina con las manos vacías—. ¿Necesitas ayuda?

¿«Gal» y «ayuda» en la misma frase? Eso no cuadra, al menos no directamente. Ella te echa una mano cuando tienes que rogarle mil veces. En realidad sigue esa estrategia para no demostrar que tiene buen corazón.

—Eh... No —sonrío, mirándola un momento—, no hace falta. Te aviso cuando esté todo.

Gal asiente, aunque sigue de pie en la cocina, mirándome. Intento tararear algo, pero me salen gallos por los nervios. Carraspeo y me quedo callada. Mejor, así estoy más guapa.

—Keira —me llama Gal.

—Dime —respondo sin dejar de darle la vuelta a la tortilla francesa.

Tarda unos segundos en hablar. Me atrevo a mirar por el rabillo del ojo y veo que tiene los ojos clavados en el suelo, como si estuviera ida. Inspiro hondo y

quito la sartén del fuego. La tortilla ya está lista. La echo en un plato y dejo la sartén en el fregadero.

—Puedes decirme lo que sea, Gal —la animo en voz baja, mirándola de reojo mientras lo recojo todo.

Gal levanta la vista de sus pies y me sonríe un poco. Es raro verla sonreír, así que me alegra que lo haga. Significa que las cosas no están tan mal, ¿no?

—Eres muy buena, Keira —me dice, suspirando—. Yo jamás podría llegarte ni a la suela de los zapatos. Te envidio...

Abro los ojos completamente y me inclino hacia ella, dejando a mi espalda la encimera.

—Espera un segundo —digo lentamente, sin creerme lo que acabo de oír—. Tú... ¿me envidias? Es decir... ¿Me tienes envidia? —Gal asiente una sola vez—. ¿Por qué? —Me río sin poder contenerme—. A ver. Eres preciosa, Gal. Preciosa, inteligente y segura de ti misma. Yo debería ser la que estuviera en tu lugar, no tú. Soy yo la que te envidia, no tú a mí. Lo que dices no tiene lógica...

Gal se acerca a mí, aún sonriendo, y me coge las dos manos con las suyas.

—Deberías quererte más a ti misma, Keira. —Sube una de sus manos a mi mejilla y me la acaricia, dejándome anonadada—. Tú tienes algo que atrae a Elian más que mi físico —me echa una ojeada de arriba abajo—, aunque el tuyo no tiene nada que envidiarle al mío.

Pongo los ojos en blanco.

—Te estás colando un poquito, ¿no crees? —Me río, incapaz de creerme sus palabras.

Ella niega con la cabeza.

—Confía más en ti misma —sentencia, soltándome las manos y cogiendo dos platos de comida—. Por cierto —añade cuando está a punto de salir de la cocina —, veo que te va de maravilla con Jonathan...

Cuando me doy cuenta de que se está burlando de mí, me entran ganas de matarla y de ponerme a saltar al mismo tiempo. Gal y su humor han vuelto.

***

Me despierto antes de que suene el despertador. Me levanto de un salto de la cama y empiezo con mi rutina diaria. Una hora después, ya estoy saliendo por la puerta del apartamento. Me he levantado con las pilas recargadas. Tengo una misión que cumplir: demostrarle a Elian que, aunque me gusta (cosa que no

pienso confirmarle), puedo vivir sin él y que Jonathan podría ser un buen candidato para ser mi... ¿novio? No sé, mi amigo y yo tenemos que definir los límites. Ayer me contestó de forma escueta a los mensajes en los que le contaba el encontronazo con Elian. Apenas me dijo que confiara en él y que encontraríamos una solución. Pero ¿qué solución? La única salida que yo le veo a esto es cambiarme de ciudad y hasta de país.

Sin embargo, antes tengo que ganarle a Elian. Este sábado me espera una fiesta universitaria. Melissa se pondrá loca de contenta cuando le pida ayuda con el vestuario, el maquillaje y el peinado. Voy a ir a esa fiesta como si me fueran a entregar un Oscar. Ya veré cómo encuentro el valor de pedirle ayuda a Melissa y aguantar las risitas de Gal mientras aprendo a andar con unos tacones de infarto.

Con ese pensamiento en la cabeza, abro la puerta del edificio y salgo sin darme cuenta de nada a mi alrededor, hasta que...

—¡Eh! ¡Keira!

Escuchar mi nombre me hace girar ciento ochenta grados para encontrarme con la cara sonrosada de Jonathan, que tiene el pelo alborotado y los labios rojos. Frunzo el ceño y es entonces cuando me percato del frío que hace. ¿Cuándo ha bajado tanto la temperatura? Me arrebujo en la fina tela de mi chaqueta y echo un vistazo a la ventana que da a mi apartamento, arrepintiéndome por no haber comprobado el tiempo antes de salir.

—Keira —Jonathan repite mi nombre, esta vez más bajo, cuando se acerca a mí.

Me coge de improviso cuando me agarra por la cintura y me estrecha entre sus brazos, hundiendo el rostro en mi cuello.

—Elian está aquí. —Oigo que me susurra.

Me pongo en guardia de inmediato y miro disimuladamente a todas partes. Y lo veo. Apoyado sobre la pared junto a la puerta, con esa sonrisa ladina que tan nerviosa me pone. Veo que se pasa la lengua por los dientes y que sus hombros se contraen. ¡Se está riendo! Me cago en... Ya verás.

Me separo un poco de Jonathan solo para encontrar su rostro y estampar mi boca sobre la de él. Mi amigo cierra los ojos y profundiza un poco el beso. ¿No está siendo un poco exagerado? Apenas me da tiempo de atisbar la mueca divertida de Elian antes de separarme de Jonathan para recobrar el aliento. Mi amigo y yo nos miramos.

Jonathan tiene las pupilas dilatadas y respira con dificultad.

—¿Por qué has hecho eso? —me pregunta en voz baja—. Me has pillado desprevenido.

—No lo parecía —repongo con cierto retintín.

Él parece captar por qué lo digo, y desvía la mirada.

—Lo siento, se me ha subido a la cabeza.

—Está bien. —Le quito hierro al asunto antes de que empiece a divagar—. Vámonos a la universidad antes de que me vuelva loca.

No dejo que diga nada. Lo cojo de la mano y tiro de él en dirección a la facultad. Espero hasta que perdemos de vista a Elian para soltarle la mano y respirar con un poco más de tranquilidad. Veo por el rabillo del ojo que Jonathan también está algo tenso.

—¿Por qué has venido a recogerme? —pregunto, curiosa.

Jonathan me mira un segundo antes de volver los ojos hacia el frente.

—Ya has visto a Elian —responde, como si eso lo explicara todo.

—¿Cómo sabías que iba a venir?

Él se encoge de hombros y evita mi escrutinio. Frunzo el ceño. Me está ocultando algo.

—¿Y bien? —insisto; tengo que saber lo que está pasando a mis espaldas.

—Le escuché decirlo —dice con sequedad—. Ayer, cuando volvió a clase.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Fue a clase?

—Sí, yo tampoco me lo podía creer —admite Jonathan, asintiendo.

Cruzamos una calle pequeña y enfilamos el camino hacia la entrada de la universidad. Nos rodean decenas de compañeros de diferentes carreras, charlando animadamente. Incluso creo escuchar a algunos comentando cómo será la fiesta del sábado. Seguro que esos son del club que la organiza. Me encojo solo de pensar lo que puede ocurrir esa noche.

Parece que lo hago realmente, porque Jonathan me pasa un brazo por los hombros y me frota con la mano para hacerme entrar en calor.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta, observándome, preocupado.

Le sonrío como puedo.

—Sí. Solo echo de menos algo más gordo que esta chaqueta —le miento, cogiendo un trocito de una manga.

Jonathan me devuelve la sonrisa. Parece que se lo ha tragado.

—No tengas miedo —comenta, sorprendiéndome—. No voy a dejar que te pase nada el sábado por la noche.

Pues no, no se lo ha tragado.

Me quedo mirándolo unos segundos sin saber qué decir. Él solo amplía la sonrisa y juntos entramos en nuestro edificio de clases. Me temo que los días hasta la fiesta van a ser especialmente largos.

Capítulo 14

Tal y como predije, la semana ha sido la más larga de mi vida. Todo el rato he sentido los ojos de Elian sobre mi nuca, observando cada uno de mis movimientos. Cada vez que me giraba, allí estaba él, a lo lejos, sonriendo como si supiera exactamente lo que iba a pasar a continuación. Y lo que solía pasar era que yo me lanzaba sobre Jonathan para darle un abrazo y fingir que me ponía cariñosa con él. Sin embargo, eso no borraba el brillo burlesco en sus ojos azules. Imposible, no había forma de dejarlo con la boca abierta.

Así que ayer, viernes, decidí que me prepararía cuanto fuera posible para esta noche. Ahora mismo estoy en una sesión de exfoliación especial de Melissa. Me está limpiando todas las impurezas de mi cara con una mascarilla hecha a base de yogur, puré de plátano y no sé qué cosa más. Está loca. Me siento como si fuera su juguete y estuviera probando en mí los experimentos raros que lee en internet. De hecho, este es uno de sus experimentos raros. Pero bueno, es solo un día al año. No me voy a poner tiquismiquis.

—Ay, Keira —suspira, echándose el flequillo hacia atrás con el dorso de la mano derecha mientras levanta la mirada de mis pies—. Si tan solo te pusieras crema contra las durezas en los talones y en las...

—Vale, vale —la paro, antes de que siga con su perorata—. Nadie va a fijarse en mis pies. Nadie me ve los pies salvo yo. ¿Por qué tendría que echarles cremitas?

Melissa niega con la cabeza, fingiendo estar decepcionada.

—Qué poco femenina eres —se lamenta—. Hasta Gal se cuida más que tú.

—Claro, porque Gal solo necesita lavarse la cara para estar despampanante —puntualizo, metiendo mis pies dentro de la bañera en la que estoy hundida.

Melissa ríe por lo bajo y se acerca un poco a mí.

—No le digas que te lo he dicho —me susurra, poniendo las manos alrededor de su boca para hacer pantalla—, pero la he visto coger mi crema hidratante para echársela en la cara y oler a aloe vera.

Intento contenerme. De verdad que lo intento. Pero no puedo. Esto es superior a mí. Estallo en carcajadas y pataleo, poniéndolo todo lleno de agua y jabón con olor a rosas.

—¡Te he oído! —escuchamos la voz de Gal gritándonos desde su habitación, lo que solo le añade más gracia al asunto.

No puedo parar de reír. Me duele el estómago. Pasan unos cuantos minutos hasta que alcanzo mi toalla para poder secarme las lágrimas de los ojos. A mi lado, Melissa tampoco puede parar de reír.

—Vale, vale —acepto—. Lavarse la cara y echarse cremita.

A este paso, Melissa se mea encima.

—¡Ya vale! —grita de nuevo Gal.

Acompaño a mi amiga en la aventura de reírse sin morir en el intento. El ambiente se ha relajado y me siento menos nerviosa. Casi estoy disfrutando del baño cuando ya tengo que salir del agua, arrugada como una pasa. Dejo que Melissa se encargue de repasarme las piernas y las axilas con una cuchilla, que me depile las cejas un poco y que eche sobre mi cara una serie de potingues que ella llama «maquillaje». Yo, que solo estoy acostumbrada a un poquito de rímel, siento como si mi cara pesara dos veces más cuando termina. Eso sí, en cuanto me veo en el espejo, maquillada y peinada con ondas y el pelo hacia un solo lado de mi rostro, tengo ganas de llorar.

—Mel... —digo con un hilo de voz, anonadada, sorprendida, asombrada...

Mi amiga surge a mi lado y la veo reflejada junto a mí en el espejo, con una gran sonrisa, claramente satisfecha de sí misma y de su trabajo.

—Dime.

Me giro hacia ella y me quedo mirándola. Está loca. Melissa está loca y no lo puede evitar. Pero la quiero como si fuera mi hermana. Es escandalosa, dramática y nerviosa, pero no la querría de otra forma. Es la primera vez que me dejo mimar a su manera y la verdad es que me encanta. No me imaginé en ningún momento que me gustaría tanto verme así de transformada. Me siento más segura de mí misma, y eso se lo debo a ella.

—Gracias. —Sonrío, abrazándola con cuidado de no estropear su obra de arte

—. Muchísimas gracias.

Melissa me devuelve el abrazo en cuanto sale de su asombro.

—De nada —murmura; se separa un poco de mí y me aprieta los hombros con las dos manos—. Pero todavía no he terminado contigo. Falta el toque final.

***

—Inspira... Espira... Inspira... Espira... Uno... Dos... Uno... Dos...

—Keira, no estás en un gimnasio —me reprende Melissa mientras bajamos en el ascensor hacia la puerta del edificio.

Me muerdo el labio inferior levemente. A mi lado, Gal pone los ojos en blanco.

—No vas a la guerra, Keira. Tranquilízate. Después de todo, Jonathan estará contigo. Si nos alejamos de ti, no te quedarás sola.

Miro a Gal, ansiosa.

—¿Me vais a dejar sola?

—Sola, no —interviene Melissa, haciendo que me vuelva hacia ella como movida por un resorte—. Con Jonathan, con quien veo que te va muy bien.

Me da un codazo suave entre las costillas. Noto el golpe más que otras veces gracias al fino vestido azul pavo en el que estoy embutida; un vestido con el voy a pasar mucho frío, eso seguro.

El ascensor llega a la planta baja y Gal sale antes que yo. Melissa tiene que empujarme para que me mueva hacia adelante y salga de allí. Estoy nerviosa. Me tiemblan las rodillas, los talones y todo lo que pueda moverse en mi cuerpo que no esté apretado dentro del vestido. Me enderezo antes de que Gal ignore mi estado de histeria interna y abra la puerta. Por suerte, he cogido mi abrigo negro de vestir, que me cubre todo el atuendo y parte de las piernas. Así, al menos, nadie me verá realmente hasta que estemos bajo la luz tenue del local donde se celebra la fiesta.

Aunque Elian me dijo que me enviaría un mensaje con la localización, no lo hizo. Se lo dijo a Gal y ella nos lo transmitió a nosotras. Estaba claro que no iba a mandarme nada, lo cual favorece a mi subconsciente.

Mis pensamientos sobre mi alegría temporal se desvanecen en cuanto los veo. Elian y Jonathan, esperando con paciencia frente a la puerta, ambos vestidos con sendos trajes oscuros, camisas de diferentes colores y corbatas distintas. Elian se ha recogido el pelo hacia atrás en una pequeña coleta, lo que le da un aspecto

más peligroso todavía.

No puedo evitarlo. Se me acaba de acelerar el corazón a mil por hora. Por suerte, Gal impide que siga babeando y se echa a sus brazos para besarlo con ganas. Yo aparto la mirada justo a tiempo. Jonathan avanza hacia mí. Saluda con una sonrisa a Melissa y luego vuelve sus ojos hacia mí. Veo que los abre completamente y que deja escapar aire por la boca, una boca que ya sé perfectamente cómo sabe. Tras un escrutinio que dura más de lo que me habría gustado, me mira a los ojos y me sonríe. Me coge de la mano y me hace dar una vuelta.

—Increíble —murmura cuando termino de girar—. Melissa ha hecho de las suyas, ¿verdad?

Me encojo de hombros y le sonrío.

—No he podido evitarlo. Casi le da un patatús cuando le dije que iría a la fiesta.

—Me lo imagino. —Ríe; tira de mí hacia él y se inclina para darme un beso en la mejilla, muy cerca de la oreja—. Menos mal que habéis bajado, estaba a punto de matarlo.

Me separo de él y frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—No quieras saberlo.

Estoy a punto de decirle que sí quiero saberlo, cuando Melissa capta nuestra atención y nos pide que nos aligeremos, que ella también quiere encontrarse con Sebastian. Está claro que esos dos van en serio. Jonathan me mira unos segundos para pedirme permiso. Yo asiento. Dejo que me coja de la mano y tire suavemente de mí en dirección al local. Por suerte, andamos por delante de Elian y Gal, así que no tengo que estar viendo obligatoriamente cómo se manosean delante de mis narices. Porque, si algo he visto, es que aunque Gal diga que no las tiene todas consigo, está poniendo toda la carne en el asador. A pesar de lo que sabe..., lo está intentando. Y yo no puedo enfadarme por ello. No tengo derecho, no cuando estoy luchando fervientemente para quitarme a Elian de encima.

Tras unos diez minutos caminando, echo de menos mis zapatillas de andar por casa y mis cómodos zapatos planos. Estos tacones de Gal me están destrozando los meñiques.

—¿Vas bien? —me pregunta Jonathan metros antes de entrar en el local.

—Sí, sí. —Le sonrío—. Es que no estoy acostumbrada a andar con estas cosas. —Señalo los tacones con la mano en la que llevo mi minibolsito.

—No me extraña.

—Son trampas mortales, te lo aseguro.

Jonathan se echa a reír y me suelta la mano para agarrarme con fuerza por la cintura. Mucho mejor. Así no tengo que preocuparme por si me lleno toda la boca de cemento y adoquines.

—Gracias —suspiro, aliviada.

—No quiero que te mates. —Ríe por lo bajo.

Lo miro agradecida, y veo que parece que está disfrutando, aunque aún no hayamos llegado a la fiesta.

—Ten cuidado, Crowell. —Oigo que interviene Elian desde atrás—. Podría darte un manotazo si tu mano baja demasiado.

Aprieto los dientes y me giro hacia él parcialmente.

—Eso solo se lo hago a los pervertidos que no tienen nada que ver conmigo.

Y para demostrarle que no va a quedar por encima de mí, cojo la mano de Jonathan y la pongo justo encima de mi nalga derecha.

—Keira —exclama Jonathan, sonrojándose y quitando la mano de esa zona de inmediato—. No hace falta, de verdad.

Elian se echa a reír.

—Crío... —Escucho que comenta en voz baja.

—Para nada, Elian. Él sí es un hombre y no un niñato.

Veo que tiene los ojos como platos cuando termino de hablar. Gal mira hacia otra parte, como si todo aquello no fuera con ella. Aunque, bueno, en realidad no va con ella. Frente a nosotros, Melissa, ajena a todo, echa a correr al ver a Sebastian en la puerta del local. Nos acercamos a la fiesta y eso hace que ninguno pueda añadir nada más. Me vuelvo hacia adelante y ando con decisión junto a Jonathan hacia el interior de la sala de fiesta, dejando a Elian y a mi amiga muy atrás.

—Keira... —trata de llamarme Jonathan, pero yo lo ignoro.

Avanzo entre la multitud que abarrota la pista de baile y me topo con una especie de mesa alta que está llena de vasos vacíos. Los aparto a un lado y pongo mi bolso encima de la mesa, reclamándola como mía. Solo entonces, suspiro y echo la cabeza hacia atrás, mareándome un poco por culpa de las luces intermitentes de la sala.

—Oye. —Jonathan se acerca a mí e intenta encontrarse con mis ojos; le doy el gusto y lo miro cara a cara—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo al instante—. Solo estaba a punto de quitarme un tacón para clavárselo en la frente a Elian.

—Yo se lo clavaría en otro lado, pero me vale.

Le sonrío al ver que quiere hacerme reír. Sin pensarlo, lo abrazo con fuerza.

—Nunca podré agradecerte toda tu ayuda —le digo al oído por encima de la música.

—No hace falta —repone, separándome un poco de él—. ¿Quieres tomar algo?

Ya que estamos aquí...

—Sí —acepto—. Vale.

—¿Qué quieres beber?

—Pues... —La verdad es que no tengo ni idea de lo que me gusta y de lo que no—. Sorpréndeme. Improvisa.

Jonathan me estudia con la mirada, sin saber si hacerme caso o no.

—Como quieras. Pero luego no te arrepientas, ¿eh?

Me echo a reír.

—No te preocupes. Si me emborracho, le echaré la culpa a Melissa.

Jonathan se ríe conmigo y va hacia la barra que hay al fondo del local para buscar nuestras bebidas, sean las que sean. Dedico mi tiempo a solas a observar a la gente. Hay una chica para cada chico. Incluso puedo ver a una chica sola con dos chicos, uno a cada lado de ella. Frunzo el ceño al ver que se besa con uno y deja que el otro la toquetee por encima de la ropa. Pongo los ojos en blanco. Así pasa lo que pasa, que ves en las noticias que hay violaciones por los rincones. En fin...

Desvío la mirada de ese trío y atisbo entre la multitud las inconfundibles gafas de Mike. Sonrío y levanto la mano. Todavía le debo una disculpa por aguantar a mi amiga borracha. Agito la mano en el aire hasta que me ve. Le hago una señal para que se acerque, y él asiente. Veo cómo se desliza entre los bailarines con maestría hasta llegar a mi altura. Se nota que tiene experiencia en esto.

—¡Eh! ¿Qué tal? —lo saludo, animada.

Se encoge de hombros. No parece muy animado.

—Aguantando el tirón como puedo —me confiesa—. Odio las fiestas. Vengo porque no me queda otro remedio.

Frunzo el ceño y me inclino hacia él para oírlo mejor.

—¿Y eso?

Suspira y señala un punto a su espalda. Sigo la dirección de su dedo y veo que se refiere a Gal y a Elian que bailan juntos, ligados el uno al otro. No puedo evitar observar la escena. Elian tiene su boca pegada al hueco que hay entre la oreja y el cuello de Gal. Veo que mueve los labios; está cantándole. Inspiro con fuerza al notar sus manos sobre sus caderas, moviéndose al compás de la música. Gal echa la cabeza hacia atrás para dejar que Elian recorra su garganta con la

boca. Es un baile tan sensual e íntimo que me estoy poniendo enferma con solo verlos.

Con esfuerzo, quito mis ojos de encima de ellos y vuelvo a prestarle atención a Mike.

—Sí. Sé a lo que te refieres —admito con un suspiro—. Por cierto. —El cambio en mi voz parece suscitar algo de su interés, porque cambia la mirada verde triste por una llena de curiosidad—. Todavía no te he dado las gracias por ayudar a mi amiga hace dos semanas. Tuvo suerte de que estuvieras con ella.

—No te preocupes. —Le quita hierro al asunto haciendo un gesto con una mano—. Lo haría mil veces si hiciera falta.

Yo sonrío, comprendiendo.

—Te gusta Gal, ¿verdad?

No me dice nada ni intenta ocultarlo. Me lo tomaré como un sí.

—Por eso estás aquí —adivino; él asiente—. Se nota que este no es tu ambiente.

—¿No me digas? —bromea, haciéndome reír—. Fui a la fiesta del otro sábado porque Elian me arrancó de la cama. Yo no quería ir.

—Y has venido a esta porque está Gal, ¿no?

—Sí —asiente, ajustándose las gafas por una de las patillas—. Y tú has venido por Elian, ¿no es verdad?

—¿Qué? No, no, no. —¿Cuándo ha cambiado tanto la conversación?—. No he venido por él. He venido a demostrarle que no todas las chicas caemos a sus pies.

—Sí, ya te he visto con ese chico, Jonathan.

—Exacto.

Mike clava sus ojos verdes en mí y me sonríe.

—Pero él solo es una pieza más de su juego.

Frunzo el ceño.

—Para mí no es ningún juego.

Mike se aleja un poco sin borrar la sonrisa.

—Elian no lo cree así, te lo aseguro. Y no se traga tampoco que estés colada por tu amigo. —Señala a un lado y me giro para ver que viene con dos vasos a rebosar de alcohol.

—Torres más altas han caído —comento, volviéndome hacia Mike—. Solo le voy a dar una pequeña lección.

Él se ríe por lo bajo. Apenas puedo oírle con la música de fondo.

—Espero que la aprenda —comenta, antes de darme un apretón suave en un brazo y desaparecer en medio de la gente.

Justo en ese momento llega Jonathan y pone los dos vasos sobre la mesa.

—¿Quién era ese? —me pregunta, dándole un sorbo a su bebida para que no se derrame.

—Un amigo —respondo simplemente.

Jonathan asiente y me observa.

—¿No te vas a quitar el abrigo?

Entonces es cuando me doy cuenta de que estoy muerta de calor.

—Oh, sí, sí, claro...

Con esfuerzo y bastante vergüenza, me desabrocho el saco y lo deslizo por mis hombros para poder cogerlo con una mano. En cuanto termino de quitármelo, lo oigo.

—Joder.

Levanto la mirada y veo que Jonathan tiene las pupilas dilatadas y que me mira como si lo hiciera por primera vez. Yo me encojo un poco y trato de ocultarme poniéndome el abrigo sobre el escote, en forma de V, del vestido.

—No, no, no. —Jonathan lo impide y me quita la prenda de las manos—. No te tapes. —Me mira a los ojos y yo me doy cuenta de que respira con dificultad—. Estás preciosa.

Me miro los pies. O lo intento. Con esta penumbra no me veo más allá del dobladillo del vestido.

—Es demasiado...

—En absoluto —insiste Jonathan—. De verdad, si con esto no consigues que Elian se arrodille ante ti, es que no solo es gilipollas, sino que además está ciego.

Miro a Jonathan a través de mis pestañas y le sonrío un poco.

—Gracias. Pero... ¿podrías dejar de mirarme? Me estás poniendo nerviosa...

Jonathan se disculpa unas diez veces antes de devolverme el abrigo y quitar sus ojos de mi cuerpo. Se entretiene comentando lo que hace uno u otro en la pista de baile mientras yo no dejo de darle vueltas a la situación. Esto no funciona. Soy una muñeca Barbie ahora mismo y Elian ni siquiera se ha dado cuenta. Estoy quieta, esperando a que me mire, pero eso no pasa. Mientras que, por el contrario, pillo a Jonathan observándome de arriba abajo más veces de las que me gustaría. No sé cómo tomarme sus reacciones. Entiendo que le guste cómo vaya y que le resulte extraño verme así de arreglada, pero de ahí a casi hiperventilar... No sé, es raro, ¿no? Creía que todo estaba claro entre nosotros, pero tal vez la forma de actuar de los últimos días lo ha confundido algo. Espero que aguante solo un poquito más antes de conseguir mi objetivo. Entonces, podré centrarme exclusivamente en él y en lo que pueda sentir. Aunque claro, sería

demasiado irrisorio que Jonathan se pillara por mí y Elian no lo hiciera. De risa. De broma.

—¡Keira! —Escucho mi nombre tan cerca que doy un salto, sorprendida.

Me giro un poco y veo a Melissa de la mano de Sebastian, andando hacia mí.

—¿No bailas? —me pregunta cuando llega hasta mí.

Le sonrío un poco, nerviosa.

—No... Sabes que yo no sé bailar este tipo de música.

—Jonathan. —Melissa pasa olímpicamente de mí—. Saca a mi amiga a bailar. Eres su novio, por el amor de Dios.

Abro los ojos como platos.

—¿¡Qué!?

Jonathan parece tan descolocado como yo.

—Yo... —intenta decir, pero Melissa lo coge de la mano y lo obliga a agarrarme por el brazo.

—¡Llévala ahí en medio y conquístala!

Como si la gente la hubiese escuchado, crea una muralla humana entre mi amiga, la mesa y nosotros. Temo por el bolso, las bebidas y el abrigo, pero me alivia ver que Melissa no deja nada solo. Por el contrario, no me alegra tanto notar la mano de Jonathan sobre la mía. Me giro hacia él y me encojo un poco.

—No sé bailar... —le advierto, temiendo pisarlo.

La música cambia y se vuelve más cañera aún, con un ritmo constante y aplastante. Jonathan parece captarlo al momento y comienza a mover los pies al mismo tiempo que suenan los bajos de la canción. Me mira, sonriente, y me insta a que lo siga.

—¡Vamos!

—Pe... Pero... Te voy a pisar...

—No lo harás, tranquila. —Intenta calmarme—. Ven. —Me pega a él y yo tengo que alzar un poco la cabeza para mirarlo a los ojos—. Fíjate en los demás. Siguen un patrón. Apréndetelo.

—Ay, Dios... —suspiro, pero lo intento.

Al cabo de tres pisotones y dos patadas, consigo bailar más o menos con Jonathan. Estamos tan pegados que ya no distingo la tela de su chaqueta de la de mi vestido. Tengo su mejilla derecha contra la mía. Nuestros pies se mueven al ritmo de la música, que cambia casi constantemente. Pasa de pop-rock a reggaetón, de reggaetón a bachata, de bachata a salsa, de salsa a un remix raro de tango, del remix a algo más o menos lento y de ahí, vuelta a empezar. La combinación es apabullante. De vez en cuando se escucha el ritmo de una canción *electrohouse*. El local es una discoteca en toda regla. La gente grita, baila

y canta las canciones (o las chilla, según se vea). No consigo encontrar al DJ, pero no me importa. No conozco nada de lo que suena, pero me da igual. Me lo estoy pasando realmente bien en brazos de Jonathan, riéndonos como tontos cuando un paso no nos sale o vemos que confundimos la canción con otra diferente. Intentamos imitar a las parejas que hay junto a nosotros, pero nos resulta imposible.

Es todo tan cómico que no me doy cuenta de que mi cuerpo ya se mueve solo, de que Jonathan me ha dado la vuelta y que está tras de mí, con su pecho pegado a mi espalda. Como movida por un instinto desconocido, pego mi cuerpo al suyo al máximo y comienzo a mover las caderas a un ritmo cadencioso, sensual, copiando ligeramente lo que Gal le estaba haciendo a Elian hace un rato. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo sobre el hombro de mi amigo. Él inclina la suya hacia adelante y busca mi boca. Yo lo dejo. No estamos fingiendo. Noto el sabor del alcohol en su boca, una bebida que no he llegado a probar por completo. No sé qué estamos haciendo. Quiero que sea Elian el que me bese, quiero que sea él quien tenga mis caderas entre sus manos firmes, que me vaya moviendo al compás que imponga. Me da vueltas la cabeza. Se me han embotado los oídos y solo siento la calidez de la boca de Jonathan sobre la mía, jugando con mi lengua con dulzura. Pero no es eso lo que quiero.

No quiero que siga haciendo esto. Nos estamos cargando una amistad por culpa de mi egoísmo. Este beso no es como los otros. No se está conteniendo y me asusta lo que eso significa. A este paso, la idea absurda de que mi amigo esté enamorado de mí se hará realidad. Estoy confundiéndolo. No quiero eso. No quiero perderlo. No quiero que se enfade conmigo por rechazarlo. No. No. ¡No!

Echo el cuerpo hacia adelante y separo mi boca de la de él. Me muevo un poco para hacer que deje de agarrarme y lo miro a los ojos. Está tan confundido y sorprendido como yo.

—Keira... —Veo que vocaliza mi nombre, pero no lo oigo.

No puedo escuchar nada.

—Lo siento, Keira. —Eso sí lo escucho—. No pretendía...

Alzo una mano y esbozo una sonrisa. Espero que sea tan tranquilizadora como pretendo.

—Está bien. Es... la música y... la gente y... Tranquilo. Todo está bien.

—Keira. —Intenta cogerme de la mano, pero yo lo evito con toda la discreción posible.

—Voy a tomar el aire, ¿vale?

No espero a que me conteste. Me escabullo entre la gente y llego hasta mi mesa. Melissa está en medio de un boca a boca con Sebastian, así que no se da

cuenta cuando cojo mis cosas y me pego a la pared para salir de allí. He dejado a mi amigo plantado en la pista de baile, no sé dónde están Elian y Gal, pero me da igual. Ahora mismo, lo que necesito es respirar aire que no esté viciado de sudor, alcohol y humo de tabaco.

Cinco minutos después, consigo llegar a la puerta. Pongo la mano sobre el pomo para abrirla, pero otra mano se me adelanta. Levanto la mirada para ver quién es y me encuentro con los ojos azules de Elian, serios.

—¿Estás bien? —me pregunta por encima de la música.

—Sí —le respondo sin ánimo de pelear—. Solo necesito un poco de aire fresco.

Para mi asombro, no me discute y me abre la puerta. Alzo una ceja, sorprendida.

—Sal. Iré contigo.

Dudo un segundo antes de poner un pie en la calle y sentir el frío de la madrugada en mis piernas. Me da igual. Tengo demasiado calor para ponerme el abrigo. Elian sale tras de mí y cierra la puerta a su espalda. Junto a la entrada hay un grupo de tres personas charlando y fumando. No nos echan cuenta cuando andamos calle abajo y nos sentamos en un banco de un pequeño parquecito para niños que hay cerca del local.

Suspiro al notar mis pies descansando de los tacones y miro al cielo. Aquí apenas se ven las estrellas, no como en mi pueblo natal, donde no hay suficiente contaminación lumínica como para que solo se vea el reflejo de las farolas sobre las nubes oscuras en invierno. Elian se echa hacia atrás en el banco y me mira. Tiene el pelo exactamente igual que cuando entró, como si el bailecito con Gal no le hubiese afectado en absoluto. Ojalá pudiera despeinarlo aunque fuese un poquito para que se acuerde de mí.

—¿Y bien? —decide hablar él—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

No me atrevo a mirarlo. Es capaz de leerme con una sola mirada.

—Nada —le miento—. Solo me estaba agobiando con tanta gente y tanto ruido.

Oigo que Elian ríe un poco.

—Suele pasar al ser tu primera vez.

Alzo una ceja y ahora sí que me atrevo a mirarlo.

—¿Eso va con segundas? —inquiero.

Elian se echa a reír y niega.

—No puedo contigo, en serio —confiesa entre risas, mirándome con intensidad—. Tómatelo como quieras, Keira. No voy a proponerte nada hoy.

—Vale...

Me giro de nuevo hacia el frente, molesta. Esperaba que jugara un poco más. Pasan unos cuantos minutos en silencio hasta que veo que se inclina hacia adelante con los ojos fijos en el columpio que tenemos al frente.

—¿Puedo confesarte una cosa? —murmura con un tono de voz carente de diversión alguna.

Frunzo el ceño y asiento.

—Dime —lo animo, mirándolo.

Noto que respira hondo por cómo suben y bajan sus hombros poco a poco.

—He estado a punto de sacarte de ahí dos minutos antes de que decidieras salir pitando —me suelta lentamente.

Contengo el aliento.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

Él esboza una media sonrisa que no tiene nada de alegre.

—Porque no aguantaba ver cómo Jonathan te tenía de esa forma —confiesa.

Trago saliva con fuerza. Me doy cuenta de que solo lo llama Crowell cuando él está delante, para molestarlo, pero que se refiere a él por su nombre cuando estamos los dos a solas. Es inquietante. Y si a eso le añadimos la superconfesión nocturna, pues...

—Dime una cosa, Keira —me pide, girando el rostro hacia mí y mirándome a través de su flequillo negro—. ¿Por qué te has arreglado tanto?

La pregunta me descoloca por completo y creo que se da cuenta, porque sonríe un poco.

—Bueno... —intento decir—. Es una fiesta y no sabía cómo...

—Tú no eres así —repone, señalándome con una mano—. Eres más sencilla. Con un vestido menos ostentoso y mucho menos maquillaje te parecerías más a ti misma.

Desvío la mirada, incómoda. ¿Cómo es posible que con tanto potingue me haga sentir tan fea?

—No me malinterpretes —añade al instante, captando de nuevo mi atención —. No te he reconocido cuando has salido de tu casa. Creía que eras otra persona.

Suelto una risa burlona.

—¿Quién? ¿Tu amiga Corinna? —inquiero, molesta.

—No —responde para mi asombro—. La Keira con la que soñé hace dos semanas.

Me quedo congelada, temerosa. Siento que, si me muevo, se romperá el momento. No puedo creer lo que me está diciendo.

—Sí, soñé contigo cuando me aseguré de que entrabas a salvo a tu casa y

llegué a la mía.

Frunzo el ceño.

—Eras tú —confirmo con un susurro—. Yo te vi.

—Sí —asiente, sonriendo con sinceridad—. ¿De verdad creías que iba a dejar que vagaras sola después de lo que había pasado? Y más con Gal en ese estado.

—Bueno, seguro que no sería la primera vez...

—Keira. —Se acerca a mí un poco y clava sus ojos en los míos—. Soy un cabrón, pero no tanto.

—Ya. —Chisto con la lengua.

Elian se ríe por lo bajo.

—Creía... —digo de repente, como si no pudiera controlarme—. Creía que te habrías vuelto a la fiesta.

Él niega con la cabeza.

—No pude. No fui capaz de volver allí después de verte.

—No te entiendo —admito con un suspiro y mirando al cielo—. Un momento eres estúpido y al siguiente pareces un príncipe azul. —Me vuelvo hacia él, topándome con su cara más cerca de la mía—. ¿De qué lado estás?

—De ninguno —murmura, mirándome la boca unos segundos—. No sé lo que soy cuando estoy contigo. Y menos cuando vas así vestida.

Tengo ganas de reír.

—Bipolar... Hace un momento has dicho que...

—He dicho que serías más tú sin tanto abalorio, no que no estuvieras infinitamente preciosa —me corta.

Vale. Tocada y hundida. Envíen un mensaje de SOS a mi familia y llévenle mi cadáver.

Elian sonríe un poco, pero no demasiado. No se está jactando del jaque que me acaba de hacer. Disfruta con la situación, sí, pero no se está riendo. No se burla de mi cara de desconcierto absoluto.

Mi corazón late a mil por hora. Tengo la boca seca. No sé qué decir. No puedo pensar cuando lo tengo tan cerca que lo huelo, cuando me dice esas cosas con esa mirada tan sincera. No creo que me esté mintiendo y solo quiera regalarme los oídos. De hecho, siento como si quisiera decirme algo más. Mi cuerpo se siente atraído hacia el suyo como un imán. Otra vez igual. No cambio. Estoy segura de que no podré hacerlo ahora que tengo esas palabras en mi cabeza, bien guardadas en mi baúl de los recuerdos.

—No sé cómo puedes decir esas cosas —musito, desarmada.

Se pone derecho frente a mí y me coge la cara con las dos manos, acunándola con suavidad y ternura. Sus ojos ya no son peligrosos. Son un mar de estrellas

brillantes. Podría nadar en ellos toda la noche.

—¿Cuánto más vas a prolongar esto? —murmura, acercando su boca a la mía.

—¿El qué? —susurro, totalmente ida, con los ojos perdidos en su mirada y en su boca anhelante.

—El juego. ¿Cuándo vas a dejar de fingir? ¿Cuándo me vas a hacer dejar de fingir?

—Tú no finges. —Sonrío—. A ti te gusta Gal.

Él frunce el ceño sin dejar de acercárseme.

—¿Por qué quieres ponerle nombre a las cosas?

Suspiro.

—Porque es lo único que me da seguridad cuando estoy contigo —confieso.

—¿No te sientes segura conmigo?

—No estoy segura de lo que quieres de mí. No sé a lo que juegas ni lo que pretendes. No puedo saberlo con tanto enigma.

—Ya te dije que quería que me dejaras mostrarme...

—Pero te lo cargaste. —Me muerdo el labio inferior—. Te di una oportunidad y la destrozaste.

Elian sonríe un poco.

—Me resulta difícil dejar que lleves las riendas.

—¿Yo? —Me río un poco—. ¿Quién maneja a quién, Elian?

Él se ríe conmigo y pega su nariz a la mía. Yo cierro los ojos, absorbida por completo por él.

—Tú a mí —murmura, rozándome la boca con sus labios—, sin duda.

Contengo el aliento. No puedo asimilar nada. Hace un momento estaba besando a Jonathan y ahora... estoy a punto de... No.

—Espera —digo justo cuando su boca casi alcanza la mía por completo.

Abro los ojos y veo que Elian no se ha separado de mí, que se mantiene ahí, justo en el borde del abismo.

—¿Qué? —pregunta.

Con más esfuerzo del que podría haberme imaginado, me alejo de él un poco.

—No puedo hacer esto —confieso—. No cuando hace un rato yo...

Elian asiente al momento.

—Entiendo. —Se aleja un poco, suspira y se pone en pie—. Cuando hayas aclarado las cosas con tu amigo, avísame —me dice con cierta sequedad en la voz.

Me levanto de inmediato y voy tras él.

—Espera, Elian...

—Está bien, Keira. —Me sonríe de medio lado y me da la espalda.

—¡No! Es que... —Dejo la frase a medio terminar; Elian ve que no sigo hablando ni andando y se gira para verme—. Es que... no tengo tu número.

Elian parpadea un par de veces, anonadado, y entonces se echa a reír. Yo me remuevo en mi sitio, muerta de vergüenza. ¿Acabo de pedirle el número?

—No te preocupes por eso —me asegura, avanzando hacia mí; me pone una mano en la barbilla y me alza el rostro para encararlo—. Yo te escribiré.

Inspiro con esfuerzo.

—¿Y cómo sabrás...?

—Lo sabré. Te lo prometo.

Se inclina hacia mí y deja un suave beso en la comisura izquierda de mi boca. Contengo el aliento y disfruto del contacto durante la centésima de segundo que dura. Al separarse, me guiña un ojo y me suelta la cara con suavidad. Se aleja de mí con tranquilidad, y yo me quedo en el parque, congelándome, hasta que me da por entrar en la discoteca de nuevo para buscar a Melissa. Necesito irme a casa.

Capítulo 15

Nada más entrar de nuevo en el local, me siento agobiada. Apenas me da tiempo a dar unos pasos, buscando a Gal o a Melissa, cuando siento que alguien me agarra por la muñeca derecha. Giro la cabeza con rapidez y me hago daño en el cuello. Jonathan está ante mí, respirando con dificultad y con el pelo revuelto. Me muerdo el labio inferior, recordando por qué he salido del local y por qué estoy deseando irme a mi apartamento.

—Jonathan... —comienzo a decir, pero él me pone una mano en la boca y tira de mí para ponernos en un rincón del local, donde no hay tanta gente empujando ni molestando—. Oye, Jonathan...

—Keira, por favor —me suplica, cogiéndome las dos manos con las suyas y poniéndolas a la altura de su pecho, entre los dos—. Por favor, perdóname. No te enfades conmigo, por favor. Eres mi mejor amiga y... Yo...

Sacudo la cabeza y tiro de mis manos para llamarle la atención.

—Para, para, para —le pido a toda prisa—. Mira, no es el momento ni el lugar para hablar de lo que ha pasado ahí en medio. —Señalo con la cabeza la pista de baile—. Estoy buscando a Melissa y a Gal para avisarles de que me voy a casa.

—¿A casa? —repite Jonathan, alzando las cejas—. ¿Tan pronto? Creía que...

—Olvida el plan, ¿vale? Olvídalo. Necesito salir de aquí, llegar a mi casa, quitarme estas cosas —sacudo los pies— y ponerme el pijama.

Jonathan asiente, comprendiendo.

—Te acompañaré a casa.

Ay, Dios mío, ¡quiero estar sola!

—No hace falta, Jonathan...

—Ni de coña voy a dejar que regreses sola. No. —Se planta, decidido, mientras me suelta una mano y mantiene la otra aferrada con suavidad—. Te ayudaré a buscarlas y luego nos iremos.

Veo la insistencia reflejada en sus ojos marrones, que ahora parecen negros en medio de aquel mar de humo, luces y gente moviéndose al compás de la ruidosa música. Ahora no sé cómo demonios he podido ponerme a bailar lo que resuena por los altavoces. Suspiro y asiento a modo de rendición.

—Vale —acepto, a regañadientes—. Vamos.

Jonathan encabeza la búsqueda. Pronto encontramos a Melissa. Sigue entretenida con Sebastian, pero me da igual. Me acerco a ella y, cuando consigo que despegue la boca de la del chico de tercero durante un minuto, le digo que me voy a casa y que Jonathan me acompaña. Ella asiente, me guiña un ojo y me sonríe. Pongo los ojos en blanco. Sé lo que está pensando y está muy equivocada, pero eso ya se lo diré mañana, cuando esté sobria y vestida adecuadamente.

Nada más informar a Melissa, alzo la mirada y busco una cabeza rubia entre el gentío. Hay muchas chicas rubias, pero el pelo de mi amiga brilla como ninguno. No tardo en encontrarla. Y, a su lado, está Elian de nuevo. Aunque no está pegado a ella como hace un rato. Contengo una sonrisa de satisfacción y guío a Jonathan hasta ellos. Noto la mano de mi amigo apretándome los dedos conforme nos acercamos hasta que, a poca distancia de ellos, me giro hacia Jonathan y le suplico con la mirada.

—Me vas a romper todas y cada una de las falanges que forman mis deditos —le digo por encima de la música—. Afloja un poco, por favor.

—Uy, lo siento... —murmura, aunque yo puedo oírlo porque estoy cerca de él.

Me hace caso y no vuelve a espachurrarme los dedos. Llegamos a la altura de Elian y Gal, y, nada más vernos llegar de la mano, Elian me dirige una mirada extraña. Tiene el ceño medio fruncido y no deja de vigilar nuestras manos unidas. Como si me hubiese dado calambre, me deshago del agarre de Jonathan. Nada más hacerlo, siento los ojos oscuros de mi amigo sobre mí, pero hago lo posible por ignorar su mirada. Me fijo en que Elian relaja los hombros y suaviza el ceño. A su lado, Gal se cruza de brazos y golpea el suelo con un pie.

—¿Qué te pasa, Keira? —me pregunta y puedo notar en su voz cierto toque de amargura.

Trago saliva y pongo todo mi empeño en dejar de mirar a Elian, que empieza

a sonreír de medio lado.

—Me voy a casa —le informo—. Ya se lo he dicho a Melissa.

Gal asiente.

—¿Dónde está? —pregunta, intentando localizarla por encima de mi cabeza.

Le señalo un punto junto a la barra, y Gal chasquea la lengua.

—Vale. Yo no sé a qué hora llegaré. —Gal me sonríe—. No me esperes despierta.

Uno. Dos. Tres. Cuatro... Diez. No, contar hasta diez no me calma lo suficiente, así que inspiro con fuerza y me recuerdo que es mi amiga y que está poniendo todo su empeño en que Elian la elija a ella. También me recuerdo que ha bebido y que el alcohol ya circula a sus anchas por su torrente sanguíneo. Catorce... Quince... Dieciséis...

Sonrío.

—Descuida. No pensaba hacerlo. —Me vuelvo hacia Elian y me muerdo la lengua antes de decir—: Adiós.

Me giro antes de que ninguno de los dos diga nada. Tiro de Jonathan sin miramientos hasta la puerta y, una vez allí, me contengo para no girarme un poco y comprobar si Elian me está mirando o no. Tengo la impresión de que nos hemos dejado las cosas claras en el parque; espero que no estropee mi segundo voto de confianza. Aunque, en fin..., de buena, soy tonta.

Jonathan y yo salimos al exterior y respiro de nuevo el aire de la calle. Él cierra la puerta del local a mi espalda y ambos nos encaminamos hacia fuera del callejón sin decir ni una sola palabra. Ahora mismo, no tengo cabeza para discernir lo que siento por Jonathan y lo que me pasa cuando estoy con Elian. Solo sé que Jonathan me hace sentir protegida y que Elian me electrifica y me da vida. Teniendo eso claro, ya dejaré que mi cerebro divague mañana por la mañana mientras desayuno sola en el salón; porque fijo que lo hago sola. Melissa seguramente se vaya a casa de Sebastian y Gal..., bueno, prefiero no imaginarlo siquiera. No quiero pensar en la posibilidad de que Elian se haya reído de nuevo de mí y deje entrar en su casa (y en su cama) a mi amiga.

Estoy tan metida de lleno en mis oscuros y celosos pensamientos que no me doy cuenta de que hemos llegado a la puerta de mi apartamento hasta que Jonathan carraspea varias veces para captar mi atención. Levanto la mirada del suelo y mis ojos se clavan en su rostro. Él desvía los suyos, azorado. Ya veo... No ha parado de darle vueltas al episodio de la pista de baile, mientras que yo he dejado eso de lado por completo. ¿Tan mala persona soy?

—Eh... Bueno... —se atreve a decir Jonathan, mirándome de soslayo—. Espero que descanses y...

—Gracias —me apresuro a manifestarle, sonriéndole y esperando que así se le pase el nerviosismo—. Lo mismo te digo.

Jonathan asiente con la cabeza levemente, pero no añade nada más. Rebusco en mi bolsito las llaves de la puerta del edificio y las encuentro casi al instante. Benditos bolsos pequeños. Meto la llave correcta en la cerradura y giro para abrir la puerta. Justo cuando pongo un pie dentro del portal, Jonathan pone un brazo entre la puerta y yo, cortándome el paso.

—Espera —me pide, ansioso—. Keira, no puedo dejar esto así.

Yo cierro los ojos unos segundos para conseguir las fuerzas necesarias para encararlo.

—Jonathan —lo llamo, paciente—, ya te he dicho que no tienes que preocuparte por nada. El beso... surgió, ya está. Fue por el ambiente. Y por la situación. Llevamos días fingiendo ser novios. Eso pasa factura. Yo también tengo que disculparme por ponerte en esa tesitura y...

—¡No! —exclama Jonathan, haciéndome dar un paso hacia atrás, sorprendida y confusa al mismo tiempo—. No, por favor. Yo acepté sabiendo lo que sientes por Elian. No tienes culpa de nada. No tienes la culpa de que... —Desvía la mirada un segundo y veo que se sonroja bajo la luz de las farolas.

Trago saliva y quiero salir huyendo. No puede ser que me vaya a decir lo que creo que me va a decir.

Él vuelve a encararme y baja el brazo. Me pone la mano izquierda sobre el brazo derecho y sostiene la puerta con un pie.

—Keira —repite mi nombre en un susurro; me estremezco, y no por el aire frío de la madrugada de octubre—. Yo... —Jonathan clava sus ojos sinceros en mí —. Yo... Tú...

Suena un pitido. Un pitido mágico y maravilloso que rompe el momento y que nos hace salir de la burbuja que se ha creado sin quererlo. Frunzo el ceño y miro el bolsillo donde mi amigo lleva guardado el móvil, pero él niega con la cabeza, confuso. Empiezo a rebuscar de inmediato en mi bolsito de mano y cojo el mío. Ha sonado. Me ha llegado un mensaje de un número desconocido. Extrañada, lo abro y me muerdo la lengua para que no se note lo alucinada que estoy nada más pasear mis ojos por las palabras escritas.

> ¿Has llegado bien a casa?
> Por favor, respóndeme.

Trago saliva con fuerza, inspiro tanto como puedo y escribo una respuesta rápida.

Estoy bien. No te preocupes.

Alzo los ojos del móvil y miro a Jonathan, que no deja de observarme con una intensidad que me pone los pelos de punta. Sé bien lo que iba a decirme, pero no me siento con fuerzas para encarar una declaración ahora mismo. Suspiro y le sonrío un poco, poniendo mi mano izquierda sobre la suya, que me sigue aferrando el brazo con suavidad.

—¿Podemos hablar mañana, Jonathan? —le pido con toda la dulzura que soy capaz de convocar—. De verdad, ahora mismo estoy muy cansada.

Jonathan me sigue observando unos segundos más, sin parpadear, hasta que oigo que suspira largamente y asiente, desviando la mirada.

—Está bien —acepta, alejándose un poco de mí y soltándome el brazo para echarse la mano a la nuca—. Hablamos mañana. Buenas noches, Keira.

—Buenas noches. —Le sonrío un poco.

Jonathan asiente, acerca su rostro al mío y deposita un pequeño beso sobre mi frente. Yo me quedo quieta como una estatua, inmóvil, congelada, hasta que separa su boca de mi piel y me regala una última mirada antes de darme la espalda e irse por donde ha venido. Lo sigo con los ojos hasta que desaparece de mi vista. Me muerdo el labio inferior y entro en mi edificio.

En ese instante, me llega otro mensaje.

Yo también me he ido del local.

Gal está con Mike.

Nerviosa como un flan, no sé si contestarle o no. Decido que ya he tenido suficiente dosis de dios Elian por hoy y me meto en el ascensor. Unos veinte minutos después, ya me he lavado los dientes, puesto el pijama y metido en la cama. He dejado el móvil sobre mi escritorio para no tener la tentación de escribirle. Y, aun así, siento cómo me llama a hacerlo. Pero no, no voy a contestarle. No voy a decirle que estoy exultante porque se haya ido de la fiesta ni que me encanta que Gal no se haya ido con él. No. Eso tendrá que descubrirlo por sí mismo.

Capítulo 16

Apenas soy consciente de que estoy medio dormida, medio despierta. No sé qué hora es, solo sé que es domingo y que estoy muerta de sueño. Ahora entiendo por qué Gal y Melissa siempre se levantan tan tarde y tan cansadas después de una noche de fiesta. Bostezo y me desperezo en la cama sin abrir los ojos. Los pies se quejan cuando me apoyo en ellos para cambiar de postura y darme la vuelta de cara al escritorio. Cuando anoche me quité los tacones y pisé el suelo con la planta de mis pies, creí ver las estrellas. Suspiré de tal modo que me llevé una mano a la boca para acallarme, escandalizada. Gracias a Dios que ninguna de mis amigas estaba para escucharlo.

Respiro hondo y entreabro un ojo para acostumbrarme a la tenue claridad que se filtra por mi persiana a medio bajar. Busco con la vista el reloj y veo que son las doce de la mañana. Madre mía. He dormido casi doce horas. Sí que debía de estar agotada... Aunque, bueno, las emociones de anoche seguro que tuvieron mucho que ver con que esté ahora mismo para fregar suelos.

Maldigo por lo bajo al sacar a colación, sin quererlo, todo lo que ocurrió ayer. Dejo escapar un largo suspiro y abro por completo los ojos. Me pongo bocarriba y me echo una mano a la cara para quitarme el pelo de encima, sin dejar de preguntar qué fue lo que me impulsó a besar a Jonathan y por qué luego estaba deseando que lo hiciera Elian. La verdad es que no sé lo que me está pasando. Antes de entrar en la universidad, jamás se me habría cruzado por la cabeza ilusionar a un chico y estar detrás de otro al mismo tiempo.

Y, ojo, no es que haya caído en las redes de Elian; él no ha conseguido nada

de mí, todavía.

Aun así, no puedo dejar de pensar en Jonathan. Sé bien lo que me ocurre con Elian, lo que pasa cuando él está cerca, pero no puedo decir lo mismo de mi (único) mejor amigo. Cuando me miraba anoche, no lo hacía como normalmente. Me miraba con anhelo, como si me estuviera rogando algo sin palabras. Tengo el presentimiento de lo que me quería decir anoche y me asusta que eso pueda cumplirse. No quiero perder su amistad, lo necesito a mi lado. Pero ¿y si la que se equivoca soy yo? ¿Y si realmente siento algo más por Jonathan pero, al estar tan obcecada con Elian, no me doy cuenta?

Ay... Qué amargura...

En ese momento, escucho que algo vibra en la mesa de mi escritorio. Giro la cabeza y veo que se trata de lo único que podría vibrar en mi habitación: mi móvil. Me muerdo el labio inferior. Solo vibra una vez. Un mensaje. ¿Lo abro o no lo abro? ¿Lo leo o no lo leo? ¿Seguir lamentándome ahora o seguir lamentándome después? *That's the question.* Qué listo era Hamlet.

El móvil vuelve a vibrar. Decidido. Tengo que abrirlo. No sé si mis amigas están ya en casa y, en el caso de que no sea así, podría ser alguna de ellas. ¿Debería comprobar si han llegado ya? No, no. No te pongas paranoica, Keira. Inspira, espira, levántate, sigue respirando, coge el móvil, desbloquéalo... Uy, me estoy quedando sin batería. Pon a cargar el móvil, abre la lista de mensajes y... Ahí está, enviándome señales eléctricas a distancia, poniéndome nerviosa sin estar cerca, sin mirarme, sin tocarme siquiera. Haciendo que me replantee mi vida en la ciudad en apenas dos frases.

> Buenos días, Keira.
> Me gustaría verte hoy.

Casi puedo evocar su voz, su boca, pronunciando mi nombre, acariciándolo con la lengua, como si fuese una película erótica. Que no es que yo haya visto ese tipo de películas, ¿eh? Es que, bueno, una se imagina lo que... Da igual. Mejor me callo. ¿Qué respondo? ¿Acepto su invitación indirecta? ¿Paso de nuevo de él? Pero si paso de él, entonces podría ponerse más insistente.

Mi móvil vibra de nuevo. Anda que me iba yo a equivocar...

> El reloj no se para. Tic-tac, tic-tac.
> ¿Y bien? ¿Vas a venir voluntariamente
> o tengo que ir a buscarte?

Pongo los ojos en blanco.

Buenos días, Elian.
Esperaba que me dieras un rato para espabilarme
antes de empezar a acosarme de nuevo.
No sé qué clase de reloj tendrás tú,
pero el mío siempre marca la misma hora.

Dibujo una sonrisa de oreja a oreja al releer mi mensaje antes de enviárselo. No tardo en obtener una respuesta.

Ja, ja. Qué simpática estás desde la mañana.
Eso me gusta.
¿Te parece que nos veamos en el centro comercial?
¿A las cinco?
Te invito a merendar.

¿«Eso me gusta»? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Y por qué da por hecho que he aceptado quedar con él? Tecleo con rapidez.

Estás demasiado seguro
de que voy a ir a algún sitio contigo, ¿no?

Lo envío y, a los pocos segundos, ya tengo su respuesta.

Ya has ido a un sitio conmigo después de haberla cagado
y no estabas precisamente asustada.
Más bien parecía como si disfrutaras

haciéndome sufrir con ese maldito vestido
y bailando de esa forma.

¡Ja! ¡El vestido le gustó! No puedo evitarlo, me pongo a dar saltitos, contenta.

Corrección: fui con mis amigas, con Jonathan y contigo.
No a solas.

Sé que le va a molestar que recalque esos detalles. Me está siguiendo el juego

y yo se lo estoy siguiendo a él. El problema va a ser cuando lo vea hoy y descubra que no soy capaz de hablarle de esa manera si lo tengo frente a frente.

¿No fuiste conmigo al parque?
Si había algún mirón, le sacaré los ojos.

Vuelvo a echarme a reír mientras le escribo de vuelta.

El único mirón que había eras tú.
Ya puedes ir embotellando tus ojos.

Me río por lo bajo de mi propio chiste.

¿Y dejar de verte?
Lo siento, pero disfrutaré de las vistas un poco más.
¿A las cinco en el centro comercial?
Mi agenda está muy apretada,
no me hagas esperar.

Qué exigente. Pero está claro que sigue bromeando. Aun así, le respondo que lo veré a esa hora en el centro comercial y que en absoluto disfrutará de las vistas. Pienso arreglarme lo menos posible. No se lo esperará.

Dejo el móvil en el escritorio y abro la ventana y la puerta para que se ventile la habitación. Sé que me responde porque vuelve a vibrarme el móvil, pero lo ignoro y salgo al pasillo. Miro a la izquierda y veo que la puerta de la habitación de Gal está cerrada. Estoy a punto de asomarme para ver si Melissa también está en casa cuando escucho unas llaves en la puerta de entrada. Me asomo y veo a mi amiga del pelo rosa entrando en casa con los tacones en una mano y el bolso en otra. Apoyo mi espalda en el umbral del pasillo y me cruzo de brazos.

—Benditos los ojos que te ven —la saludo, sobresaltándola.

Me echo a reír cuando se le caen los zapatos de la mano y la puerta se cierra con estrépito. Tiene el maquillaje corrido por toda la cara y el pelo parece un amasijo de paja.

Señalo con las cejas su cabeza y trato de contener la risa.

—Dime el nombre de tu peluquería para no ir nunca.

Melissa frunce los labios.

—Qué alegre te has levantado esta mañana, Keirita —comenta con cierta

sorna, dejando los zapatos en el zapatero y tirando sobre el sofá del salón el bolso y el abrigo que lleva puesto—. ¿A qué se debe esa felicidad repentina?

—Tú no pareces estar nada contenta hoy —le rebato, girándome para poder verla bien—. ¿A qué debe esa repentina hostilidad hacia el mundo?

Melissa me saca la lengua y gruñe cuando se tira sobre el sillón.

—He dormido en casa de Sebastian —me informa, aunque eso ya lo sabía—. Y cuando nos hemos despertado, me ha echado de su casa como si nada. Sin darme de comer ni nada. ¡Ala! Si te he visto, no me acuerdo.

—Tal vez esperaba a alguien y no quería que...

—¿Que qué? —me interrumpe, señalándose a sí misma con las manos—. ¿Que me viera a mí? Si es así, es un gilipollas de cuidado.

Me acerco a ella y le paso una mano por la cabeza para intentar desenredarle el pelo.

—Tranquila —le digo, paciente—. Seguro que solo le hacía falta una taza de café.

—Y una hostia bien dada a tiempo —añade Melissa, haciéndome reír por lo bajo—. Si está con la *pitopausia*, no es mi culpa, ¿vale?

Ladeo la cabeza para verle mejor el perfil.

—¿La *pito* qué? —repito, riéndome.

—Sí —responde Melissa, se gira en el sillón y hace que le quite las manos del pelo—. Las mujeres tenemos nuestros días del mes y después, con los años, la menopausia, ¿no? —asiento—. Bien, pues los tíos tienen todo eso, al menos una vez cada dos meses. Pito-*pausia*. Creo que sabes de dónde viene lo de «pito»...

Esto sí que es nuevo. Me echo a reír. Y me río y me río y me río. Y me caigo al suelo de la risa y sigo riéndome. Y ruedo por el parqué que cubre el suelo y no paro de reír.

—Eres... —balbuceo, muerta de risa, con los ojos húmedos y sintiendo un pinchazo constante en el estómago por culpa de tal carcajada—. Eres demasiado, Mel...

—Bah —responde ella, haciendo un gesto con una mano y volviendo a ponerse derecha en el sillón—. Es un estúpido. No pienso hablar con él hasta que venga, arrastrándose, a pedirme disculpas por cómo me ha tratado. Y si no lo hace, pasará a engrosar la L.N.G.

Vuelvo a reírme, pero esta vez con algo más de calma y control. Me había invadido un ataque de risa histérica tan grande que hasta me ha dado miedo no poder parar. Melissa y sus ideas locas. Ya lo dije en su momento: está loca, pero loca de verdad.

Seguimos charlando de anoche en el salón. Por suerte, Melissa está tan

enfadada con su novio que no intenta sonsacarme información sobre cómo me fue con Jonathan. Y si se llega enterar de lo que casi pasa con Elian, monta una revista y me saca en portada. «Primicia: la novata de la Universidad Estatal se convierte en una rompecorazones». Me recorre un escalofrío de solo pensarlo. Uf, no. En ese caso, mis amigas tendrían que ir a la policía a por una orden de búsqueda y captura. «La novata huye de sus sentimientos».

Gal se une a la charla después de comer. Me dirige una mirada extraña y yo desvío los ojos. No sé qué estará pensando ni qué habrá pasado con Elian para que me mire de esa forma tan... escalofriante. Solo sé que no me gusta. Punto. Melissa intenta darle conversación, pero ella responde con evasivas. Nerviosa, me pongo en pie y me voy al baño para darme una ducha antes de salir.

Quince minutos después, estoy duchada, vestida y peinada. Me he puesto unos pantalones vaqueros muy cómodos, un jersey de manga larga gris y una chaqueta azul calentita. Me calzo mis amadas zapatillas deportivas, cojo una mochilita pequeña y meto ahí mis llaves, mi móvil, ya cargado, mi cartera y dos paquetes de pañuelitos. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Al verme salir del pasillo con otra cosa que no es el pijama y lista para salir, Melissa se pone a aplaudir y Gal pone los ojos en blanco.

—¿Adónde vas, Keira? ¿Has quedado con alguien? —Se inclina sobre el brazo del sillón y me guiña un ojo—. ¿Con Jonathan, tal vez?

Mierda. Ya estaba tardando en sacar el tema. Melissa se da cuenta de mi estado de ánimo y sonríe un poco más.

—¿No creías que te ibas a librar del interrogatorio, verdad?

—Para nada —respondo, fastidiada—. Solo esperaba que dejarais tranquila mi vida personal.

Vale, sí, lo he dicho de una forma muy seca. Pero la verdad que no quiero ni tengo ánimos de responder preguntas sobre anoche, y mucho menos sobre Jonathan.

—Tranquila, Mel —interviene Gal con una media sonrisa extraña—. Seguro que ha quedado con su «novio» y no nos lo quiere decir, ¿verdad? Porque, ¿con quién iba a quedar, si no? Con el novio de otra amiga no puede ser.

Frunzo el ceño y trago saliva. Ya veo por dónde van los tiros de Gal. Y no pienso caer en su juego.

—Si tan poco confías en Elian, ¿por qué no quedas tú con él? —la reto, sabiendo perfectamente que si llama a Elian, me descubrirá.

Gal borra la sonrisa.

—Eso haré.

—Bien.

Espero a que Gal saque el móvil de debajo de un cojín y veo cómo pulsa el nombre de Elian para llamarlo. Él no tarda en contestar.

—¿Elian? —El tono de voz de Gal cambia radicalmente; ahora es un angelito sin alas ni aureola—. Oye, ¿te apetece que nos veamos en un ratito? —Oigo cómo responde Elian, pero no sé bien lo que le dice—. Ah, que ya tienes planes con tus amigos... —El tono de voz de Gal vuelve a cambiar; ahora es un triste conejito blanco—. Bueno, es que... te echaba de menos, ¿sabes? Y quería verte... —Elian le dice algo, no sé qué, pero noto que sirve para que Gal deje de insistir—. Vale. Te veo mañana entonces, ¿no? —Seguro que Elian asiente—. Bien. Hasta mañana, *Elichín*. —Y cuelga.

¿«Elichín»?

Le sonrío.

—¿Puedo irme ya sin que quieras matarme con la mirada, Gal? —inquiero, sin esperar realmente que me dé su permiso.

Me giro y abro la puerta. Salgo del apartamento y cierro a mis espaldas. Solo entonces me permito relajarme un poco y respirar hondo.

Capítulo 17

Salgo del edificio de apartamentos tan rápido como me permiten los pies, con el corazón latiéndome a mil por hora con cada paso que doy. Giro a la derecha en el primer cruce y me voy directa a la parada de autobús, nerviosa. No quiero pensar en nada. Necesito relajarme en el trayecto en autobús desde mi calle hasta el centro comercial y solo son cinco o diez minutos, como máximo. Cojo el móvil y le envío un mensaje a Elian diciéndole que voy de camino. Él me responde y me dice que ya está allí, esperándome. Eso solo me hace temblar aún más.

Por suerte, el autobús no tarda en llegar y me monto en la parte de atrás, en un asiento pegado casi al motor. El calor que desprende aquella zona me agobia, pero prefiero estar sentada que en pie. El autobús recorre las calles de la ciudad mientras yo me retuerzo el bajo del jersey, en busca de tranquilidad. El suave tacto de la tela me reconforta. No soporto la tensión, no soporto esta ansiedad. Solo de pensar que podría perder la amistad de Gal porque nos gusta el mismo chico... Dios, no. No quiero ni imaginarlo.

Por fin, el autobús llega a mi parada y me bajo. Mientras me pongo bien el pelo que se me desarregló por culpa del aire caliente que levanta el autobús, me fijo en que hay una figura sentada allí, en la misma parada. Reconozco la forma en que el cabello le cae sobre la cara y, de forma inexplicable, me siento segura, como si hubiera llegado a casa después de que intentaran robarme. No puedo evitar suspirar y sonreír. Doy un par de pasos hacia adelante y Elian levanta la mirada del móvil. Me sonríe.

—Hola —lo saludo con timidez, mirándolo desde arriba.

—Hola —me responde, levantándose sin dejar de clavar sus ojos en mí; me recorre con ellos de arriba abajo y se echa a reír—. Así que hoy no te arreglas.

Niego con la cabeza, divertida. Parece que ha pillado el concepto.

—Para nada. Los domingos no están para vestir de punta en blanco. —Le echo una ojeada—. Y tú tampoco te has vestido demasiado elegante.

Elian vuelve a reírse y se encoge de hombros, abriendo la chaqueta de su chándal negro con rayas blancas.

—Tampoco voy tan mal, ¿no?

Hago como que me lo pienso, poniéndome un dedo sobre la boca. Me acerco a él, le cojo el pañuelo celeste que lleva al cuello y hago como si lo estudiara.

—Esto no pega ni con cola —sentencio.

Elian se lleva una mano al corazón.

—Oh, qué cruel eres...

Me río y le doy un golpecito en el brazo.

—Melodramático...

—Como sea. —Me ofrece el brazo y yo lo miro con una ceja alzada, divertida —. ¿Vamos adentro o qué?

Bufo y me echo a reír de nuevo. Le bajo el brazo, desechando su ayuda.

—Vale, pero no vayas de listo, casanova.

Elian solo me sonríe y no vuelve a ofrecerme el brazo. Cruzamos de una acera a otra en silencio y entramos en la planta baja del centro comercial, un enorme edificio de hormigón gris que por fuera no llama para nada la atención, pero que alberga varias tiendas de marca, un cine con seis salas y una zona de restaurantes y cafeterías.

—¿Adónde quieres ir? —me pregunta Elian, mirándome de reojo, mientras paseamos por dentro del centro comercial, viendo tiendas.

Suspiro. Vuelve a invadirme esa sensación de no saber qué hacer en una cita, aunque esto ni siquiera lo sea. Porque él tiene novia y yo..., bueno, se supone que sí, pero... Ay, qué lío.

—No sé —respondo, sonriéndole—. ¿Qué te apetece hacer?

—Arriba hay un restaurante que me encanta. —Me señala el techo de la planta baja—. Ponen unos yakisoba que están para morirse. —Mueve el dedo y señala hacia adelante—. Por allí hay una heladería que tienen helados de sabores raros, como los de las grageas de Harry Potter.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

Él asiente, entusiasmado.

—Y justo al lado hay una cafetería que tiene unos bollitos de crema... —Veo que se relame del gusto y me echo a reír.

—Te gusta comer, ¿no?

Los ojos se le iluminan y parece un niño pequeño. Me duelen los carrillos de tanto sonreír. Resulta tan adorable verlo así, sin aparentar nada y disfrutando del paseo... Es como si fuera una *matrioska*: un Elian metido dentro de otro Elian, metido dentro de otro Elian. Y, a medida que voy descubriendo Elianes, me voy dando cuenta de que es un chico con un serio problema de autoestima y una falta de cariño tremenda.

—Decide tú —lo animo, esperando seguir viendo ese Elian infantil que ha pasado a ser mi favorito.

Él ensancha su sonrisa y me coge de la muñeca para tirar de mí.

—Heladería —dice simplemente.

Yo me echo a reír y dejo que me guíe hasta allí. La heladería resulta ser un local pequeño con las paredes pintadas de color crema y rosa pastel, con mesas redondas y pequeñas para dos o cuatro personas. Frente a la puerta, se encuentran la caja y el mostrador, con cerca de treinta sabores diferentes. Hay tantos colores que no sé ni a dónde mirar. Elian se ríe de mí cuando se lo digo y yo le saco la lengua. Pero no me da tiempo a esconderla. La agarra con la punta de dos dedos y tira de ella.

—Ay, ay, ay, ay —protesto, llevando mi cabeza hacia atrás.

Él me suelta y se ríe.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto, divertida y extrañada al mismo tiempo.

Él no responde. Solo me mira fijamente mientras se lleva los dos dedos a la boca. Los ojos se me salen de las órbitas y siento cómo el calor me recorre de arriba abajo y se instala en mi cara y en otras partes más escondidas de mí. Entonces, se saca los dedos de la boca y me sonríe. Yo abro y cierro la boca, anonadada.

—Eres... Eres... —intento decir, pero no me sale nada.

—Para nada escrupuloso, te lo puedo asegurar —me completa la frase sin entrar en modo «dios Elian»; aunque eso ha sido demasiado divino y desconcertante como para no meterlo dentro de esa categoría.

—Ya veo... —Desvío la mirada de nuevo hacia los sabores y trato de concentrarme en ellos, al tiempo que me guardo bien la lengua.

Finalmente, me decanto por una tarrina pequeña de chocolate con almendras y sandía. Elian se pide una tarrina enorme de limón, gragea de fresa, de melón, chocolate, chicle y otra cosa más que no quiero ni saber el nombre, porque tiene un color verdoso un tanto sospechoso. Nos sentamos en una mesita apartada en un rincón y comemos en silencio. En cuanto me llevo la primera cucharada a la boca, no puedo evitar gemir y cerrar los ojos.

—Dios, ¡qué rico! —Abro de nuevo los ojos y veo que Elian me mira con una expresión extrañada—. ¿Qué pasa?

Parpadea y mete su cuchara en su helado.

—Nada —responde con cierta sequedad.

¿Qué he hecho? Me encojo de hombros y sigo comiendo. No hablo en todo el rato que como mi helado. Él se lo termina en menos que canta un gallo, y eso que su tarrina es el triple que la mía.

—Keira —me llama, soltando su cucharilla de plástico dentro de la tarrina vacía.

—Dime.

Duda. Elian duda. Elian nunca duda y ahora está dudando. Mira el suelo unas diez veces antes de alzar los ojos de nuevo hacia mí y borrar la faceta infantil para sacar una nueva, una que desconocía hasta ahora: la faceta tímida.

—¿Puedo preguntarte algo? —se atreve a decir finalmente.

—Claro —respondo, confusa—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Es que... no quiero... estropearlo todo esta vez.

Me echo hacia atrás en la silla.

—Oh —exclamo—, entiendo. —Veo que baja las manos de la mesa y comienza a juguetear con la cremallera de la chaqueta del chándal—. Oye, tranquilo. Va todo bien. Me lo estoy pasando de maravilla.

—¿En serio? —inquiere, con un brillo de esperanza surgiendo en sus iris azules.

Le sonrío para calmarlo un poco.

—Sí, claro. No te estoy mintiendo. —Y para afianzar lo que digo, pongo las manos sobre la mesa y las extiendo hacia él con las palmas hacia arriba.

Elian me mira a mí y a mis manos alternativamente, sorprendido, sin ninguna duda. Vacila un poco, pero, al final, saca las manos de debajo de la mesa y las pone sobre las mías, con las palmas hacia abajo. Sonrío un poco más y las rodeo con mis dedos.

—¿Ves? Todo va bien.

Baja sus ojos y los posa sobre nuestras manos unidas por encima de la mesa. Me rodea las muñecas con los dedos y me da un leve apretón con algo más de confianza. Veo que frunce el ceño sin dejar de mirar nuestras manos unidas y eso me preocupa. Ha cambiado el ambiente. Antes era distendido y ahora..., no es tenso, pero tampoco tranquilizador. Estamos dentro de nuestra propia burbuja, igual que anoche en el parque.

—Elian —susurro sin querer molestarlo.

Él levanta la vista y me mira.

—Keira —repite mi nombre en voz baja y yo siento que se me derrite el corazón—. ¿Por qué estás con Jonathan, Keira? ¿Por qué no me has elegido a mí?

Mis pulmones se cierran en banda y me cuesta respirar cuando escucho sus preguntas. No me está exigiendo nada, me lo dice con un tono de súplica en su voz, como si no entendiera por qué la gente muere o por qué las cosas no son infinitas; como si fuera un niño pequeño que tiene entre sus manos un pajarito que acaba de perder la vida frente a sus ojos. Con ese tono: triste, melancólico, nostálgico.

Y no sé qué responderle. ¿Por qué? Quizá porque no era como es ahora conmigo. Quizá porque me he negado todo este tiempo que me gusta más de lo que debería. Quizá porque me he empecinado en demostrarle que no soy como las demás, que no caigo a los pies de un chulo malintencionado. El problema es que me está demostrando que no es un chulo cualquiera, es un chulo con un pasado desconocido que lo ha hecho ser como es ahora. No se ríe de la gente sin un motivo ni por placer, se oculta de todos con esa máscara despreciable, con esa falsa seguridad en sí mismo.

¿Por qué? Porque no sé si sería capaz de soportar su rechazo.

—Elian —suspiro, mordiéndome el labio inferior—. No puedo estar contigo si no me dices lo que quieres de mí. Estoy perdida desde que te conocí, no sé qué esperar de ti.

—Lo que quieras —me asegura con ahínco, inclinándose un poco por encima de la mesa—. Dime qué quieres que te dé y lo tendrás.

—No puedes prometerme nada, Elian —le digo en tono conciliador—. No sabes lo que va a pasar de aquí a dos minutos.

—Sí lo sé —repone, apretando su agarre y tirando de mí hacia él sobre la mesa—. Sé lo que quiero. Te quiero a ti.

El corazón me da un vuelco al escucharlo, pero no puedo dejar que me invada esa sensación de calidez que amenaza con destruir mi sentido común.

—No puedes quererme si no me conoces, Elian —insisto con calma.

—Déjame conocerte. Por favor. Déjame que te muestre cómo soy.

Cierro los ojos un momento.

—Eso ya lo he oído antes —recuerdo, no sin cierto dolor.

Intento retirar mis manos de las suyas, pero él me lo impide. Abro los ojos de nuevo y lo miro. Veo que respira hondo y que se lo piensa un segundo antes de empezar a hablar.

—Me llamo Elian. No tengo padres. —Abro los ojos al máximo; no lo sabía—. Vivo en un apartamento barato lejos de la universidad. Tengo que ir todos los días andando desde la periferia porque no tengo suficiente dinero para coger un

autobús. Mi tío es quien me mantiene, pero no hace demasiado por mí. Insiste en que debo ganarme la vida por mí mismo, pero no sabe que no soy capaz de hacerlo, que no sé cómo hacerlo. —Coge aire y a mí me deja sin él—.

»No tengo hermanos. Vivo solo desde los diecisiete años y mi única amiga siempre ha sido Corinna. —Recuerdo a la chica del pelo corto negro y asiento—. Mi única compañía es un gato que va y viene cuando le place.

Agacha la cabeza y suspira.

—Y odio hablar de mí mismo. Odio dejar que la gente conozca mis debilidades porque, si saben cuáles son mis puntos flacos, les será más fácil hundirme. —Me mira a través del flequillo negro, que entrecorta el azul eléctrico de sus ojos—. Mi tío los conoce y los utiliza en mi contra. Él, Corinna y ahora tú sois las únicas personas que sabéis acerca de mi vida.

No sé qué decir. Me he quedado sin palabras.

—Por eso soy como soy en la universidad. —Me sonríe con tristeza—. Mi tío es el rector, entonces puedo estudiar lo que quiero. Me dejó entrar con la condición de que así fuera, porque ese era el deseo de mis padres..., lo único bueno que quisieron para mí.

—No digas eso —intervengo con un hilo de voz—. Hasta los peores padres desean lo mejor para sus hijos..., lo digo por experiencia.

Ese último detalle, que no estaba segura de revelar, le llama la atención y le cambia la expresión. Deja de parecer un cachorrito abandonado para ponerse en tensión.

—¿Por qué dices eso? —pregunta con voz grave.

—Porque no eres el único que vive solo dentro de una familia problemática. —Le sonrío—. Pero ya te contaré eso. Sigue hablándome de ti.

Él no parece demasiado convencido por mis palabras, pero relaja los músculos de los hombros y se pone cómodo en la silla. Seguimos unidos por nuestras manos y eso me hace sentir segura, como si, de alguna manera, no pudiera librarse de mis preguntas mientras estemos cogidos de las manos.

—¿Cuál es tu color favorito? —propongo—. ¿Qué te gusta hacer cuando estás solo? ¿Qué tipo de música te gusta?

Elian sonríe y se echa a reír.

—De una en una, Keira. —Me río un poco, pero asiento—. Mi color favorito es el azul, me encantan los gatos persas, no me gusta leer nada a no ser que tenga algo que ver con la carrera y con Historia Universal.

—¿En serio?

Él asiente con una sonrisa.

—Me encanta saber todo lo que pasó en las guerras de todos los países. El

porqué de sus orígenes, cómo luchaban, las armas que usaban... Todo.

—Bélico...

—Y mi sueño es tener mi propia *katana*.

—Ala —exclamo, alzando las cejas—. Te gustan las armas antiguas.

—Las armas blancas. Sí. Y me gusta mucho escuchar música heavy metal, pero me adapto a cualquier cosa.

—Como la salsa y la bachata —le recuerdo, riéndome.

—Por ejemplo. —Se ríe—. Aprendí a bailar yendo de fiesta en fiesta.

—Se te da bien —comento, recordando a la perfección cómo se movía pegado a Gal y lo mucho que deseé ser yo la que estuviera en su lugar.

—Gracias. ¿Y tú? ¿Cómo aprendiste a bailar de esa forma tan...?

—¿Escandalosa? —Me río, sonrojándome.

—Ardiente —repone, fijando sus ojos azules en los míos con una intensidad que casi hace que me caiga de espaldas en mi silla—. Y no me digas que hiciste un cursillo exprés ayer por la tarde para encajar.

Vuelvo a reírme y niego con la cabeza.

—No, Melissa me tuvo toda la tarde metida en una bañera.

—¿Por qué? —pregunta, divertido.

Pongo los ojos en blanco.

—Quería que fuese perfecta a mi primera fiesta universitaria. —Elian se echa a reír—. Está loca. Yo solo quería que me ayudara a arreglarme, no que me preparara para un concurso de Miss Universitaria.

—Habrías ganado de haberlo sido. —Me sonríe más y me guiña un ojo.

Yo chasqueo la lengua y pongo la mirada en blanco.

—Como sea. Aprendí a bailar viéndoos a todos en la pista de baile.

Elian se me queda mirando, anonadado.

—¿Vas en serio? Lo del cursillo exprés tiene más credibilidad.

—Sí, lo digo en serio —insisto, algo fastidiada—. Tengo memoria fotográfica, memorizo bien todo lo que veo. Solo tuve que copiar los pasos y ya está. Mover el culo tampoco es tan difícil.

—No, pero hacerlo como tú lo hiciste, sí.

—Ya, claro.

Elian tira de mí, acercando mi silla y la suya a la mesa y casi pegando su rostro al mío. Miro a ambos lados y veo que nadie nos está echando cuenta. Esa proximidad ya me resulta conocida, pero aun así me sigue poniendo nerviosa.

—Elian... —balbuceo—. ¿Qué haces?

—Habría dado lo que fuese por ser yo el que hubiese bailado contigo —

murmura con voz ronca—. Y odié cada segundo que pasaste con Jonathan, desde que saliste por la puerta de tu apartamento hasta que te acompañó a casa. Porque quería ser yo quien tuviera el privilegio de ir contigo adonde fuera.

—Elian...

—Confía en mí, Keira, no voy a volver a cagarla igual que el fin de semana pasado.

Trago saliva con fuerza.

—¿Y Gal?

—Hablaré con ella. No te preocupes.

—Pero yo no estoy aceptando salir contigo...

—Ni yo te lo he pedido. Solo quiero que me dejes mostrarte cómo soy realmente.

—¿Voluble? —intento bromear.

Él ríe por lo bajo y asiente.

—Entre otras cosas. —Su sonrisa desaparece casi por completo, pero ya no me mira como si quisiera comerme—. Ven un día a mi casa. Te enseñaré lo que quieras de mí. No me importa.

—Elian...

—Te lo ruego, Keira. Olvida a ese gilipollas que te dijo que caerías a sus pies. Has ganado. Me tienes ante ti de cualquiera de las formas. Me rindo ante ti.

Intento hablar, pero no me salen las palabras.

—Keira. —Me acaricia el dorso de la mano derecha con el pulgar y yo me estremezco—. Por favor, Keira...

Mi cerebro explota. Sé bien lo que voy a responder antes incluso de que me dé tiempo a pensarlo.

—Sí.

Capítulo 18

Elian se relaja visiblemente cuando acepto ir un día a su casa. Yo me siento extraña, como si me hubiera obligado a decir que sí. Pero, por otro lado, es algo que quería desde hacía días. Quería saber qué hay tras esos ojos azules que me traspasan y me provocan espasmos. Y sigo queriéndolo, solo que ahora, cuando ir a su casa es algo tangible y real, tengo miedo por lo que pueda encontrarme. Ya me ha dicho que apenas tiene dinero y que vive en un lugar humilde. Sé que lo que veré será un fiel reflejo de sí mismo, porque allí no puede aparentar, no tiene medios para simular una cosa que no es. La certeza de que voy a conocer una faceta que no ha mostrado a nadie me envalentona y me da fuerzas.

Noto que respira hondo y cierra los ojos, aliviado. Sus manos se vuelven suaves en torno a mis muñecas y por fin puedo volver a moverlas sobre la mesa.

—Lo siento —dice de repente, sorprendiéndome; alzo la cabeza hacia él y lo miro, confusa—. ¿Te he hecho daño? —me pregunta, mirándome las muñecas con el ceño fruncido.

—No. —Le sonrío, tranquilizadora, al comprender a lo que se refiere—. Es que se me estaban quedando dormidas las manos. —Las muevo un poco para que la sangre vuelva a circular por ellas y le muestro mis muñecas, sin ninguna marca —. ¿Ves? Todo perfecto.

Él suspira sin ningún reparo y me devuelve la sonrisa.

—Bien. —Se levanta de su silla con un solo movimiento y me tiende la palma —. ¿Damos un paseo? Me gustaría enseñarte mi sitio favorito.

—Claro —acepto su mano sin ningún miedo y dejo que me ayude a ponerme

en pie.

Salimos cogidos de la mano de la heladería y recorremos las calles llenas de tiendas del centro comercial. En una de ellas no puedo evitar pararme. Hay un enorme conejo blanco con las orejas largas que me encanta. Elian se ríe de mí, pero en cuanto ve un pequeño peluche de capibara, me ignora y corre hacia el interior del negocio para estrecharlo entre sus brazos. Me echo a reír y él se gira con el peluche y me lo señala. Al ver que no parece querer irse de allí, entro en la tienda y tiro de él.

—Oh, vamos, Keira, ¿no es adorable? —insiste una y otra vez sin soltar el dichoso peluche.

—Monísimo —le miento, tirando de él de nuevo—. ¿Podemos irnos?

—¡No! —exclama, haciendo un puchero y pegándose aún más el capibara al pecho—. ¡No lo dejaré atrás!

Pongo los ojos en blanco y lucho contra él hasta que, por fin, consigo quitarle el peluche de las manos y lanzarlo bien lejos de su alcance. Apenas le da tiempo de ir a correr a por él cuando ya lo saqué fuera de la tienda.

—Qué mala eres, Keira —protesta, poniéndome ojos de corderito degollado.

Tengo que hacer acopio de toda mi voluntad y mi sentido común para no volver a la tienda y hacerle escoger entre el dichoso peluche y yo.

—Malísima —afirmo, tirando todavía de él—. ¿No ibas a enseñarme algo?

—¿Y qué hay del capibara? —insiste, mordiéndose el labio inferior a modo de mueca tristona.

Bufo.

—Ya veremos después. —Ni en broma voy a volver a esa tienda, pero eso él no lo sabe.

Elian da un saltito de alegría y vuelve a prestarme toda la atención del mundo. Vale. Nota mental: el modo infantil de Elian puede involucionar a modo bebé. Ajeno a mis notas mentales, Elian me habla del sitio al que vamos. Al parecer, es un lugar al que solo acceden los de mantenimiento, lo que me deja entrever que nos vamos a colar por toda la cara en una zona restringida. La adrenalina sube por mis venas ante la expectativa de romper las reglas por una vez.

Subimos hasta la terraza del centro comercial, donde están las taquillas del cine y las entradas a las salas. Justo frente a esa zona, hay una pared con una única puerta de entrada y salida con un cartelito que reza «Solo personal autorizado». Elian me suelta la mano y me pasa ese mismo brazo por los hombros para pegarme a él. Agacha la cabeza y me susurra al oído:

—Es por ahí.

Se me pone la piel de gallina al sentir su aliento fresco con olor a las diferentes frutas que formaban parte de su tarrina de helado. Siento que se me hace la boca agua y casi protesto cuando se separa de mí un poco. Giro la cabeza para mirarlo.

—¿No nos van a pillar?

Él sonríe de medio lado y me mira por el rabillo del ojo desde su altura. Alzo una ceja.

—Para nada. Sé cuándo entran y cuándo salen de allí. —Se mira el reloj que lleva escondido bajo la manga derecha del chándal y asiente, satisfecho—. El turno de hoy ya ha pasado. Tenemos vía libre.

—¿Seguro? —Elian tira de mí con suavidad y ambos comenzamos a andar hacia la pared, delante de las narices de unas cuantas parejas más y algún que otro grupo de amigos.

—Sh... Relájate y disfruta —me pide, pegando su boca a mi coronilla—. No voy a dejar que nadie ensucie tu expediente perfecto.

Me echo a reír por lo bajo y asiento. Llegamos al lado de la pared y nos apoyamos junto a la puerta de espaldas, como si hubiésemos elegido ese lugar para ver el resto de la terraza desde la distancia y tener, además, un sitio un poco más íntimo para charlar. Lo cierto es que sí que es íntimo, porque nadie se acerca a esa zona; todos están pendientes de tomarse fotos con las vistas de la ciudad a su espalda, con el atardecer, o a punto de comprarse las entradas para su película. Nadie nos echa cuenta. No hay ni un solo ojo fijo en nosotros, así que no puedo evitar mirar a ambos lados de mi cabeza en busca de una cámara de seguridad.

—No hay —susurra Elian junto a mi oreja, haciéndome dar un brinco—. Nadie se preocupa por esta puerta ni lo que hay detrás. Nadie robaría ahí dentro.

Giro por completo mi rostro hacia él y me encuentro con su nariz pegada a la mía. Sus pupilas se dilatan al verme tan cerca y yo contengo el aliento. Me muerdo el labio inferior y sus ojos se dirigen hacia mi boca. No puedo evitar pasarme la lengua por el sitio donde me he mordido y soy consciente de que Elian traga saliva con esfuerzo. Casi puedo escucharlo. Su mirada vuelve a encontrarse con la mía y así nos quedamos, quietos, el uno inmerso en los iris del otro. No sé qué encontrará en los míos, marrones, oscuros, sin una amalgama de colores hipnóticos como los suyos.

Noto entonces que alza una mano y me toca la mejilla con cuidado, con timidez, como si temiera una mala reacción por mi parte. ¿Qué mala reacción va a tener si prácticamente le estoy rogando que me bese? Pero él no lo sabe. Tengo

que mostrarle lo que quiero, él solo no lo va a descubrir. Dejo escapar el aire en un suspiro y me acerco un milímetro más a su boca. Noto que se queda completamente quieto, pero no cierra los ojos. Los tiene fijos en mí, expectantes, confusos... y tan intensos que revelan mis instintos más básicos.

—Elian... —susurro con un hilo de voz.

Su mano baja por mi mejilla hasta mi mandíbula. Me coge con suavidad con el pulgar y el índice. Estoy a su merced. Su pulgar avanza hacia arriba y me coge el labio inferior, liberándolo de nuevo de mis dientes. No me había dado cuenta de que estaba mordiéndomelo otra vez. Vuelve a mirarme la boca y esta vez es él quien se acerca un poco más. Solo hace falta que alce la cabeza un milímetro para sentirlo contra mí.

Sin embargo, algo parece ocurrir dentro de su mente, porque cierra los ojos y dirige sus labios hasta la punta de mi nariz. Me da un pequeño beso y pone su frente contra la mía, respirando con dificultad. Al ver su rendición, yo me dejo llevar por la mía y lo imito. Apoyo una mano en su pecho para sostenerme en pie y él afianza su agarre sobre mi hombro. No va a dejar que me caiga. Saberlo me hace sonreír un poco.

—¿De qué te ríes? —me pregunta en voz baja.

Abro los ojos y veo que está observándome. No se ha alejado de mí, pero tampoco ha vuelto a acercarse.

—De ti —respondo con total sinceridad.

Mi respuesta lo pilla por sorpresa. Separa su frente de la mía y yo me quejo interiormente por la distancia.

—Ah, qué bien. ¿Se puede saber qué te resulta tan gracioso de mí? —me cuestiona, divertido, mientras intenta aguantar una sonrisa que quiere surgir en su comisura derecha.

Hago como que me lo pienso. La verdad es que no esperaba que me preguntara eso.

—Eres una contradicción en ti mismo, Elian.

—¿Y eso?

—Bueno... Intentas quedar bien siendo de una forma, pero... —Me sonrojo un poco—. El auténtico Elian ganaría más adeptos que el Elian chulo.

Ríe por lo bajo.

—Lo dudo. Solo soy así contigo. ¿O me has visto de esta guisa con Corinna, por ejemplo?

Me lo imagino. Mi fiel y maldita mente se lo imagina. Se imagina a Elian coqueteando y a punto de besar a Corinna. Lo he observado con Gal y no tiene nada que ver. No lo he notado mimoso, atento, educado, gracioso, amable... Solo

lo he visto en modo «dios Elian» con mi amiga e ignora todos los intentos de Corinna por captar su atención en el plano sexual.

—No —niego, aliviada.

—¿Preferirías que cogiera a Gal como te tengo a ti y le...?

—¡No! —lo interrumpo, poniendo una mano entre nosotros—. Cállate, anda. Y llévame al sitio ese.

Elian se ríe y me rodea con el cuerpo para encarar la puerta. Me suelta, pero enseguida tiene mi mano izquierda agarrada con la suya derecha. Da dos golpecitos en la puerta junto a la cerradura. Oigo un chasquido y, cuando Elian gira el pomo, la puerta metálica se abre sin oponer resistencia, como si se hubiera introducido una llave en ella. Tengo la boca abierta, literalmente.

—Te van a entrar moscas —se burla Elian, tirando de mí hacia el interior del lugar.

Cierro la boca sin decir ni mu. Estamos dentro de una especie de torre ancha con unas únicas escaleras que ascienden hasta un estrecho rellano de hormigón con una segunda puerta. Elian se adelanta y sube las escaleras por delante de mí. En cuanto llegamos al rellano, repite el mismo procedimiento con la segunda puerta; dos golpecitos y ya está. Puerta abierta.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —inquiero en voz baja, alucinando cuadritos de colores.

Elian se gira hacia mí y me guiña un ojo.

—Llevo años viniendo aquí y no han cambiado nunca la puerta —me explica, teniéndome la mano—. Cierra los ojos.

Frunzo el ceño e intento mirar por detrás de él, hacia la claridad que entra por la puerta abierta. Elian se mueve y cubre por completo el hueco.

—Vamos, cierra los ojos —pide.

—¿Ahora es cuando me atas las manos y me tiras del edificio?

—Sí, pero antes te violo y lo grabo para verlo después.

—Ah, qué interesante.

—¿A que sí?

Pongo los ojos en blanco pero termino haciéndole caso. Cierro los ojos y tanteo en la oscuridad hasta que me agarra la mano con firmeza y me ayuda a subir los dos peldaños que me faltan. Me da un empujoncito hacia adelante y noto que la claridad del atardecer me da de lleno en los párpados. Aguanto la tentación de abrirlos. Noto a Elian ponerse tras de mí y agarrarme por los hombros. Pone la barbilla sobre el hueco de mi clavícula y pega su boca a mi mandíbula.

—¿Preparada? —me pregunta con un murmullo.

—Sí —respondo, expectante y nerviosa.

—Uno. Dos. Tres.

Abro los ojos y lo primero que hago es alzar una mano para protegerme del sol naranja. Cuando mis pupilas se han acostumbrado a la claridad en apenas unas centésimas de segundos, me quedo sin aire. Acabo de entrar en el mismísimo jardín del Edén. No sé a dónde mirar. Hay flores y matorrales por todos lados. A mi derecha tengo una zona exclusiva de rosas rojas. A la izquierda, las hay blancas, rosáceas y amarillentas. Formando una T desde la entrada, hay un caminito de hormigón que lleva a ambos lados del jardín botánico del centro comercial. Mis ojos no pueden captar todos esos colores: azules, violetas, verdes, blancos, naranjas, amarillos... Es la paleta perfecta para cualquier pintor y todo en un espacio tan reducido que parece de mentira. Estoy sin habla.

Noto que Elian me da un segundo empujón suave para que ande. Mis pies responden solos sin que yo deje de mirar aquella maravilla. Hay hasta árboles enanos, de cuyas ramas surgen unas pequeñas florecillas blancas de cinco pétalos. Todo lo que pueda imaginar está aquí. Un pequeño pulmón en medio de la gran ciudad. Todo aquello, unido a la atmósfera otoñal y al sol menguante, le dan al lugar un aspecto mágico y muy íntimo.

—¿Te gusta? —susurra Elian tras de mí.

Suspiro varias veces antes de girarme lentamente hacia él. Seguro que mis ojos están más brillantes de lo normal.

—Me encanta —respondo, esbozando una sonrisa incontrolable—. Esto es increíble. Maravilloso. ¡Es precioso!

Veo que Elian desvía un poco la mirada y se lleva una mano a la nuca. Se sonroja. ¡Elian se sonroja! Otra faceta suya: el Elian tímido. Me encanta.

—Me alegra que te guste.

—¿Cómo no va a gustarme? —Alzo los brazos a ambos lados y doy una vuelta sobre mí misma—. ¡Estoy en el paraíso en medio de la ciudad! —Al terminar de dar la vuelta, me tiro contra su pecho y le rodeo con mis brazos—. Muchísimas gracias, Elian.

Él se queda completamente quieto unos instantes, con los brazos a ambos lados de nuestros cuerpos. Hasta que, finalmente, me rodea la cintura con suavidad y me estrecha contra sí.

—De nada —murmura contra mi pelo y siento que sonríe un poco.

Nos quedamos así un rato hasta que noto que la claridad de la tarde empieza a remitir considerablemente. Me separo de él con una sonrisa y le cojo el rostro con las dos manos. Él me suelta la cintura, anonadado, y se queda mirándome

como si estuviera absorto.

—Prométeme que me traerás otra vez aquí para hacer un pícnic.

—¿A... Aquí? —repite, claramente sorprendido.

—Sí. Prométemelo.

—De acuerdo... —responde, algo dubitativo.

Yo me doy por satisfecha y le suelto la cara. Me estiro un poco y suspiro. Me embriagan mil emociones. No puedo expresarlo con palabras. Es como estar flotando entre nubes. No quiero volver a casa todavía, pero sé que tengo que hacerlo si quiero que mis amigas y yo cenemos. Acordarme de Gal hace que me sienta un poco mal y que mi ánimo descienda, pero no pienso mostrárselo a Elian. Está tan relajado conmigo que quiero alargar ese ratito un poquito más.

Sin embargo, nos vemos obligados a irnos cuando escuchamos la voz de una mujer anunciando en la terraza que el centro comercial cerrará en media hora. Elian mira su reloj y me lo enseña, con una sonrisa. Han pasado tres horas y no me he dado ni cuenta. Me río por lo bajo y dejo que vaya por delante de mí. Atravesamos la puerta metálica y él la cierra al salir, con un suave chasquido. Comprueba que ya no se puede abrir y asiente, satisfecho.

—Listo. —Se gira y me ofrece su mano—. ¿Nos vamos? Te acompaño a casa.

Estoy en las nubes. Acepto su mano sin ninguna duda y bajamos hasta la planta baja unidos por nuestras manos. Salimos del centro comercial y comenzamos a andar de regreso a mi apartamento, deshaciendo el camino que hizo el autobús hace un rato. Durante el trayecto, Elian me cuenta anécdotas de su primer año en el instituto. Debido a la novatada que le hicieron, se prohibieron ese tipo de actos en la universidad, así que tengo suerte, no voy a tener que soportar nada de eso. Me cuenta que llegó un día borracho a clase y que el profesor lo puso en ridículo de tal manera que no ha vuelto a beber un día antes de clase. Me echo a reír al imaginarme a un Elian encogido sobre sí mismo en su asiento, borracho como una cuba y siendo despertado a base de comentarios cortantes y las risas de sus compañeros. Aun así, se ganó el puesto número uno en popularidad entre las chicas de su promoción.

Y, lo más sorprendente, me cuenta que, aunque deja que las chicas lo acosen y se encaprichen de él, no le gusta que lo persigan.

—Es un hábito —me confiesa—. Estoy acostumbrado a estar solo. Si la gente se me pega mucho, me agobio.

—Pura fachada.

—Sí, como lo que has conocido de mí hasta hoy. —Me mira fijamente y aprieta su mano en torno a la mía—. Excepto lo de anoche.

Contengo una sonrisa y desvío la mirada, azorada. Recuerdo perfectamente lo

que estuvo a punto de hacer anoche, cómo mi corazón se me iba a salir del pecho. Elian se para entonces en una esquina, a una manzana de llegar a mi apartamento, y tira de mí. Se apoya en la pared y yo caigo sobre su pecho. Dejo que me entierre la cabeza entre su ropa y que me estreche entre sus brazos con fuerza. Cierro los ojos y disfruto de esa sensación. Noto que pone la barbilla sobre mi coronilla y que su pecho sube y baja con lentitud. Suspira.

—¿Elian? —lo llamo, confusa—. ¿Estás bien?

Respira hondo.

—No suelo dejar que nadie me vea como soy —susurra, enterrando su cara en mi pelo, de manera que me llega el aliento al cuello y me pone la piel de gallina—. Me siento indefenso.

Frunzo el ceño, preocupada por lo que me está diciendo.

—Yo no voy a hacerte daño —le aseguro, girando un poco mi cara hacia la suya.

Noto que sonríe contra mi piel y me deja un pequeño beso en el hueco de la clavícula. Me quedo muy quieta, sorprendida, anonadada, sintiendo que me voy derritiendo a pasos agigantados. ¿Cómo es posible que se supere a sí mismo en dulzura? Resulta chocante ver a alguien tan seguro de sí mismo, aparentemente, comportarse como un niño perdido. Hay algo oculto en todo lo que me ha contado de sí mismo, algo que no me ha confesado y no sé si es porque no está preparado todavía o porque ni él mismo lo sabe.

—Gracias —murmura, alzando un poco la cabeza y encontrándose con mis ojos a muy poca distancia de los suyos—. No soy fácil de tratar, necesito tiempo para dejar que veas cómo soy realmente.

Me encojo de hombros y le sonrío.

—Todos tenemos nuestros propios demonios. Hay que saber luchar contra ellos.

—Eso es cosa de dioses, ¿no?

—Pues sé un dios.

Se echa a reír sobre mí, alzando la mirada al cielo.

—No puedo contigo, de verdad que no puedo.

Me lo ha dicho ya unas cuantas veces y sigo sin saber a qué se refiere. No obstante, decido que ya se lo preguntaré. Así tendré tema de conversación la próxima vez que... ¿qué? ¿Que estemos a solas? ¿Que tengamos una cita? La verdad es que no sé qué esperar ahora mismo de todo esto, ni siquiera estoy segura de lo que somos.

El baño de realidad me hace borrar la sonrisa y apartarme un poco de él con suavidad, para que no note que se me acaba de apagar el modo «felicidad

absoluta».

—¿Qué te pasa? —me pregunta casi al momento en que desvío mi mirada al suelo.

Mierda, no ha dado resultado mi estrategia.

—Y no me mientas —me advierte, señalándome con un dedo—. No se te da bien mentir.

Ese comentario hace que gire la cabeza con tanta fuerza y a tanta velocidad que me hago daño en el cuello. Protesto y me llevo una mano a la zona dolorida.

—Bruta... —comenta, poniéndose tras de mí y masajeándome allí donde me he hecho daño—. Responde, vamos.

Disfruto unos segundos del masaje antes de contestar. Como él acertadamente ha dicho, no se me da bien mentir. Eso me hace pensar que tal vez, solo tal vez, supiera que lo que Jonathan y yo decíamos tener era mentira. Sí... Algo de eso me dijo anoche, que dejara de fingir o algo así. Respiro hondo y miro al frente, con la vista fija en el cartel de la panadería donde me gusta comprar unos bollitos de crema deliciosos.

—Estoy... confusa —comienzo—. No sé lo que estamos haciendo. Tú estás con Gal, y yo le debo una explicación a Jonathan. Y no quiero perder a mi amiga solo porque nos guste el mismo chico.

Como movido por un resorte, se inclina sobre mi hombro, asustándome. El flequillo negro le tapa parcialmente los ojos, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que tiene una chispa de emoción en ellos.

—¿Has dicho que yo te gusto?

Pongo los ojos en blanco y le aparto la cara con la mano.

—Sí, sí. Deja que siga hablando.

—Vale —acepta, dando un saltito de alegría.

Contengo mis ganas de reír y me centro en lo que estoy diciendo.

—Además —prosigo—, no estoy segura de cuánto te va a durar esta amabilidad conmigo. Me da miedo que mañana, cuando nos encontremos en clase, vuelvas a ser el chulo estúpido de todos los días y yo quede como la patética novata que se pilla por uno de un curso superior, como si fuera una colegiala.

Elian deja de masajearme, pero me coge con firmeza por los hombros y me obliga a girarme hacia él. Está serio. El brillo de emoción ha quedado eclipsado por la determinación. Cierro las manos en puños y solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando levemente. Acabo de confesarme, de admitir que me estoy enamorando de él y que no soportaría que me desdeñara de nuevo delante de toda la facultad de Humanidades.

Elian da un paso hacia mí y me observa desde su altura. ¿En qué estará pensando? Desde que lo conocí, no he sido capaz de dilucidar lo que pasa por esa cabeza suya. Y tampoco he podido evitar dejarme llevar por su forma de ser, tan apabullante y desconcertante. Ha cambiado de la noche a la mañana y no sé por qué. ¿Qué tiene esta vez de diferente? Me percato de que he estado esperando toda la tarde a que él muestre su máscara y me rechace de pleno, y no ha sido así. Me ha descolocado de tal forma que todos mis planes se han ido por el desagüe; el primero de ellos, no enamorarme nunca de un gilipollas. Y Elian, por mucho que me guste, es gilipollas. Todos los tíos lo son, esa es mi conclusión. Y, aun así, aquí estoy, esperando que mi gilipollas no se comporte como tal.

—Me encantas, Keira —susurra entonces, sacándome de mis cavilaciones y volviendo a dejarme tan congelada como el iceberg que hundió el Titanic en 1912—. Me ha costado varios días admitirlo para mí mismo, pero es así. Y sí, empecé a salir con Gal para picarte. Cuando me di cuenta de eso, vi que ya estaba perdido. No podía hacer nada para que dejaras de gustarme. —Coge aire un momento e inclina el rostro hacia mí—.

»Te prometo que no perderás a Gal por mi culpa. Yo me encargaré de que no lo pague contigo. Así que estate tranquila.

—¿Vas a...? —Trago saliva—. ¿Vas a dejar a Gal... por mí?

Asiente lentamente y yo ahogo un gemido.

—Si es lo que quieres, sí —reitera con palabras—. Si quieres que esto se mantenga en secreto, no me importa, que así sea. Y si lo que quieres es tiempo para..., en fin..., procesarlo todo y darte cuenta de que soy sincero, te lo daré. Ya te lo he dicho: me rindo ante ti. Sin embargo, tengo que pedirte una cosa.

Parpadeo una par de veces.

—Sí, dime...

Elian baja sus manos por mis brazos y me coge las dos manos. Las pone entre nuestras bocas y pega sus labios a ellas. Me muerdo el labio inferior, maravillada.

—Necesito que seas siempre sincera conmigo —me pide con nuestras manos unidas—. Quiero saber cuánta verdad hay en lo que me dices. Como cuando me has asegurado que no vas a hacerme daño. Quiero saber si eso va en serio o no.

Sonrío un poco.

—Me estás pidiendo lo mismo que yo a ti —concluyo; él asiente—. Es justo.

Elian suspira contra mi piel y noto que sonríe de medio lado, satisfecho. Entonces, baja poco a poco nuestras manos al tiempo que se acerca más a mí. Veo que me vuelve a mirar la boca de la misma forma que lo hizo en la terraza del centro comercial. Apenas puedo respirar al olerlo, al sentir su aliento sobre mi boca. Quiero que me bese, lo estoy deseando. Cada microsegundo que pasa sin

que él se pegue a mí me resulta una auténtica agonía, como si le pusieran por delante un enorme caramelo a un niño y no le dejaran probarlo. Quiero comprobar a qué sabe su boca, si su sabor es realmente tan fascinante como aparenta.

—Keira... —susurra, casi pegado a mí y con sus ojos azules fijos en los míos.

Alzo un poco más mi cabeza. Estoy a punto de sentirlo por fin. Cierro los ojos antes de que él lo haga. Ya noto el roce de su boca y cómo mis pulmones se quedan sin aire repentinamente. Y, entonces...

Mi móvil empieza a sonar. Grito y doy un salto, chocándome con la nariz de Elian. Él protesta y los dos nos separamos un poco, doloridos. Mientras aguanto el dolor en el labio superior y Elian se lleva una mano a la nariz, rebusco mi móvil en mi mochila y veo quién demonios acaba de interrumpir el momento más esperado de toda la tarde.

—Melissa —leo en voz alta.

Levanto la mirada hacia Elian, agobiada.

—Cógelo —me dice, acariciándose la nariz—. Me has dejado sin fosas nasales.

Me río un poco y acepto la llamada.

—¿Sí?

—¿¡Dónde demonios te has metido, Keira!?

Me aparto el teléfono de inmediato de la oreja. Melissa me acaba de dejar sorda. Esto debe ser el karma. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a llevarme el auricular a la oreja.

—¿Keira? —insiste Melissa.

—Sí, sí, estoy aquí —respondo—. Deja de gritar, por el amor de Dios.

—¿Que deje de gritar? —repite Melissa—. Hace casi cuatro horas que saliste de casa y no has mandado ningún mensaje ni nada. ¿Cómo quieres que deje de gritar?

—Por favor, Mel, no eres mi madre.

—¡Como si lo fuera! —repone ella al otro lado de la línea.

Veo por el rabillo del ojo que Elian está aguantando la risa. Será cabrón... Frunzo el ceño mientras Melissa despotrica contra mi oreja, pero eso solo hace que aumente su risa en silencio.

—Mel...

—Eres una descuidada —no deja de decir—. Yo aquí, preocupada...

—Mel...

—... hacer la cena...

—Mel...

—... somos amigas ante todo y...

—¡Mel! —grito finalmente contra el teléfono.

—¡Eh! ¡No chilles!

—Por fin... —suspiro, aliviada—. Estoy a punto de llegar a casa. Relájate. En unos minutitos estoy allí.

—Más te vale —farfulla antes de colgarme.

Me quedo mirando el teléfono hasta que la llamada se corta definitivamente. En cuanto ve que ya no estoy hablando con nadie, Elian se apoya en la pared y empieza a partirse el pecho de la risa. Yo me cruzo de brazos, con el móvil aún en la mano, y me pongo a golpear el suelo con la punta de un pie.

—Me alegra que te haga tanta gracia —comento con sorna.

—Lo siento —me dice, riéndose; está claro que no lo siente para nada—. Es que... tendrías que haberte... visto la cara. —Y sigue descojonándose de la risa.

—Ya...

Elian se limpia las lágrimas de los ojos y me ofrece una mano a modo conciliador. Yo la rechazo de pleno, volviéndole la cara.

—Vamos, Keira. —Lo oigo decir mientras noto que se acerca a mí y me coge por el antebrazo; me giro parcialmente hacia él, el muy imbécil no ha borrado la sonrisa—. No me puedes negar que ha sido gracioso...

—¿Qué tal tu nariz? —espeto, haciéndome la molesta; la verdad es que he estado a punto de echarme a reír con él, pero eso no lo sabrá nunca—. Me han dicho que la mejor manera de enderezarla es volviendo a golpearla.

—No, no, no. —Elian alza las manos y se protege de mi supuesto segundo golpe—. Estate quieta. Está perfectamente, pero la próxima vez, no saltes tan cerca de mi cara. Me la vas a estropear.

Bufo y me aparto de él.

—Ala, ya salió el chulo de playa...

Elian se ríe de nuevo y me atrapa por la cintura antes de que me aleje más de él.

—Tonta. Estoy bromeando. —Alzo una ceja para mirarlo—. Aunque no podrás negar que soy bastante guapo.

—Monísimo —digo con sarcasmo—. ¿Nos vamos? No quiero aguantar otra vez a Melissa y sus películas mentales.

Elian se ríe de nuevo y me da un beso en la mejilla antes de ponerse a mi lado y pasarme un brazo por los hombros.

—Vamos, quejica —me dice, empujándome hacia adelante.

Debería quitarme de su lado, pero no lo hago. El Elian juguetón me gusta y

me pone nerviosa al mismo tiempo. Andamos en silencio hasta que, cuando puedo ver ya la esquina, me paro en seco, mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué pasa? —pregunta Elian, extrañado.

Me retuerzo un poco las manos y alzo la mirada, sintiéndome un poco culpable.

—Creo que deberíamos despedirnos aquí. Las ventanas de nuestro apartamento dan hacia acá. No quiero que Gal... Y que tampoco Melissa...

—Entiendo, no te preocupes —me asegura con voz dulce; se pone frente a mí de nuevo—. Te veo mañana en clase, ¿no?

Sonrío un poco. Mañana volveré a verlo.

—Sí, claro.

Él me devuelve la sonrisa.

—Bien. Espero que no vuelva a darte un ataque de pánico. ¡Ah, no! Que es que te dolía la barriga... Claro...

Me muerdo la lengua para no reírme con él y le doy un golpecito en el brazo. Él atrapa mi mano y alza una ceja.

—Te voy a denunciar por violencia de género.

—Inténtalo —lo reto, divertida.

Elian se echa a reír por lo bajo y tira de mi mano para pegarme a su pecho de nuevo. En un solo día he estado más cerca de su cuerpo que en estas tres semanas de curso. Y me estoy acostumbrando peligrosamente a su cercanía, a su calor, a la tensión que hay entre nosotros. Porque todavía no nos hemos besado y no ha sido precisamente por falta de ganas. Tal vez deberíamos dejarlo para cuando los dos estemos completamente libres; él, de su relación con Gal; y yo, de la confusión con Jonathan. Ahora sí que lo tengo todo claro. Jonathan siempre será mi amigo, mi mejor amigo, pero nada más. Y tengo que hablar de eso con él cuanto antes; no solo para poder besar a Elian a mi antojo sin sentirme como una basura, sino para ahorrarle un mal rato.

—Elian —le digo, decidida, antes de que avance más y yo sea incapaz de decirle lo que pienso.

—Dime —murmura sin dejar de mirarme fijamente.

Suspiro. Estoy ansiosa.

—Creo que... deberíamos dejar de intentar... —Nos señalo a ambos con la mano libre—. Ya sabes...

—No debería besarte —adivina él, dibujando una media sonrisa en su rostro.

—Exacto. —Inspiro con fuerza—. No hasta que... tú y yo... hayamos resuelto nuestros problemas u obstáculos... O como quieras llamar a lo que tenemos entre manos.

—Situaciones.

—¡Eso! Situaciones. Sí. Si no te importa...

—No me importa. —Bien, no parece enfadado ni molesto.

Sonrío un poco más.

—Gracias. Es que no me parece justo ni para Jonathan ni para Gal que, bueno, empecemos nada sin haber sido claros con ellos.

—Me vale.

Me muerdo el labio inferior.

—¿De verdad que no te molesta?

—Bueno, estoy deseando besarte —confiesa, haciendo que me sonroje—, pero entiendo lo que dices. Si estuviera en tu lugar... No, ya me habría dejado llevar —admite, riéndose.

Me río con él y asiento. Uf, qué alivio.

—Bien. Pues... —Me separo un poco, pero él no me suelta la mano—. ¿Hasta mañana?

Elian asiente con la cabeza levemente, pero no dice nada. Ha borrado la sonrisa pícara de su rostro y la ha sustituido una expresión absorta. Sus ojos azules, que ahora parecen más oscuros por las farolas encendidas en la calle y la oscuridad acuciante de la noche, están fijos en mi cara. Me observa, se toma su tiempo y, finalmente, se lleva mi mano a la boca y pega el dorso a ella. Entreabro mis labios para que el aire pase por ellos cuando me besa y separa mi mano de él. Solo entonces me suelta y da un paso hacia atrás.

—Hasta mañana, Keira —se despide.

Con un esfuerzo hercúleo, desvío la mirada hacia el suelo y lo rodeo para entrar en mi calle y dirigirme hacia la puerta. No levanto la cabeza del suelo hasta que llego a mi puerta. Solo entonces me giro y lo veo allí, medio escondido, con la luz de las farolas reflejada en su mirada. Alzo la mano que me ha besado para despedirme y le sonrío antes de abrir la puerta y entrar en el edificio. En cuanto la puerta se cierra ante mí, me dejo caer en los escalones que hay junto al ascensor y me permito llenar mis pulmones completamente de aire por primera vez desde ayer por la noche.

Capítulo 19

—Keira —alguien me llama a mis espaldas y me giro antes de analizar siquiera la voz.

Allí está Jonathan, abrigado con una chaqueta fina color caqui y unos vaqueros desgastados, con el pelo revuelto y los ojos fijos en mí. Está inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Parecerá inverosímil, pero estaba tan metida en mi mundo que no me he percatado de que estaba sentado unos escalones más arriba hasta que él me ha hablado.

Me llevo una mano a la boca de forma involuntaria y me levanto de un salto.

—Jonathan. No... No sabía que estabas aquí... No me he dado cuenta —balbuceo, sintiéndome culpable.

—Ya lo he visto —responde, seco—. Te he mandado mil mensajes y te he llamado como unas veinte veces. Ya no sabía cómo localizarte. Lo único que se me ha ocurrido es venir aquí y esperar a que bajaras o subieras.

Agacho la cabeza. Ahora no solo me siento culpable, sino como una auténtica mierda. Le he hecho daño, lo sé con solo mirarlo a los ojos. Hay una sombra entre los dos que me impide acercarme a él para consolarlo; porque soy yo la causante de su estado de ánimo, de su hostilidad hacia mí.

—Lo siento —me disculpo, aunque sé perfectamente que no es suficiente—. No le he prestado atención al móvil. Melissa me ha llamado hace poco, pero no he visto tus...

—Me lo suponía —suspira, echándose hacia atrás en el escalón antes de ponerse en pie y bajar hasta el rellano para quedar a mi altura—. ¿Dónde

estabas, Keira? —me pregunta; no, me suplica.

Me muerdo el labio inferior, pero no desvío los ojos. Jonathan no se merece eso.

—Con Elian —admito en voz baja—. Gal no lo sabe.

Jonathan asiente levemente, comprendiendo por dónde voy. Cierra los ojos y suspira antes de poner una mano sobre mi hombro izquierdo y tirar de mí hacia él. Me estrecha entre sus brazos y suspira de nuevo junto a mi oído. Tardo unos segundos en reaccionar y en devolverle el abrazo. Cierro los ojos con fuerza y lo aprieto contra mí. Jonathan se ha convertido en alguien muy importante para mí y no quiero perderlo por nada del mundo, de verdad que no quiero.

—Lo siento —sollozo contra su pecho, escondiendo el rostro entre los pliegues de su chaqueta—. Lo siento mucho, Jonathan.

Él alza una mano y me acaricia la cabeza a modo de consuelo.

—Está bien —murmura junto a mi oreja—. Sabía que esto terminaría pasando.

Saco la cabeza de su chaqueta y la alzo para poder mirarlo a los ojos.

—¿El qué? —pregunto, sin estar muy segura de a lo que se refiere.

Jonathan fija los ojos en el techo y respira hondo antes de responder, pero no rompe el abrazo ni afloja la fuerza.

—Que terminarías eligiéndolo a él.

Abro la boca, pero no sé qué decir. Su voz está empapada de tristeza y resignación.

—Jonathan...

Cierra los ojos y agacha la cabeza. Tarda unos segundos, pero, finalmente, vuelve a fijar sus ojos en los míos. Ahora no solo hay resignación, sino decisión. Es la misma mirada que me ha dirigido Elian hace un rato, cuando se confesaba. La misma mirada a la que no soy capaz de enfrentarme. Jonathan no es decidido, no va a por todas como lo hace Elian. No se arriesga al cien por cien, sino que deja un margen de error por si acaso hay que tirar de un supuesto plan B. Jonathan no tiene modo «dios todopoderoso», sino el «modo protector», el del hermano mayor, el de la voz de la razón cuando mi sentido común se esfuma. Y ahora está cumpliendo perfectamente ese papel, en lugar del amigo retraído y tímido que suele ser de cara al mundo, excepto para mí.

—Estoy enamorado de ti, Keira —confiesa con voz grave, haciendo que todo mi mundo se desmorone poco a poco, pedacito a pedacito, como un puzle—. Me fijé en ti el día de la presentación y cuando vi que te sentabas a mi lado el primer día de clase, pensé que no podía tener más suerte. Te he buscado y te he observado cada día desde entonces. Y... —Se moja el labio inferior con la lengua

y aprovecha ese momento para capturar el aire que a mí se me ha escapado de los pulmones—. Y cuando te vi, anoche, supe que... supe que... —gruñe, fastidiado por no saber o no poder continuar.

—Jonathan —lo llamo, absorta, sin darme cuenta de que estoy pronunciando su nombre.

Parece reaccionar, porque me mira con anhelo. Sé lo que está esperando. Espera que le diga que yo también lo quiero de ese modo, que he sufrido por no saber lo que sentía por mí y que soy feliz de ser correspondida. Sin embargo, eso no va a pasar. No voy a mentirle de ese modo. Yo ya sabía que le había dado la oportunidad de hacerse ilusiones esta semana, pero jamás me imaginé que llegaría hasta ese punto. Ahora entiendo por qué el beso de anoche me pareció diferente a los demás que me ha dado delante de Elian. Él me ha seguido el juego porque era lo que realmente quería, pero lo de anoche fue diferente. No marcaba territorio; lo reclamaba. Y yo le concedí ese acercamiento sin saber exactamente lo que se le estaba pasando por la cabeza.

¿Cómo he podido ser tan estúpida, tan superficial, tan mala persona? ¿Desde cuándo soy así? Algo dentro de mí me echa en cara que es desde que no le quito los ojos de encima a Elian, pero yo mando esa voz a paseo. No quiero que nadie, ni siquiera mi Pepito Grillo personal, me eche en cara lo mal que lo he estado haciendo. Bastante tengo ya conmigo misma.

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Por qué lo has elegido a él? ¿Por qué no me has elegido a mí?

Se me encoge el corazón al escuchar una pregunta idéntica a la que me hizo Elian anoche. Niego con la cabeza porque no sé qué decir.

—No lo sé —respondo, con el corazón en un puño y un nudo en la garganta —. Solo sé que tú eres especial para mí..., pero no de la forma en que tú quieres serlo. Y no quiero que te enfades conmigo por eso —añado rápidamente, evitando por todos los medios que me interrumpa—. Tú siempre serás mi mejor amigo, el mejor de los mejores, te lo prometo.

Sonríe con amargura.

—Pero no soy Elian.

—Eres Jonathan —le rebato, nerviosa—. Y eso es más que suficiente para mí. —Agacho la cabeza—. No quiero perderte por nada del mundo.

Jonathan suspira. Levanto de nuevo la mirada.

—Entiendo que no quieras saber nada de mí en un tiempo —continúo—. Te he dado falsas expectativas. Creía que todo estaba claro entre nosotros. Tú mismo me dijiste que solo éramos amigos, así que yo...

—Lo sé...

—Pero anoche fue diferente. Yo me dejé llevar por... —Desvío la mirada—. Por todo: el ambiente, la gente, la música, el calor...

—No digas que fue el alcohol porque ni probaste la copa —bromea, y eso me hace reír por lo bajo de forma histérica.

Por favor, parezco una desesperada.

Sí, desesperada por no perder a mi mejor amigo.

—Pero tú sí le diste un sorbo —le recuerdo.

—¡Fue uno pequeñito! —protesta.

Ambos nos reímos para liberar la tensión del momento. Cuando paramos, nos miramos fijamente. Él no borra la sonrisa, pero yo sí. Sigo preocupada por todo esto.

—Keira —me llama con suavidad, cogiéndome por la barbilla con una mano —. No voy a alejarme de ti. Sería un mentiroso si lo hiciera. Pero entiende que... no estoy... preparado para verte con él.

—No hemos empezado nada aún —admito, sonrojándome un poco—. Él tiene que resolver sus asuntos con Gal. Y yo tengo que procurar que no se enfade conmigo tampoco.

Jonathan asiente y me separa un poco de él. Respiro hondo, un poco más tranquila, feliz porque mi mejor amigo seguirá siéndolo un ratito más.

—Todo irá bien. —Intenta tranquilizarme Jonathan.

Yo me echo a reír.

—No te lo crees ni tú —respondo, señalándolo—. ¿Ves? Mira, mira, mira. Te estás riendo de tu propio chiste. Es como cuando cuentas uno muy malo y para que haga más gracia, te ríes tú.

—¡Qué dices!, eso es de tramposo. Yo tengo más caché.

—Oh —me llevo una mano al corazón—, por supuesto que sí, señor Crowell. Jamás osaría en dudar de su gran maestría y habilidad a la hora de contar chistes.

Me da un golpecito en el hombro con una mano.

—No te rías de mí.

Sonrío ampliamente y me río por lo bajo.

—No tienes remedio, Keira. —Niega con la cabeza, divertido.

Yo le saco la lengua. Como si el destino supiera que no sé qué más decir en estos momentos para suavizar la situación, mi móvil suena. Rebusco entre mis bolsillos y lo encuentro. Melissa otra vez. Cuelgo nada más ver su nombre.

—Es Mel —le informo a Jonathan—. Es la segunda vez que me llama. Parece mi madre.

—La próxima vez, no desaparezcas —me aconseja mi amigo, rodeándome para acercarse a la puerta.

—No. La próxima vez, desconectaré el móvil —amenazo.

—Mejor.

Me río de nuevo, pero cuando lo veo a los ojos, me entran ganas de llorar. Me muerdo el labio inferior y miro a cualquier parte salvo a él.

—Oh, vamos, Keira —suspira Jonathan, avanzando hacia mí y abrazándome por segunda vez—. No te pongas así. Te veré mañana por la mañana.

—Ya —sollozo—. Pero ¿y si consultas con la almohada y ella te dice que dejes de ser mi mejor amigo?

Oigo cómo tose para contener una carcajada.

—Si me dice eso, le diré que la cambiaré por una más cómoda y menos baja.

Es la conversación más patética que he tenido con nadie en mi vida, pero me conformo con su respuesta. Asiento y me sorbo la nariz antes de separarme de él y pulsar el botón del ascensor.

—Vale —acepto—. ¿Te veo mañana en clase?

Jonathan me sonríe y asiente.

—Sí.

Le devuelvo la sonrisa y me giro al ver que las puertas del ascensor se abren. Me meto dentro de la cabina y lo despido con la mano.

—Hasta mañana, Jonathan.

—Buenas noches, Keira.

Veo que abre la puerta y sale a la calle justo cuando las del ascensor se cierran delante de mis narices. Me dejo caer sobre la pared donde está el típico espejo de las cabinas y me permito unos segundos de tranquilidad antes de encarar a la fiera que Melissa lleva dentro. Por lo menos, ya puedo decirle a Elian que, por mi parte, el camino está despejado. Ahora habrá que ver el tiempo que él tarda en dejarle las cosas claras a mi amiga. Miedo me da.

***

Tal y como predije, Melissa me echó la bronca del quince, de la cual yo apenas escuché un uno o un dos por ciento. Todo lo que recuerdo es algo como «blablablá... preocupada... blablablá... descastada... blablablá... convivencia». En cuanto le puse el plato de la cena por delante, se calló y empezó a comer. Gal estuvo fulminándome con la mirada todo el tiempo, pero yo me centré en comer.

Por suerte, no tengo que verla por la mañana. Puedo irme a clase sin tener que soportar de nuevo sus ojos escrutadores.

Se nota que el otoño se está asentando en la ciudad. Ya los árboles caducos dejan caer sus hojas de bronce y la temperatura se acopla a la estación. Hoy llevo mi pañuelo rosa favorito. Tengo una bufanda del mismo color, pero esa la reservo para cuando hace más frío. Al ponérmelo esta mañana, me quedó igual que como lo llevaba ayer Elian y me eché a reír. Tuve que taparme la boca para no hacer ruido. Estuve a punto de dejármelo tal cual, pero pensé que sería un cantazo enorme y que le daría ventaja a Elian sobre mí, así que me lo arreglé y me lo puse tal y como lo llevo ahora, con un nudo pequeño por debajo de mi barbilla.

Voy caminando entre los demás alumnos en silencio, disfrutando de esos plácidos momentos de soledad. No sabía que convivir con dos amigas fuera a ser tan poco íntimo y tranquilo, pero supongo que echaría de menos ese jaleo si me buscara algo por mí misma. También debería tener en cuenta el gasto extra que me supondría, ya que no es lo mismo pagar el alquiler entre las tres que una sola. Sé que la subvención de estos años atrás y la poca herencia que me queda de mis padres podrían mantenerme durante unos meses mientras busco un trabajo a tiempo parcial, pero no es lo que tenía pensado para mi primer año, sobre todo teniendo en cuenta mis horarios. Aunque, bueno, nada ha salido como tenía planeado desde que entré en la universidad, así que...

Pero no, mejor me estoy quietecita donde estoy. No me iré del apartamento a menos que haya un serio problema..., y espero que no sea por el tema «Elian».

En ese momento, veo la entrada a la facultad. La gente entra charlando, riendo y comentando sus cosas. Solo hay una persona que no se mete dentro del campus. Está apoyado sobre la pared, con un pie pegado al muro y los brazos cruzados. La típica pose de malote de película. Como el de *Grease*. Me río de mi propia comparación y camino con decisión hasta él. Veo que se ha fijado en mí casi en el mismo instante en que yo me he dado cuenta de su presencia en la pared.

—Hola —lo saludo con una sonrisa.

Él me la devuelve, poniéndome cardiaca perdida.

—Qué animada estás hoy, ¿no? ¿También te has despertado con el pie derecho esta mañana? —se burla mientras se impulsa con los omoplatos para separarse de la pared y ponerse a mi altura.

—Suelo levantarme con el pie izquierdo —le advierto—. Dos días que me hablas desde primera hora de la mañana y dos días que coincide con que estoy de buen humor. No tientes a la suerte.

Elian se echa a reír. Los compañeros nos miran al pasar, pero los ignoro. A

pesar de que estoy escalando posiciones en la L.N.G., me siento capaz de todo. Será porque Jonathan no está enfadado conmigo y porque veo una pequeña posibilidad de empezar algo serio con Elian. Aunque, bueno, tratándose de Elian... Me niego a que me obligue a regalarle un capibara de peluche. No, señor.

Elian chasquea la lengua y se encoge de un hombro, acercándose a mí y pasándome un brazo por encima de los hombros.

—Eso es porque sabes que vas a verme.

Me quito el brazo de encima y le gruño.

—Eres un engreído... —Miro a ambos lados y agacho la cabeza para hablar más bajo—. Y un sinvergüenza.

Él me imita y agacha la cabeza, juntándola más a mí.

—¿Por qué hablamos así? —susurra, claramente divertido con todo este asunto.

Pongo los ojos en blanco.

—Todos saben que estás con Gal. ¿Qué van a pensar si te ven conmigo de esa forma?

—¿Que me llevo muy bien con las amigas de mi novia?

Entrecierro los ojos. Escuchar a Elian referirse a Gal como su *novia* me ha puesto de mala leche. Adiós a mi buen humor. Me aparto de él, enfadada, y entro en el campus.

—Hasta luego, Elian.

Apenas he dado dos pasos cuando me coge de una muñeca y me obliga a darme la vuelta para encararlo. Yo suspiro, fastidiada.

—¿Qué quieres ahora, El...?

Pero no me da tiempo a terminar. En apenas dos microsegundos, Elian me ha cogido por la nuca y ha atrapado mi labio superior con los suyos. Me besa. Elian me está besando, mueve su boca contra la mía en busca de mi aprobación y yo solo soy capaz de hacer lo posible por no hiperventilar. Estoy delirando. Cierro los ojos y suspiro cuando me permito saborear brevemente su labio inferior. En cuanto nota que le respondo, Elian me suelta la muñeca y me coge de la cintura para pegarme más a él mientras abre la boca para besarme el labio inferior. Y yo lo dejo. Lo dejo incluso que saque los dientes y me muerda levemente el labio, arrancándome un gemido involuntario. No soy consciente de las miradas que de seguro estamos atrayendo. Solo puedo prestarle atención a la boca de Elian sobre la mía, a ese beso que tanto he esperado y con el que tanto he fantaseado.

Se aprieta contra mí y exhala su aliento dentro de mi boca.

—Keira —murmura, pasándome la punta de la lengua por el filo de los labios, incluidas las comisuras, dejando así un suave rastro de su saliva—. Keira...

—gime mi nombre.

Y ese sonido me vuelve loca. Dejo caer al suelo mi maletín y le echo los brazos al cuello. Lo cojo de la raíz del pelo en la base de la nuca y tiro de él. Protesta levemente, pero parece que le gusta, porque afianza el beso y me abre poco a poco la boca. Oh-Dios-mío. Cómo besa... Ha desconectado todos mis sentidos racionales y los ha sustituido por unos más primitivos, salvajes, capaces de llevarlo a un arbusto a base de empujones y tirarlo al suelo para sentirlo más cerca. Me envía descargas eléctricas con cada caricia por encima de la ropa. No me deja coger aire. Mete la lengua dentro de mi boca y la recorre por entero hasta encontrarse con la mía. Juega con ella, la saborea, la muerde con suavidad y me vuelve loca otra vez, en menos de un minuto. Con un solo beso me ha trastornado.

Apenas soy consciente de que se separa de mí poco a poco, dándome pequeños besos a lo largo de la boca, como si se estuviera despidiendo hasta la próxima vez. Inspiro con esfuerzo mientras abro los ojos, ya libre de su ataque. Lo miro, tengo las pupilas nubladas. No sé qué decir. No sé por qué me ha besado ahora, por qué no ha esperado a estar en un sitio más privado. No lo sé. Y la verdad es que no me importa, no ahora por lo menos.

—Ya... Elian... —tartamudeo, desconcertada.

Él respira con dificultad y clava en mí sus ojos azules, ardientes, eléctricos, apasionados. Tiene las pupilas dilatadas, fijo que igual que yo. Parece como si hubiera corrido una maratón.

—Si te digo que lo siento, mentiría —confiesa, jadeante—. No podía soportarlo más. —Me coge el rostro con las dos manos y me besa de nuevo, breve y dulcemente—. He vuelto a ser un capullo, eso sí lo siento.

Esto me recuerda lo que ha dicho antes, sobre que Gal es su novia y todo eso, y lo mucho que me ha molestado. Me muerdo el labio inferior, hinchado por sus besos, y desvío la mirada.

—Ya... Bueno...

—Estoy nervioso. —Me sorprende, atrayendo mi atención de nuevo—. Nunca he hecho esto, ¿sabes? Me refiero a que nunca le he pedido salir en serio a nadie...

Mis ojos se salen de mis órbitas.

—¿Cómo? —digo con un hilo de voz.

Elian esboza una media sonrisa inocente y pega su frente a la mía.

—¿Quieres salir conmigo, Keira?

Mi boca solo sabe hacer aspavientos.

—Bi... Bi... Gal...

—Hoy mismo hablaré con ella —me asegura—. La veré en la hora del almuerzo.

—Pero... Entonces...

—Vale, corrijo la pregunta: ¿quieres salir conmigo en cuanto aclare las cosas con Gal?

Me lo dice con ese tono tan inocente, tan tímido, tan... tan... adorable, que no puedo evitar sonreír y asentir con la cabeza como una tonta. Él sonríe también y me coge en brazos, levantándome del suelo para darme una vuelta completa, riendo. Es de película, lo sé, pero es lo que me está pasando.

En cuanto me suelta, vuelve a besarme con dulzura, no con la ansiedad de hace un momento. Lo dejo hacer, feliz, contenta, radiante.

Capítulo 20

Elian y yo entramos en el aula en silencio, sonriendo. No puedo dejar de sonreír como una tonta, sobre todo cuando Elian se aleja de mí en dirección a su asiento y me roza la cintura con los dedos. Pongo los ojos en blanco al tiempo que me río por lo bajo. Voy directa a mi asiento sin darme cuenta de que Jonathan ya está allí; solo me percato de ello al sacar las cosas de mi maletín y ponerlas sobre la mesa.

—Buenos días, Jonathan —lo saludo, jovial.

Él me sonríe brevemente antes de volcarse de nuevo en sus apuntes. La sonrisa se me va yendo poco a poco hasta desaparecer por completo. Miro un momento en dirección a Elian y veo que está hablando con su amiga Corinna. Me aseguro de que mantiene las manos alejadas de él y centro mi atención en mi mejor amigo.

—Jonathan —murmuro, tratando de evitar así que nadie pueda oírme—. Jonathan.

Alzo de nuevo la mirada, agobiada. Por si fuera poco, Corinna viene hacia aquí, con una sonrisa que me da repelús y una mirada extraña en sus ojos. Se atusa un poco el pelo momentos antes de llegar a nuestra altura.

—Hola, Jonathan —saluda Corinna, afable.

Es la primera vez que escucho su voz. Es suave como el terciopelo y tiene un timbre seductor, hipnótico. Seguro que es capaz de conseguir todo lo que se propone. No me gusta en absoluto. Tiene la pinta de ser alguien caprichoso, impaciente y sumamente desagradable. No-me-gusta.

Y lo que menos me gusta es que mi amigo levante la cabeza de la mesa y le devuelva el saludo con una sonrisa.

—Buenos días, Corinna. ¿Qué tal?

—Genial. Oye, estaba pensando que, ya que se te dan tan bien los ensayos filosóficos..., bueno —vacila, o finge que vacila, más bien—, tal vez podrías echarme una mano con el mío.

Jonathan parece sorprendido. No me imagino cómo debo parecer yo.

—Pero tú estás un curso por delante de mí —señala Jonathan, audaz—. No veo en qué podría ayudarte.

Corinna desvía la mirada sin dejar de sonreír y se inclina sobre nuestra mesa, poniéndole el escote a la altura de los ojos. Como es obvio, la mirada de Jonathan viaja hasta ese punto durante unos segundos antes de regresar al rostro de Corinna. Yo frunzo el ceño y me cruzo de brazos y piernas, molesta.

—A ver, la teoría la entiendo. Lo que se me da mal es redactar las ideas, ¿sabes? Y tus exposiciones son de lo más alentadoras. Me inspiran, ¿entiendes? Y sería un gran placer —hace hincapié en esa última palabra— que me ayudaras a escribir de esa forma tan... fascinante.

Veo que Jonathan traga saliva con verdadero esfuerzo. Yo pongo los ojos en blanco.

—Cla... Claro —tartamudea mi amigo.

Corinna da un saltito, haciendo que sus pechos se bamboleen frente a los ojos de Jonathan.

—Ay, qué bien —exclama, satisfecha—. Muchísimas gracias, Jonathan. —Y se inclina sobre él para darle un largo beso en la mejilla—. Nos vemos después para terminar de concretarlo todo, ¿vale?

—Sí...

Corinna le guiña un ojo y es entonces cuando se gira hacia mí y repite el gesto. Yo la fulmino con la mirada y observo cómo se va moviendo las caderas sin ningún tipo de reparo. Mis ojos se enfocan por encima de su hombro en Elian, que me mira, interrogante. Enseguida, borro mi expresión de clara sospecha y la reemplazo por una más alegre.

Elian no se lo traga. Lo sé, lo veo en sus ojos. Sin embargo, asiente y se deja caer en su silla justo en el momento en que el profesor aparece por la puerta, silenciándonos a todos y evitando que atosigue a mi amigo con preguntas.

***

La clase pasa sin pena ni gloria. He intentado hablar con Jonathan varias veces, pero me ha ignorado sin ningún tipo de reparo. Es más, creo que hasta disfrutaba haciéndome sufrir de esa manera. Así que, decidida, espero a que el profesor dé por terminada la clase para recoger mis cosas con rapidez y poner una mano sobre el estuche de Jonathan, quitándoselo. Solo entonces consigo que me mire a los ojos. Parece sorprendido al principio, pero se recobra de la impresión con rapidez.

—Dame mis cosas, Keira —me pide, serio.

—No.

—Dámelo —exige, teniéndome una mano con la palma hacia arriba y los dedos abiertos.

Me niego de nuevo, guardándome el estuche en el maletín.

—¡Keira!

Noto que los últimos que faltan por salir de clase nos miran, confusos, pero se largan al ver que yo no me inmuto por el grito y que no cedo ante él. Veo a Elian apoyado en el umbral de la puerta. ¿Qué hace ahí? Debería estar camino de su siguiente clase. Pero al mirar de nuevo a mi amigo, advierto que no va a moverse de allí.

—No vuelvas a hablarme así, Jonathan —le advierto, hablando muy despacio para que no haya dudas.

Jonathan suspira con fuerza por la nariz. Parece un niño pequeño con una rabieta.

—¿A qué estás jugando, Jonathan? ¿A qué ha venido ese estúpido tonteo con Corinna?

—¡Ah! ¿Ahora te interesa con quién tonteo?

—No seas estúpido, Jonathan. Es normal que me lo pregunte, ¿no? Al fin y al cabo, tú me dijiste ayer... —Bajo la voz, consciente de que Elian tiene la oreja puesta—. ¿Estabas mintiéndome?

—¿Qué? ¡No! —Jonathan hace un aspaviento, como si lo que hubiese dicho fuese lo más absurdo del mundo—. ¿De verdad te has enfadado porque pensabas que te estaba engañando?

—No. —Jonathan se echa hacia atrás; lo he pillado por sorpresa—. Estoy enfadada porque desde que he llegado a clase no me has saludado, no me has mirado ni me has hablado para nada. Y no me explicas qué he hecho para que estés así.

Jonathan se echa las manos a la cabeza. ¿De verdad estoy siendo tan irracional?

—No te he saludado porque no he tenido un buen despertar para nada,

¿vale? No eres la única que tiene un mal día de vez en cuando —me espeta, levantándose de su asiento y volviendo a ponerme la mano por delante—. Haz el favor de darme el estuche. Vamos a llegar tarde a clase.

—Como si no voy —me planto.

Jonathan respira con rapidez y aprieta los dientes. Da un par de vueltas alrededor de nuestros asientos hasta que se inclina por encima del suyo en mi dirección, casi pegando su cara a la mía y clavando sus ojos en los míos.

—No he querido saludarte porque sabía que te hablaría mal —me confiesa en voz baja, con un poco menos de violencia que antes—. Te he visto entrar con él, Keira. No lo he soportado. Solo ha sido eso, nada más.

Conforme habla, voy abriendo más y más los ojos. Es cierto que no me había dado cuenta de que estaba ya en clase, pero tampoco se me había pasado por la cabeza que hubiera llegado antes que yo. Aunque, si lo pienso bien, siempre llega antes que yo. Resumen: soy una desconsiderada. Agacho los hombros y suspiro. Bajo la mirada a mis manos, que agarran el maletín como si me fuera la vida en ello. Lo abro y saco el estuche de Jonathan. Él no se ha comportado como un niño pequeño, he sido yo. No lo he tenido en cuenta para nada y solo he pensado en que me estaba mintiendo respecto a sus sentimientos. ¿Qué clase de amiga soy?

—Lo siento —murmuro, tendiéndole el estuche—. De verdad, lo siento.

Oigo que Jonathan suspira lentamente y noto que coge el estuche de mi mano, rozándome un poco. Escucho que lo mete en su mochila y que, para mi sorpresa, la deja en el suelo y vuelve a sentarse en su silla. Me coge las manos y me obliga a mirarlo a los ojos. Ya no está enfadado. Sigo viendo el dolor en sus ojos, pero ahora es diferente; hay comprensión y perdón.

—Tranquila —susurra, sonriéndome un poco—. Yo tampoco he sabido sobrellevar las calabazas.

—Por favor, Jonathan, no bromees con eso —le pido, entreviendo la broma en sus palabras.

—Mejor reír que llorar, ¿no? —Me encojo de hombros, para nada convencida —. Aun así, necesito pedirte una cosa. Para ahorrarnos discusiones tontas como esta, más que nada.

Yo asiento enseguida, dispuesta a enmendar mi tremendo error.

—Sí, sí, claro. Lo que quieras.

—¿Podrás dejar... los arrumacos y eso con Elian... para cuando yo no esté presente? —me ruega, con una sonrisa que no refleja nada de comodidad—. Al menos, hasta que consiga..., ya sabes, superar lo que siento por ti.

—Por supuesto —accedo de inmediato, lo que sea para no perder a mi mejor

amigo—. No hay problema.

Sonríe más ampliamente y me suelta las manos.

—Gracias, Keira. —Se pone en pie y se echa la mochila al hombro—. ¿Nos vamos a clase?

Miro el reloj en mi muñeca y veo que ya no podemos entrar en el aula. Me llevo un dedo a la boca y pienso. Pienso. Pienso.

—Ya no podemos ir a la segunda clase, así que... —Alzo la mirada, entusiasmada—. ¿Y si nos quedamos fuera en el campus y disfrutamos del buen tiempo? Mañana va a llover, así que...

—Uhm... Me parece bien.

Doy un salto y me pongo en pie con el maletín entre las manos.

—Perfecto. —Miro hacia donde estaba Elian apoyado, pero veo que ha desaparecido; evito fruncir el ceño y rodeo nuestros asientos para ponerme a la altura de mi amigo—. Vamos.

Salimos del aula en medio de risas. Recorremos los pasillos charlando en voz baja para no molestar a nadie y salimos de nuestro edificio, encaminándonos hacia una zona completamente verde, con bancos y merenderos esparcidos a lo largo y ancho del campus. Escogemos un banco donde el sol nos da en los pies y nos calienta y dejamos nuestras cosas a un lado.

Justo en ese momento, noto que mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Aprovecho que Jonathan está revisando el suyo para sacarlo y ver quién me ha enviado un mensaje. Al ver el nombre de Elian en la cabecera, se me sube el corazón a la boca de la garganta.

¿Te diviertes con Crowell?

Respiro hondo y escribo rápidamente mientras Jonathan guarda su móvil. Noto que mi amigo me observa, interrogante.

Se llama Jonathan y solo es mi amigo.
Tranquilo.

Su respuesta no tarda en llegar.

Un amigo enamorado de ti.
¿O me lo vas a negar?

Uno. Dos. Tres. Cuatro... Diez. Vuelvo a escribir.

No. Haz el favor de no ponerte paranoico.

Quiero verte.

Espero que eso sea suficiente para calmarlo. Bloqueo el móvil, pero no me lo guardo de nuevo.

—¿Quién era? —me pregunta Jonathan, al tiempo que saca un par de barritas de chocolate de su mochila y me tiende una de ellas.

—Gracias. —Acepto la barrita sin dudarlo—. Es Melissa —le miento—. Quiere saber qué voy a hacer de cenar hoy para saber qué pedirse en el almuerzo.

Jonathan se echa a reír.

—Le encanta comer.

—Sí —asiento—. Come, come y come, pero no engorda. Llevo meses pidiéndole su secreto, pero no me lo da. Voy a tener que sobornarla.

Jonathan vuelve a reírse y le da un bocado a la barrita. Mi móvil vuelve a vibrar. Pongo los ojos en blanco. Sé quién es antes incluso de desbloquear la pantalla.

—Un segundito —le pido a Jonathan, que asiente y se entretiene en ver a un par de pajarillos buscando algo que llevarse al pico.

No me pongo paranoico.
¿Desde cuándo sabes que está enamorado de ti?
¿Ibas a contármelo?
¿Qué quería Corinna?

Santo Dios. Nunca me imaginé que Elian fuera tan... controlador. Pienso atajar este problema de inmediato.

Cuando nos veamos, te lo cuento todo.

Satisfecha con mi breve, pero significativo, mensaje, le doy a «Enviar» y espero. Y espero. Y espero. Elian no me contesta. Hasta que... Un nuevo mensaje.

Ve a la esquina de tu izquierda.

¿¡QUÉ!? Miro el móvil y la esquina que me ha indicado. Y lo veo. Está cruzado de brazos, medio escondido en la sombra del edificio, de manera que Jonathan no lo ve si no se fija bien en él. Chasqueo la lengua y me levanto del

banco. Mi amigo me mira, extrañado.

—¿Adónde vas?

—Voy a comprar algo en la cafetería, me ha entrado hambre —le respondo, buscando mi cartera para pasar desapercibida.

—¿Quieres que te acompañe? —Se ofrece, empezando a ponerse en pie.

—No, no. No hace falta —le aseguro, sonriéndole, más nerviosa que cuando hice el examen de ingreso a la universidad.

Me alejo de Jonathan intentando aparentar que no me pasa nada. Camino hacia la esquina donde está Elian y, antes de girar, tomo aire por la nariz y lo expulso por la boca, preparándome para lo que pueda ocurrir. Doy un paso y justo entonces siento que una mano me coge de la muñeca derecha y tira de mí con fuerza. Ahogo un grito y cierro los ojos, esperando chocarme con la pared blanca del campus. Sin embargo, me choco contra algo un poco más blando. Abro un ojo y me encuentro con el pecho de Elian. Abro el otro ojo y alzo la mirada. ¡Se está riendo!

Boqueo, ofuscada, y empiezo a golpearlo con las dos manos en los antebrazos.

—¡Tonto! ¡Estúpido! ¡Imbécil!

Mis ataques verbales y físicos no funcionan. Sigue descojonándose en mi rostro. Muy bonito.

—Deberías haberte visto la cara. —Me suelta entre risas.

Frunzo los labios y dejo de pegarle. Lo fulmino con la mirada y bufo.

—Hombre, si tengo la impresión de que me voy a convertir en un jeroglífico de un momento a otro, pues...

Elian vuelve a reírse, esta vez negando con la cabeza.

—No me refería a ahora, sino a cuando has visto mi último mensaje. —Me sonríe ampliamente; está claro que lo tenía planeado todo—. Aunque, si valoro todo en su conjunto...

Alzo una ceja y me cruzo de brazos. Mis codos dan contra su pecho, pero me da igual. No va a imponerme, no señor. Aunque me tenga cogida por la cintura con las dos manos, a solo unos centímetros de tocarme donde la espalda pierde su nombre. Aunque me esté mirando de esa forma tan infantil y atrevida al mismo tiempo. Aunque, por mucho que quiera estamparlo contra la pared, esté deseando que vuelva a besarme. No voy a ceder.

—Venga, Keira, no te enfades —me pide, agachando la cabeza hasta pegar su nariz con la mía—. Solo quería verte.

—Asustada y enfadada —completo la frase.

—No —repone, pegando su mejilla a la mía y poniendo sus labios justo sobre mi oreja izquierda—. Quería ver lo que hacías con Jonathan.

Me separo un poco de él y lo miro como si no me creyera ni un punto ni una coma de lo que me dice.

—Tienes una forma muy extraña de demostrar tu interés por mí —señalo, todavía suspicaz.

—Eso es porque no estoy acostumbrado a hacerlo.

—Ah, claro.

—Además —añade, sonriendo un poco más; ahora mismo, tiene la pinta de un niño travieso—, ha sido divertido ver cómo te enfadabas con él y no conmigo, para variar.

—Pues no te ha dado muy buenos resultados, porque ahora estoy enfadada contigo y no con él —puntualizo con una gran sonrisa.

Él se encoge de hombros y vuelve a acercar su rostro al mío.

—Puede, pero al menos he conseguido lo que quería —susurra, mirándome la boca.

Se aproxima a mí peligrosamente. Aunque no sabe lo que le espera, lo dejo que se acerque. Me va a costar horrores hacer lo que tengo pensado, pero se lo merece. En el momento en que Elian roza mi boca con la suya, me aparto y le hago la cobra. Elian se me queda mirando, sorprendido.

—¿Keira?

Le sonrío con picardía y le recorro la línea de la mandíbula con un dedo. Me estoy volviendo más confiada con él y eso me está dando puntos de ventaja.

—Si de verdad creías que ibas a conseguir un beso después del susto que me has dado —chasqueo la lengua y le golpeo el labio inferior con el dedo índice—, estás un pelín confundido. —Le cojo la barbilla con dos dedos y me acerco a él lo suficiente para que me note; Elian sigue mis movimientos con la mirada, en silencio—. Ya puedes ir pensando lo que vas a hacer para compensarme este mal rato, porque hasta que no lo hagas, no-habrá-beso.

Elian abre la boca paulatinamente a medida que va siendo consciente de mis últimas palabras. Me he percatado de que su mente funciona de una manera muy simple, como la de un crío. Estoy segura de que, en unos segundos, empezará a protestar.

Sin embargo, para mi sorpresa, no lo hace. Cierra la boca y me mira con decisión. Asiente una sola vez y esboza una media sonrisa.

—Acepto el reto —proclama, dejándome fuera de juego; y lo sabe, su expresión denota que me ha pillado desprevenida—. Te aseguro que voy a hacer lo que sea por conseguir ese beso. Y no solo eso. Te vas a enamorar tanto de mí

que vas a querer mucho más.

—Pervertido... —mascullo.

Elian se echa a reír.

—No me refería a eso, pero si quieres pensar de esa manera...

Elian parece tan seguro que ahora me arrepiento de haberle propuesto ese reto. Definitivamente, estoy perdida.

Capítulo 21

Regresé junto a Jonathan veinte minutos después, con unas galletas en una mano y mi orgullo medio aplastado en la otra. Mi amigo se extrañó al verme llegar con tan poca cosa, pero yo me excusé diciendo que había mucha cola y que se me había quitado el hambre. A la hora del almuerzo, me aseguré de hablar con Melissa y pedirle que me siguiera el juego; a cambio, tuve que prometerle que le contaría todo lo que ocurre. Al volver a clase, Jonathan se comportó de nuevo como siempre, aunque lo pillé un par de veces mirándome descaradamente. Supongo que habrá que darle tiempo a que se acostumbre a la idea de que solo soy su amiga y nada más. Solo espero que no tarde demasiado.

Estamos a punto de terminar la última clase de hoy, y mi móvil vibra en mi bolsillo. Estoy agotada por las sensaciones de todo el día. Al menos, Elian me dio un respiro a la hora de la comida.

Desbloqueo el móvil y abro el mensaje.

Vaya, Elian.

¿Quieres que te acompañe a casa?

Me muerdo el labio inferior y me aseguro de que el profesor está distraído para que me dé tiempo a escribir una respuesta rápida.

¿Has hablado con Gal?

Lo envío y al momento tengo la respuesta.

Eh... No.
¿Eso quiere decir que no te acompaño?

Pongo los ojos en blanco y escribo.

Tienes que hablar con ella, Elian.
No quiero estar engañando a mi amiga.
Será mejor que la acompañes a ella, no a mí.

Por mucho que me duela y me moleste, es mejor así. De esta forma, tendrá la oportunidad perfecta para hablar con ella. Me adelantaré y me encerraré en mi habitación para no sufrir el temporal Gal.

Vale. Pero mañana me voy contigo.

Sonrío y le respondo.

Mañana salgo de clase antes que tú.

Lo envío y casi al momento veo que ya me ha contestado.

Me salto la última clase. Quiero estar contigo.
Además, te dije que te enamorarías de mí.
Pienso cumplirlo.

Tengo que llevarme una mano a la boca para no reírme a carcajada limpia. Sí que se lo está tomando en serio...

Buena suerte, Elian. Seguro que la caída
no duele tanto como dicen.

Apenas unos segundos después, tengo su mensaje en la bandeja de entrada.

En absoluto. Ya he caído ante ti.
Ya solo puedo subir.
Te llamaré cuando llegue a casa.

Su último comentario me hace reír por lo bajo sin remedio. Me muerdo la lengua para aguantarme todo lo posible y es entonces cuando me fijo en su primera línea. «Ya he caído ante ti». ¿A qué se refiere exactamente? Sé perfectamente que no está pillado por mí. Sí, le gusto, pero no sé hasta qué punto. No sé cuánto significaré para él ni si esto que tenemos en secreto será suficiente para disuadirlo de hacerle daño a mi amiga.

Gal... Me da miedo su reacción, porque no sé si lo pagará con Elian, conmigo o con el resto de la humanidad. Tengo una sensación extraña en el pecho, como si algo me dijera que estar con él me va a traer muchos problemas. En otras circunstancias, me habría negado en redondo a perder a una amiga por culpa de un chico. Sin embargo, siento que no puedo hacer eso con Elian. Es completamente diferente a lo que yo esperaba que sería mi pareja ideal. Aunque, bueno, no se puede decir que sea «ideal». Ni siquiera sé si es mi pareja de verdad; es decir, ¿qué nivel de compromiso tiene él conmigo?

Me estoy dando cuenta de que estoy muy insegura, como si me encontrara ante un abismo y, con cada paso que diese, me acercase un poco más a mi destino, ya fuera la otra orilla o el típico río lejano que parece un hilillo en lo más profundo del acantilado. Y lo peor no es eso. Lo peor es que Elian termine consiguiendo su propósito y yo acabe peor de lo que puedo acabar ahora si me deja o me traiciona. Con solo pensarlo, me falta el aire y necesito salir del aula.

Como si lo hubiese dicho en voz alta, el profesor concluye la clase y nos despide a todos hasta el próximo día. Cierro los ojos y suspiro, exhausta. Ha sido un lunes caótico y me ha dejado destrozada. Recojo mis cosas con toda la parsimonia del mundo y me pongo en pie con un bostezo. Jonathan me mira y sonríe.

—¿Tan cansada estás?

Yo asiento débilmente.

—Siento como si me hubiese pasado un tren por encima —respondo, cogiendo el maletín con las dos manos y caminando junto a él en dirección a la puerta—. Me da pánico llegar a casa.

—¿Y eso?

Suspiro.

—¿Tú qué crees?

—Ah —parece que Jonathan acaba de recordar mi (complicada) situación sentimental con Elian—, entiendo. ¿No ha hablado con Gal?

—No, todavía no —admito, frustrada—. Y me aterra que lo haga.

Jonathan y yo salimos del aula y enfilamos el pasillo para salir del edificio.

—¿Cuánto tiempo va a esperar hasta hablar con ella? —inquiere, molesto—. ¿A qué juega?

Yo desvío la mirada, incómoda. Es la misma pregunta que no dejo de hacerme, solo que me pongo excusas a mí misma para no responderla.

—No lo sé —confieso en voz baja—. Me ha dicho que va a hablar hoy con ella, de camino a casa.

—¿En serio? —dice Jonathan, suspicaz—. Qué sorpresa. Elian haciendo las cosas bien.

Me encojo de hombros y entrecierro los ojos cuando la tenue luz del atardecer me da de lleno. La gente colapsa el campus a la salida de las clases. Hay quien todavía tiene que quedarse allí una hora y media más, pero la mayoría ya somos libres por hoy. Me hago pantalla con la mano un poco hasta que consigo enfocar la entrada a la universidad.

—Hablando de los reyes de Roma... —comenta, dándome golpecitos en el brazo con una mano y señalando en una dirección con la otra.

Me fijo en el punto que me señala y veo que son Elian y Gal. Están hablando, muy juntos. Elian tiene puesta una mano sobre su hombro izquierdo y está inclinado hacia ella. Veo que la expresión de Gal va de la felicidad a la incertidumbre, de la incertidumbre al asombro y del asombro... a la furia. En ese momento, gira el rostro en nuestra dirección y me ve. Los ojos se le abren al máximo y yo siento que se me cae el corazón al estómago.

—Keira —me llama Jonathan; escucho su voz de fondo.

Observo cómo Elian capta de nuevo su atención, pero solo para conseguir que Gal le cruce la cara en las dos direcciones, primero a la izquierda y luego a la derecha. Me llevo una mano a la boca para contener un gritito de espanto. Cuando alza la vista, sus ojos se encuentran con los míos. Gal está despotricando cosas que no consigo escuchar, pero que tampoco me interesan demasiado. Solo puedo prestarle atención a ese azul eléctrico que hace que me dé vueltas la cabeza.

—Keira —vuelve a llamarme mi amigo.

Esta vez sí consigo reaccionar y, tras una última mirada a Elian, me giro hacia Jonathan y dejo que me lleve a la salida. Siento los ojos de Elian sobre mí todo el tiempo, incluso cuando pasamos cerca de él y de Gal y escucho un fragmento de la sarta de insultos que le está soltando mi amiga.

—¡Keira! —Escucho mi nombre, pero no es Jonathan quien me llama.

Frunzo el ceño y me giro parcialmente. Veo a Gal correr hacia mí y lo que yo

quiero ahora mismo es salir pitando. Sin embargo, gracias a Jonathan, me mantengo quieta en mi sitio hasta que mi amiga llega a nuestra altura. Tiene el rostro rojo de ira.

—¿Te lo puedes creer? —me dice nada más llegar—. ¡Elian me ha dejado! El muy imbécil... Ha durado una semana. ¡Una! Y ni siquiera me ha llevado a la cama...

Lo siento, llamadme rara, pero... ¿No era que Gal no quería tener a su lado a ningún capullo ni acostarse con cualquiera? Aunque Elian no es un cualquiera y ahora mismo acaba de entrar en su L.N.G.

—¿Ah, no? —es lo único que soy capaz de decir, con un hilo de voz.

—¡No! No es que yo quiera acostarme con él. ¡Ni de coña me acuesto con él! Ni aunque me ruegue volver. Paso. Pero tampoco ha intentado, no sé, tener algo más conmigo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Asiento, entendiendo perfectamente lo que me dice, pero sin ser capaz de ajustar esas palabras a la boca de Gal. No suena como ella. Suena como Melissa cuando Sebastian le dio calabazas la otra noche. Tal vez se parecen más de lo que creía...

—Bueno —balbuceo, mirando a Jonathan, a mi lado—, mejor así, ¿no? Te aseguras de mantenerte... eh...

—No soy virgen, Keira, por Dios... —Gal pone los ojos en blanco—. Tengo más experiencia que tú en estos temas —añade, sonriéndome.

Siento que mi cara pasa a ser un tomate de tamaño industrial. Intento esconderme de la mirada pasmada de Jonathan, pero me es imposible. Trato de centrar mis ojos en cualquier punto que no sean mis amigos, pero tampoco surte efecto. Al contrario, encuentro el rostro de Elian en mi camino y veo que se lleva una mano a la boca para contener una sonrisa. Maldita sea.

—Gal, por favor... —mascullo, dándome la vuelta—. Me voy a casa.

Gal se ríe por lo bajo, aunque me alcanza casi enseguida. Jonathan la sigue de cerca, creo que todavía está asimilando el hecho de que soy virgen, pura o como quiera llamarlo. ¿Qué? No es tan raro que una chica de diecinueve años todavía no se haya acostado con nadie, ¿no?

En fin, cambiemos de tema.

Durante el camino a casa, Jonathan y Gal no dejan de hablar. Que si Elian es un incompetente, que si Elian se ha aprovechado de ella, que si Elian la ha engañado, que si Elian esto, que si Elian lo otro. Elian, Elian, Elian. Y yo lo único que quiero es fundirme con el pavimento y desaparecer de allí. ¿Cómo voy a soportar las críticas odiosas de Gal? Al fin y al cabo, él la ha dejado por mí. Al menos, esa es la impresión que tengo. Le pedí que hablara con Gal para aclarar

las cosas y eso ha hecho. Sabía que la consecuencia directa era que ellos dos terminaran, pero aun así resulta impactante escuchar hablar a Gal de esta manera, como una colegiala frustrada. Solo deja de despotricar cuando llegamos a la puerta del edificio de apartamentos y se despide de Jonathan.

—Ahora te veo arriba, Keira.

Y se va, dejándome sola en la calle con Jonathan. Ay, Dios. ¿Por qué a mí?

En cuanto escuchamos que las puertas metálicas del ascensor se cierran, Jonathan suspira y mira al cielo antes de encararme.

—¿Qué? —inquiero, nerviosa—. No me digas nada, por favor.

Jonathan alza las dos manos en señal de paz, aunque no puede ocultar su diversión en su mirada.

—No iba a comentar nada —me asegura—. Gal es intensa, ¿no?

—Solo cuando quiere —respondo—. Normalmente es como Miércoles, la de *La familia Addams*, solo que sin ese rollo gótico y depresivo. —Jonathan se echa a reír—. Te lo digo en serio. Y cuando se levanta por las mañanas, da auténtico miedo. No quiero imaginarme cómo va a ser ahora que Elian ha pasado de ella.

—Bueno —consigue decir mi amigo cuando deja de reírse—, míralo por el lado positivo. Elian ha cumplido su promesa. Ya no está con Gal y tú tienes el camino libre.

—Bueno, *libre*. —Hago un gesto con los dedos para señalar las comillas—. Te recuerdo que soy la siguiente víctima de Gal si se entera de todo lo que está sucediendo a sus espaldas. No, lo mejor será dejar que pase un poco el tiempo y mantenerlo en secreto hasta que a Gal se le bajen los humos y vuelva a convertirse en un adorable cachorrito de león.

—¿No crees que eso va a ser peor? —sospecha Jonathan—. Tener que estar escondiéndote y eso...

—No. Así también cumplo lo que te prometí —señalo—. Lo de...

—Sí, ya... —me corta Jonathan antes de que continúe hablando; rompe el contacto visual y mira el reloj en su muñeca—. Es tarde. Será mejor que me vaya.

Asiento, mordiéndome el labio inferior. Jonathan vuelve a mirarme y sonríe.

—Tranquila, todo irá bien.

Y aunque sé que mi amigo intenta tranquilizarme y alentarme, tengo el presentimiento de que nada va a ir precisamente bien.

Capítulo 22

—¡KEIRA!

Doy un bote en la cama y, sin quererlo, le doy una patada a la pared.

—¡Ay, ay, ay! —protesto, mientras intento levantar la persiana y encender la luz de la mesita de noche.

—¡Keira! —vuelve a gritar Melissa.

Me restriego un ojo y veo con el otro que entra en mi habitación hecha un auténtico huracán. Tiene el pelo revuelto y los ojos se le van a salir de las órbitas. Alzo las cejas, sorprendida y confusa. Melissa se tira a mi cama y me aplasta contra las sábanas.

—Ay, Mel —me quejo—, ¿qué haces?

Melissa me mira seria, expectante. Yo trago saliva con esfuerzo y no porque esté nerviosa, sino porque mi amiga me está apretando el cuello con un brazo y me está dejando sin aire. Boqueo; Melissa parece darse cuenta de mi asfixia y pone el brazo a un lado.

—¿Qué quieres? —pregunto, renovando el aire de mis pulmones.

Melissa no responde y es entonces cuando empiezo a preocuparme.

—¿Mel?

De repente, mi amiga da un tercer gritito y cubre mi cuello con los dos brazos, no sé si para abrazarme o para intentar matarme por segunda vez en menos de dos minutos.

—¡Gal no está! —lloriquea Melissa junto a mi oído.

Giro un poco la cabeza y me saco a Melissa de encima para poder verla

mejor.

—¿Cómo que no está?

Mi amiga hace un puchero con la boca.

—Se ha ido sin nosotras a clase —me explica—. Y es raro, porque es miércoles y ella entra después que nosotras y...

—Vale, vale —la paro antes de que siga con su perorata—. Ya sé lo que me quieres decir —suspiro, enderezándome en la cama y haciéndome un moño en lo alto de la cabeza con las dos manos—. Puede que tenga cosas que hacer —intento adivinar con la gomilla del pelo entre los dientes—. Quizá vaya atrasada.

Melissa niega fervientemente con la cabeza.

—Gal es un genio, un cerebro andante, no tiene que estudiar con tres meses de antelación —la excusa Melissa—. No es como tú, por ejemplo. Tú eres más torpe.

La miro de reojo y la fulmino con la mirada.

—Vaya, gracias.

—De nada. —Me sonríe Melissa; creo que no ha captado el sarcasmo en mi voz—. Además, ella sí sabe dar excusas para no contar las cosas. Tú, no. Lo que me recuerda... —Alza repetidamente las cejas y me mira de una forma extraña, demasiado perversa para mi gusto; es la mirada que usa cuando quiere los detalles de una noche escabrosa de Gal. Odio esa mirada—. Me debes una explicación por lo del lunes en el almuerzo, jovencita.

Pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama. No he desayunado y me ha despertado con un grito demoníaco. Y es demasiado temprano para hacer frente a las preguntas controvertidas y nada discretas de Melissa.

—Deja que me despierte por lo menos, por Dios... —farfullo, saliendo de mi habitación como un alma en pena.

Oigo que Melissa me sigue por el pasillo y llega conmigo a la cocina dando saltitos, emocionada. Bufo. Melissa se emociona hasta con un papel con forma de avioncito. Siento sus ojos sobre mí mientras me preparo el desayuno con toda la parsimonia del mundo, haciendo todo lo posible por retrasar el interrogatorio de nivel seis de mi amiga. Por desgracia, el café se hace demasiado pronto (esto podría pasar cuando tengo prisa y llego tarde), la rodaja de pan salta en la tostadora y el microondas suena con un cuco «¡pin!» para indicarme que la leche ya está caliente.

Resignada, cojo el pan con dos dedos y lo pongo sobre un platito para untar la mantequilla, aunque me quemo las yemas de los dedos y me quedo sin huellas dactilares. Pongo la taza con la leche caliente bajo la cafetera y pulso el botón para que empiece a echar el café. En menos de dos minutos, ya tengo listo el

desayuno. Lo pongo sobre una bandeja y me lo llevo al salón, una habitación a la que le estoy cogiendo tirria gracias a mis amigas y sus líos amorosos.

Me siento y dejo la bandeja sobre la mesa. Melissa se sienta en el sillón en silencio, observándome con una gran sonrisa. Ignorándola deliberadamente, cojo la taza y sorbo un poco de café, maldiciendo por dentro cuando el líquido marrón me quema la lengua. Veo que Melissa no se inmuta ni borra la sonrisa. Cierro los ojos. Es ahora o nunca. Suficiente tuve con librarme de la charla el mismo lunes y ayer.

—A ver —suelto con un suspiro—. ¿Qué quieres saber?

Melissa se ríe por lo bajo y da un saltito sobre el sillón.

—Todo. Absolutamente todo. Empezando por la mentira que me hiciste soltar el lunes delante de tu pobre novio.

—No es mi novio —la corrijo al instante—. Y no era una mentira mentira. Era más bien una mentirijilla piadosa...

—¿Para ahorrarle el qué, exactamente? ¿Y qué es eso de que no estáis juntos?

—De una en una, Melissa —le ruego, dándole un bocado a la tostada—. Nunca ha sido mi novio. Solo fingíamos serlo.

—Pero tú le gustas a Jonathan —puntualiza Melissa, acertando de pleno.

Suelto aire por la boca.

—Sí... —admito, fastidiada—. Sí, yo le gusto.

Melissa ahoga un gritito y se lleva las manos a la boca.

—¿Te lo ha confesado? ¿Cuándo?

—El otro día. —Mi amiga no está satisfecha, porque me pincha con un dedo en la pierna, insistente—. El domingo.

—¿Fue con él con quien quedaste? ¿Por eso no te arreglaste para salir?

—No, no quedé con él. Y yo no suelo arreglarme para salir. ¿Puedo seguir explicándote, por favor?

—Ay, Keira, es que no me cuentas nada. Tengo que ponerme al día, ¿o no?

Decido ignorar esa última frase. Le doy otro sorbo a mi café, que ya se está enfriando, y miro el reloj que hay encima de la televisión. Tengo media hora para terminar de desayunar, arreglarme e irme a la universidad. Debo agradecerle a Melissa que me haya despertado tan temprano. Aunque... La miro de reojo. Está ansiosa. No, no se lo agradezco en absoluto, sobre todo después de hacerme pasar tan mal rato.

—Bueno, sigue —me insta mi amiga tras unos segundos de silencio—. ¿Por qué le dijiste a Jonathan que yo te había llamado? ¿Quién lo hizo en realidad?

Me muerdo el labio inferior y desvío la mirada. Si no se lo cuento yo, se va a enterar por terceras personas o de casualidad; y, entonces, sí que hay que temer la ira de Melissa.

—Elian —confieso en voz baja.

Espero unos segundos para escuchar cómo coge aire y llena los pulmones, ahogando otro gritito. Pero cuando pasa casi medio minuto y no oigo nada, giro el rostro hacia ella y me encuentro con que la sonrisita ya no es de picardía, sino de asentimiento. Frunzo el ceño. Hay algo aquí que no me cuadra.

—¿No vas a decir nada? —pregunto, confusa.

—Es que me lo imaginaba —admite mi amiga, dejándome a cuadros—. Era obvio. Si hubiese sido yo realmente, o Gal, no le habrías dado ninguna excusa. A Jonathan le habría dado igual que te hubiese enviado un mensaje incluso Mike; mientras no fuera Elian, no le habría importado.

—Ah. —No sé qué más decir—. ¿En serio?

—Por supuesto que sí. Jonathan sabe lo que te pasa con Elian... y lo que a él le pasa contigo.

Levanto una mano y la pongo frente a su cara.

—Para. ¿Qué acabas de decir?

Melissa se ríe un poco y se inclina hacia mí, sentada en el sillón.

—Eres tan obvia, Keira... —suspira Melissa, cambiando su expresión a una más tierna—. Eres muy fácil de leer.

—Ya... ya me lo han dicho... —mascullo, sin saber dónde meterme.

—Mira, Keira —Melissa me coge de las manos y me da un apretón suave—, puede que esté loca, pero no soy tonta. Elian se fijó en ti desde el primer día que te vio. Sé que empezó a salir con Gal por despecho, para darte celos y para mostrarte que no eras la única que podía jugar a ese juego. Nuestra amiga no quería ver eso, aunque yo misma le advertí que esa relación no era trigo limpio y que no esperara mucho de ella. Claro está que no se lo tomó en serio, porque cuando Elian la despachó el otro día, parecía una cabra montesa a punto de estamparse contra una pared.

Hago una mueca, asintiendo. Lo cierto es que daba miedo llevarle la contraria.

—En fin —suspira Melissa, prosiguiendo con su discurso—. La cara se te quedó blanca cuando Elian besó a Gal delante de tus narices en la cafetería. Y no me pasó desapercibida la mirada que te echó antes y después de hacerlo. Y no nos olvidemos del sábado pasado. Os comíais con los ojos. —Me da un par de golpecitos en una mano—. Tienes que reconocer que hice un gran trabajo contigo, mi esfuerzo surtió efecto y no pudo evitar seguirte cuando saliste del

local..., después de comerle la boca a Jonathan. Eso fue lo que me descolocó, todo sea dicho.

»Aun así, cuando entraste de nuevo en la fiesta, parecías renovada y nerviosa. Y cuando te vi salir de casa el domingo, tuve que irme al baño para reírme a carcajada limpia. Me encantó cómo le plantaste cara a Gal, aunque debo reconocer que Elian le mintió y odio que les mientan a mis amigas —señala, serenándose un segundo antes de volver a su pose habitual y dejándome con la boca abierta a medida que va contándome todo lo que ha visto en estos últimos diez días.

—Sabías que Elian iba a estar conmigo el domingo... —murmuro, plantada como un bonsái en el sofá.

—Sí. —Melissa asiente también con la cabeza—. Aunque fue un cabrón al engañar a Gal..., me gustó ver ese fulgor en tus ojos. Es la primera vez que te veo brillar de esa manera. Sin embargo, me has dicho que Jonathan se te declaró el domingo. ¿Cuándo, exactamente, si te estuviste todo el rato con Elian?

Bajo la mirada al desayuno y guardo silencio unos segundos. No esperaba que Melissa fuera a comportarse de una forma tan comprensiva. Me ha descolocado por completo.

—Al volver a casa —respondo finalmente con un hilo de voz—. Me despedí de Elian y, cuando entré en el edificio, estaba esperándome en las escaleras, sentado. —Levanto la cabeza y me muerdo el labio inferior—. No me di cuenta de que estaba allí en un principio.

Melissa asiente, seria, cogiéndose la barbilla con una mano.

—Ya veo... ¿Cómo entró?

La verdad es que no me había planteado eso. Había supuesto que Gal o Melissa le habían abierto la puerta de abajo con el interfono. Veo que me equivocaba.

—No lo sé —admito, encogiéndome de hombros y terminándome el café de una vez por todas—. No se lo pregunté, la verdad. Aunque no tengo de qué preocuparme, Jonathan no es mi acosador ni nada por el estilo.

—¿Tú crees? —me pregunta Melissa, poco convencida—. Si yo fuera él, te perseguiría hasta que me dijeras que sí quieres estar conmigo en lugar de estar con Elian. —Sonríe.

Pongo los ojos en blanco. Melissa ha regresado.

—¿Eso es lo que quieres hacer con Sebastian? —inquiero, dándole un último bocado a la tostada y levantándome para dejarlo todo en el fregadero y recogerlo después.

—Ay —suspira mi amiga, siguiéndome hasta la cocina—, qué más quisiera él

que yo lo persiguiera... Ese se lo va a tener que currar bien si quiere volver a tener un mínimo roce conmigo.

Me río por lo bajo, negando con la cabeza. Lo enjuago todo y lo dejo en el escurridor. Melissa me sigue hasta mi habitación y me observa mientras me visto y cojo mis cosas. Solo me queda tiempo para lavarme la cara antes de irme a clase. Mi amiga se mantiene callada, algo inusual en ella; pero no pienso desaprovechar la oportunidad para relajarme un poco tras la intensa charla matutina.

Cuando termino de prepararme y cojo mi maletín, me giro hacia Melissa y le sonrío.

—¿No vas a ir a clase?

—No —me responde, sorprendiéndome—. No estoy de ánimos para aguantar a un viejo hablar durante una hora y media con ese tono de voz monótono... Snape, de *Harry Potter*, tiene más sangre en las venas, te lo aseguro.

Me río a carcajada limpia. Dejo el maletín apoyado en la puerta y abro los brazos para estrechar a mi amiga entre ellos.

—¿Keira? —me dice Melissa, extrañada.

Cierro los ojos y la aprieto más contra mí.

—Gracias por no juzgarme, Mel —murmuro, apartándome un poco para poder mirarla a los ojos—. Siempre has tenido las palabras exactas para mí..., aunque te pongas un poquito pesada a veces. —Ella sonríe levemente—. Gracias por ser mi amiga.

—Ay —solloza Melissa, llevándose un dedo a un ojo para secarse una lágrima imaginaria—, de nada, pequeña. Siempre puedes contar conmigo.

Asiento, emocionada, y me separo finalmente de ella. Respiro hondo y cojo el maletín del suelo.

—Me voy ya, ¿vale? Llámame si necesitas algo.

—Descuida. —Alza una mano para quitarle importancia—. Estaré bien. Diviértete mucho. —Me guiña un ojo y se echa a reír al ver mi cara, que de seguro es de espanto.

Pongo la mirada en blanco y salgo del apartamento, cerrando la puerta a mi espalda. Ayer fui capaz de enfrentarme al primer día con Elian y Gal, aunque por suerte no tuve que estar con los dos al mismo tiempo, ni siquiera durante el almuerzo. Se supone que, conforme pasan los días, esta especie de mezcla entre tensión y nerviosismo debería desaparecer. Sin embargo, sé que en cuanto vea a Elian esperándome en la entrada de la universidad, se me volverá a formar el ya familiar nudo en la boca del estómago.

***

Elian me esperaba en la puerta. El nudo se formó. Pero, por suerte, esta vez se contuvo y se mantuvo a cierta distancia de mí. Me acompañó a mi aula y él se fue a la suya. Durante esa hora y media, estuve más que tranquila. Jonathan parece estar aceptando que las cosas van a ser así a partir de ahora y me ha propuesto intentar que él y Elian se lleven todo lo bien que pueden llevarse dos personas que están pilladas por una sola. Sigo pensando que estas cosas no pueden pasarme a mí y que esta historia se está equivocando de protagonista.

Sea como sea, durante la hora y media previa al almuerzo no puedo estar más en tensión. Al profesor se le ha ocurrido la brillante idea de formar grupos aleatorios para realizar un trabajo expositivo sobre las diferencias entre los primeros filósofos y los más recientes, aunque no los hayamos estudiado todavía. Absurdo, lo sé, pero es la universidad. Y adivinad quiénes están en el grupo conmigo...

Suspiro y miro de reojo a Corinna, que está más que encantada de tener a Elian a su lado, separado de mí. Mis ojos giran hacia él, sentado frente por frente a mi asiento. Nuestras miradas se cruzan y yo bajo la mía al instante. Sé que está sonriendo por cómo aprieta las manos sobre la mesa, como si quisiera contener así las ganas de echarse a reír.

Y justo a mi derecha está Jonathan, que no deja de sonrojarse cada vez que Corinna se dirige a él. Me entran ganas de exigirle una explicación, pero no puedo. Lo he rechazado y estoy contenta con mi decisión, aunque no deja de fastidiarme que diga que le gusto y luego se convierta en un adorno del árbol de Navidad cada vez que intercambia algo con Corinna. Y lo peor es que ella no deja de toquetear a Elian por debajo de la mesa. Se cree que no me doy cuenta, pero lo que no sabe es que estoy a punto de estamparle el cierre metálico de mi maletín en la coronilla.

Aprieto los dientes y carraspeo para interrumpir su intento desesperado por llamar la atención de Elian. Corinna me mira con cierto fastidio.

—¿Qué pasa, Keira? ¿Ya has hecho el esquema de nuestro trabajo?

Alzo una ceja y cuento hasta veinte antes de responder.

—No, Corinna. Es algo que tenemos que hacer entre todos, ¿sabes? Y estamos en clase, así que te sugiero que contengas un poquito tu... —señalo su mano por debajo de la mesa— ligue.

Corinna esboza una sonrisa llena de veneno y se inclina hacia mí por encima

de la mesa.

—Corinna... —la llama Elian con voz grave.

Eso me sorprende, pero lo ignoro. Esta tía me tiene harta.

—Mira, Keira, te voy a explicar una cosa —comienza a decirme Corinna—. Como en la vida, aquí hay una serie de clases sociales que tienes que respetar. Yo pertenezco a una clase superior, igual que Elian. Tú —me apunta con un dedo— eres de las que intentan llegar a la clase baja. No tienes derecho ni autoridad para decirme lo que tengo que hacer y menos con alguien que está soltero, ¿vale, guapa?

Siento cómo me va a salir humo por las orejas. Inspiro con fuerza antes de sonreír y mojarme los labios con la lengua.

—No sé de qué mundo vienes ni lo que te has fumado para pensar así. Eres una estudiante más, al igual que yo, con la diferencia de que yo conservo la dignidad y no me voy arrastrando por alguien que no se interesa en mí, lo cual es realmente patético. —Me pongo en pie, recojo mis cosas y poso una mano sobre su hombro derecho—. Hazte un favor y deja de ponerte en ridículo por más tiempo.

Y me da igual estar en medio de una clase. No soporto estar en esa aula ni un minuto más. Esquivo el resto de mesas apiladas por los distintos grupos y salgo por la puerta con determinación. No espero que Elian o Jonathan vengan tras de mí. Ha sido decisión mía largarme de allí. Enfilo el pasillo y voy camino de la biblioteca. Nunca he estado ahí y ya me apetecía hacerle una visita. Qué mejor momento para perderse entre páginas y páginas de libros que cuando surgen los instintos asesinos.

Salgo del edificio en el que doy clases y lo rodeo para ir hacia el de la biblioteca, que apenas se distingue de los demás, salvo por un cartel en el que se puede leer «Biblioteca de la Universidad Estatal». Junto a una de las puertas, hay un cartel plastificado en el que se detallan los horarios de apertura y cierre de la biblioteca, incluido el intensivo de veinticuatro horas en época de exámenes. Entro sin miedo por una de las dos puertas de doble hoja de cristal grueso y accedo a un espacio diáfano, con ventanales por todos lados que llenan la biblioteca de la tenue luz de un día nublado. Hay mesas esparcidas de forma ordenada a ambos lados de las entradas hasta la mitad de la biblioteca. Tras la última fila de escritorios, comienzan los diferentes pasillos llenos de libros. Estos, al contrario que las mesas, no siguen un orden horizontal, sino que se entremezclan sin ton ni son, como una biblioteca normal y corriente.

En medio de ese silencio, me siento en paz. Hacía mucho que no tenía un rato para mí sola y agradezco haberme ido de clase antes de tiempo. Busco con la

mirada un sitio apartado en una de las mesas y dejo mis cosas encima de ella. Me siento cerca de uno de los ventanales y saco lo necesario de mi maletín. Al ver las instrucciones del trabajo en grupo, respiro hondo y establezco un plan para recaudar información sobre los filósofos que ya he estudiado y los que no conozco todavía. Decido ir primero a por los que me suenan y me levanto, dejándolo todo encima de la mesa. Sé bien que nadie va a tocar mis cosas.

Camino hacia el punto de información de la biblioteca y, allí, una mujer menuda y amable me da las referencias bibliográficas y me enseña cómo debo buscar. Siguiendo sus indicaciones, pronto encuentro la sección que me interesa. Observo los diferentes libros y empiezo a descartar unos y a escoger otros. Cuando tengo tres buenos ejemplares en los brazos, camino de vuelta a mi mesa. Pero justo cuando estoy por salir del pasillo, alguien tira del bajo de mi chaqueta y me hace andar hacia atrás. Ahogo un grito al acordarme dónde estoy y miro a ambos lados para ver quién tira de mí. Sin embargo, hasta que no me da la vuelta, no me encuentro con los ojos azules de Elian fijos en mí. Inspiro con fuerza, aliviada, y me llevo una mano al pecho, sujetando con la otra los tres libros.

—Dios... —suspiro, con el corazón latiéndome a mil por hora—. Me has dado un susto de muerte —le reprocho—. Y he estado a punto de caerme.

—No te hubieras caído. —Me sonríe Elian—. Dame eso. —Me coge los libros del brazo y los sostiene sin esfuerzo con una mano; los mira con los ojos entrecerrados y luego vuelve a mirarme a mí—. ¿Para el trabajo?

Asiento.

—Antes de empezar a hacer nada, hay que recabar información —le explico en voz baja, quitándole los libros de los brazos—. Y tú deberías estar en clase.

Elian amplía la media sonrisa, alza una ceja y se cruza de brazos, apoyando el peso de su cuerpo alto y delgado sobre una sola pierna. Esa postura se me antoja tan chulesca que me pone nerviosa. Ahí es cuando veo la faceta arrogante de Elian, la misma que me crispa los nervios y la misma que me incita a lanzarme sobre él para besarlo. Los instintos se me activan cuando me mira de esa forma y lo sabe, fijo que lo sabe. Si no lo advirtiera, ¿por qué iba a usar esa mirada y esa sonrisa arrebatadoras contra mí?

—¿Me estás dando lecciones de moral? —murmura, observándome desde su altura—. No soy yo el novato este año. —Y me guiña un ojo.

Aprieto los dientes y entrecierro los ojos.

—Seré novata, pero te aseguro que puedo mejorar tus calificaciones, sean cuales sean.

Lo reto.

Otra vez.

Soy idiota.

Elian ríe por lo bajo y niega con la cabeza.

—Eres incorregible, Keira. —Da un paso hacia mí y me pasa un brazo por los hombros—. Ven conmigo.

Me empuja hacia adelante mientras balbuceo cosas sin sentido para intentar disuadirlo. He venido a estudiar, no a hacer manitas o lo que tenga pensado. Quiero mantener la biblioteca intacta; aunque, por cómo me agarra, me parece que no va a ser posible. Salimos del pasillo y cruzamos una calle ancha que divide dos secciones. Nos metemos en una sobre Física molecular o no sé qué cosa. A medida que avanzamos por los pasillos, veo que se va acumulando más y más polvo en las estanterías. Tengo una teoría y espero que no se cumpla. Sin embargo, mis teorías suelen hacerse realidad, así que no tengo mucha esperanza en equivocarme.

Tras marearme tanto que parece que estoy dentro de un laberinto, llegamos a un pasillo sin salida, en el fondo de la biblioteca. Si alzo la mirada, veo que la estantería se corta a cierta altura y que, tras ella, aparece el muro posterior del gran edificio. Giro la cabeza para ver si hay planta alta. No la hay, por suerte. Sería el colmo que alguien nos viera. Esa posibilidad me tensa y me preocupa. ¿Y si alguien nos encuentra aquí? ¿Y si piensan mal? ¿Y si se chivan a la dirección de la biblioteca y me abren un expediente por conducta indebida dentro del recinto del campus?

Ay, Dios... ¿Por qué me dejo liar tanto?

Vuelvo a poner la cabeza en su sitio y mi pregunta tiene respuesta. Esos ojos azules son capaces de conseguir que haga casi cualquier cosa. Ojo, casi. Su portador pone mis libros sobre el espacio que queda entre una balda y el lomo de los libros. Se gira hacia mí y me arrincona contra las estanterías. Me siento apresada. Me siento, no. Estoy apresada. Elian coloca sus brazos a ambos lados de mí y acerca su cuerpo al mío. Inclina la cabeza hacia mí y me mira fijamente a los ojos. Hay una mezcla de sensaciones en sus pupilas, entre las que puedo distinguir la diversión y la astucia.

Hombre, astuto sí que es. O yo muy tonta, según se vea.

—Keira —murmura, serenándose; me pilla por sorpresa e inspiro hondo para calmarme. Mala idea.

—¿Por qué me has traído aquí? —inquiero, buscando una salida en esa ratonera por el rabillo del ojo.

Elian suspira y agacha la cabeza. Baja los brazos y se deja caer junto a mí, sobre la estantería. Yo lo observo, anonadada. No esperaba que hiciera eso. De

hecho, esperaba que me cogiera por la cintura, me agarrara la nuca y pegara su boca carnosa y suave a la mía y...

Calla, Keira, que te desvías del tema.

Alza la cabeza al techo y sonríe un poco.

—Porque es el primer sitio que se me ha ocurrido para estar contigo a solas. —Al finalizar, me mira desde su altura y se encoge de hombros en un amago de risa—. Lo siento.

Parpadeo para salir de mi asombro. ¿Este es el verdadero Elian?

—¿Por qué te disculpas? —pregunto, muerta de curiosidad—. Es decir. Tú nunca te disculpas.

—Contigo ya lo he hecho varias veces —me recuerda.

—Sí, bueno... Pero ¿por qué ahora también? No has hecho nada malo.

Me mira unos segundos fijamente antes de impulsarse con los omoplatos para separarse de la estantería llena de libros y polvo y volver a ponerse frente a mí.

—¿Ah, no? —Parece que lo he pillado por sorpresa—. ¿No te ha molestado que te trajera aquí?

Pongo los ojos en blanco.

—Tienes una manera muy rara de demostrar las cosas. —Le sonrío con amabilidad—. No, no me ha molestado. Pero por un momento he pensado que ibas a... —Me callo antes de soltar una burrada.

Sin embargo, Elian se da cuenta de por dónde van los tiros y su comisura izquierda se alza sin poder evitarlo. Sus iris eléctricos arden, se han vuelto pecaminosos, pasionales. Sus pupilas se han dilatado en medio segundo y sé que estoy perdida cuando veo cómo su pecho se alza y baja suavemente antes de que se incline sobre mí y fije su mirada en la mía, pidiéndome permiso. Entreabro la boca y se me escapa un suspiro. Su flequillo me hace cosquillas en la nariz, pero no me importa, aunque me muera por rascarme ahí donde me roza la piel. Se acerca otro poco a mí y ya siento su aliento sobre mi cara. Cierro los ojos, expectante, sin poder aguantar más la tensión del momento.

—¿Es esto lo que quieres? —susurra, pasando poco a poco una mano por mi cintura y estrechándome contra él con un empujoncito suave.

Noto que apoya la otra mano sobre la estantería. Me estoy volviendo loca a cada segundo. Estoy a punto de hiperventilar.

—Sí —confieso, dejando escapar la palabra antes siquiera de intentar retenerla.

Noto su sonrisa contra mi boca. Apenas me ha tocado y ya estoy que me desmayo.

—¿Segura? —insiste, alargando más el momento, haciendo que con su voz

grave se me acelere aún más el pulso y note cierta humedad incontrolable.

—Ajá...

—Pero no debería. —Maldita sea, será estúpido...—. Estamos en la biblioteca. ¿Y si nos pillan?

Que me pillen, me abran un expediente y me expulsen temporalmente. Me da igual. Como si se me cae el techo en la cabeza. Quiero que Elian me bese y quiero que lo haga AHORA. Abro los ojos y clavo mi mirada en la suya. Veo que alza las cejas. ¿Se sorprende por lo que ve en mí? Pues es solo un reflejo de lo que me está haciendo sentir.

—Bésame, Elian. O te aseguro que...

No me deja terminar. Se lanza contra mi boca y la aplasta. Me humedece los labios con la lengua y saca los dientes para morderme el labio inferior, enviando una descarga directa a mi bajo vientre y a mi corazón. Mis manos trepan hasta el cuello de su camisa y tiran de él para acercarlo más a mí. Pega su cuerpo al mío y me alza del suelo, obligándome a rodearle la cintura con las piernas. Me coge por los muslos con los dos brazos mientras sujeta mi espalda con la estantería. La falda que me he puesto hoy se me sube, noto la tela del pantalón de Elian sobre mi ropa interior y se me escapa un gemido suave cuando siento cómo se anima algo bajo la cremallera y los botones.

Inconscientemente, Elian se roza contra mí y yo empiezo a ver las estrellas. Intento respirar, pero me resulta imposible. Me tiene atrapada entre sus brazos y la madera de la biblioteca. No intenta tocarme por debajo de la ropa, a pesar de tener el camino expedito gracias a mi falda subida. Y eso me hace suspirar. Se está comportando todo lo amablemente que puede comportarse..., teniendo en cuenta cómo estamos ahora mismo y las pocas ganas que tengo de pararlo.

Elian rompe el hilo de mis pensamientos cuando separa su boca de la mía y comienza a besarme la línea de la mandíbula hasta llegar al lóbulo de mi oreja derecha. Abro los ojos y la boca por completo, buscando lucidez y aire. La vista se me nubla cuando atrapa mi lóbulo con los dientes cubiertos por los labios y aprieta un poco.

—Elian... —jadeo en voz baja, deseando que nadie nos interrumpa ahora.

—¿Qué? —susurra sin soltarme la oreja.

Echo la cabeza un poco hacia atrás, dándome un golpe contra una de las baldas.

—Ay —protesto, llevándome una mano a la coronilla.

Elian deja mi oreja y se separa de mí lo justo y necesario para poder mirarme a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —respondo, con la respiración acelerada.

Su rostro está serio. Sigue clavándome los dedos en los muslos y sigo notando su pecho subiendo y bajando a toda prisa, como el mío. Pero su entrepierna ya no roza la mía y su mirada turbia me estudia con cautela.

—¿Quieres que pare? —murmura, con cierto timbre temeroso en la voz.

Contengo un suspiro atontado. ¿Se puede ser más tierno?

—Sí... Es decir, no. Claro que no. Pero —miro a ambos lados y al techo—, estamos en una biblioteca y... —carraspeo un poco por lo bajo—. No quiero que...

Elian asiente y me baja poco a poco al suelo, aunque no me suelta la cintura ni a la de tres.

—No quiero forzarte a nada —murmura, pegando su frente a la mía—. No he podido contenerme cuando me has dicho que te bese. —Sonríe a su pesar.

Le sonrío de vuelta. Levanto una mano y le peino un poco el pelo. Es imposible. Su flequillo hace de las suyas y se queda como estaba.

—No quería que te contuvieras —admito, sonrojándome un poco—. Eres el primer chico en quien confío y creo que no me equivoco al dejar que..., bueno...

Entrecierra los ojos sin dejar de sonreír.

—¿El primero? —repite—. ¿Qué es eso del primero? ¿No has tenido novio antes?

Dejo escapar aire por la boca y asiento.

—Una vez. Solo una. Y fracasó de tal manera que no he permitido que nadie más se me acerque —nos señalo con un dedo— de esta manera. Aunque, si lo pienso bien, él no llegó a este punto. —Me río por lo bajo.

Elian esconde su sonrisa, pero no la felicidad en su mirada.

—¿No ha habido nadie más? —Niego con la cabeza—. Tienes que estar de coña.

—Pues no.

Se le escapa una risita histérica.

—No me lo puedo creer... Solo te falta ser inmortal para ser perfecta, Keira.

Me quedo plantada, congelada, pegada a la estantería o como queráis llamarlo. Me ha dejado KO. He perdido. Nadie en su sano juicio habría dicho eso de mí ni en un millón de años. Pero aquí está Elian, rompiendo mis reglas por trillonésima vez, haciéndome sentir como nunca antes me había sentido, como si realmente le importara a alguien. Y no puede ser real. Lo dice por decir, seguro. No sabe nada de mí, realmente.

—No me conoces —murmuro con un hilo de voz—. No sabes lo que estás diciendo...

—Yo creo que sí —insiste, dándome un beso en la mejilla.

—No. —Bajo las manos a su pecho y lo empujo hacia atrás con suavidad para separarlo de mí—. No, no lo sabes. No sabes de dónde vengo. No sabes qué traumas hay debajo de mí. Tengo más defectos de los que puedas llegar a contar con una calculadora.

—Enséñamelos —me pide, cogiéndome una mano sobre su pecho y llevándose la yema de los dedos a sus labios—. Cuéntame sobre ti. Quiero saberlo todo.

Niego con la cabeza todavía más. Quiero dar pasos atrás y huir, pero no puedo. La única salida me la tapa Elian.

—No puedo... —tartamudeo, sintiendo que los recuerdos se me agolpan en la cabeza y me asfixian—. No... Es demasiado... Yo... —Me llevo una mano a la garganta, me falta el aire.

—Eh, eh, eh. Tranquila —susurra Elian, obligándome a mirarlo y arropándome con sus brazos—. Tranquila. Está bien. —Me apoya la cabeza sobre su pecho y empieza a acariciarme la cabeza, acunándome, evitando que el ataque de ansiedad llegue a niveles más altos—. No te preocupes. Todo va bien, ¿vale?

—No quiero...

—No pasa nada —insiste—. No tienes que contarme nada si no quieres.

Asiento débilmente con la cabeza, conforme. Estoy asustada, pero siento como si, teniendo a Elian junto a mí, no tuviera que tenerle miedo a la oscuridad, a los cuchillos grandes y a las jeringuillas demasiado largas.

Capítulo 23

Han pasado varios días desde mi ataque de pánico. Elian no ha insistido de nuevo en conocer mi pasado y se lo agradezco en silencio. Sin embargo, cada vez me cuesta más trabajo alejarme de él en los momentos en que se acerca a mí con segundas intenciones. Hago todo lo posible para evitar el contacto cuando Jonathan está junto a nosotros en clase, pero resulta complicado, sobre todo cuando el muy listillo se pone tras de mí y se inclina sobre mi espalda para ver lo que estoy escribiendo. Noto la tensión en el cuerpo de Jonathan, aunque esta no parece llegar a los niveles a los que llegaba hace un par de semanas. Y eso es algo bueno. Espero.

Mientras tanto, Melissa ha vuelto a parlotear sobre Sebastian, y a Gal se la ve más cómoda con Mike. Puede que por fin se estén haciendo amigos. He hablado un par de veces más con él y me cae muy bien. Ojalá pueda ganarse el duro corazón de mi amiga. Esto también ayuda a que Elian y yo cada vez estemos más cerca de sacar a la luz lo nuestro. Todo va viento en popa. El trabajo en grupo sacó un sobresaliente y pude quitarme a Corinna de encima durante... un día.

Esa personita irritante y asfixiante que no deja de acosar a Elian y a Jonathan sin previo aviso es la única que empaña mis días de felicidad y calma. Ahora que parecía que por fin iba a poder disfrutar de la vida universitaria, tal y como yo la tenía planeada, aparece ella para dar por culo. Así de claro. Ni más, ni menos. Bueno, más sí, eso seguro; menos, lo dudo. Todo lo que sea molestarme forma parte de su misión diaria.

Cuando le comento a Elian cómo me siento respecto a que ella lo manosee,

tontee con Jonathan y me mande a tomar viento con una sola mirada, él se encoge de hombros y me echa un brazo por encima.

—Ya se le pasará —me dice.

¿Y con eso pretende que yo me quede tranquila? Otra cosa, puede que no, pero identificar zorras se me da de maravilla. Y, para hacer combo, Jonathan me sonríe y me aprieta las manos con amabilidad.

—No seas paranoica. —Se ríe.

Cada vez que alguno de los dos me suelta algo de eso tengo ganas de estampar sus diminutos cerebros contra la pared. Parecen gemelos, hermanos, primos o algún tipo de pariente cercano, porque esa estupidez no es normal. Por suerte (o puede que no tanta), tengo a Melissa y a Gal de mi parte.

Dado que se acerca la fiesta de Halloween, a Mel se le ha ocurrido la brillante idea de organizar una fiesta. Sorprendentemente, Gal se ha unido a su moción. Y yo me he quedado tan a cuadros que mi voto ha sido en blanco. Total, aunque hubiese dicho que no, les hubiera dado igual. Queda una semana para la fiesta, y mi amiga ya ha hecho todos los preparativos para organizarla junto con varios clubes de la universidad en la casa de una de las fraternidades. Gal me dijo el nombre, pero yo ya ni me acuerdo. Solo soy capaz de centrarme en la broma que le quieren gastar a Corinna esa noche; y a mí, por muy mal que me caiga y por intensas que sean las ganas de obligarla a hacer puenting sin cuerda, no me parece bien. Hay algo que me huele mal, algo que me escama y tengo la sensación de que esa noche será un completo desastre.

Ahora mismo, mientras cenamos, Melissa va tachando cosas de la lista con una mano, al tiempo que coge el tenedor con la que queda libre. Me la quedo mirando con los tallarines a medio camino de la boca, anonadada. Oigo que Gal se ríe de mi cara por lo bajo y, al mover la mano, la comida cae de nuevo al plato.

—No sabía que fueras ambidiestra —comento, saliendo de mi sorpresa.

Melissa levanta la vista de la mesa y me sonríe. Los ojos le brillan como dos centellas; está disfrutando de lo lindo. Qué desastre...

—¿Ah, no? Pues... —Levanta las dos manos al mismo tiempo sin que se le caiga nada—. Ya lo sabes.

Asiento con la cabeza y cojo otra vez mis tallarines.

—Oye, Keira —dice Melissa con un tono de voz que no me gusta un pelo.

La miro de reojo con miedo. Miedo, no. Auténtico pánico. Sobre todo cuando me encuentro su cara a pocos centímetros de la mía, estudiándome con esos ojos claros tan apabullantes. Los tallarines regresan al plato mientras yo trato de no

salir corriendo. Melissa ha entrado en modo «Monster High». Sí, porque ella tiene el modo «Barbie» cuando va de cena con su familia. Y luego tiene el modo «Nancy», que es más bien para ir de fiesta. Y, finalmente, para Halloween, tiene el modo «Monster High», como las muñequitas esas que son hijas de monstruos famosos. Melissa, así, da más miedo que la niña de la curva.

—¿Qué? —Suelto un gallo cuando hablo; carraspeo para aclararme la garganta—. ¿Qué? —repito, ya con mi voz normal.

Parpadea varias veces e intenta poner una expresión angelical. No lo consigue. Veo el fuego del diablo ardiendo en sus ojos.

—¿Me dejarás que te elija el disfraz, te peine y te maquille esa noche?

—No —digo sin pensarlo—. No voy a disfrazarme de nada y mucho menos me vas a maquillar.

Melissa hace un puchero.

—Jo, venga, Keirita...

—Dale el gusto, Keira —interviene Gal, a mi lado.

Giro la cabeza hacia ella con los ojos como platos.

—Traidora... —mascullo.

—Venga, vamoooos —insiste Melissa, tirando de la manga de mi pijama verde—. Es la oportunidad perfecta para probar en ti un look arrollador, dramático, gótico y muy muy sexy. —Me guiña un ojo y yo enrojezco por momentos, recordando la última conversación que tuve con ella sobre Elian:

—Entonces, ¿lo habéis hecho ya?

Me llevé las manos a la cara y negué con la cabeza fervientemente.

—Por Dios, Melissa, no digas esas cosas...

Ella se rio y me quitó las manos de la cara.

—Oh, vamos, ¿me vas a decir que no te entran ganas de que te desvirgue ese pedazo de...?

—¡Mel! —la interrumpí y me tapé las orejas.

Mi amiga volvió a reírse y se mordió el labio inferior mientras hacía un mohín.

—Eres una monja, Keira —protestó, cogiéndome las manos con más fuerza—. Sabes perfectamente lo que pasa entre un chico y una chica cuando se besan y la temperatura del ambiente sube.

—Sí, lo sé perfectamente —le confirmé, febril—. Y me da vergüenza todo este asunto.

—O sea, que Elian te pone mucho.

—¡Melissa!

—Vale, vale —dijo, conciliadora—. Te gusta mucho.

Desvié la mirada y agaché la cabeza.

—Sí —murmuré—. Y no sé cómo evitarlo...

—¿Por qué tendrías que hacer eso? —inquirió Melissa, curiosa—. Es tu novio, puedes hacer con él lo que quieras.

Me removí en el sofá, incómoda.

—Él tiene más experiencia que yo en todo esto, seguro —dije en voz baja—. No quiero decepcionarlo por ser virgen, así que prefiero evitar todo tipo de contacto íntimo o de índole sexual.

Melissa rio por lo bajo y se acercó a mí. Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Ay, qué ingenua eres, Keira. —Alcé la cabeza, extrañada, y ella asintió—. Si tienes ganas, solo déjate llevar. ¿Qué más da que tenga o no más experiencia que tú? Lo importante es saber si le afectas tanto como él a ti. Si es así, entonces le importará más bien poco que sigas siendo virgen a los diecinueve.

—Melissa, por favor... —ruego, cerrando los ojos y entrelazando las manos a modo de súplica—. Otro baño de espuma eterno, no.

—¡Por supuesto que no! —exclama Melissa, alejándose de mí y dejando sus cubiertos y el bolígrafo sobre la mesa—. Tengo una misión que cumplir.

Ojalá el sofá tuviese hambre y me comiera ahora mismo.

***

Hoy es sábado por la tarde. ¡Por fin! Desde el lunes, Melissa me ha estado dando la vara con el tema del disfraz. Aún no le he comentado nada a Elian, pero tengo que decírselo, sobre todo para que no se sorprenda demasiado al verme disfrazada. Sé que Melissa hará lo posible para que se le caiga la baba; sin embargo, eso no me consuela en absoluto. De solo pensarlo, me recorre un escalofrío.

Elian, que va a mi lado camino de casa, se da cuenta y se acerca a mí para pegarme a su cuerpo con un brazo.

—¿Tienes frío? —me pregunta con voz dulce.

—Un poco —le miento—. Y estoy cansada. Melissa no para de hablar sobre la fiesta de la semana que viene.

Elian sonríe y alza los ojos al cielo.

—Me cae bien tu amiga.

—Está loca.

—Como yo entonces, ¿no?

Me río y asiento. Me retuerzo las manos alrededor del asa del maletín y desvío mi mirada de él.

—Por cierto... —comienzo a decir—. ¿Tú vas a ir? —Lo miro de reojo y veo la diversión en su cara—. A la fiesta, obviamente.

—Solo si tú vas —me responde, derritiéndome al momento y calentándome, de paso.

Aprieto los labios para no esbozar una sonrisa. Elian se ha vuelto experto en sacarme ese tipo de sonrisas tontas a cada momento y, cuando le da la vena chulesca, se jacta de ello. Hoy no es uno de esos días. Menos mal...

—Sí, iré —respondo, respirando hondo para tranquilizarme—. No me queda otro remedio. Si no voy, Melissa me mata. Además, se le ha metido en la cabeza que me tiene que disfrazar de algo y no deja de tomarme medidas y de...

—Espera, espera —me interrumpe Elian, cogiéndome por los hombros y poniéndose frente a mí—. ¿Te vas a disfrazar?

Me encojo sobre mí misma y miro al suelo.

—Sí —admito en voz baja—. Pero no es idea mía, así que...

—No importa —vuelve a cortarme Elian—. Aunque la verdad es que tengo mucha curiosidad.

Conozco esa vocecita. Levanto la vista del suelo y veo en su rostro la misma mezcla de felicidad e inocencia que vi en él cuando estrechaba contra sí el dichoso peluche de capibara. ¿Cómo le voy a decir que no a esa cara?

Suspiro, resignada.

—No sé de qué voy a ir, así que no puedo darte ninguna pista.

—Estoy deseando verlo.

«Sí, claro. Yupi...».

Capítulo 24

Aunque jamás lo admitiré en voz alta, tengo ganas de que llegue el sábado por la noche. La fiesta de Halloween es el acontecimiento principal de toda la universidad y me siento importante al ser una de las personas encargadas de su organización. Melissa me dio una pequeña lista de tareas que se resumía en asegurarme de que todo estuviera perfecto días antes de la celebración. De hecho, ahora mismo estoy con la boca abierta mirándolo todo, fascinada. El club de Fiestas Universitarias (sí, hay un club para eso) ha hecho un trabajo estupendo. Han decorado el local donde se hizo la primera fiesta del curso de tal manera que quede irreconocible, con guirnaldas y telarañas falsas cruzando el techo, de las que cuelgan murciélagos y arañas más o menos grandes. Por todas las paredes negras han colocado una especie de espejos en los que, cuando te miras, encuentras una cara horripilante o una escena asquerosa. Y, justo en la entrada, han montado un pequeño túnel de unos dos metros por el que tienes que pasar para poder entrar a la fiesta. En ese túnel habrá chicos del club de Teatro que asustarán a los asistentes a la fiesta y le darán cierto toque siniestro al ambiente. Es, sencillamente, perfecto.

Y pensar que todo esto salió de la cabeza de Gal...

Sea como fuere, estoy alucinando. Distingo el pasillo que da a los baños y me encamino hacia allí. Oigo los pasos de Elian a mi espalda, acompañándome.

—¿Qué buscas? —me pregunta sin ponerse a mi altura.

—Quiero saber si han decorado esto también. —Giro parcialmente la cabeza y le sonrío.

Él me guiña un ojo y me hace un gesto con la cabeza para que me adelante. Debe notar que estoy inusualmente emocionada. Halloween siempre ha sido un día en el que mejor me he sentido, como si realmente fuera el lugar al que pertenezco. Cualquiera pensaría que es algo tétrico, pero tengo el desafortunado talento de encontrar belleza en lo oscuro. Y eso es algo que contrasta con el resto de mi personalidad.

Hago caso a Elian y doy unos cuantos pasitos más rápidos, alejándome un poco de él. Al llegar allí, veo que aquella zona también ha sido invadida por objetos y adornos alusivos a la fiesta. Doy una palmada, satisfecha.

—Genial.

Elian llega hasta mí y me coge por los hombros con las manos. Da un silbido al ver cómo el pasillo se ha convertido en un segundo túnel del terror.

—Sí que se lo han montado bien... —comenta, sorprendido—. ¿Y dices que Gal ha ideado todo esto?

—Ajá —asiento, andando hacia el interior del túnel—. Aunque no creo que le haga mucha ilusión meterse aquí dentro. —Me río, señalando el rincón en el que la encontré aquella noche.

—Ya, es seguro. —Sonríe Elian, pasándome las manos por los brazos hasta llegar a mis dedos—. ¿Te acuerdas de esa noche? Tuve que llamarte porque estaba tan borracha que no se tenía en pie.

Me río por lo bajo.

—Sí. Fue horrible. —Me giro hacia él y le pongo las manos en el pecho, fijando mis ojos en esa zona—. También tuviste que ir a buscarme.

Alzo la mirada y veo que su expresión se ha ensombrecido. Frunzo el ceño y me regaño a mí misma por recordar ese episodio.

—No sé qué habría hecho si no te llego a encontrar allí —murmura con voz grave, poniendo una mano sobre mi mejilla y acariciándome con el pulgar de forma distraída—. No pude aguantar ver cómo te ponía las manos encima.

Pego mi rostro a la palma de su mano y cierro los ojos.

—Me salvaste —le recuerdo, abriéndolos de nuevo y fijándolos en los suyos, que me miran sin ver.

Elian esboza una media sonrisa y centra sus pupilas en mí.

—Creo que ya entonces estaba perdido en ti.

Entreabro la boca, asombrada. Inconscientemente, tiro de su ropa hacia mí y lo obligo a besarme. Necesito ese contacto, necesito saborearlo, necesito hacerle saber que le estoy mil veces agradecida por llegar a tiempo. Elian tarda un poco en responder al beso, pero finalmente me coge de la nuca y me pega a él, aferrándome por la cintura como suele hacer. Cierro los dedos en torno al jersey

gris que lleva y abro la boca para dejarlo entrar. Cada vez que siento sus labios rodeando el mío inferior, pierdo la noción del tiempo y el raciocinio desaparece, haciéndome olvidar que, en cualquier momento, nos pueden descubrir. Puedo parecer masoquista, pero ese cincuenta por ciento de probabilidades hace que me suba la adrenalina y quiera estar más cerca de él. Con cada roce, con cada apretón de sus dedos en mis caderas, con cada empujón que me da hasta acorralarme contra la pared, siento que me desvanezco. El aire me falta, pero me da igual. Solo quiero sentirlo, comprender lo que me está pasando, entender por qué mis manos viajan hasta el borde de su jersey y se meten por debajo de la tela entrelazada. Las yemas de mis dedos encuentran su piel desnuda, ardiente, definiendo a la perfección lo justo y lo necesario de su cuerpo.

Elian se da cuenta de lo que estoy haciendo y me muerde el labio inferior levemente, arrancándome un gemido que le hace meter una pierna entre las mías, separándolas. Su rodilla me roza y me hace perder la cabeza. Mis brazos le levantan la ropa a medida que mis dedos ascienden por su torso, encontrando por fin los pectorales, bajo los cuales siento el frenesí de su corazón, latiendo al mismo ritmo desenfrenado que el mío. Lo rodeo por debajo de las axilas y descubro su espalda, firme y fuerte, tan caliente como sus labios sobre los míos y su lengua, bordeando mi boca, desde la comisura hasta el vértice central de mi labio superior. Yo aprovecho ese momento para llenar mis pulmones de aire, pero esto dura poco. Elian pasea su boca entreabierta por mi barbilla y se encaja en mi mandíbula. Me hace levantar un poco la cabeza, pegándola contra la pared, para dejar que recorra mi garganta con su lengua hasta llegar a mi clavícula.

Suspiro cuando noto sus dientes dibujando el contorno del hueso, su lengua dejando un reguero de lametones que me suben aún más la temperatura. Deseo que siga y, como si me hubiese leído el pensamiento, me aparta el pelo con una mano y me hace inclinar la cabeza hacia el lado derecho, dejando por completo al descubierto el izquierdo. Me hace cosquillas con la nariz cuando sube hasta el hueco que hay entre mi oreja y mi cuello y, justo cuando mis manos llegan al lugar donde la espalda pierde su nombre, Elian abre la boca y me hinca los dientes con suavidad, arrancándome un gemido que suena más fuerte de lo que me habría gustado. Doy gracias a que el dueño del local se ha marchado un minuto antes de entrar en el pasillo de los baños.

Jadeo y, sin apenas darme cuenta, mis manos se afianzan en sus nalgas. Lo aprieto por encima de los vaqueros y él gruñe, subiendo la rodilla que tiene entre mis piernas para rozarme levemente en el punto exacto donde se está acumulando la electricidad de mi cuerpo. Siento que en cualquier momento voy a morir por combustión.

—Elian... —susurro, hundiendo la cabeza en su cuello.

Él deja de morderme y, acto seguido, me lame y me besa la zona afectada. Me seca con su mano derecha y me ayuda enderezar el rostro para encararlo. Al abrir los ojos (no me había dado cuenta de que los había cerrado), me encuentro con su mirada febril, ansiosa, con sus pupilas cubriendo casi todo el azul de sus iris. Respira entrecortadamente por la boca, igual que yo. Estoy mareada por las emociones. Quiero más, quiero descubrir qué hay más allá. Quiero ver qué más puede hacer rozándome en ese punto neurálgico de mi cuerpo.

Elian cierra los ojos un segundo y suspira mientras apoya la frente sobre la mía. Yo dejo que mi cuerpo repose en la pared mientras ambos recuperamos el aliento.

—Lo siento —murmura con voz entrecortada.

—¿Cómo? —digo con un hilo de voz—. No lo sientas, Elian.

Él se separa un poco de mí y me analiza, ya un poco más centrado, pero todavía con el subidón del momento. Me muerdo el labio inferior mientras intento soportar sus ojos escrutadores. Me parece que piensa que le estoy mintiendo.

—Te lo digo de verdad —susurro, quitando una mano de su trasero y poniéndola sobre su mejilla derecha.

Él esboza una media sonrisa y niega con la cabeza.

—¿Sabes cuál es el problema, Keira? —me pregunta, observándome con una mezcla extraña de emociones en su rostro.

Frunzo el ceño y le digo que no con la cabeza. Suelta una risita histérica y pega su nariz a la mía.

—Que te deseo más de lo que pueda soportar —me confiesa con voz ronca—. Y si sigo por este camino, haré cosas de las que luego me arrepentiré y tú me reprocharás y...

—Es que yo quiero que lo hagas —le suelto.

Ala, ahí, sin filtro ni nada, como si le estuviera diciendo que prefiero la Times New Roman 12 para el trabajo de Historia Antigua Mesopotámica que la Arial 14. Así que entiendo perfectamente que abra los ojos por completo y exhale todo su aliento de sopetón sobre mí.

—¿Qué...?

Siento que me sonrojo por momentos. Agradezco internamente que el local sea negro y la luz sea tenue y anaranjada. Me encojo un poco sobre mí misma.

—Sí... Bueno... Yo... —Bajo la mano que tengo en su cara y quito la otra de sus vaqueros para poder entrelazar los dedos y retorcérmelos hasta que crujan.

—Keira —me llama Elian con dulzura; alzo la mirada con timidez y me

encuentro una pedazo de sonrisa iluminadora que empequeñecería hasta al mismísimo arcángel Gabriel—. No tienes que forzarte a decirme ese tipo de cosas, en serio. Estoy cambiando por ti, no necesito que...

—No me he forzado —protesto, sintiéndome un poco dolida porque haya pensado así de mí—. No haré jamás nada que me obliguen a hacer. Ya he pasado por eso... —confieso sin querer; me llevo una mano a la boca y desvío la mirada —. Así que... Si te lo digo es porque quiero, porque estoy preparada. No porque quiera regalarte los oídos.

—Yo no he dicho que me estés regalando los oídos... —empieza a decir Elian.

—Me refiero —lo interrumpo, mirándolo de nuevo— a que no te lo estoy rogando. Soy diferente a las demás, no voy a ir tras de ti si no quieres... esto...

—¿Hacerlo? —completa él, anonadado.

—Sí, eso. Hacerlo.

Elian se aleja un poco de mí y se echa el flequillo hacia atrás con los dedos de una mano.

—Me descolocas, Keira —admite, sonriendo—. Sabía que estaba claro lo que yo quería, pero no he querido presionarte, así que ni lo he mencionado.

—Lo sé —le aseguro, asintiendo con la cabeza—. Lo sé y te lo agradezco. Pero de verdad, eres el único que ha conseguido despertar esta... eh... necesidad, por decirlo de alguna manera.

—Ah —exclama, soltándome un momento y haciéndose el ofendido—, conque quieres utilizarme...

Ahogo un gritito de espanto.

—¡No! Por Dios, Elian, no pienses que...

Él se echa a reír y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Tranquila, tranquila. Es una broma.

—Más te vale —gruño, dándole un puñetazo en el bíceps izquierdo.

Elian vuelve a reírse y se aleja un poco de mí para poder mirarme a los ojos.

—¿Nos vamos? Si sigo un minuto más aquí, no me hago responsable de mis actos. Y no quiero que tu primera vez sea en un antro como este...

—¿Y quién dice que sea mi primera vez? —Trato inútilmente de defenderme.

—Tú, el otro día, cuando no le negaste tu virginidad a Gal —apunta, poniéndome un dedo en la mejilla y hundiéndolo en mi piel.

Trato de morderle el dedo girando la cabeza con rapidez, pero él lo quita y me da un golpecito con el índice en la frente.

—Tengo buena memoria, ¿sabes?

—Y buen oído —farfullo por lo bajo, dejando que ponga un brazo sobre mis

hombros y me guíe hacia la salida.

—Soy perfecto, ¿qué esperabas?

—Engreído...

—Te encanto.

—Sí, claro, como los ratones a los gatos.

—¿Eso significa que me quieres comer?

—Eso significa que eres mi siguiente víctima.

Capítulo 25

—Oh, Keira, estás absolutamente sexy y aterradora —babea Melissa cuando le da el último toque a mi disfraz.

Alzo una ceja y pongo los ojos en blanco. No tengo ni idea de lo que me ha puesto. Sé que es un vestido rojo, negro y plateado, pero poco más. No me ha dejado ver cómo lo sacaba de su funda y me lo ponía, como si fuera una muñeca.

—Más te vale no haberte pasado, Mel —le advierto, caminando hacia el espejo de pie que hay en mi armario.

—Es perfecto para ti —me asegura—. Además, le he dado algunos toques finales para que sea más... dramático.

—Ya...

Nada más plantarme frente al espejo, me quedo sin habla. Soy una especie de mezcla entre María Antonieta y la novia de Drácula. El vestido es tan pomposo como cabía esperar en los siglos XIV y XV y tiene los colores que se relacionan con el conde de Transilvania. La tela mezcla encaje, ganchillo y tul, creando una especie de tejido mixto que va dibujando rosas negras y volutas a lo largo y ancho de la base roja oscura, rojo sangre. El corpiño es completamente negro, ceñido a la espalda con lazos rojo oscuro, como si fuera un corsé. No, es un corsé. Tiene toda la pinta. Lo han unido a la falda y han creado algo maravilloso y tétrico. El punto final lo dan el maquillaje y el peinado. Melissa me ha hecho una especie de pequeño recogido en el centro de la cabeza y me ha rizado el pelo de tal manera que ondas anchas y largas recorren mis hombros y caen justo donde empieza el escote en forma de corazón. Alzo las manos, alucinada, y veo que las

mangas son del tejido negro, semitransparente, dejando ver mis brazos por debajo de él y enganchándose al dedo corazón de cada mano con una especie de anillo plateado.

—Dios mío, Mel... —exhalo, sin palabras—. Es... Es...

—Increíble, ¿no? —Se pone a mi lado y admira mi reflejo en el espejo, de la misma forma que estoy haciendo yo—. Le pedí al grupo de Teatro que me dejara un vestido de una de sus obras para hacerle algunos cambios, pero no tenían. Así que fui cogiendo partes sueltas y las junté con ayuda del club de Arte y Costura.

Frunzo el ceño, sonriendo.

—¿Hay un club de eso? —inquiero, sin creérmelo por un momento.

Melissa suspira exageradamente.

—Te sorprenderías de lo que se puede encontrar en la universidad.

Río por lo bajo y me vuelvo hacia ella.

—Es alucinante —concluyo—. Y el maquillaje es perfecto.

Mi amiga se encoge de hombros.

—Sé que tienes una vena gótica por ahí escondida. Solo le he sacado partido. Además —me hace un gesto con la mano para que me agache para estar a su altura—, Elian no se va a poder resistir a ti.

Ahogo un gritito y la insto con la mano a que baje la voz.

—Mel, por favor —lloriqueo—, Gal no sabe nada.

—Por favor —bufa mi amiga—, ¿hasta cuándo vais a mantener esto en secreto?

—Hasta que Mike consiga que Gal salga con él.

Melissa se ríe.

—Es mono, ¿verdad? Aunque tiene pinta de ser un poco friki...

—Es perfecto para Gal —repongo, defendiendo al pobre chaval—. Es atento, dulce y serio.

—Y aburrido. En dos días, Gal le dará una patada en el culo.

—Pues yo creo que encajarán perfectamente —insisto, alejándome de mi amiga para meter en un bolsito pequeño lo poco que me tengo que llevar.

—¿Quiénes encajarán perfectamente? —dice la voz de Gal desde la puerta de mi habitación.

Me giro como un resorte y esbozo una sonrisa al instante.

—Tú y Mike —respondo, deseando centrar la conversación en otra persona que no sea yo—. ¿No estáis quedando mucho últimamente?

Gal desvía la mirada y asiente.

—¿Os va bien? —pregunto, cerrando el bolsito y colgándomelo del hombro

para cruzármelo por el pecho.

—Más o menos —admite Gal, volviendo sus ojos a nosotras—. Os estoy esperando. Se nos va a hacer tarde.

Melissa le saca la lengua.

—Eres tan... tan...

—Sí, sí, lo que sea. —Gal desaparece de mi puerta y escucho sus pasos resonar por el pasillo hasta el salón—. ¡Vámonos, tortugas!

Pongo los ojos en blanco y suspiro antes de mirar a Melissa, embutida en un despampanante disfraz de bruja de color morado, negro y dorado. Señalo su cabeza con un dedo.

—Te falta el gorro.

—De eso nada —niega en rotundo mi amiga, tirando de mí hacia la puerta—. Soy una bruja sexy, no una de las que salen en la película de *El retorno de las brujas*.

—¿Tú serías la rubia?

—La rubia sería yo —interviene Gal cuando nos ve llegar al salón.

—Pues yo me quedo con la pelirroja —se adelanta Melissa—. De las feas, es la menos fea.

—Vaya, gracias —comento con la voz llena de sarcasmo.

Melissa se echa a reír mientras coge sus cosas y encabeza la marcha hasta la puerta. Gal la sigue y yo me quedo la última para cerrar la puerta del apartamento.

Nos metemos en el ascensor y bajamos en silencio hasta la planta baja. En cuanto las puertas del ascensor se abren, Melissa sale disparada para abrir la entrada del edificio y salir pitando de allí. Gal y yo intercambiamos una mirada de entendimiento y resignación y seguimos a nuestra amiga con más calma. Nada más salir a la calle, nos recibe un bofetón de aire frío. Me encojo sobre mí misma y maldigo el momento en que Mel me dijo que «bajo ninguna circunstancia» cogiera nada de abrigo. Ojalá estuviera Elian aquí para calentarme un poco...

No. No iba con esa intención. Lo juro. Me refiero a que... Da igual.

Mis amigas y yo nos dirigimos hacia el local. Pasamos por una calle perpendicular a la avenida donde me perdí la primera vez que quise ir hasta allí. Miro de reojo la esquina donde me atrapó el tipo rubio platino y se me pone la piel de gallina.

—Keira —me llama Gal, volviendo la cabeza hacia mí.

Vuelvo mis ojos hacia ella y veo que me he quedado parada en el sitio y que ella está unos pasos por delante de mí.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —me pregunta, acercándose.

Sacudo la cabeza y dibujo mi mejor sonrisa.

—Nada. Todo va bien. —Señalo mis pies con la barbilla—. Es que los tengo congelados.

Gal me observa durante unos segundos antes de asentir una sola vez y andar lo desandado. Me sitúo entre ella y Melissa y, al poco, llegamos finalmente al callejón del local. Nada más acercarnos, vemos una inmensa cola que rodea la esquina. Me quedo boquiabierta al darme cuenta de que toda esa gente está esperando para entrar en nuestra fiesta.

—Dios... mío... —suelto con un hilo de voz.

—Eres una vampiresa, no deberías poder decir la palabra «Dios» —me regaña Melissa, muy metida en su papel.

—Es increíble —coincide Gal, ignorando el comentario de Melissa junto a mí —. No esperaba que viniera tanta gente.

—La hemos promocionado como la fiesta del año —nos recuerda Melissa—. Es normal que todo el mundo quiera venir a pasárselo bien.

—Ya veo... —murmuro, mirando las caras de todos los que están por entrar dentro del túnel que los llevará al interior del local—. ¿Dónde están los chicos?

—Aquí —responde una voz que proviene de nuestra izquierda.

Las tres nos giramos a la par y nos encontramos a Elian, Sebastian, Mike y Jonathan viniendo hacia nosotras. Noto que Gal se remueve a mi lado, incómoda, mientras que Melissa se arregla disimuladamente el disfraz con las manos. Yo desvío los ojos hacia el pavimento, nerviosa. No me he fijado en la vestimenta de Elian ni en la de Jonathan. Vuelvo a sentirme tan expuesta como la noche de la última fiesta en la que estuve; expuesta y visualmente *violable*. Melissa se ha encargado de que así fuera, potenciando mi pecho con la forma del escote.

De hecho, cuando veo los pies de Elian pararse frente a mí junto a los de Jonathan, encojo los brazos para intentar taparme un poco. Levanto la mirada del suelo y me encuentro con dos pares de ojos, completamente diferentes, examinándome de arriba abajo y deteniéndose de forma poco discreta en esa parte que yo pretendo cubrir. Relajo los brazos. Mi estrategia ha sido un fracaso.

—Hola —los saludo—. Es extravagante y está fuera de mi onda completamente, pero Melissa ha insistido una y mil veces que...

—Estás guapísima —confiesa Jonathan.

—Estás increíble —suelta Elian, a la par que habla mi amigo.

No puedo evitar que mis comisuras se eleven un poco. Al fin y al cabo, esos comentarios le suben la moral a cualquiera. ¿O no?

—Gracias —musito.

—Ey, chicos —nos llama Melissa, haciendo que Jonathan quite sus ojos de mí, pero no Elian—. ¿Entramos o qué?

Parpadeo al darme cuenta de esas palabras y trago saliva.

—¿Tenemos que pasar por el túnel? —pregunto, completamente aterrada.

Elian alza una ceja y sonríe de medio lado.

—No me irás a decir que te gusta Halloween, pero no recibir sustos...

Centro mi mirada en él, sonrojándome por momentos.

—¿A quién le gusta recibir sustos? —inquiero, cada vez más nerviosa.

Me tiemblan las rodillas. Elian se echa a reír y me empuja con los dedos hacia adelante.

—Vamos, no seas gallina.

—Ay... —lloriqueo—. Por favor, no quiero...

Veo que Melissa se acerca a mí y me coge de un brazo.

—Tú y yo tenemos entrada vip, Keira. Y Gal, también. Pero los chicos —se pausa y los mira a todos con malicia— tenéis que pasar OBLIGATORIAMENTE por el túnel del terror.

Casi puedo oír la musiquita típica de estas escenas, algo que suena como un «chan-chan» grave y rotundo. Elian no borra la sonrisa, sino que se cruza de brazos. Con ese gesto, me fijo en su disfraz. Aunque, más que disfraz, diría que va a una boda. Lleva un flamante traje negro, con zapatos negros, camisa blanca y pajarita desabrochada roja alrededor del cuello. Se ha peinado el pelo hacia atrás y se lo ha recogido en una coleta. Como siempre, los mechones rebeldes hacen de las suyas y le dan el toque informal que le falta al atuendo para hacer de Elian un ser de otro mundo. El dios Elian ha regresado, y la tonta de Keira está babeando de tal forma que podría llenar una piscina olímpica en segundos.

—¿No estás siendo un poco feminista, Melissa? —la pincha Elian, adelantándose a los demás chicos.

—Lo cierto es que no —repone mi amiga—. Si no hubieras asustado a Keira, ahora no tendrías que pasar por ahí.

—¿Y qué hemos hecho los demás? —protesta Jonathan.

Melissa ensancha la sonrisa, se acerca a él y le da un golpecito en la nariz.

—Existir. Vamos, chicas —nos dice, girándose hacia nosotras y cogiéndonos por los brazos, entusiasmada—. ¡La fiesta nos espera!

Quiero protestar y decirle que yo deseo estar con Elian, pero me muerdo la lengua antes de fastidiar mi plan de secretismo absoluto. Mi amiga nos lleva a la salida de emergencia y la abre sin problema. Nos invita a entrar y cierra la puerta en cuanto nos sigue hacia el interior del local. En lugar de entrar por donde se suele hacer, lo hemos hecho unos metros más a la izquierda, en un sitio oculto a

primera vista, junto a los lavabos. La música ya retumba en las paredes y los primeros asistentes a la fiesta están bebiendo y ocupando la pista de baile.

Melissa nos lleva a la barra y pide por mí y por Gal. No tengo tiempo para decirle que no quiero beber nada con alcohol; ya me ha plantado un vaso con un sospechoso líquido rojo y naranja. Miro el vaso y a mi amiga alternativamente.

—Es un cóctel San Francisco —me explica pegando la boca a mi oreja derecha para hacerse escuchar por encima del ruido—. No lleva alcohol.

Asiento con la cabeza, conforme, y le doy un sorbo. Está buenísimo. Sonrío y Melissa me guiña un ojo.

Pasan dos canciones más hasta que Gal nos avisa de que los chicos ya han conseguido pasar por el túnel y entrar en el local. Como si me moviera con un resorte, me giro por completo para buscar a Elian con la mirada. Ojalá no lo hubiera hecho. La sangre me hierve cuando veo que Corinna está pegada a él y lo ha sacado a bailar al centro de la sala. Aprieto los dientes y bebo otro poco de mi San Francisco. No dejo de beber hasta que escucho levemente que me he quedado sin nada en el vaso. Frunzo el ceño y me giro hacia Gal. Alzo el vaso para que lo vea y lo señalo.

—¿Otro? —me pregunta mi amiga.

—Quiero algo fuerte —le pido, sorprendiéndola.

Veo que Gal alza una ceja y me mira, suspicaz. Levanta la vista por encima de mi hombro y se queda mirando un punto fijo por detrás de mí. Al ver que tarda en responderme, yo me giro y vuelvo a ver a Elian bailando muy pegado con Corinna. Si por mí fuera, me quitaba una de las botitas negras que me ha dejado Melissa y se la tiraba a la cabeza al estúpido de mi novio.

—¿Qué pasa? —Oigo que pregunta Melissa, haciendo que rompa el contacto visual con las manos de Elian sobre las caderas de Corinna.

—Nada —respondo, volviéndome hacia ella para dejar de torturarme—. Quiero algo más fuerte. ¿Qué me recomiendas?

—Vaya —sonríe mi amiga— ¿te atreves a probar?

—Claro. Es una fiesta. Quiero divertirme por una vez.

—Vale, pues... ¿Ron con Coca-Cola?

—Qué asco, ¿no? —rechazo—. Lo he olido, es asqueroso.

—¿Ginebra? Es más fuerte que el ron, pero...

—Eso mismo —acepto—. Se bebe con tónica, ¿no?

—Las buenas ginebras se beben solas —dice una voz a mi espalda, sobresaltándome.

Me giro parcialmente y veo que Mike se está poniendo bien las gafas por el

puente con un gesto que denota tensión.

—Pero tú no estás preparada para probar eso todavía... —añade, echándole una ojeada a Gal.

Mi amiga desvía los ojos y se queda mirando a la multitud.

—¿Que no? Pues ahora quiero algo más fuerte que la ginebra sola.

—Lo siguiente ya es el vodka o el tequila —señala Melissa, a mi izquierda.

Doy un golpe en la barra y llamo al camarero.

—Una ronda de tequilas —le pido.

El chico asiente con la cabeza y saca cuatro vasitos pequeños para chupitos. Pone sal y varias rodajas de limón sobre un platito de metal. Me quedo mirando aquello. ¿Va a aliñar un pescado o qué?

—Primero —escucho que me dice Melissa mientras veo al camarero servir el tequila—, te pones un poco de sal aquí. —Me echa un puñado pequeño de sal en el dorso de la mano—. Luego, lames la sal, tomas de un trago el tequila y le das un bocado al limón.

—¿A la vez? —pregunto, abriendo mucho los ojos.

—Más o menos. Tienes que hacerlo muy rápido o te arderá la garganta.

—Le va a arder de igual manera —interviene Gal, cogiendo su vaso de chupito con tequila y poniéndose la sal en la mano—. A la de tres. Una —cojo mi vaso—, dos —respiro hondo— y tres.

Lamo la sal, vierto el tequila ardiente en mi boca y le doy un mordisco al limón sin pensar en que el líquido me va a abrasar la garganta y que el ácido del limón va a hacer que me lloren los ojos. Los cierro con fuerza y trago saliva varias veces para hacer que baje la mezcla. Dejo mi vaso con un golpe en la barra al tiempo que los demás hacen lo mismo.

—¡Vaya! —grita Melissa—. Hacía tanto tiempo que no me tomaba uno...

La miro y asiento.

—Otra.

Gal intenta pararme, pero eso ya es misión imposible. Mi novio secreto me ignora, no sé dónde demonios se ha metido mi mejor amigo y Sebastian acaba de llegar para completar el grupo de borrachos. Pido tres rondas más. Cuando voy a pedir la quinta, la cabeza me da vueltas y siento un extraño cosquilleo en las manos, como si se me hubiesen dormido. Necesito moverme, así que cojo a Gal y, antes de que se dé cuenta, me la llevo a rastras a la pista de baile. Ya no sé ni dónde está Elian bailando con Corinna. Solo sé que el tequila se me está subiendo rápido a la cabeza y que necesito bailar para quemar el calor que está empezando a agobiarme.

Me muevo al compás de la música electrizante. A alguien se le ha ocurrido la

idea de introducir temas de música tecno y electro junto con luces parpadeantes, como las de los flashes de las cámaras. Veo a Gal frente a mí como si fuera una reposición antigua; sus movimientos van a fotogramas. Un momento tiene la mano arriba y al siguiente la tiene abajo. ¿Cómo se puede mover tan rápido? No me importa. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Es una locura. Estoy agobiada, pero quiero más. Más tequila, más baile. Quiero más alcohol en mi sangre. Quiero descontrolarme, demostrarle a Elian que no soy una mojigata, que estoy preparada para que me lleve a la cama y me desvirgue de una maldita vez. Quiero mostrarle al mundo que no soy la misma niña pequeña asustada de hace doce años, cuando mi madre llegaba borracha a casa y se dedicaba a pegarme mientras mi padre se fundía, en juegos de mesa, el poco dinero que nos quedaba. Ahora soy dueña de mi vida. Soy dueña de mí misma. Puedo hacer lo que quiera, incluso soltarle a Gal que estoy con el tío que la dejó plantada en medio del campus.

Sí. ¿Por qué no? Tarde o temprano se va a enterar. ¿Por qué no hoy?

—Gal. —Siento la boca pastosa cuando la llamo.

Mi amiga se inclina hacia mí.

—¿Qué? —El aliento le huele a tequila; incluso el olor me entra por las fosas nasales y va directo a mi cerebro, embotándolo aún más.

—¿Sabes por qué Elian te dejó el otro día? —Se me viene un hipido hacia arriba, pero lo paro a tiempo.

—No.

Me sale una risita extraña y la cojo por los hombros.

—Porque él quería estar conmigo. —Me río aún más.

—¿Qué? —Gal abre los ojos por completo.

—De hecho, ya estábamos juntos cuando él rompió contigo, ¿sabes? Me lo pidió esa misma mañana. —Me echo a reír a carcajada limpia—. No tienes ni idea de la cara que se te quedó cuando te dejó. ¡Fue buenísima!

—Tienes que estar bromeando...

Me parece que Gal no lo está entendiendo.

Niego fervientemente con la cabeza y alzo un dedo para darle énfasis a mis palabras.

—Todo es verdad. Pregúntale tú misma si quieres, aunque... —Giro la cabeza varias veces para intentar atisbarlo en aquel mar de disfraces, pero es imposible —. Va a ser difícil, porque ni siquiera sé dónde está...

Vuelvo a reírme de esa forma tan estúpida cuando veo que Gal gruñe y se aleja de mí en busca de Elian. Yo la sigo, deseando ver cómo acaba esto. Estoy descontrolada. Quiero más tequila para reírme un poquito más. Me lo estoy

pasando tan bien...

No sé cómo lo hace, pero Gal localiza a Elian junto al pasillo de los baños en menos de lo que cantan dos gallos. ¿O era un gallo? No me acuerdo si era así o... Da igual. Dejo de darle vueltas a la frasecita cuando veo que Gal se acerca a él y le planta la palma de la mano derecha en la cara. El sonido del golpe certero llega hasta mí y me despierta parcialmente.

Camino hasta ellos y detengo el brazo de Gal antes de que vuelva a marcarle la cara a Elian.

—¡Gal, para! —grito, pero mi amiga no me hace caso.

—¡Eres un maldito perro, hijo de puta! —maldice Gal, desasiéndose de mi triste agarre—. ¡Y tú eres una mísera traidora! ¡ZORRA!

Doy un par de pasos hacia atrás. Estoy a punto de caerme, pero Elian me coge a tiempo por la muñeca para estabilizarme. Veo, como si fuera en una película a cámara lenta, cómo los ojos de Gal se centran en la mano de Elian alrededor de mi brazo y luego en nosotros dos, alternativamente.

—No sé cómo habéis podido hacerme esto...

—Gal, yo... —intento explicarme, la borrachera se me está pasando tan rápido como una parada en *boxes* en Fórmula 1.

—¡Ni Gal ni hostias, Keira! Quiero que cojas tus cosas y te largues del apartamento. —Se inclina sobre mí.

Elian me aparta con firmeza y se pone entre nosotras.

—Ella no tiene nada que ver en esto, Gal —asegura Elian con firmeza—. Todo ha sido mi culpa, no la pagues con ella echándola de la casa.

—No quiero ni verte la cara, así que no te metas donde no te llaman —lo amenaza mi amiga.

—Gal... —intento decir.

—Cuando vuelva esta noche o mañana al apartamento, no quiero ver nada que sea tuyo, ¡porque te juro que lo rompo, lo tiro a la basura y lo quemo!

Me muerdo el labio inferior y entierro el rostro en la espalda de Elian. Si antes lo que quería era tenerlo bien lejos de mí, ahora lo único que necesito es que me abrace, me saque de allí y me diga que todo va a salir bien.

Sin embargo, cuando me abraza, me saca del local y me susurra al oído que todo va a ir bien, lo único que siento es un vacío enorme que se va apoderando de mí a medida que nos dirigimos a mi apartamento para recoger mis cosas. He vuelto a quedarme sin casa y ahora no sé qué voy a hacer. Si realmente creía que era dueña de mi vida, estaba muy pero que muy equivocada.

Capítulo 26

Cuando abro los ojos, me encuentro con un rayo de luz que desciende desde una ventana de madera desvencijada con cortinas azules hasta el suelo, forrado de parqué antiguo y con marcas de suelas de zapatos. Parpadeo algunas veces para recuperar poco a poco la consciencia y recordar dónde estoy. Recorro con la mirada la estancia sin moverme ni un centímetro. Estoy en una cama bastante grande, algo sorprendente, debido al aspecto dejado que presenta la habitación. Hay pocos muebles y todos son pequeños o estrechos. Junto a la puerta, a mi izquierda, hay un perchero anclado a la pared del que cuelgan unos vaqueros. Al otro lado de la puerta, hay una cómoda baja y, a sus pies, descansan dos pares de zapatos negros. A continuación, me encuentro con el armario, que cubre más a lo alto que lo ancho. Hay tres cajones bajo las puertas del armario y, salvo por la mesita de noche que veo junto a mi cara, no hay ningún mueble más. No hay escritorio, no hay silla; nada.

¿Dónde estoy?

Quizá esa es la pregunta más acuciante y la que debería haberme hecho en primer lugar. Giro sobre mí misma y me pongo bocarriba, encontrándome con un techo blanco, al igual que las paredes. Respiro hondo. Solo entonces me percato del olor, ese maravilloso perfume almizclado que me revuelve los sentidos. Sigo el aroma con la nariz y giro la cabeza a mi derecha sobre la almohada. Estoy a punto de proferir un chillido asustado cuando me doy cuenta de quién está tumbado conmigo en la cama. El pelo le tapa parcialmente el rostro, pero es imposible no reconocer esos rasgos afilados y esa boca entreabierta.

Poco a poco, mi corazón va recuperando su ritmo y me voy dando cuenta de dónde estoy. Los recuerdos llegan a mí en masa y cierro los ojos, agotada. No quiero detenerme en los acontecimientos posteriores a la bronca de Gal. Elian me sacó del local y fuimos juntos al apartamento. Reuní en media hora lo esencial y lo metí en mi maleta. Ni siquiera pensé en que tendríamos que andar hasta la periferia de la ciudad. Por suerte, un taxi pasaba por mi calle a esa hora y Elian lo paró justo a tiempo.

Recordar eso hace que me sienta fatal. Elian no tiene dinero como para permitirse un taxi, pero aun así el pago salió de su bolsillo anoche. Me aseguraré de devolverle el dinero tan pronto como encuentre mi tarjeta del banco.

Abro los ojos, suspiro y alzo una mano para apartarle el pelo de la cara. Se me escapa una pequeña sonrisa al ver esa expresión tan inocente que tiene en su rostro. No necesita comportarse como un chulo engreído y casanova para llamar mi atención. Ya lo hizo el día de la presentación incluso antes de abrir la boca. No puedo evitarlo, me inspira ternura al verlo tan indefenso.

Ha cambiado mucho desde que entablé la primera conversación con él, la tarde en que casi nos matan a los dos en el paso de peatones que se saltó. Sigue teniendo esa faceta de chico malo que me vuelve loca, aunque ya no la usa tanto como antes. Ahora solo lo hace para fastidiarme y ponerme nerviosa. Sé que la gente no cambia de un día para otro, pero quiero pensar que Elian no va a regresar a su antigua vida de rompecorazones. De hecho, me da pánico imaginarlo siquiera. Sería como clavarme un puñal en el corazón, sobre todo porque ya es una tontería evitar admitirlo. No puedo seguir esquivando esa realidad durante más tiempo. Elian me dijo que yo había ganado, que se había rendido ante mí. Pero se equivocaba. Ya me había enamorado de él incluso antes de que pudiese darme cuenta.

Me muerdo el labio inferior y me aúpo con el codo derecho para poder inclinarme sobre él y darle un casto beso en la frente.

—Te quiero —murmuro, más para que yo me dé cuenta del significado de esas palabras que para él, que de seguro ya lo sabe aunque no pueda escucharme ahora.

Elian se remueve un poco bajo mi cuello, lo que hace que pierda el equilibrio y me estampe sin remedio contra su pecho, despertándolo. Noto que da un brinco en el colchón y que lleva su mano a mi espalda.

—¿Keira? —pregunta con voz somnolienta.

—Sí —respondo, estrangulada—. Lo siento, me he caído...

—Ya lo veo —repone él, aunque no parece molesto.

Me ayuda a enderezarme en la cama y él hace lo mismo. Se sacude el pelo

con las manos y se estira por completo, poniendo el brazo izquierdo bajo su nuca y dejando el otro encima de su pecho. Me mira y se queda estudiándome con los ojos, que parecen más azules de lo que estoy acostumbrada a ver.

—¿Estás bien? —Parece como si estuviera tanteando el terreno y saber qué suelo pisa.

Asiento con la cabeza. Se me ha explotado la burbuja y los acontecimientos de anoche caen sobre mí como un jarro de agua fría.

—Más o menos —digo con un hilo de voz y fijando mis ojos en las sábanas blancas.

—¿Llevas mucho rato despierta?

—No. Unos cinco minutos, no más.

Elian desvía la mirada de mí, lo noto, pero no sé dónde la ubica. Me atrevo a alzar la cabeza y a mirarlo por detrás de mi pelo enmarañado. Y yo que creía que esa sería mi mayor preocupación cuando pasara mi primera noche con él...

—Lo siento —musito, escondiéndome entre los hombros y sintiendo cómo un nudo se me forma en la garganta e impulsa hacia afuera unas lágrimas traicioneras—. Lo siento mucho, Elian...

En cuanto escucha mi voz ahogada, gira la cabeza hacia mí y levanta el brazo derecho para tirar de mi cuello hacia él. Me posa la cabeza contra su hombro y me acaricia el pelo con ternura.

—Tranquila. Es solo un berrinche, se le pasará.

—No. No lo hará —digo contra su piel; estaba tan concentrada en tragarme las lágrimas y en admirarlo dormido que ni me había dado cuenta de que tenía el torso desnudo—. Gal piensa que soy una traidora. Y tiene razón.

Elian hincha y desinfla su pecho con un suspiro, bajo mi mejilla.

—Tú no tienes la culpa de que yo me haya empeñado en estar contigo y...

—Pero sí la tengo por permitirlo, a sabiendas de que estabas con mi amiga.

Su pecho vibra. Se ríe un poco.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto, molesta, secándome las lágrimas con una mano para alzar la cabeza y encontrarme con sus ojos a menos de un palmo de distancia.

—¿Crees que ella y yo habríamos durado mucho, incluso sin estar tú de por medio? —pregunta con una media sonrisa.

—Pues... No lo sé... —admito—. Ella es preciosa, es lista, es...

—Del montón —me interrumpe—. Y tú no lo eres. Y aunque hubiese durado (que ya te digo yo que no), no me habría sentido bien con ella ni conmigo mismo. Te habría buscado hasta encontrarte. Aunque —suelta una risita—, no

sabía que te necesitaba hasta que te vi.

Me entra calor, mucho calor. Me mira fijamente, esperando mi reacción, pero lo que no sabe es que me está dando un microinfarto. Elian amplía la sonrisa al ver que soy incapaz de responder. Me acaricia un pómulo con un pulgar y asiente con la cabeza.

—¿Lo ves ya o no?

—¿Qué tengo que ver? —pregunto con un hilo de voz, perdida en su entonación, en sus ojos, en su sonrisa, en el tacto de su mano contra mi cara, en el sudor que le recorre la nuca hasta la línea de la espalda.

—Que me da igual lo que Gal diga o haga. Me da igual si se cabrea o le da una rabieta de niña pequeña. Por mucho que quiera, nadie se va a enamorar de ella... como yo lo estoy de ti.

Abro mucho la boca y los ojos. Siento que las palabras se cuelan por mis oídos hasta llegar a mi cerebro, que se me va embotando y va ralentizando mi ritmo de pensamiento. Me he quedado helada, pero al momento siento que empieza a subirme un torrente cálido desde los pies y se ancla en mi pecho y en mi rostro. El aire se me escapa de los pulmones.

—Elian... —murmuro, anonadada.

Él borra la sonrisa y me acaricia la mejilla hasta la barbilla. Me coge con dos dedos y me acerca a su boca con dulzura, buscando mis labios. Yo me dejo guiar por su mano y cierro los ojos cuando me roba un beso, que no es apasionado, violento y ardiente, sino lo más dulce, tierno y cálido que he sentido en toda mi vida. Como si la declaración de amor no fuera suficiente para hacerme ver lo que realmente siente por mí. Suelto un suspiro cuando se separa y me mira a los ojos.

—¿Me crees ahora? —susurra, limpiándome un poco de maquillaje por debajo de un ojo con el pulgar.

No sé qué decir.

—Pero... —mascullo—, Corinna...

Elian frunce el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

Trago saliva, en trance.

—Es tu amiga. Y te quiere. Y...

—Tú lo has dicho —me interrumpe con suavidad—. Es mi amiga. Nada más. Me da igual lo que sienta.

—La conoces mejor que a mí.

—Eso me da igual —insiste, apoyándose en el codo izquierdo y mirándome fijamente a los ojos—. Por esa regla, también debería tener celos de Jonathan, ¿no?

—¿Eh? ¿Por qué?

—No sé. —Se encoge de hombros—. Es tu mejor amigo, el primero al que besaste... Te probó antes que yo.

Frunzo el ceño y lo fulmino con la mirada.

—No soy un caramelo.

Elian sonríe de medio lado y se ríe por lo bajo.

—Esa es la Keira que me gusta —comenta, satisfecho—. La que no se rinde ni se deja llevar por cualquier cosa.

Lo señalo con el dedo.

—¿Tú eres una cosa?

—Seré lo que quieras que sea, Keira. —Parece que bromea, pero hay una sombra de seriedad en sus ojos que hace que vuelva a quedarme sin aliento.

—Ya... —Desvío la mirada.

—Por ejemplo —prosigue, echando a un lado la sábana y haciendo que me recorra una corriente de aire frío que se filtra por la ventana—, puedo ser tu ama de llaves.

Alzo una ceja y me cruzo de brazos.

—¿Ama?

—Bah, tecnicismos. —Me río por lo bajo y veo cómo se pone de rodillas frente a mí sobre el colchón—. Podría ser... tu sirviente.

—Ajá, mi sirviente...

—¿Qué te parece... el rey de los capibaras?

—No te pases... —le advierto, intentando sonar seria.

—Sí, me gusta eso. El rey de los capibaras. Con mi corona y mi capa. Ah, y mi cetro. No puede faltar mi cetro.

Me pongo una mano sobre la cara para tapar mi sonrisa y niego con la cabeza.

—Ay, Dios mío —suspiro.

—O también... —En cuanto cambia el tono de su voz y siento que el colchón se hunde justo donde tengo apoyadas las piernas, me quito la mano de la cara y me encuentro con sus brillantes ojos azules frente a los míos, observándome con un brillo travieso que me acelera el corazón y me seca la garganta—. Puedo ser tu carcelero. Mantenerte aquí, encerrada —se inclina sobre mí, obligándome a tumbarme de nuevo—, solo para mí.

Pone los brazos a ambos lados de mi cabeza y encaja sus piernas a ambos lados de mi cintura. Estoy, literalmente, apresada en la cama. Tengo las manos y los brazos encogidos sobre mi pecho, apretándolo con fuerza, como si así pudiera

evitar que se me salga el corazón del pecho. Mis ojos viajan de su rostro a su cintura, alzada a pocos centímetros de la mía, cubierta por unos pantalones de chándal negros con rayas que me suenan bastante. Mi mirada lo recorre de nuevo hacia arriba sin poder evitar fijarme en sus abdominales poco marcados y en sus pectorales, con la forma perfecta para poner las manos sobre ellos. Tengo curiosidad por saber cómo se verían mis dedos sobre su piel. Ya lo he sentido una vez así, pero verlo es otra cosa.

Con esfuerzo, mis ojos regresan al punto de partida, su comisura derecha alzada y sus ojos con las pupilas dilatadas, observándome.

—¿Qué? —pregunta, como retándome a algo.

Me muerdo el labio inferior y alzo un dedo índice para señalar sus pantalones.

—Ese chándal lo conozco —comento, tratando de no mostrar mi nerviosismo y mi taquicardia creciente.

Baja la cabeza y se ríe, haciéndome cosquillas con el flequillo.

—¿Solo vas a decirme eso?

—Eh... sí. ¿Por? ¿Querías que dijera algo más? —digo como si no supiera de qué está hablando—. Ah, bueno. Y que no sé cómo no tienes frío.

Elian me mira a través de su flequillo. Me estoy volviendo loca por momentos. Sería capaz de hacer lo que quisiera en este instante. Se apoya con fuerza sobre un brazo y, con la otra mano, me coge una de las mías y la pone en el centro de su pecho, apretándola contra su cuerpo. Está ardiendo.

Abro la boca, preocupada.

—¿Tienes fiebre?

Pone los ojos en blanco.

—¿En serio, Keira?

—No me extraña, con el frío que hace aquí...

De repente, pega sus caderas a las mías y lo noto. Me hace callar al momento con ese movimiento. Lo siento, un latido constante ahí abajo, donde se unen sus piernas y mi monte de Venus. Ahogo un gritito y miro instintivamente hacia abajo. Como si mi cuerpo no fuera mío, me muevo un poco en el colchón, rozándome sin querer contra él. Oigo un jadeo y miro hacia arriba, hacia Elian. Tiene los ojos entrecerrados y la boca abierta. Me mira con una fuerza y un magnetismo que solo he visto dos veces: en la biblioteca y en el local antes de la fiesta de Halloween.

—Keira...

Un golpe nos interrumpe. Elian se quita de encima de mí y me tapa con la sábana y la colcha, aunque estoy vestida, justo en el momento en que la puerta

de su habitación se abre y entra...

—¿¡JONATHAN!?

Capítulo 27

Veo cómo Jonathan tarda unos segundos en asimilar la escena de mí y Elian metidos los dos en la cama, él con el torso descubierto y yo completamente tapada. Sus ojos se van abriendo cada vez más hasta salirse de las órbitas.

—¿¡KEIRA!? —Se lleva una mano a los ojos para taparse—. ¡No he visto nada de nada! ¡Lo juro!

—Más te vale... —masculla Elian, saliendo de la cama y poniéndose una camiseta.

Yo me destapo mientras lo fulmino con la mirada.

—Tranquilo, Jonathan, estoy visible.

—¿Seguro? —insiste mi amigo, dudando—. Mira que no quiero encontrarme con... en fin... No es que no me parezcas atractiva que, bueno, ya sabes que... Lo que pasa es que...

Me echo a reír y camino hacia él descalza. Le quito la mano de la cara y le sonrío.

—¿Ves? Estoy presentable. —Alzo la mirada y veo un mechón de pelo fuera de su sitio—. Bueno, más o menos.

—¿No te he dicho que no entres así en mi habitación? —interviene Elian, apareciendo por detrás mientras me coloca sobre los hombros una sudadera—. Ponte esto —murmura, dirigiéndose hacia mí pero sin dejar de asesinar a Jonathan con la mirada.

La expresión de mi amigo cambia por completo y yo me quedo mirándolos como en un partido de tenis. Solo falta alguien que diga *match point*. Se desafían

con la mirada y casi puedo oír un suave rugido entre los dos. Carraspeo para captar su atención y respiro hondo.

—¿Puede alguno de los dos explicarme qué demonios está pasando aquí, por favor? —pregunto con mi voz más angelical.

Los dos pares de ojos se vuelven hacia mí al momento y suavizan la expresión.

—Vive conmigo. —Elian lo señala con una mano y con cara de fastidio.

—Es mi primo —admite Jonathan, dándole una patada al suelo y dejándome aún más de piedra.

Mis cejas se elevan y mi boca se abre de forma inevitable. Los miro alternativamente sin saber bien qué decir. Ahora encajan muchas cosas. Como, por ejemplo, que parecieran conocerse de antes del primer día de clase. O que Jonathan me dijera que sentía no haber previsto mis ganas de estar con Elian. O que Elian le tenga tanto asco a Jonathan. Viven juntos y son parientes consanguíneos. Siento que he entrado en una telenovela y que faltan los nombres compuestos de los personajes.

—Ajá... —musito; ¿qué otra cosa puedo decir?

De ser yo, Melissa ya se habría puesto a chillar como una loca, dado que esto es un bombazo informativo de primera.

Noto que Elian me coge de la mano y tira un poco de mí. Mis ojos se vuelven hacia él y me encuentro con una expresión que va del fastidio a la resignación.

—Vamos al salón —suspira—. Te lo contaré todo.

Asiento con la cabeza y dejo que me guíe hasta el salón..., aunque es la habitación a la que llegamos nada más cruzar la puerta. Por el rabillo del ojo, me aseguro de que Jonathan viene tras de mí y me siento en un pequeño sofá que tiene la pinta de ser, como mínimo, de tercera o cuarta mano. Allí, la pintura de las paredes ha pasado de ser blanca a amarillenta. Hay un solo mueble que cubre parcialmente la pared de esquina a esquina, sobre el cual me encuentro una televisión antigua con un aparato pequeño para conseguir la señal de la TDT. Elian coge una silla de una esquina y se sienta a mi lado, mientras que Jonathan prefiere quedarse de pie, apoyado en el umbral de la puerta que da a la habitación de la que hemos salido.

—Bueno... —digo, respirando hondo, intentando aplacar la tensión que se ha instalado en el piso—. ¿Podéis explicarme qué está pasando aquí?

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunta Elian a la vez, inclinándose hacia mí y apoyando los codos sobre las rodillas.

—Por el principio. —Le sonrío, intentando bromear—. ¿Qué es eso de que sois primos?

—Por desgracia —interviene Jonathan, atrayendo mi mirada—. Somos primos, aunque no lo parezca. No nos asemejamos en nada. —Se señala a sí mismo y a Elian.

—Eso es discutible. —Me río, aunque dejo de hacerlo al percatarme de la seriedad en los rostros de ambos—. En fin —carraspeo—, ¿por qué estáis viviendo juntos?

—Mi padre me obligó —explica Jonathan, cruzándose de brazos.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Tu padre? ¿Por qué?

—Es el rector de la universidad —dice Elian; giro la cabeza hacia él, atenta —. ¿No te dije que mi tío era el rector? Pues es su padre. —Señala a Jonathan con un dedo—. Y lo ha obligado a vivir conmigo durante los años que dure la carrera. —Suelta una risita sarcástica—. Quiere que aprenda a vivir como una persona sin recursos para que valore todo lo que tiene en casa.

—Yo no elegí esto —protesta Jonathan, dando un paso adelante—. Y tampoco soy un engreído. Deberías estarle agradecido a mi padre por haberse ocupado de ti desde que mis tíos murieron.

Elian le lanza una mirada asesina y yo me apresuro a ponerle una mano en el brazo, intentando calmarlo.

—Me tiene encerrado en un cuchitril que se cae a pedazos mientras él está podrido de dinero —espeta Elian con los dientes apretados—. ¿Vas a decirme que es justo?

—¡Pues busca un trabajo! —estalla Jonathan—. Eres un vago sin remedio, ¿cómo va a tenerte en cuenta con tu mierda de actitud? Vas de un lado a otro sin tener dónde caerte muerto. ¿Y esperas que mi padre te mantenga toda la vida?

—Para nada. —Elian esboza una sonrisa siniestra—. Solo espero que pueda tragarse sus palabras de aquí a unos años. Y en cuanto al trabajo, sabes que no puedo permitirme perder horas de estudio; me tiene enfilado y, a la más mínima, me echa de la universidad. Pero, claro —ríe—, ¿cómo vas a saber tú lo que es aguantar esa presión si eres el enchufado del jefe?

Jonathan se lanza hacia él en menos de lo que dura un parpadeo, pero yo consigo ponerme en medio y me llevo un empujón. Caigo sobre el regazo de Elian, que me recoge sin problemas mientras gruñe. Jonathan da un paso hacia atrás cuando se da cuenta de que quien se ha llevado el golpe he sido yo.

—Keira... lo siento... yo... —tartamudea, con los ojos fuera de sus órbitas.

—Está bien —lo disculpo, dejando que Elian me ayude a levantarme para poder sacudirme lo que queda del disfraz de anoche—. Jonathan, no puedes culpar a Elian de todo lo que ocurre aquí. Y, Elian —me giro parcialmente hacia

él—, tienes que esforzarte en demostrarle a tu tío lo que realmente vales. No podéis quedaros los dos de brazos cruzados, y de nada sirve que os peleéis entre vosotros por los errores o aciertos de vuestros padres.

—Mis padres eran unos cabrones —escupe Elian, desviando la mirada hacia algún punto del suelo—. No tuvieron la decencia de dejarme nada.

—Te equivocas —le rebato, agachándome y apoyándome sobre sus piernas para estar a su altura; le cojo la cara con suavidad y la giro para que me encare —. Te dejaron con tu familia porque sabían que cuidarían de ti, ya fuera mejor o peor, eso es secundario. Estoy segura de que pensaron que estarías mejor con ellos que en una casa de acogida o en un orfanato, donde cuando cumples los dieciocho no tienen ya jurisdicción ni obligación de mantenerte con ellos.

Los ojos de Elian están clavados en los míos y me analizan y me observan, recorren mi rostro, como si estuvieran buscando alguna trampa en mis palabras o la respuesta a sus preguntas. Veo en sus pupilas que no termina de creerme, así que voy a tener que jugar mi última carta.

Suspiro y cierro los ojos un segundo antes de volver a abrirlos.

—Mis padres también murieron, ¿sabes? —murmuro, agachando la cabeza y sonriendo con tristeza—. No eran los mejores padres del mundo, te lo aseguro, pero quiero pensar que, a pesar de todo el daño que me hicieron, me querían. En el fondo, me querían; porque ¿qué padre no quiere a su hijo ni un poco? Sería inhumano, ¿no? —Alzo la cabeza y acaricio la mejilla de Elian con el pulgar—. Culpar a tu primo o a tu tío de las malas acciones de tus padres no te va a hacer sentir mejor ni va a arreglar lo que ya está roto. Pero si dejas que te ayuden y te aconsejen, podrás aspirar a mucho más que a un «cuchitril que se cae a pedazos».

Elian apenas parpadea y no puedo oír siquiera el sonido de la respiración de Jonathan a mi espalda. Con sorpresa veo que los ojos de Elian se humedecen. Los cierra con fuerza para contener las lágrimas, pero una de ellas se escapa y desata el torrente de emociones que guarda dentro de su corazón. Yo me parto en dos al verlo sufrir y me pongo en pie para estrecharlo entre mis brazos y dejar que se desahogue sobre mi hombro. No hace ningún ruido mientras llora, la única señal es la humedad y el frío que siento en mi hombro desnudo. Le pongo una mano sobre la cabeza y lo acaricio con suavidad, esperando que ese pequeño gesto lo haga sentir algo mejor. He descubierto otra faceta más de Elian: la del niño pequeño que sufrió lo suficiente como para no creer en el amor de la familia. Es irónico que precisamente yo le esté dando lecciones en ese aspecto. Demasiado irónico.

***

He dejado a Elian hablando con Jonathan en voz baja en el salón mientras preparo algo para comer en la estrecha cocina del apartamento. Los muebles se superponen unos a otros y me cuesta la misma vida encontrar los cacharros que necesito. La nevera es enana, apenas caben unas pocas cosas. Por suerte, hay lo suficiente para cocinar una sopa sencilla y hacer unos canapés que complementen el almuerzo.

Justamente cuando estoy sirviendo los canapés en una bandejita que he encontrado escondida, escucho unos golpes que provienen de la calle. Frunzo el ceño y me asomo al pequeño pasillo que va del salón a la cocina.

—¿Esperáis a alguien? —pregunto cuando veo a Elian pasar por delante de mí.

No me contesta, sino que pone la mano en la llave y la gira para abrir la puerta. Se atranca un segundo, pero cuando consigue moverla de su sitio, la que casi se ahoga soy yo. Ese pelo, esos ojos, esa piel, esa sonrisa y, sobre todo, toda ella, hacen que me den ganas de vomitar.

—Oh, mi querido Elian, ¿todavía estás así? —Le sonríe y mira por encima de su hombro, solo para darse cuenta de mi cara de confusión y cabreo que de seguro tengo puesta ahora mismo—. Oh, hola, Keira. No sabía que estabas aquí.

—Corinna...

Capítulo 28

Elian se hace a un lado y deja pasar a Corinna. En cuanto cierra la puerta, ambos intercambiamos una mirada. Elian niega con la cabeza. Seguro que sabe que estoy por cogerla por los pelos y sacarla a rastras de allí. Corinna entra en el salón y profiere un chillido exagerado.

—¡Jonathan! Qué de tiempo sin verte, guapísimo. —Me asomo y veo que le está plantando dos besos largos y enormes en las mejillas.

Aprieto los dientes y cierro las manos en puños, sin darme cuenta de que tengo una pala de madera en una de ellas. Cuando me percato de ello, la miro de reojo, pero un gesto de Elian capta mi atención. Alza una ceja, entre divertido y serio. Me encojo de hombros y dejo la pala en la encimera. Qué remedio.

Corinna se sienta donde estaba yo hace una escasa media hora, deja su bolso a un lado y se inclina hacia adelante, mostrándonos su esplendoroso escote sin tapujos. Veo cómo a Jonathan se le van los ojos al canalillo y lo primero que hago es toser. Los tres pares de ojos se giran hacia mí y Elian me da golpecitos en la espalda.

—Perdón —me disculpo si sentirlo en absoluto—. Debo de haber cogido algo de frío esta noche.

Y sabiendo perfectamente el doble sentido que tienen mis palabras, esbozo una sonrisa y miro a Elian a mi lado.

—Ah, claro —dice Corinna—, es verdad. Ya no me acordaba. Tu mejor amiga te ha echado de casa, ¿cierto?

Cuento hasta diez antes de responder, cogiéndole la mano a Elian.

—Mi mejor amiga —respondo, usando sus mismas palabras— estaba borracha anoche. Y Elian tuvo la amabilidad de acogerme. Me ha cuidado tan bien...

—Keira... —murmura Elian a mi lado, sorprendido.

Le doy un tirón a su mano y mantengo mi sonrisa falsa. A Corinna se le oscurece la mirada más aún. Se endereza y por fin dejo de tener una vista panorámica de sus pechos bamboleándose con cada movimiento. Jonathan parpadea varias veces, como si estuviera saliendo de un trance, y Elian tira de mí para llevarme de vuelta a la cocina.

—¿Te vas a quedar a comer, Corinna? —pregunta Elian en cuanto entramos y nos quedamos frente a los dos únicos fogones.

—No quiero ser una molestia... —Escucho que responde.

Pongo los ojos en blanco y bufo en voz baja.

—Tranquila, Keira ha hecho comida de sobra.

Abro la boca al máximo y vocalizo un «¿¡CÓMO!?» que, de haber sonado, habría hecho vibrar hasta las tablillas del suelo. Elian me tapa la boca con una mano y me indica con un gesto que guarde silencio.

—En ese caso, sí, claro, me encantará quedarme a comer —dice Corinna con cierto retintín en la voz.

Me llevo un dedo a la oreja, como diciéndole a Elian: «¿Acaso no has oído eso?», pero él me ignora y me quita la mano de la boca. Se inclina hacia mí y apoya las manos en la encimera, dejándome atrapada entre su cuerpo y el mueble. Yo lo miro a los ojos, furiosa.

—¿De qué vas? —espeto en un murmullo—. Sabes que no la soporto.

—Es mi amiga —repone Elian—. ¿Qué quieres que le diga?

—La verdad: no hay suficiente comida para ella.

—Come menos que tú, no necesitará ni un plato completo.

—Ah —exclamo por lo bajo—, así que ahora soy una gorda comiendo.

—¡Keira! —protesta Elian, dando un manotazo en la encimera.

Los platos vibran suavemente, pero yo ni me inmuto. No parpadeo siquiera. Mi burbuja me la ha explotado doña Puterío-Sin-Fronteras, no necesito que mi novio también me exija modales con ella. Gruño por lo bajo y suspiro con fuerza. Esta vez, gana ella.

—De acuerdo, vale —accedo a regañadientes—. Quítate de en medio para que pueda servirle a la reina de Saba.

Elian sonríe de medio lado y niega con la cabeza, aproximando su rostro al mío. Yo lo desvío enseguida, sabedora de lo que piensa hacer y de cómo

conseguirlo.

—Dame un beso —me pide en un susurro.

Su aliento me acaricia el pelo enmarañado, otro detalle más que voy a tener que arreglar para no darle algo que criticar a Medusa. Y no, no pienso llamarla por su nombre mientras pueda evitarlo.

—No —me niego en redondo.

—Venga... —me ruega con voz ronca.

El pelo se me pone de punta y Elian lo sabe.

—Mira: me das un beso, te vas a mi habitación, te cambias y ponemos la mesa. Me sentaré a tu lado. Pero dame un beso, por favor.

—No.

—Keira, este maldito disfraz me está torturando —confiesa, poniéndome una mano en la cadera derecha y acariciándome de arriba abajo con suavidad—. Haz el favor de ir a cambiarte.

Cometo el error de mirarlo de reojo. Sus ojos brillan en la penumbra de la cocina, como dos faros en la oscuridad de una bahía solitaria. La garganta se me seca al ver que su mirada se posa en mi boca. Tengo los labios fruncidos y ni me había dado cuenta. De seguro es mi subconsciente, que quiere evitar a toda costa caer en las redes de los encantos de Elian. Aun así, debo admitir que no me apetece ver cómo Corinna me examina de arriba abajo con esos ojos negros de víbora que tiene.

Respiro hondo y asiento una sola vez con la cabeza. Le hago un gesto con los ojos y Elian quita la mano de mi cintura. Ni siquiera lo miro a la cara cuando aprovecho el huequecito que ha dejado y salgo de entre él y la encimera en dirección a su habitación. Inevitablemente, paso por el salón, aunque por suerte Corinna parece morderse la lengua y no soltar una de sus perlas. Entro en el cuarto de Elian y cierro la puerta a mi espalda.

En cuanto me quedo a solas, echo la cabeza hacia atrás y me dejo caer hasta el suelo. Inspiro con fuerza y cierro los ojos. No he tenido un solo momento para asimilar todo lo que ha ocurrido desde que salí ayer por la noche de mi apartamento. Después de reunirnos todos en la puerta del local, Gal, Melissa y yo entramos por la puerta de salida de emergencias del local. Dentro, esperamos a los chicos, pero Elian se perdió y se puso a bailar con Corinna. Jonathan desapareció, Mike se vino con nosotras a la barra y Sebastian apareció poco después. Lo siguiente que recuerdo con toda claridad es a Gal tratando de estamparle la cara a Elian contra la pared del pasillo de los servicios.

Encojo las rodillas y escondo el rostro entre ellas, rodeándome las piernas

con los brazos. Recuerdo las palabras de Gal amenazándome. Estaba realmente enfadada y no estoy segura de hasta qué punto el alcohol la manejaba a ella. Si a mí me duele ahora un poco la cabeza, no quiero ni imaginar cómo debe de estar mi amiga. Y ya de Melissa ni hablemos, no quiero ni imaginarlo siquiera. Además, ¿qué pensará ella de esta situación? ¿Se habrá enterado? ¿Por qué nadie ha intentado localizarme?

Saco la cabeza de entre las piernas y me pongo en pie de un salto, haciendo que mis neuronas bailen claqué en mi cerebro. Encuentro mi maleta junto al armario. La tiro al suelo y la abro. Rebusco en su interior y encuentro unos pantalones de andar por casa y una camiseta de manga larga. Perfecto. Tiro de los lazos de mi espalda y el corsé se abre, dejándome respirar con más tranquilidad. Me quito el vestido y me pongo rápidamente la ropa que he sacado de la maleta. A continuación, busco con la mirada mi bolsito. Lo encuentro en la mesita de noche y busco mi móvil. Cuando por fin me hago con él, pulso el botón de desbloqueo, pero la pantalla no se enciende.

—¿Será posible? —mascullo, fastidiada.

Me voy de nuevo a la maleta y busco el cargador del móvil. No lo encuentro y se me escapa un suspiro hastiado.

—¿Por qué a mí? —protesto, mirando al techo.

—¿Keira? —Escucho la voz de Elian llamándome al otro lado de la puerta—. ¿Estás ahí?

Alzo una ceja y me vuelvo hacia la puerta.

—¿Dónde, si no?

—¿Puedo pasar?

—Es tu casa. Claro que puedes —le espeto, cada vez más furiosa.

Elian abre la puerta poco a poco y primero asoma la cabeza.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, medio escondido; parece que teme mi ataque de histeria.

Hace bien.

—¿Tienes el cargador de tu móvil? —le pregunto, cansada, enseñándole mi mío—. Se me ha descargado y creo que me he dejado el mío en el apartamento.

—Claro...

Por fin, Elian entra en su habitación y deja la puerta entreabierta. Escucho las voces de Jonathan y Corinna parloteando y la risa de doña Cleopatra de vez en cuando. Por Dios, esto es el infierno. Me giro hacia Elian justo en el momento en que se endereza frente a mí con un cable y un enchufe negros.

—Aleluya —murmuro, cogiéndole el cargador de la mano y buscando un

enchufe; encuentro uno junto a la mesita de noche y lo enchufo allí.

Nada más hacerlo, la pantalla se ilumina y puedo encenderlo. Introduzco el pin bajo la atenta mirada de Elian y, en cuanto se cargan las aplicaciones, me encuentro cuarenta mensajes de Melissa y cincuenta llamadas perdidas de ella y de Jonathan. Siento que mis ojos se me salen de las órbitas.

—¿Pero qué es esto?

Elian se asoma por encima de mi hombro y echa un vistazo.

—Tu amiga debe de estar preocupada por ti —comenta con voz suave—. Deberías llamarla.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú crees? —digo con el sarcasmo inundando mi voz.

Sé que Elian está haciendo lo posible porque me sienta cómoda, pero ahora mismo mi definición de comodidad es estar calentita en mi cama, con un buen libro entre las manos y la lluvia cayendo al otro lado de mi ventana. Jamás pensé que echaría tanto de menos ese colchón, en serio. Y no es porque la cama de Elian sea horrible ni mucho menos. Es porque la razón de mi estancia aquí no ha sido una noche desenfrenada repleta de pasión y amor, sino un asilo político de urgencia. No puede haber algo menos romántico en todo el mundo. Y encima, con la susodicha en la habitación de al lado ligando con Jonathan y Elian al mismo tiempo delante de mis narices y sin que ellos se den cuenta de nada. ¿Son ciegos o qué?

Sé bien lo que Gal me respondería: «No, Keira, son hombres. Simplemente».

Qué alentador.

***

La reina de los condenados se fue del piso de Jonathan y Elian hacia las seis y media de la tarde. Yo ya pensaba que se iba a quedar a dormir, incluso. Así que, en cuanto la serpiente de tres cabezas puso un pie fuera del apartamento, me metí en la habitación de Elian y me hice una bola en la cama. Estoy agotada y agobiada, ha sido un día horrible. Sin embargo, aquí estoy, escuchando cómo Elian se despide de ella en lugar de estar conmigo. No puedo evitar que me fastidie esta situación. Ya sé que él me ha dicho que solo es una amiga, pero me da mala espina, me la dio desde el primer día en que la vi. Y no, esta vez no solo celos. Es algo más, como un presentimiento.

Oigo unos golpecitos suaves en el umbral de la puerta y giro mi cabeza como

puedo para ver quién es. Los ojos de Jonathan me miran desde el salón con una expresión extraña.

—¿Puedo pasar? —pregunta, repitiendo las mismas palabras que usó Elian hace un rato.

—Haz lo que quieras —le respondo con voz queda, volviendo a apoyar la cabeza en la almohada.

Oigo que Jonathan entra la habitación y murmura algo como «con permiso». Sigo sin creerme por completo que él y Elian sean familia. Son tan diferentes... La cama se hunde a mi lado y yo busco con los ojos el origen del movimiento. Jonathan se ha sentado a mis pies y se muerde el labio inferior, dubitativo, con la mirada clavada en las tablillas del suelo.

—Quería disculparme —empieza a hablar sin mirarme—. Primero por no cuidar de ti anoche. Y segundo, por mi comportamiento de hace un rato.

Respiro hondo y poso mis ojos en la pared que tengo enfrente.

—Eres el único que reconoce sus errores —suelto en voz baja.

—Sé que Elian lo hizo anoche —repone, aunque no consigue que lo mire de nuevo—. Sé que salió en tu defensa.

—No le quedaba otra. Gal estaba a punto de comerme delante de sus narices. Hasta ese momento, ni se había preocupado de si estaba bien y con quién estaba.

—Corinna lo empujó a bailar. —¿Está defendiendo a Elian?

Me giro un poco sobre mí misma y consigo un plano mejor de Jonathan. Me está mirando y mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Estás hablando en serio, Jonathan? —pregunto, anonadada—. ¿No pudo decirle simplemente: «No, ahora no puedo, estoy con mi novia»?

—Vuestra relación era secreta.

Me muerdo el labio inferior. Tiene razón, era secreta y gracias a mi poca tolerancia al alcohol, ya no lo es, Gal está enfadada conmigo y he tenido que quedarme en el apartamento de Elian. Lo peor es que no sé por cuánto tiempo tendré que estar aquí; no me siento cómoda ante la idea de vivir ya con él. Sí, quiero estar todo el tiempo posible a su lado, pero la verdad es que necesito mi espacio para pensar las cosas con claridad, para no ponerme demasiado nerviosa respecto a Corinna y todo lo demás. Aparte, también quiero analizar las palabras de Elian en el salón de hace un rato, antes de que llegara su amiga.

—Keira.

Oigo mi nombre. No reconozco la voz de Jonathan, sino otra. Pego mis rodillas a mi pecho. Me parece que ahora podré aclarar algunas cosas.

—¿Nos dejas un momento, Jonathan? —Escucho que le pregunta a su primo.

Parece que asiente, porque se levanta y sale de la habitación a paso lento, cerrando la puerta tras él. Oigo las tablillas crujir bajo los pies de Elian hasta que se detiene, frente a mí. De inmediato, intento darme la vuelta y rodar hacia su lado de la cama, pero me detiene con una mano justo antes de que me impulse, como si me hubiera leído de nuevo los pensamientos.

—Keira —vuelve a llamarme con suavidad—. Mírame a los ojos.

Me remuevo en la cama al negar con la cabeza. Suspira junto a mí.

—¿Me escucharás, entonces?

No hago ni digo nada.

—Quiero que te quede clara una cosa: no tuve, tengo ni tendré nada con Corinna.

Su declaración hace que mire a través de mi flequillo y me encuentre el rostro de Elian apoyado en la cama, de lado, con la mejilla izquierda pegada a la sábana para poder verme mejor. Sus ojos captan mi movimiento y brillan un segundo al darse cuenta de mi atención.

—Ella me ayudó cuando más lo necesitaba —prosigue—, pero eso no significa que me haya enamorado de ella. Es mi amiga, nada más.

—No me lo creo —le rebato con voz ronca—. Revolotea a tu alrededor como un mosquito a punto de chuparte la sangre. Está esperando el momento para hincar sus dientes en ti. Y lo mismo pasa con Jonathan. No os dais cuenta de nada.

—Será porque no le hago ni el más mínimo caso a esos intentos. —Me sonríe un poco.

—Eso le da igual. Seguirá haciéndolo solo para molestarme y crear problemas entre nosotros.

—Pues que no te moleste.

—Párale los pies —le pido con voz cansada—. Es lo que tendrías que haber hecho desde el momento en que empecé a interesarte lo más mínimo.

—Keira...

Pongo los ojos en blanco y asiento con la cabeza, aunque no estoy para nada conforme. Corinna oculta algo y lo voy a descubrir. Conseguiré pruebas para demostrarle a Elian que la que dice ser su amiga de la infancia no tiene buenas intenciones.

—También quería hablar contigo de otra cosa —suspira, haciéndome volver a la realidad—. Siento haberte causado problemas con Gal. No pensé que fuera a reaccionar de esa manera cuando se enteró.

—Ni yo —admito—. Sabía que podría llegar a molestarle, no que se pondría

hecha una fiera...

—Tengo un chichón aquí detrás. —Debe de estar señalándose con la mano el lugar, pero como no lo estoy mirando, no puedo verlo—. Haré todo lo que esté en mi mano por devolverte a Gal.

Respiro hondo y saco mi cabeza por completo de mi escondite. Elian se endereza un poco cuando ve que dejo de encogerme tanto.

—No tienes que hacer nada —le aseguro—. Soy yo quien tiene que tratar con ella, no tú.

—Yo fui quien jodió todo —insiste, inclinándose hacia mí sobre la cama—. Ya te he hecho daño antes, no quiero seguir fastidiándolo todo contigo.

—Solo hay una forma de hacerme daño —murmuro—. Y la fórmula la tienes tú. Deja que sea yo quien solucione todo esto. Ya se me ocurrirá algo...

—Quiero ayudarte...

Su insistencia y la mirada llena de sinceridad que me dedica son suficientes para hacerme entender que no ha querido hacerme daño ni traicionarme en ningún momento. Me doy cuenta de que he pagado con Jonathan el estrés de todo el día, le debo una disculpa. Asiento con la cabeza y me estiro en la cama. Siento los ojos de Elian en mí todo el rato. Giro la cabeza hacia él y le sonrío levemente.

—Todavía no te he dado las gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—Ojalá pudiera hacer más —responde, negando con la cabeza y agachando la mirada.

Siento que me derrito y me acerco a él para cogerle la cara con las manos. Lo obligo a mirarme y clavo mis ojos en los suyos azules.

—Es más que suficiente —le aseguro—. Te prometo que no tardaré en volver a mi apartamento. No quiero causarte problemas.

Él sonríe y ladea el rostro para besarme el dorso de una de mis manos.

—No lo haces. Es más —chasquea los dedos y se pone en pie de un salto con renovada energía—, creo que tengo una idea para animarte un poco.

Alzo una ceja, confusa. Qué miedo me dan las ideas de Elian.

Capítulo 29

Elian se levanta del suelo y se va directo al armario, mientras yo lo observo en silencio. Empieza a abrir los cajones y a sacar ropa de ellos. Veo cómo pantalones y camisetas desgastados caen sobre la cama, algunos con tallas superiores a la que debe de usar él.

—Pero ¿qué haces? —le pregunto, levantándome de la cama y agachándome a su lado.

—Sh —me insta, poniéndose un dedo en la boca—. Aquí está —proclama, satisfecho, cuando encuentra un par de mantas viejas y llenas de pelotillas.

Frunzo el ceño, cada vez más confundida. Elian se pone en pie y yo lo imito dos segundos después. Se va hacia la cómoda y saca una especie de mochila plegada varias veces. La estira, la abre y mete dentro las mantas.

—¿No vas a recoger este desastre? —pregunto, viendo cómo va de un lado a otro de la habitación cogiendo cosas y sin echarle cuenta a la ropa arrugada.

—Ya lo haré después —me contesta, girándose hacia mí con la mochila en un hombro; me coge de la mano y tira de mí—. Ven conmigo.

No me queda otro remedio que dejarme llevar hacia afuera de la habitación en dirección a la puerta. Jonathan, que está en el salón con un libro en las manos, se nos queda mirando con cara de póker. Yo me encojo de hombros y salgo tras Elian del apartamento. Se para un momento para cerrar la puerta y tira de mí para hacerme subir por las escaleras del edificio. Aunque casi vamos corriendo, me da tiempo a fijarme en la pintura desconchada de las paredes del lugar, en la poco fiable barandilla de la escalera y en que hay algunos escalones

rotos por los bordes. El azulejo del suelo está tan sucio que apenas se distingue el dibujo de la solería.

—Elian —lo llamo, levantando la cabeza del suelo unos segundos—, ¿a dónde me llevas?

Él me mira de reojo sin dejar de subir por las escaleras.

—Al único lugar bonito de este sitio cochambroso —responde sin perder el aliento; yo ya estoy que me caigo por los escalones.

Por fin, llegamos al último tramo de peldaños. Subo medio asfixiada y espero a que Elian saque una llave del bolsillo de sus pantalones y la meta en una puerta metálica medio oxidada. Observo, no sin cierto temor, cómo pone una mano sobre el picaporte y empuja la puerta con esfuerzo hasta que se abre. Las últimas luces del día penetran por el vano de la pared y me dan en los ojos. Me hago pantalla con la mano que tengo libre y dejo que él me ayude a subir los últimos escalones.

—¿Vas a volver a taparme los ojos? —bromeo, recordando la última vez que hizo esto mismo, en el centro comercial.

Se da cuenta y me dedica una sonrisa arrebatadora.

—Aquí no hay jardín, lo siento.

Sonrío y aprieto levemente la mano de Elian. Cruzo la puerta con él tras de mí y me encuentro en la parte superior del edificio, la azotea. Lo primero de lo que me doy cuenta es de que hay varias filas de cuerdas a modo de tendederos. Hay algunas prendas cogidas con pinzas en el otro extremo de la azotea. Elian quita la llave de la cerradura y cierra la puerta. Lo miro, interrogante.

—Es para que no nos cierren ni nada por el estilo —me explica, guardándose de nuevo la llave.

—¿Te ha pasado alguna vez? —inquiero, divertida al imaginarme a un Elian histérico gritando para que lo sacasen de ahí.

—Una vez —admite, desviando la mirada—. Jonathan me la jugó. —Vuelve a mirarme y sonríe de forma siniestra—. Luego me la pagó, desde luego.

Me echo a reír, negando con la cabeza.

—Sois tal para cual.

—No lo digas muy alto, a ver si te va a escuchar y se lo va a creer.

Me pongo la mano en la boca para no seguir riéndome.

—Vamos.

Elian me lleva hasta un rincón semiescondido de la azotea. En cuanto estamos allí, deja la mochila en el suelo y saca las dos mantas. Pone una en el suelo y la otra la deja doblada. Me señala la extendida y me siento sobre ella. Él hace lo mismo y se recuesta contra la pared. Cierra los ojos y sonríe un poco,

como si aquel fuera el lugar más cómodo del mundo. Yo me cruzo de piernas y me quedo mirándolo, de nuevo maravillada con la suavidad de sus rasgos cuando está tan relajado.

Sin embargo, aquello dura poco. Abre los ojos y me pilla observándolo. Amplía la sonrisa y vuelve a cerrar los ojos.

—Me vas a desgastar de tanto mirarme.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Abre un ojo y se ríe.

—¿Verdad que sí?

Niego con la cabeza, divertida. Respiro hondo y dejo que la brisa del crepúsculo me acaricie la cara y me despeje la cabeza. Nos quedamos un rato así, en silencio, hasta que el sol se esconde por completo y las luces de la calle apenas alumbran la terraza, alejada varias plantas del suelo. Escucho de fondo el sonido del tráfico de la ciudad, como si se tratara de una nana que se repite durante todo el día.

—Keira —Elian me llama y me giro parcialmente hacia él; está serio y me mira con esos ojos azules que parecen zafiros recién extraídos de la tierra, aún sin pulir—. ¿Puedo hacerte una pregunta? Quiero que me digas si la puedes responder o no. Si me dices que no, te prometo que no volveré a hacértela.

Me encojo un poco sobre mí misma y me retuerzo el dobladillo de la camiseta, sintiendo ya el fresco entrando en mis huesos. No en vano estamos en noviembre. Elian se da cuenta del gesto y se endereza. Alcanza con una mano la otra manta y me la echa por encima. Hago intento de extenderla hacia él, pero la rechaza con la mano.

—Estoy bien —me asegura.

Asiento.

—Pregunta —lo animo con un susurro.

Veo que respira hondo y que se lo piensa dos veces antes de hablar, lo que hace que me ponga un poco nerviosa.

—¿Por qué no has salido corriendo cuando has visto dónde vivo?

Parpadeo, anonadada. Pensaba que me iba a preguntar algo acerca de mi pasado, del que no quiero hablar por nada del mundo. Sin embargo, su pregunta me ha cogido completamente por sorpresa y eso hace que me cuestione qué debo responder exactamente. De alguna forma, esa pregunta está relacionada con mi historia, porque ¿cómo responder sin revelar que yo he vivido esa misma miseria?

Mis ojos bajan al suelo, buscando una respuesta en la manta donde estamos los dos.

—¿Puedes responderla? —me pregunta, temeroso.

Su tono de voz hace que levante la mirada de inmediato.

—Claro —digo al instante, maldiciéndome por dentro en cuanto digo la palabra—. Es que... me has pillado desprevenida.

Elian frunce el ceño y desvía la mirada. Yo lo observo unos segundos en silencio antes de responderle de manera que se quede satisfecho.

—Elian —suspiro; él me mira con la prudencia pintada en sus iris—, no tengo ningún motivo para salir corriendo de aquí.

—De haber podido, te habría llevado a un sitio mejor —musita, agachando la cabeza—. Lo siento.

—No lo sientas. —Me acerco a él y me pongo de rodillas para encararlo.

Le cojo una mano y me la llevo a los labios, besándole los nudillos con suavidad. Veo, conmovida, cómo abre los ojos al máximo y me mira con una mezcla extraña de sorpresa y fascinación, la misma forma en que un niño ve por primera vez unos fuegos artificiales. Me muerdo el labio inferior y le pongo la otra mano en la mejilla. Lo obligo a mirarme a los ojos y me inclino poco a poco hasta posar mi boca sobre la suya. Oigo que él suspira y me devuelve el beso, vacilante. ¿Desde cuándo Elian tiene tanto miedo?

Me atrevo a tomar la iniciativa y le paso la lengua por los labios. Él abre la boca y me deja entrar. Noto que coge aire e inspira hondo mientras me deja que lo bese y me ponga sobre él sin despegarme de su boca. Me siento encima y le rodeo el cuello con las manos. Elian pone las suyas en mi cintura y se deja llevar por mí. Quiero demostrarle que no necesito el lujo para ser feliz, que yo también he vivido en la pobreza, en la miseria, sin tener apenas nada que llevarme a la boca porque el dinero que conseguía se lo robaba a mi madre para poder pagarme la escuela. Quiero hacerle ver que la miserable aquí soy yo, no él, porque yo soy la que se oculta de todo eso, mientras que él lo enfrenta día tras día.

—Te quiero —murmuro con un hilo de voz al separarme un poco para coger aire.

Sin embargo, cuando voy a seguir con lo que estaba, me aprieta levemente la cintura y me separa con suavidad de él. Frunzo el ceño y lo miro a los ojos, confusa. Tiene los labios hinchados, igual que yo, entreabiertos para que entre el aire a sus pulmones.

—¿Qué has dicho? —pregunta, tembloroso, analizándome con la mirada, sin apartarse los mechones de flequillo que se empeñan en taparle sus ojos.

—Te quiero —le repito, sonrojándome un poco—. No me hacen falta regalos ni un apartamento mejor. Solo te necesito a ti. Nada más.

Su mirada baja a mi cuello, como si le fuera imposible seguir mirándome a los ojos porque no acaba de creerse lo que le digo. Yo espero, nerviosa y con la paciencia al límite.

—No tiene sentido —musita.

—¿El qué? —pregunto, comenzando a preocuparme.

Alza la mirada. Quita una de sus manos de mi cintura y me acaricia el pelo.

—Que sientas por mí lo mismo que yo por ti. No tú.

—¿Por qué? ¿Por qué no debería quererte, después de todo lo que has hecho por mí?

—Te he hecho daño —me recuerda, ansioso—. He jugado contigo. Y no tengo nada que ofrecerte a cambio, solo una cama que chirría y un desayuno escaso. No tengo nada más.

Suspiro y pego mi frente a la de él, copiando su gesto cuando se siente sobrepasado por las emociones. Cierro los ojos y respiro hondo para intentar calmar los latidos apresurados de mi corazón.

—Tú me has ayudado más que nadie en todos los días de mi vida —confieso, sintiendo un nudo en la garganta que me impide ser más clara—. Soy yo la que no entiende cómo un chico como tú —lo miro a los ojos, separándome de él—, guapo, inteligente, carismático, valiente, amable, cariñoso y atento se ha fijado en mí.

Él sonríe un poco.

—Te encanta que sea carismático —bromea, consiguiendo que yo sonría también y me ría por lo bajo.

—¿Ves? A eso me refiero. Eres capaz de hacerme reír en cualquier momento.

—Eso es porque odio no verte sonreír.

Con esas palabras, pierdo ya la cuenta de las veces que me he derretido metafóricamente frente a él. Amplío la sonrisa sin poder evitarlo y me tiro a su cuello, abrazándolo y apoyando mi cabeza en su hombro. Me acomodo en su regazo y él me aprieta contra su cuerpo. Nos mantenemos callados un par de minutos hasta que Elian decide romper el momento y obligarme a mirarlo a los ojos.

—Llevo una eternidad esperándote —murmura, recorriéndome el rostro con la mirada.

Sonrío sin remedio y le doy un beso fugaz, sintiendo que voy cogiendo más confianza con él a medida que pasan los días. Apoyo mi cabeza en el hueco de su cuello y ambos nos quedamos mirando hacia el frente, sumidos en nuestros pensamientos. Estoy tan relajada... A pesar de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas y de las consecuencias que empezaré a sufrir a partir de

mañana por la mañana, es la primera vez que me siento tan en paz. Tan protegida, tan amada... Como si el mundo hubiese dejado de girar y el tiempo se hubiera parado, manteniéndonos en una noche prematura eterna, alejada de cualquier problema.

Me dan ganas de llorar. Esta sensación no puede ser real. He soñado toda mi vida con sentirme así, y ahora que lo he conseguido, tengo miedo de que se acabe demasiado pronto.

—Keira. —El arrullo de la voz de Elian me saca de mis pensamientos.

Giro la cabeza y lo encuentro observándome, preocupado.

—¿Estás bien? —me pregunta, alzando una mano y pasando el pulgar por debajo de mis ojos.

Frunzo el ceño y veo cómo me seca las lágrimas. Yo que creía que las había estado conteniendo...

—Sí. —Le sonrío, sorbiéndome la nariz y acurrucándome contra él—. Es que... me siento abrumada. Tendría que estar de los nervios por encontrarme con Gal mañana, y no tan tranquila.

Elian suspira y sonríe, aliviado.

—Es lo que pretendía al traerte aquí. —Deja de mirarme y clava los ojos en el horizonte de luz artificial, sobre la que se recorta el borde construido de la azotea, de manera que parezca que haya un halo espectral en torno al hormigón del edificio—. Subo cada vez que me agobio y me quedo aquí hasta que se hace de noche.

—Es muy bonito —admito, sorprendiéndolo un poco—. La forma en que todo parece desvanecerse allá abajo... Es como si estuviéramos en otro mundo.

Elian gira el rostro hacia mí y sonríe con picardía.

—¿Quieres ver lo que hay allí? —Me señala con la cabeza al frente.

Alzo las cejas, confusa.

—¿Cómo?

Elian me quita de encima y se pone en pie. Me ofrece la mano y yo la acepto, manteniendo la manta sobre mis hombros.

—Ven —me anima.

Lo sigo hasta llegar al pequeño balcón que nos separa del vacío y, en cuanto llego, el aire desaparece de mis pulmones. A mis pies, frente a mis ojos, se encuentra toda la ciudad, rodeada por una cadena de montañas bajas a modo de muralla natural de tierra y roca. Mi mirada llega más allá y me fijo en cómo la nube de polución y las luces artificiales crean un mosaico de efectos visuales que harían empequeñecer hasta al mejor supervisor de efectos especiales de la mejor película de la historia. Es como ver la aurora boreal pero en la tierra, no en el

cielo. Un reguero infinito de coches atravesando las diferentes calles y perdiéndose entre los edificios; personas que caminan solas o acompañadas de camino a casa, después de haber disfrutado del domingo; el olor a tierra mojada cerca de donde estamos y la sensación de nostalgia al darme cuenta de que se acerca la Navidad poco a poco y que pronto veré la ciudad decorada por primera vez.

Apenas me percato de los brazo de Elian rodeándome la cintura y pegándome a él. Sonrío como una tonta, maravillada. Exhalo varias veces hasta que consigo encontrar la voz para poder hablar.

—¿Te gusta? —me pregunta Elian al oído, poniéndome la piel de gallina.

El corazón se me ensancha. Tengo ganas de gritar y saltar.

—Esto es total y absolutamente increíble. —Giro mi cabeza y busco sus ojos —. ¡Es una pasada!

Él se ríe y asiente.

—Te dije que era el único sitio bonito de aquí —me recuerda—. Lo encontré por casualidad una vez. Se ha convertido en mi santuario.

—No me extraña —admito, volviéndome de nuevo a la ciudad—. Aquí puedes ser dueño y señor de ti mismo. Es como estar en lo alto de una torre. Ojalá hubiera tenido yo algo como esto cuando era pequeña...

—¿De tanto tenías que huir? —me pregunta Elian, con tiento.

Asiento con la cabeza. A pesar de que no quiero hablar de mí misma, sé que tengo que hacerlo con él algún día, sobre todo porque cuando vea que no soy capaz de dormir con la luz apagada no va a dejar de preguntarme. No me queda otro remedio que ponerlo al tanto de lo más básico. Ya le contaré los detalles escabrosos cuando me sienta más segura de mí misma.

—Yo nunca fui una hija deseada —comienzo, apoyándome en el balcón con los codos; Elian se acomoda a mi lado en silencio. Suspiro y prosigo—: Mi madre se casó con mi padre al quedarse embarazada de mí. Mis abuelos la obligaron a ello. Cuando nací, mi madre se encargó de mí hasta que cumplí los cinco años. El día de mi cumpleaños fue la primera vez que mi padre desapareció durante varias semanas.

»Cuando regresó, lo encontramos hasta arriba de deudas, alcohol y drogas. Tras aquello, entramos en un bucle sin fin. Mi padre desaparecía para jugar y mi madre comenzó a caer en los mismos vicios que él. Estaba borracha casi todo el día y no buscaba trabajo. La primera vez que cociné fue a los siete u ocho años —me detengo unos segundos para coger fuerzas antes de proseguir—.

»Cuando el dinero empezó a faltarle para comprarse alcohol, comenzó a llevar a hombres a casa, hombres que me miraban y se reían de mí mientras iban

con mi madre a su habitación. Ya por entonces mi padre no regresaba a casa. Gracias a que mi madre se prostituía, tenía dinero para estudiar y comprar algo de comer. Mis abuelos se habían desentendido de ambas hacía varios años; creo que incluso murieron poco después de cortar toda relación con nosotras.

»Cuando cumplí los catorce, mi madre se quedó embarazada. Dio a luz y entregó a mi hermano en acogida. —Me muerdo el labio inferior y alzo la mirada al cielo, agobiada—. Ni siquiera sé cómo se llamaba...

—Keira —me para Elian—. No hace falta que sigas...

—Quiero hacerlo —repongo, con la respiración acelerada—. No sé si seré capaz de contártelo todo ahora, pero quiero que sepas... por qué...

—Está bien, está bien —acepta, girándome entre sus brazos y escondiéndome el rostro en su pecho—. Te escucho.

Asiento con la cabeza, temblorosa, y me aferro a su ropa antes de abrir la boca de nuevo.

—Recuerdo las pastillas blancas por el suelo... Las jeringuillas que me pinchaban los pies cuando andaba por casa... —Trago saliva y tranquilizo en la medida de lo posible mis latidos para no entrar en estado de histeria—. Cuando entré en el último año, mi madre cayó en coma. La llevé al hospital, aunque no tenía dinero para pagar el tratamiento. Estuve trabajando allí durante los meses que mi madre estuvo ingresada, para pagar a los médicos. Al final, murió en mayo.

»Cuando el médico forense decretó su muerte por consumo abusivo de drogas, entre otras cosas, se hizo cargo de mi situación de orfandad (estoy segura de que mi padre está muerto) y consiguió que el Gobierno me concediera una ayuda hasta que cumpliera los veinticinco —suelto una risa histérica—. Se supone que a esa edad ya debo ser independiente y tener trabajo.

—Ya... —murmura Elian simplemente.

Me separo un poco de él, pero solo para cambiar de posición mi cabeza sobre su pecho.

—Me vi obligada a repetir el curso. Fue ahí cuando conocí a Gal y a Melissa, las dos únicas amigas que he tenido en mi vida. Me animaron para que hiciera la prueba de acceso a la universidad. Y es por ellas que salí del pueblo donde vivía y me trasladé aquí. Si ninguna de las dos me hubiese insistido, yo... —Cierro los ojos—. No sé qué habría hecho.

Noto el pecho de Elian subir y bajar como si estuviera respirando hondo. Se separa un poco de mí, pero yo desvío la mirada de él. Me siento avergonzada. Ahora sabe que no soy tan buena ni he vivido en tan buenas condiciones como él creía.

—Mírame, Keira —me pide con suavidad.

Dudo unos segundos, pero finalmente alzo los ojos hacia él y me encuentro con su rostro bañado en comprensión. Levanta una mano y me acaricia la cara con los dedos. Yo cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de su piel con la mía.

—Mírame —repite.

Abro los ojos y le hago caso.

—Perdóname por haber sido un estúpido antes. Jamás habría pensado que tú...

—Lo sé —lo interrumpo—. No tienes que disculparte, no lo sabías.

—Eres increíble. Y yo me quejo por haber sido abandonado...

—Ambos lo fuimos, en cierto modo —le aseguro—. ¿Entiendes ahora por qué no veo nada de malo en que vivas aquí? Si no tuviera el dinero contado, te aseguro que te ayudaría en todo lo que pudiera para que vivieras en un sitio mejor.

—No lo habría aceptado. —Sonríe y me besa en la frente—. Soy demasiado orgulloso para eso. No. Tengo que salir de aquí por mis propios medios, igual que hiciste tú.

—Yo salí por ciertas circunstancias —le recuerdo—, no porque saliera a la calle a buscar trabajo.

—No podías, por eso no lo hiciste.

—No. No lo hice porque tenía miedo —lo corrijo—. Hasta que mi madre no ingresó en el hospital, no me vi obligada a trabajar.

—Da igual, lo sobrellevaste mejor que yo —insiste.

—Elian... —suspiro.

—Keira —me tapa la boca con una mano—, podríamos llevarnos toda la noche discutiendo sobre el tema. No vas a ganar, lo siento.

Hago un mohín bajo su boca, pero me alegro de que corte el tema. Ya estaba empezando a deprimirme...

—Sin embargo —me quita la mano de la boca y me da un beso tan corto que me deja con ganas de más—, te agradezco que me hayas contado todo esto, que confíes en mí.

—Ay, Elian —suspiro—, llevo confiándote mi vida mucho tiempo.

Él se ríe por lo bajo y me besa de nuevo. Bebo de él hasta que me da un escalofrío y no precisamente por frío. Se separa de mí y me arropa bien.

—Será mejor que bajemos. A Jonathan le dará un infarto si no llegamos en breve.

Me río y asiento. Elian recoge la manta del suelo y saca la llave del bolsillo.

En cuanto ha cerrado de nuevo la puerta, bajamos por las escaleras hasta llegar a su planta.

Nada más entrar, vemos que Jonathan no está en el apartamento. Elian y yo intercambiamos una mirada y siento que el corazón vuelve a acelerárseme. Tenemos el apartamento para nosotros solos. Elian, yo y una cama de matrimonio disponible.

Capítulo 30

Siento que el corazón se me acelera y que me cuesta respirar. Me muerdo el labio inferior y desvío la mirada hacia la cocina.

—Voy a preparar algo para cenar... —mascullo, quitándome la manta y dejándosela a Elian en el antebrazo.

—Keira.

Abro el frigorífico, ignorándolo a él y a mis nervios de punta. Se me va a salir el corazón del pecho de una taquicardia.

—Uhm... Vamos a ver... —Cojo unos huevos y los dejo en la encimera.

—Keira —vuelve a llamarme Elian.

—Tal vez debería hacer...

—Keira. —Oigo justo en mi oreja.

—¿Qué? —pregunto con un gritito, enderezándome al momento.

Elian se adapta sin problemas a mi movimiento, pero no se separa de mí. Noto que me pone las manos en la cintura y que entierra la nariz en mi pelo.

—Tengo que ducharme, no hagas eso... —murmuro, cerrando los ojos y el frigorífico.

Echo la cabeza hacia atrás casi sin darme cuenta y la apoyo sobre su hombro. Elian afianza su agarre en mi cintura y me rodea con los brazos, pegándome por completo a él.

—Hueles bien —susurra, exhalando su aliento sobre la piel de mi nuca.

Contengo un jadeo, pero no soy capaz de disminuir mis pulsaciones y de ralentizar mi respiración. Estoy perdida en su voz, en su olor, en su aliento. No

puedo pensar en nada más que no sea sus manos aferrándome con firmeza, sus dedos justo en la cinturilla del pantalón, su boca en el hueco entre el cuello y la clavícula y su voz, ronca y grave, diciéndome que huelo bien. El momento, la tensión que hay en el ambiente es tan erótica que mi cuerpo se estremece, haciendo que Elian responda metiendo los pulgares por dentro de la cinturilla del pantalón.

—De eso nada —le respondo con la garganta seca—. Eres tú el que huele bien.

Noto cómo sonríe con la boca pegada a mi cuello.

—Puedo oler mejor —susurra.

—Pues dúchate —le propongo, tragando saliva con fuerza.

—Hazlo conmigo.

Abro los ojos de tal manera que se me van a salir de las cuencas. De mi boca sale un jadeo involuntario y me muevo contra él para mirarlo a los ojos, sorprendida.

—Pero ¿qué dices? ¡No puedo ducharme contigo! Pervertido. —Le golpeo el hombro donde hace un momento estaba apoyada, aunque él no borra la sonrisa.

—¿Por qué no? —pregunta, intentando sonar inocente; no lo consigue, esta propuesta no es inocente y no puede sonar como tal, nunca.

Abro y cierro la boca varias veces, buscando un buen argumento, pero la verdad es que creo que va a conseguir rebatirlos todos.

—Jonathan puede llegar en cualquier momento —empiezo.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Lo conozco bien.

—Eh... No me gusta ducharme con nadie.

—¿Te has duchado ya con alguien? —inquiere, alzando una de las comisuras en una sonrisa ladina.

—¡Para nada! Pero me gusta ducharme sola.

—¿Y cómo sabes que no te gusta ducharte con alguien?

—Porque lo sé y ya está.

—Eso no me convence —insiste; mira que sabía que iba a encontrar excusas para todo—. Keira, no voy a hacer nada más que ducharme contigo. Te lo prometo.

Alzo una ceja y lo miro como si estuviese loco. Los ojos le brillan. Sí que está contento...

—No voy a ducharme contigo, Elian. No tengo tanta confianza como para...

en fin...

Me muerdo la lengua y guardo silencio, esperando que mis últimas palabras calen en él. Me observa sin decir ni mu, casi puedo ver los engranajes de su cabeza rodando a toda máquina. ¿De verdad estará sopesando la idea de que no soy capaz de ducharme con él... aún? Es decir, no le he cerrado la puerta a ducharnos juntos más adelante. Cabe esa posibilidad. El problema es que ni siquiera he estado con él de esa forma... desnudos y... A ver, no soy tonta. Sé lo que le pasa a un chico cuando está «extremadamente contento», por llamarlo de alguna forma. De hecho, de solo pensarlo, me pongo más nerviosa aún. Siento que en cualquier momento me voy a convertir en una olla exprés y me va a salir humo de las orejas.

Elian suspira y agacha la cabeza un segundo.

—Está bien —accede, finalmente; levanta la mirada y me sonríe sin ningún tipo de picardía—. ¿Te duchas tú primero o lo hago yo?

Le devuelvo la sonrisa y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Ve tú. Voy a preparar la cena.

—Vale.

Se da media vuelta y desaparece de la cocina. Escucho sus pasos recorrer su habitación (espero que esté recogiendo todo lo que dejó de por medio antes) y, poco después, oigo cómo se mete en otra habitación. Cierra la puerta y se pone música. Me río por lo bajo y me pongo manos a la obra.

No me percato de lo rápido que pasa el tiempo. Estoy tan concentrada haciendo una salsa que, cuando me doy cuenta, me están cayendo gotitas de agua en la cara y los brazos. Frunzo el ceño y miro hacia arriba.

—¡Ah! —grito, dando un saltito hacia un lado—. Dios, Elian, me has... —dejo de hablar en cuanto soy consciente de que solo está cubierto por la cintura con una toalla azul, con el torso al descubierto y gotitas de agua cayéndole desde el pelo hasta el pecho— asustado.

Me sonríe y se encoge de hombros.

—Lo siento.

No lo siente. En absoluto.

—Venía a decirte que ya tienes el cuarto de baño libre.

Empieza a darme la espalda y, a sabiendas de lo que está provocando dentro de mí, estira los brazos y le da unos golpecitos a la jamba superior de la entrada de la cocina antes de salir. En esos microsegundos, yo me fijo en cómo los músculos de sus brazos se estiran y flexionan a su antojo, cómo su espalda se

ensancha y marca los omoplatos y cómo la toalla se desliza hacia abajo hasta quedarse justo sobre los huesos de sus caderas. Se me hace la boca agua, pero lo disimulo y me vuelvo hacia la comida.

Ya no tengo hambre. No tengo *esa* hambre. Sin embargo, debo mantenerme fuerte. Recojo lo que he usado y meto la cena en el frigorífico. Solo hace falta calentarla después. Salgo al salón y, en cuanto cruzo la puerta de la habitación de Elian, estoy a punto de desmayarme. Ahí está él, de espaldas a la puerta, en todo su magnífico esplendor divino. Lo intento, de verdad, pero mis ojos le recorren el cuello, la espalda y llegan a sus nalgas (sus bien torneadas y blanditas nalgas), bajan con esfuerzo y se centran en sus piernas. Y a medida que mis ojos bajan, el calor va subiendo dentro de mi cuerpo. Estoy que no puedo aguantarme más, tengo que salir pitando de aquí antes de que cometa alguna locura.

Desvío la mirada y me voy directa hacia la maleta.

—¿Keira? —me llama Elian; noto en su voz que está a punto de echarse a reír.

Maldito sea.

—Vengo a coger mis cosas, lo siento —digo con la mayor rapidez posible, dado que ya no soy capaz de disimular mi nerviosismo.

Rebusco en mi maleta a toda prisa, cojo una muda, un pijama y busco mi neceser. Pero no está. Mi neceser no está, me he dejado mi champú y mi gel en el baño de mi apartamento.

—No puede ser...

—¿Qué pasa? —pregunta Elian, acercándose a mí.

Me atrevo a mirar de reojo y me arrepiento al momento. ¡Solo se ha puesto el bóxer en cinco minutos! Vuelvo a retirar los ojos de su cuerpo y me pongo en pie, con mi ropa entre mis brazos.

—Me he dejado mis cosas de aseo en mi apartamento... —explico con la boca pequeña.

—Usa los míos. Ven, te enseñaré dónde... —Me coge de la mano, pero yo me suelto enseguida.

—No te preocupes —farfullo, esquivándolo para salir cuanto antes de la habitación—. Ya me las apaño yo sola. Sé leer, ¿recuerdas?

—Ya... —Está conteniendo la risa otra vez, ¡lo noto!

Salgo casi corriendo de la habitación y me voy por un pasillito hacia una que tiene la puerta abierta y de la cual sale un olor tan familiar que casi me da un espasmo allí mismo. Entro en el baño y cierro la puerta.

Suspiro largamente, sintiéndome a salvo, de momento. Mis ojos recorren el pequeño cuarto de baño. En apenas ocho metros cuadrados hay un lavabo sobre

un estrecho mueble de madera clara con dos puertas y dos cajones. Justo encima, hay un espejo largo y estrecho. Al lado del lavabo, está el retrete (que no he usado desde que estoy aquí) y, pegada al retrete, hay una bañera blanca con unas cortinas amarillas descorridas. Por ellas baja el agua de la ducha de Elian. De solo pensar que hace un momento él estaba aquí... No, Keira, no vayas por ahí.

Dejo mi ropa sobre la tapa del retrete y empiezo a desnudarme. Me meto en la bañera y me hago con la alcachofa de la ducha. Sale un buen chorro de agua calentita casi al momento y me la echo por encima. En cuanto esta me cae, siento cómo mis músculos y mis articulaciones se relajan hasta llegar casi al punto de reposo en que estaban en la azotea. Me tiro agua por todos lados y busco el champú. En cuanto lo cojo, sé que es el de Elian; huele como él. Me pongo un poco en la mano y me lavo el pelo. Después cojo su gel y me doy por todos lados, disfrutando de la sensación de quitarme de encima la suciedad y los malos sucesos de las últimas horas. Me enjuago con rapidez (no quiero gastarles demasiada agua a Elian y a Jonathan) y salgo de la bañera. Empapada. Y no tengo toalla.

Bufo, exasperada.

—Esto no puede estar pasándome...

Miro a todos lados, pero no veo nada que me diga «Toallas» con una flecha roja de neón encima. No me queda otra: o le pregunto a Elian o espero a secarme, con el frío que hace... Me miro en el espejo, con el pelo pegado a la espalda, y suspiro. Qué remedio...

Entreabro un poco la puerta y me recibe una ráfaga de aire frío. Tirito un poco, pero me recompongo.

—¡Elian! —lo llamo, escondiéndome tras la puerta.

—¿Sí? —Se asoma a la entrada de su habitación y se me queda mirando—. ¿Qué haces?

—Es que... no tengo... toalla...

Y empieza a sonreír.

—¿De qué te ríes? —espeto, molesta y helada—. Me estoy quedando pajarito aquí parada.

—Vale, vale, ya voy...

Desaparece dentro de su cuarto y sale al momento con una toalla roja enorme. Se acerca a mí y me la tiende sin dejar de sonreír. Saco una mano y la cojo, pero él no la suelta. Me quedo mirándolo, nerviosa.

—¿Qué...? —empiezo a decir.

—¿A quién se le ocurre ducharse sin tener una toalla a mano?

—A mí, ¿vale? Y ahora, dá-me-la... —farfullo, tirando de la toalla.

Parece como que se lo piensa y niega con la cabeza.

—No. Antes quiero que hagas algo.

—Ay, Dios mío... ¿Qué?

Entrecierra los ojos y los fija en mí de forma intimidatoria, como me miraba al principio de toda esta historia.

—Deja que te huela —murmura finalmente.

Estoy a punto de caerme al suelo de la impresión.

—Dios, Elian, no puedes estar hablando en serio —suspiro—. Me voy a congelar.

—Muy bien. —Suelta la toalla—. Tápate y sal.

—Elian...

—Hazlo.

Gruño y me escondo de nuevo tras la puerta.

—Espera —espeto, intentando cerrarla.

Sin embargo, pone un pie justo antes de que pueda terminar de hacerlo. Miro el pie y luego me asomo para mirarlo a él.

—Estás loco...

—Estoy esperando —canturrea, más feliz que unas pascuas.

Deseando acabar con esto, me enrollo la toalla alrededor después de secarme un poco y me asomo, abriendo apenas la puerta. Enseguida, Elian da un par de pasos hacia dentro y ambos acabamos en el interior del cuarto de baño con la puerta abierta. Me arrincona contra el borde de la bañera y tengo que agarrarme con una mano a la camiseta negra que se ha puesto, para no caerme. Elian me coge de la cintura con una palma mientras que con la otra se apoya en la pared. Acerca su rostro al mío, atravesándome con esos iris azules que me vuelven loca.

—Elian... ¿Qué haces...? —murmuro, nerviosa y perdida en él, deseando que me quite la toalla y, al mismo tiempo, deseando que me deje vestirme.

Abre un poco la boca, permitiéndome oler su aliento, su dulce y maldito aliento.

—Si me hubieras dejado ducharme contigo, ahora no estaríamos así —susurra, con la mirada recorriendo mi rostro desde mis ojos hasta mi boca.

—Sabes por qué no lo he hecho...

—Sí, lo sé —admite con voz grave—. Y eso me... —Se calla, pero no sé si porque duda o porque no está seguro de decir lo que piensa.

—¿Te qué? —lo animo, mordiéndome el labio inferior.

Deja de mirar mi boca y vuelve a mirarme a los ojos.

—Cabrea —finaliza, sorprendiéndome—. Quiero estar contigo... de todas las

maneras posibles. Me estoy conteniendo, pero me lo pones muy difícil —confiesa, apretando los dientes—. No soy capaz de aguantarme cuando te estiras de esa forma siempre que te abrazo por detrás, como si quisieras fundirte conmigo. No me puedo controlar cuando me recorres el cuerpo con la mirada, me tientas a seguir saliendo sin nada de ropa para que me des un motivo para...

—Ah... —lo interrumpo, aunque no se me ocurre qué otra cosa decir.

Noto que su pecho sube y baja con rapidez. Está casi tan sofocado como yo.

—Y no sé en qué demonios piensas entrando en mi habitación justo cuando yo lo he hecho y tengo que vestirme...

—No sabía que no te habías cambiado todavía —musito con un hilo de voz.

Y es verdad. No esperaba encontrarme a semejante monumento desnudo. Sonríe un poco y niega con la cabeza.

—No sé si quiero que vuelvas a hacer eso o no.

—¿El qué? —Menuda pregunta, Keira...

—Pillarme cuando no puedo ocultar lo que siento por ti.

Se me escapa un jadeo, pero me muerdo la lengua casi al momento. Las pupilas de Elian se dilatan al máximo y pega su nariz a la mía.

—Keira —se le desvanece la voz y tiene que aclararse la garganta—, no quiero que pienses que solo quiero... hacer... —asiento levemente para que sepa que entiendo lo que me está queriendo decir—, pero quiero saber si estás preparada para... o si quieres... O si no lo estás, que me parecería perfecto y no me importaría... O...

—Lo estoy —le responde mi subconsciente; me entran ganas de pegarle, pero ya es tarde—. Es solo que... no quiero que... me duela.

Elian frunce un poco el ceño, mirándome con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Entonces, ¿no es porque no confíes en mí? —me pregunta con mucho tiento, como temiendo la respuesta.

—No, para nada. Claro que confío en ti. —Le sonrío un poco y le toco la mejilla derecha con la mano—. Ya te lo he dicho antes: llevo mucho tiempo confiándote mi vida. Ahí entra mi virginidad. —Me río un poco para intentar suavizar el ambiente—. Te quiero, Elian. Y no te tengo miedo. A ti, no.

Le cuesta asimilar lo que he dicho. Al cabo de lo que me parece una eternidad, reacciona y parpadea varias veces.

—¿Es en serio? —musita—. ¿Tú...?

—Sí. A las dos cosas —le respondo, sabiendo lo que me quiere preguntar.

Elian inspira hondo y va soltando el aire por la boca poco a poco hasta que, notando que se va relajando un tanto, tiro de su camiseta hacia mí y lo obligo a

cubrir la escasa distancia que nos separa. Elian responde enseguida al beso y me endereza con el brazo, dando un paso hacia atrás para equilibrarme contra su cuerpo. Sin embargo, sigo sujetándome la toalla con una mano. Hunde sus manos en mi pelo y me acaricia mientras me besa, dando pequeños pasitos hacia atrás para salir del baño. Yo lo sigo, como sigue una oveja a su pastor. Quiero beber de él, quiero acariciarle la piel sin miedo a que nos interrumpan. Quiero recuperar el tiempo perdido desde que sé que estamos solos. Finalmente, entramos en su habitación. Elian me hace girar a su alrededor y cierra la puerta sin dejar de besarme. Me muerde el labio inferior y yo suelto un gritito.

Abro los ojos al tiempo que él abre los suyos y se separa un momento de mí, antes de atacar mi cuello con sus labios. Yo me dejo llevar y giro la cabeza para darle libre acceso a mi piel húmeda. En cuanto abre la boca y hunde levemente sus dientes en esa zona, siento que las piernas me fallan y profiero un gemido cuando noto que los brazos de Elian me sujetan con fuerza sin que él deje de morderme. Va depositando pequeños mordiscos a lo largo de mi cuello, viaja hasta el centro de la garganta, y giro mi cabeza para que me cubra lo que queda con sus besos.

Se me afloja la mano sobre el nudo de la toalla y lo suelto. Mis manos viajan hasta la cintura de Elian y le levantan la camiseta, buscando un poco de lo que ya he visto hasta ahora, pero que no he podido disfrutar por completo. Quiero cubrirle de besos cada uno de los poros de la piel de su torso: sus abdominales, la V que se forma en sus caderas, la línea que va desde el ombligo hasta el centro del pecho, los pectorales, las costillas... Quiero subir por su clavícula y besarle la línea de la mandíbula. Quiero atreverme a hacer todo eso, pero el miedo al dolor que vendrá después me para. Elian lo sabe y suaviza su ataque hasta tal punto que siento que voy a morir de ternura. Todo es erótico, pero suave, una mezcla letal para mis sentidos.

Sube sus manos por mi espalda y me acaricia los hombros sin dejar de sujetarme. Pega sus labios al lóbulo de mi oreja izquierda y me besa con dulzura.

—Tranquila —susurra sin dejar de lamerme—. Confía en mí.

—Sí... —murmuro con un hilo de voz.

Vuelvo a dejarme llevar. Elian vuelve a empujarme, esta vez hacia atrás, en dirección a la cama. En cuanto siento el borde del colchón tras mis rodillas, le pongo las manos en el abdomen, parándolo. Él lo entiende y vuelve a besarme la boca, esta vez con más dulzura, pero sin dejar de lado la pasión. Mis manos vuelven a moverse y esta vez tiran de la camiseta, ansiosas por encontrarse con su cuerpo de nuevo. Elian se separa de mí lo justo para quitarse la prenda por la cabeza.

En cuanto lo hace, me mira un segundo a los ojos antes de volver a atacar mi labio inferior con la lengua. Lo saboreo, me provoca y llega un punto en que quiero conocer cómo sabe el resto de su piel. Dejo su labio superior y bajo por la barbilla hasta la mandíbula. Veo que cierra los ojos y suspira mientras me deja navegar por su rostro. Le voy dejando un rastro de pequeños besos a lo largo de la línea ósea hasta bajar a su cuello. Sigo besándolo mientras mis manos hacen de las suyas y le acarician con timidez todo el torso. Al llegar al pecho, se paran y se maravillan con su dureza.

Elian agacha la cabeza y, mientras saboreo la piel de su cuello, él vuelve a besar el lado contrario del mío. Está teniendo mucho cuidado, está siendo paciente, y saberlo solo me provoca más excitación y más ansias de él. Bajo mis manos y mi boca. Mientras le voy besando la clavícula, abro los ojos y busco la cuerda del cierre de los pantalones. Nada más encontrarla, tiro de ella hacia afuera y deshago el lazo. Mis dedos y mis manos trabajan solos. Me dejo caer en la cama con lentitud, permitiendo que mis labios recorran la línea que va desde su nuez hasta el ombligo. Sé que me está observando, noto sus ojos sobre mí; pero no me importa. Mis dedos viajan hasta ambos lados de sus caderas y mis manos tiran poco a poco del pantalón hacia abajo. La tela se desliza sin ningún problema, aunque tengo que forzarla un poco justo ahí donde se encuentra el quid de toda esta cuestión.

Intento no pensar mucho en ese detalle mientras Elian lucha para salir del pantalón y le da una patada para echarlo a un lado. Alzo la cabeza y me encuentro con su mirada, que me quema por dentro y por fuera. Se agacha para quedar a mi altura y busca mi boca de nuevo. Yo me remuevo en la cama para llegar mejor a él y, con ese movimiento, la toalla se desenrolla y se abre por completo, cayendo sobre mis piernas. Ahogo un grito e intento taparme, el instinto me guía. Sin embargo, Elian me sujeta las manos y niega con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Puedo verte? —me pregunta, nervioso.

La forma en que me lo pide, con la súplica y el temor mezclados en sus ojos, hace que no puedo negarme. Asiento débilmente con la cabeza y desvío la mirada, sonrojándome. Veo que Elian desliza sus ojos por mi rostro y baja por mi cuello. Sus pupilas se agrandan de nuevo cuando llega a mi pecho. Me siento tan expuesta...

—Lo sé —musito —. No son tan grandes como los de Melissa ni tan redondos como los de Gal, pero...

—Me encantan.

—¿Qué? —Giro mi cabeza con un movimiento brusco y busco su mirada.

Él me mira y me sonríe.

—Eres preciosa.

—Ah... Yo no te digo nada, porque tú mismo sabes ya que...

Me calla con un beso. Se cierne con suavidad sobre mí sin dejar de besarme, abriéndome las piernas con una rodilla.

—Sube un poco más —masculla, saboreando mi labio inferior.

Le hago caso y me aúpo con los codos para meterme más en la cama. Llego hasta la almohada y me quedo mirándolo mientras él me sigue hasta llegar a mi altura. La toalla ha quedado olvidada a los pies de la cama, donde la he dejado a medida que me iba deslizando sobre el colchón. Le miro de arriba abajo y frunzo el ceño.

—No es justo. Tú no estás... entero...

—¿Eh? —Se mira y se echa a reír—. Vale, vale... Ya voy.

Se pone de rodillas y se endereza. Mete los pulgares dentro del bóxer y tira de ellos hacia abajo. Mis ojos se alejan al momento de esa zona. No quiero asustarme más de lo que ya estoy. Noto que se deshace de la ropa interior y que la tira por ahí.

—Ya —me avisa.

Yo asiento sin dejar de mirar para otro lado.

—¿Puedes mirarme? —me pide.

Lo miro de reojo y veo que sonríe. Noto que mis mejillas se encienden aún más. No basta con sentirme expuesta, sino que además él está ahí, desnudo, tan seguro de sí mismo que intimida.

—Tranquila —susurra, rodando hacia mi derecha y quedando bocabajo; abre el cajoncito de su mesita de noche y saca algo de dentro—. Un segundo, ¿vale?

Me muerdo el labio inferior. Oigo que abre algo y que rasga otra cosa. Me imagino lo que es y siento que el corazón se me acelera aún más.

—Vale... Ya está —me informa.

No me atrevo a mirar. Estoy muerta de miedo.

—¿Keira? —me pregunta, preocupado; se ubica sobre mí y busca mi cara con la suya—. ¿Estás bien?

Lo miro a los ojos y hago un gesto con la cabeza.

—Más o menos... —admito, temblorosa—. No quiero que me duela...

—Te prometo que haré lo posible por no hacerte daño, ¿vale? —me asegura, rezumando sinceridad.

Asiento y le sonrío un poco, agradecida. Él me devuelve la sonrisa y

comienza a besarme de nuevo. Consigue que me relaje y es entonces cuando noto una de sus manos sobre el colchón y la otra encima de mi estómago. Me acaricia con suavidad, con cuidado, yendo tan despacio que me hace cosquillas. Sé por qué lo hace. Quiere que sepa lo que va a ir pasando a medida que vaya avanzando. Cierro los ojos y trato de calmarme, disfrutando de sentir los dedos de Elian sobre mi piel.

Poco a poco, estos van bajando y se adentran en mi monte de Venus. Me avergüenzo de ello, pero dejo que siga adelante y me vaya acariciando cada vez más adentro. Hasta que, en un momento dado, siento que tantea mi entrada, el sitio por donde se accede a lo más valioso de mí. Me encojo un poco y me quedo muy quieta, tensa. Él para las caricias y yo abro los ojos. Veo que me mira. Cojo aire por la boca y Elian se inclina sobre mi vientre para besarme. Me recorre un escalofrío placentero y jadeo, sorprendida tanto por el gesto como por la sensación. Sin separarse de mí, alza los ojos y me mira a través del flequillo, casi seco. Asiento con la cabeza y, entonces, poco a poco va introduciendo un dedo en mí.

Exhalo un gritito y echo la cabeza hacia atrás, extrañada por la invasión. Elian sigue acariciándome por dentro hasta que me acostumbro a la sensación, eléctrica y adictiva. Me va abriendo poco a poco hasta que me noto más que dispuesta. Es entonces cuando lo busco con las manos y él me besa la palma de una de ellas.

—¿Estás segura? —me pregunta, quitando poco a poco el dedo y cerniéndose sobre mí, quedando su boca a poca distancia de la mía.

—Sí... Por favor... —jadeo, envuelta en llamas a pesar del miedo.

Elian no dice nada más. Se sitúa en la entrada y se dirige a sí mismo hacia ella. A medida que se va acercando, lo voy notando, cubierto por un preservativo. Ya le preguntaré desde cuándo los tiene. Ahora solo puedo pensar en que está introduciéndose en mí y que no me está doliendo nada en absoluto. Gimo cuando se para, a modo de protesta.

—Respira hondo, ¿vale? —me dice en voz baja, acercando su boca a la mía y apretando mis manos con las suyas; le hago caso y cojo aire—. Una... Dos...

No llega a contar tres. De hecho, odio el tres. Da un fuerte empujón y noto que algo se desgarra dentro de mí y me acuchilla desde el mismo centro de mi ser. Elian se apresura a contener mi grito con un beso y se mantiene quieto mientras yo me acostumbro a la sensación. Siento que si no se mueve, me voy a morir de dolor. Abro la boca para coger aire.

—Muévete —le ruego, cerrando los ojos para contener las lágrimas.

—Keira... —murmura, angustiado.

—Hazlo, por favor.

Me hace caso. Por una vez, me hace caso. Se mueve poco a poco y el dolor remite al instante, pasando de un diez a un dos y medio como mucho. Suspiro largamente al sentirme aliviada. Abro los ojos, húmedos, y le sonrío.

—Estoy bien, tranquilo —le aseguro, deshaciéndome de una de sus manos y acariciándole la cara—. Sigue, por favor.

Elian no me dice nada. No creo que sea capaz de decirme nada. Sigue moviéndose poco a poco, algo indeciso al principio, pero más seguro a medida que pasa el tiempo. Y de esa misma forma, lo que antes era dolor, ahora es puro fuego. Quiero más, más rápido y más fuerte, pero Elian se niega a forzarme. Mantiene ese ritmo cadente y enloquecedor hasta que lo veo sudar de manera alarmante. Solo entonces, deja de lado la consideración y, cerrando los ojos, empieza a moverse con mayor soltura. Echo la cabeza hacia atrás sobre la almohada y me dejo llevar con cada embestida, sintiendo que se me va formando una bola de energía en el punto exacto donde me da.

Elian arremete con mayor fuerza hasta que, en medio de un alarido que quería ser mi nombre, se deja caer sobre mí y me lleva a lo más parecido a la gloria celestial. El dios Elian me ha llevado a su cielo particular. Y estoy, literalmente, en las nubes.

Capítulo 31

Cuando abro los ojos, lo primero de lo que soy consciente es de que estoy tumbada. Al estirarme, me doy cuenta de que únicamente estoy tapada con una sábana blanca. La aprieto contra mí y, justo en ese momento, algo se mueve a mi lado. Giro la cabeza y veo a Elian tumbado bocabajo, con la cabeza apoyada en la almohada, la boca entreabierta, un brazo sobre mi cintura y la sábana cubriéndolo hasta la cadera. Y está igual que yo: total y completamente desnudo. Los ojos se me abren al máximo y me llevo una mano a la boca. Acabo de recordar lo que ha pasado hace... ¿cuánto? ¿Una hora? ¿Unos minutos? No lo sé. No recuerdo a qué hora nos metimos en su habitación, no estaba pendiente precisamente del reloj de la mesita de noche. Elevo un poco la cabeza y veo que son las diez y media.

De pronto, escucho ruidos. Mis ojos viajan hasta la puerta. Está cerrada. Frunzo el ceño de inmediato. No recuerdo que cerráramos la puerta. Me muerdo el labio inferior y me deslizo por la cama lo más sigilosamente posible. Me voy a la maleta y busco un segundo pijama, pero no lo encuentro. Así que mi hipótesis es esta: Jonathan debe de haber llegado, haberse encontrado el percal, haber cerrado la puerta y, por tanto, haberme imposibilitado el ir al baño de puntillas para vestirme. Porque estoy segura de que mi ropa sigue allí... Ay, Dios mío...

¿Y ahora qué hago? No puedo imitar lo que hacen en las películas: quitar la sábana de la cama y enrollarme en ella. No. Dejaría a Elian sin nada. Bueno, tiene el edredón, pero no es lo mismo. Entonces, una idea se me viene a la cabeza. Miro hacia el armario y me voy derechita al mueble. Me agacho y abro el

cajón de donde Elian sacó antes las mantas. Allí están, dobladas (todo lo bien que podrían estarlo, viniendo de Elian). Cojo una y la despliego. Me cubro el cuerpo con ella y me doy por satisfecha. Me voy a los pies de la cama, cojo la toalla caída en el suelo (si Jonathan está aquí, no quiero que me vea con una toalla, es demasiado... en fin...) y abro la puerta con cuidado. Esta cruje cuando llega al tope de la pared. Me giro parcialmente y veo cómo Elian se remueve en la cama como un niño pequeño y se pone bocarriba, dejando la sábana justo en el borde del precipicio. Aunque, bueno, precipicio no sería la palabra exacta, más bien sería...

Calla, Keira, que estás más guapa.

Sacudo la cabeza y me asomo. Jonathan está en el salón, ojeando un libro mientras se lleva a la boca la cena que he preparado. Trago saliva al momento y termino de salir, pegada a la pared y rezando para que no se dé cuenta de estoy aquí. Me pongo de puntillas y empiezo a dar pasitos hacia la izquierda. Uno... Dos... Tres... La madera cruje. Me encojo y cierro los ojos al momento.

—¿Keira? —Oigo la voz de Jonathan llamándome.

Suspiro y abro los ojos. Mi amigo me está observando con la vista desencajada y el rostro rojo como un tomate. Desvío la mirada.

—Hola —musito—. Voy al baño... a por mi...

—Sí, vale, vale.

Intento sonreír, pero me sale una mueca extraña. Casi me voy corriendo al cuarto y me encierro en él. No me quedo mucho tiempo allí, solo lo justo para asearme y vestirme. Me echo la manta sobre el brazo y salgo del cuarto de baño, respirando hondo. Paso junto a la puerta de la habitación de mi amigo y, cuando llego a la de Elian, la cierro (él no se ha movido de la cama) y me dispongo a enfrentarme a un interrogatorio.

Inspiro con fuerza y me giro. Jonathan está mirándome.

—¿Está buena la cena? —le pregunto, deseando que diga que sí y yo pueda darle la receta.

Me siento en el sillón y dejo la manta en lo alto del respaldo.

—Sí —responde, para mi alivio; pero cuando me dispongo a contarle la historia que se me ha ocurrido, él desvía los ojos un segundo antes de encararme con decisión, lo que me echa un pelín hacia atrás—. ¿Estás bien?

—¿Por qué lo preguntas?

Otra vez veo cómo el color tiñe sus mejillas. Trago saliva, incómoda y nerviosa.

—Si es por... —empiezo a decir, aunque se me traba la lengua y tengo que

comenzar de nuevo—. Si es por lo que hayas podido ver...

—No he visto nada —me asegura, dejando el tenedor en el plato y entrelazando sus dedos—. Estabais dormidos cuando llegué, solo he cerrado la puerta, te lo juro.

—Te creo —le prometo con rapidez—. Hemos sido unos desconsiderados, lo siento.

—No, no, tranquila. —Me sonríe, ansioso—. Solo quería saber si estabas bien, aunque... —me señala de arriba abajo— por lo que puedo ver, estás perfectamente.

Le sonrío levemente y asiento un poco.

—Gracias por preocuparte.

Después de eso, nos pusimos a hablar de tonterías mientras yo cenaba mi parte. Cuando dieron las once y cuarto, Jonathan se fue a dormir y yo me dispuse a recogerlo todo. Ahora, en la cocina, a solas, no dejo de pensar y recordar lo sucedido hoy. Ha sido un día agotador, pero me siento con más energía que nunca. Me siento capaz de todo, incluso de levantarme mañana más temprano que de costumbre y pillar a Gal en el apartamento antes de que se vaya a clase. Sé que, si lo hago, Melissa me matará por despertarla antes de tiempo, pero me da igual. No pienso dejar que esto nos separe a mi amiga y a mí. Además, no le he devuelto las llamadas a Mel y eso debe estar causando destrozos en la zona controladora de su cerebro.

Está decidido. Mañana iré a mi apartamento a arreglar las cosas. Si lo consigo, todo son ventajas. Elian recupera su espacio, Jonathan recupera el suyo, nosotras tres volvemos a estar juntas, y yo regreso a la que debe ser mi casa durante los próximos cuatro años. Aunque, sí que es verdad que echaré de menos encontrarme a Elian a mi lado en la cama cada vez que abra los ojos, pero supongo que eso tiene fácil solución. Con venirme aquí a dormir los fines de semana tengo suficiente. Claro está, con su permiso, si bien dudo que no me lo vaya a dar después de lo que hemos hecho.

Con suspiro, guardo los cubiertos fregados en su sitio y me giro para salir de allí. Pero no puedo. Doy un salto al encontrarme a Elian apoyado en el umbral de la entrada a la cocina, con los ojos azules brillando en la penumbra del apartamento, los brazos cruzados sobre el pecho desnudo (indemne al frío de la noche) y una media sonrisa a la que nunca diría que no. Me llevo una mano al pecho y respiro hondo para tranquilizar mi respiración.

—Dios, Elian... Deja de darme esos sustos —murmuro sin querer molestar a Jonathan.

—Lo siento —se disculpa, pero no borra la sonrisa; no, no lo siente en

absoluto—. Estabas tan concentrada que no he querido molestarte.

Suspiro y niego con la cabeza.

—¿Quieres cenar? —Mejor que me lo diga ahora y no dentro de un rato.

—Claro. A la comida nunca se le dice que no. —Y su voz tiene un timbre de entusiasmo tan infantil que mi corazón empieza a dar vueltas de campana dentro de mi pecho.

Se me escapa una sonrisa y me vuelvo para calentar su plato en el microondas.

—Da gracias a que hice la cena antes de bañarme, sino ahora no tendrías nada que llevarte a la boca. —En cuanto lo digo, siento que me sonrojo a pasos agigantados porque, después del baño, vino lo que vino...

—Cierto —admite; en zancada y media llega hasta mí y apoya la barbilla en mi hombro derecho—. Es una ventaja tenerte aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Pasa una mano por entre mi cuerpo y mi brazo derecho y me enseña la mano.

—Primero —alza un dedo—, siempre hay comida hecha. Segundo —levanta otro dedo—, la comida está buenísima.

—Vaya, gracias, qué considerado...

—Y tercero —prosigue, ignorando mis palabras; esconde los dos dedos y pega su mano a mi cintura—, no tengo que esperar más de doce horas para verte de nuevo.

El microondas se apaga y suenan un par de pitidos antes de abrirlo y sacar el plato con la comida caliente. Me muerdo el labio inferior y pongo el plato sobre la encimera.

—La cena está lista —musito, ladeando un poco la cabeza en su dirección—. ¿Quieres algo más?

—Sí —susurra, con la boca pegada a mi oreja—. Te quiero a ti.

—Eso no cuenta, no soy comestible...

—Eso es discutible —repone Elian, haciéndome cosquillas con su aliento y la punta de la nariz.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de contenerme para no echar el plato a un lado y subirme a la encimera para estar a su altura y buscar su boca sin problemas. Abro los ojos y me mantengo firme. Cojo el plato con las dos manos y me giro para ponérselo ante los ojos.

—A cenar. —Sonrío y espero a que coja la comida de mis manos—. Yo me voy a dormir ya, ¿vale? Estoy cansada y mañana tenemos clase.

Elian coge el plato y me observa mientras busco los cubiertos y se los pongo encima del plato.

—¿Estás huyendo de mí? —me pregunta, muy serio; tanto que hasta me asusta.

Dejo de ir de un lado para otro y me planto frente a él.

—No. No estoy huyendo —le aseguro con suavidad, acariciándole la mejilla —. Pero necesito alejarme de ti un poco o tendrás que usar la cena de desayuno.

Sé que lo que acabo de decir es una proposición indecente en toda regla. Pero es una demostración para que veáis cómo me siento: poderosa, fuerte y atrevida. Lo dicho: capaz de todo. Elian esboza una sonrisa y noto en sus ojos cómo el miedo se va disipando poco a poco.

—Si es lo que quieres... —empieza a decir, haciéndome reír.

—No, no. Tienes que cenar —insisto, pegándole el plato al pecho—. Mañana quiero pasarme por mi apartamento antes de ir a clase. Está en la misma dirección, así que solo tengo que desviarme un poco.

—¿Estás segura de que quieres ir? —me pregunta, preocupado—. No sabes de qué humor estará Gal.

Me encojo de hombros y ambos comenzamos a salir de la cocina. Espero a que Elian se siente en su sitio y empiece a comer antes de contestarle.

—Gal es un poco impredecible, pero creo que podré manejarla estando sobria.

—¿Y quién dice que vaya a estarlo? —bromea Elian, metiéndose el tenedor en la boca.

Me río y le golpeo el hombro.

—No mentes ruina —lo riño—. Es mi amiga ante todo, no quiero que esté enfadada conmigo por... —Me muerdo la lengua antes de seguir.

—Por mi culpa —completa Elian, asintiendo—. Lo es, no me digas que no.

No puedo decir nada. Tiene razón, pero soy incapaz de reprocharle algo. Bueno, sí, que no cortara con Gal antes de empezar conmigo. Aunque eso ahora carece de importancia. Lo único que quiero es recuperar a mi amiga.

—Keira —me llama Elian; salgo de mis pensamientos, lo miro y él me indica un sitio a su lado para que me siente—, ven, por favor.

Le hago caso y me ubico junto a él. Elian me pasa el brazo por la cintura y me pega a su cuerpo.

—Lo siento —murmura junto a mi oído, sorprendiéndome—. Dije que no quería hacerte daño nunca más, pero he vuelto a joderlo todo.

—No todo es tu culpa —le aseguro, separándome un poco de él y cogiéndole

el rostro entre las manos—. Yo también soy responsable de esto. Tendría que haberme mantenido firme cuando me pediste salir ese día, pero contigo las cosas nunca han salido como tendrían que haberlo hecho. —Le sonrío para que vea que no me arrepiento de casi nada—. Este ha sido el mejor mes de toda mi vida. No lo cambiaría por nada. —Elian frunce el ceño; no se lo cree—. Te lo prometo. Sabes mi historia, sabes por lo que he pasado y todavía no confías en lo que te digo.

—Sí lo hago... —empieza a protestar, pero yo le pongo un dedo en los labios y guarda silencio de inmediato.

—No, Elian. Sé que piensas que no puedes ser querido por nadie, que nadie se acordará de ti de aquí a unos años. Fue por eso por lo que me pediste al principio de todo que no te olvidase, ¿verdad? —adivino, recordando la escena cerca de mi apartamento—. Eres inolvidable, Elian. Las personas que te quieren de verdad, como yo o como Jonathan, no podremos olvidarte nunca. No importa las veces que nos hagas daño. Cuando una persona te marca como lo haces tú... bueno, es imposible borrarla de tu memoria.

Los ojos de Elian se humedecen, ante mi asombro. Alza una mano y me acaricia la cara y el pelo con la yema de los dedos. Me acerco a él y le doy un beso corto y casto en los labios. En ese instante, noto el sabor salado de una de sus lágrimas. Me separo de él y le seco el reguero de agua tibia mientras coge aire por la boca con esfuerzo.

—No llores —le pido con un susurro—. No estás solo, Elian.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —solloza sin esconderse y sin dejar de mirarme a los ojos a través de las lágrimas.

Sonrío un poco más y le agacho la cabeza para besarle la frente.

—Eso no importa —murmuro—. Solo importa lo que siento por ti. Solo quiero que me creas y que no te eches la culpa de todo lo malo que me pase. —Vuelvo a mirarlo a los ojos y le seco más lágrimas con los dedos—. Me encanta este Elian, el verdadero Elian. Podrías haber sido un gilipollas auténtico después de todo lo que has pasado.

—No, solo soy capullo y medio —dice, haciéndome reír.

—¿Ves? —digo entre risas—. ¿Cómo voy a olvidarme de ti si me haces carcajear incluso mientras lloras?

Vuelvo a reírme y él me acompaña un poco. Es un momento lleno de paz. Elian tiene que encontrar su paz interior, sentirse a gusto consigo mismo. No sé cómo, pero debe hacerlo. Mientras lo consuelo y le doy de cenar (porque, claro, el niño está sensible y no puede comer solito), le pido a Dios desde lo más profundo de mi corazón que ayude a Elian a encontrarse a sí mismo y a quererse,

como mínimo, igual que lo quiero yo.

Capítulo 32

Abro los ojos cinco minutos antes de que suene el despertador de mi móvil. Fijo mi mirada en el techo durante unos segundos antes de respirar hondo y levantarme con rapidez de la cama. No quiero fijarme en cómo duerme Elian en su lado de la cama, porque sé que entonces no tendré valor de irme a ninguna parte. Cojo mi ropa de la maleta y salgo de la habitación hacia el cuarto de baño. Una vez dentro, lo hago todo de forma mecánica. Me ducho, me seco, me peino, me visto, cojo mi ropa sucia y salgo del baño en apenas media hora. Vuelvo a entrar en la habitación de Elian y veo que se está estirando en la cama. Cuando me ve llegar con la ropa en los brazos, ya completamente vestida, alza una ceja, serio.

—¿Adónde vas? —pregunta con voz somnolienta, mientras se quita el flequillo de los ojos y se endereza sobre el colchón.

—Quiero adelantarme —le informo, dejando el pijama bien puesto sobre la maleta para que no se arrugue demasiado—. Necesito ir al apartamento.

Elian no me responde. Me giro hacia él y lo veo ya sentado en la cama con los pies posados en el suelo. Está inclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, analizándome con esos ojos azules tan intensos. Le sonrío de la forma más tranquilizadora de la que soy capaz y me acerco a él para darle un beso corto en los labios.

—Voy a preparar el desayuno, ¿vale? —Me alejo de él en dirección a la puerta—. Vístete.

Y salgo de la habitación antes de que se le ocurra protestar. Nada más

hacerlo, veo a Jonathan que deja su cuarto, restregándose los ojos con el dorso de una mano.

—Buenos días —lo saludo, animada.

Parece que le cuesta reaccionar unos segundos antes de pegar un salto y enderezarse frente a mí, rojo como un tomate.

—Bu... Buenos días, Keira...

—Ni que hubieras visto un fantasma —me burlo, entrando en la cocina—. Voy a preparar el desayuno. ¿Quieres algo en especial?

—No... —Escucho que me responde desde el salón.

—Vale.

Hago rápidamente unos huevos, unas tortitas y unas tostadas. Lo pongo todo bien en sus respectivos platos y los llevo a la mesa del salón. Jonathan está tirado sobre el sofá con la cabeza escondida debajo del brazo derecho. Me río y niego con la cabeza.

—Se te va a enfriar —le aviso.

Él saca un poco la cabeza de su escondite y asiente.

—Gracias —musita, bostezando.

Yo le sonrío y me vuelvo a la cocina para echar leche en los vasos. Caliento el de Elian en el microondas y lo llevo al salón. Me siento en el sillón sin decir nada más y empiezo a desayunar a toda prisa. Veo por el rabillo del ojo que Jonathan se está quedando a cuadros y me entra la risa floja junto a un ataque de tos.

—Karma. —Oigo una voz a mi derecha.

Me giro sin dejar de toser y veo a Elian saliendo de su habitación.

—Eso te pasa por reírte de él. —Señala a Jonathan con un dedo y yo niego con la cabeza.

Sigo a Elian con la mirada mientras le da un empujón a mi amigo para que le deje sitio en el sofá.

—No me estaba riendo de él —consigo responder tras beber un trago de leche—. Me estaba riendo de la cara que tenía puesta.

—Comes como si no lo hubieras hecho en diez días —interviene Jonathan, todavía en estado de shock—. Nunca te había visto comer así.

—Es que tengo prisa —le respondo, terminándome la leche—. Te veré en clase, ¿vale?

Me levanto de un salto y llevo mi vaso a la cocina. Siento los dos pares de ojos fijos en mi espalda mientras me muevo de un lado para otro. Me cepillo los dientes a toda prisa, me calzo los zapatos y cojo mi abrigo. Ya estamos en noviembre y hace bastante frío. Parece que el invierno tiene ganas de llegar.

—Me voy —les informo, ajustándome los botones de mi abrigo gris—. Os veré en clase.

Estoy a punto de salir cuando oigo la voz de Elian reclamándome de nuevo.

—¿No te olvidas de algo?

Frunzo el ceño y doy dos pasos hacia atrás. Me giro y lo miro, confusa.

—¿El qué?

Pone una expresión de molestia falsa absoluta y desvía la mirada, como si estuviera enfadado.

—Si te lo tengo que pedir, ya no lo quiero.

Me echo a reír, apoyándome en la pared.

—Lo siento, pero ayer tuviste suficientes besos para el resto de la semana.

Se vuelve hacia mí, frustrado. Se pone de pie y me señala con un dedo.

—¡Pero esos eran los del fin de semana!

Le guiño un ojo y vuelvo a caminar hacia la puerta.

—Hasta luego, Elian.

Y tal y como vengo haciendo desde que me levanté, desaparezco antes de que tenga oportunidad de decir nada más. Sé que es capaz de salir del apartamento y buscarme escaleras abajo, así que, nada más cerrar la puerta tras de mí, salgo corriendo por las escaleras. Creo escuchar una maldición en los pisos de arriba cuando llego a la planta baja, pero no sé si me lo he imaginado o no. Sea como sea, tengo que apresurarme si quiero llegar al apartamento con tiempo suficiente para ir luego a clase.

Nada más salir, me encuentro en un barrio poco poblado, con varios bloques de pisos similares al de Elian a ambos lados. Frente a mí hay una calle que desciende hasta una plaza, donde veo una parada de autobús. Sé que debería haberle preguntado a Elian cuál coger, pero dado que me dijo en su día que va andando a clase, no estaba muy segura de si debía consultarle. Como veo que es el único camino en dirección a la universidad, cruzo la calle y bajo pegada a la acera de la derecha hasta llegar a la plaza.

En cuanto llego a la parada, busco el plano con el recorrido del autobús. Únicamente, hay una línea coloreada que recorre las calles de la ciudad, así que solo debe de parar un autobús aquí. Tengo que esperar unos diez minutos a que llegue y me da la impresión de que al conductor no le apetece mucho estar por esta zona. Sin embargo, cuando me ve, pone su mejor sonrisa y me saluda con amabilidad. Tomo asiento junto a la puerta de salida y el autobús se pone en marcha.

A medida que avanzamos, descubro calles con un aspecto parecido al de la que he recorrido hasta ahora. El barrio de Elian queda atrás para dar paso a unos

bloques de pisos con mejor aspecto, en cuyos soportales hay tiendas y algún que otro restaurante. Poco a poco, voy reconociendo algunas calles. Atisbo de lejos la avenida que da al local de la fiesta de Halloween. Trato de no pensar demasiado en esa noche para que no me invada la cobardía a la hora de enfrentar a Gal. No sé de qué humor estará y prefiero no especular al respecto.

Finalmente, cuando el autobús ya está algo más lleno que cuando me monté, pulso el botón para pararme cerca de donde vivo. Las puertas se abren cuando el motor se para y bajo del vehículo, retorciendo el asa de piel falsa del maletín entre mis manos. Alzo la mirada hacia el edificio donde se encuentra mi apartamento. Respiro hondo, me muerdo el labio inferior y doy el primer paso en dirección a la puerta. Saco mis llaves del bolsillo delantero de mi maletín e introduzco la correcta en la cerradura. Giro y el familiar sonido de la puerta abriéndose me pone aún más nerviosa. Entro sin esperar nada más y pulso el botón del ascensor.

En cuanto llega, entro y le doy al número de mi planta. Subo en silencio, con los ojos cerrados, hasta que el ascensor se para y las puertas metálicas se abren por completo. Salgo del habitáculo y me dirijo hacia mi puerta. Me tiemblan las manos y el corazón se me va a salir del pecho. ¿Y si Gal realmente ha quemado las pocas cosas que me dejé aquí? ¿Y si no quiere hablar conmigo? ¿Y qué pensará Melissa de todo esto? Al fin y al cabo, ella estaba al tanto de mi relación con Elian..., de cierta manera. No porque yo le contara nada, sino porque ella misma me descubrió un día mientras hablaba con él por teléfono. Me arrinconó y esperó a que confesara, pero yo evadí como pude sus preguntas. Aun así, Melissa entendió que no quería que se supiera nada para no hacer daño a Gal.

Vaya manera de dar al traste con todos mis esfuerzos... No pienso volver a beber alcohol de nuevo en mi vida.

Al llegar a mi puerta, miro la llave, atacada. ¿Y si me escucha entrar y blinda la puerta para que no pase? Keira, ves demasiadas películas de acción... Como sea. Respiro hondo por trillonésima vez y meto la llave en la cerradura. Espero unos segundos para ver si escucho algo al otro lado, pero no se oye ni el vuelo de una mosca. Me mojo el labio inferior con la lengua y abro la puerta sigilosamente.

Nada más entrar, me encuentro con el pequeño pasillo que da a la cocina y al salón completamente a oscuras. Cierro con cuidado a mi espalda y me meto la llave en uno de los bolsillos del abrigo. Avanzo de puntillas, conteniendo el aliento de manera que no se me escuche respirar siquiera. No estoy muy segura de lo que hacer ahora. Tengo la impresión de que estas dos siguen dormidas. Sin embargo, algo me dice que lo primero que debo hacer es despertar a Melissa, mi

único apoyo en este piso de estudiantes. Me meto en el pasillo de las habitaciones y me voy hacia la de Melissa, pasando por delante de la de Gal. Abro la puerta y veo a Mel despatarrada en la cama, con la boca abierta, el pelo totalmente desordenado sobre la almohada y la persiana bajada por completo, de manera que el único haz de luz tenue que entra en el cuarto es la que emana de la entrada, donde estoy apoyada.

Me meto con pasitos ligeros dentro del cuarto y cierro la puerta tras de mí. Estoy completamente a oscuras, pero conozco bien su habitación. Me voy hacia la mesita de noche, donde veo un libro sobre... ¿¡Kamasutra!? Me llevo una mano a la boca para contener un gritito de sorpresa. Siento que voy enrojeciendo por momentos al recordar mi noche con Elian. No, no. Debo concentrarme. Suspiro y desvío la mirada del dichoso libro, no sin antes darle la vuelta para no ver la portada con el título escrito en rojo.

—Melissa —susurro, acercándome a mi amiga—. Melissa.

Mi amiga se retuerce sobre sí misma dentro de la cama, pero no me hace ni puñetero caso. Está sopa. Me armo de paciencia y dejo mi maletín en el suelo, junto a la mesita de noche. Le pongo las manos encima de un hombro y la sacudo para despertarla.

—Mel —insisto, alzando un poquito más la voz—. Melissa, por tu madre, despierta.

—¿Eh? —farfulla, entreabriendo un ojo—. A mi madre ni tocarla.

—Despierta, tonta —añado, sonriendo levemente; echaba de menos su humor —. Estoy aquí.

Parpadea unas cuantas veces y se hace pantalla con una mano para que la luz de la lamparita no la ciegue por completo.

—¿Keira? —pregunta, sin poder creerlo del todo—. ¡Keira!

Extiende sus brazos hacia mí y me tira encima de ella. La estoy aplastando, pero no le importa, como tampoco le importa el hecho de que me está clavando las costillas en el cuello y apenas puedo respirar.

—Ay, amiga, cuánto te he echado de menos...

—Y como no me sueltes, más me vas a echar —mascullo, boqueando como un pez—. Me estoy asfixiando, Mel...

—Lo siento —se disculpa, aflojando un poco el agarre y permitiéndome ponerme derecha para mirarla a los ojos—. Es que... ya pensaba que no volverías... —confiesa, secándose de forma dramática un ojo.

Suspiro y borro la sonrisa.

—¿Sabes todo lo que pasó el sábado?

Melissa asiente con la cabeza, apenada.

—Gal me lo ha contado. Sebastian y Mike tuvieron que retenerla para que no fuera tras vosotros. Estaba hecha una furia cuando por fin pude hablar con ella.

—¿Nos visteis? —pregunto, algo sorprendida.

—Desde lejos —admite Melissa—. Estaba vigilando cómo te sentaba el tequila. Y veo que no demasiado bien...

—No tendría que haber bebido —admito, agachando la cabeza—. Estaba cabreada por... No importa.

—Sí importa —insiste Melissa, cruzándose de piernas y cogiéndome el rostro con sus dos pequeñas manos—. Eres como mi hermana. Me importa todo lo que te pase. Elian se comportó como un estúpido esa noche, pero al menos te ofreció su casa.

Alzo una ceja.

—¿Sabías dónde estaba?

—¡Claro que lo sabía! —responde, molesta, retirando sus manos de mi cara —. Elian le envió un mensaje a Sebastian para que me lo dijera. Y a Mike también, por si Gal preguntaba. Pero yo quería hablar contigo. Por eso te llené el móvil de mensajes y llamadas.

—No los leí —confieso, sintiéndome un poco culpable—. No quería... que...

—Me pusiera a preguntar —finaliza mi amiga, sonriéndome—. Lo sé. Pero después de lo que vi, no te habría preguntado más que lo necesario: «¿Estás bien?, ¿necesitas algo? Aquí me tienes si me necesitas». Eso es lo que te habría dicho.

Suspiro y esbozo una media sonrisa, avergonzada.

—Lo siento mucho —murmuro, mirando a mi amiga por detrás de mi pelo.

—Tranquila —me asegura Melissa, cogiéndome las manos y apretándolas con las suyas—. Solo espero que Elian te haya tratado como te mereces.

—Lo ha hecho —le prometo, y los recuerdos de la noche del sábado llegan a mí como un tsunami, arrasando con cualquier pensamiento lógico y racional—. Ha conseguido que... desconecte por un tiempo. Antes de venir aquí.

—Ajá... —Melissa me guiña un ojo—. Con que desconectarte... Sí, sí... Ya veo...

—Mel, por favor. —Tomo un cojín del escritorio y me tapo la cara con él—. No sigas por ahí.

Mi amiga suspira teatralmente.

—Ay, mi querida Keira. ¿Cómo no voy a seguir con eso si estoy deseando que me cuentes los detalles de tu primera vez?

—¡No! —exclamo; muerdo el cojín de inmediato al darme cuenta de que he

levantado demasiado la voz—. No —repito en un susurro esta vez—. No pienso contarte nada. Me da miedo lo que puedas hacer con esa información.

Le señalo con los ojos el libro, vuelto del revés, y ella se echa a reír.

—¿Qué? Una tiene que prepararse para todo. Hay que estudiar todas las posibilidades.

—Pobre Sebastian...

—¡Para nada! Él está encantado con mi... participación.

—¡Dios! Cállate ya, no quiero seguir oyendo nada de esto.

Melissa se echa a reír y asiente.

—Vale, como quieras. En ese caso... —Me mira fijamente sin dejar de sonreír —. ¿Qué haces aquí?

Mis ojos se fijan en los de mi amiga. Inspiro con fuerza y suelto el aire poco a poco por la boca.

—Quiero hablar con Gal. —Melissa asiente, desviando los ojos hacia la puerta—. No soporto estar así con ella y quiero volver aquí.

—¿Por qué? —inquiere mi amiga, mirándome de nuevo—. ¿Acaso no quieres despertarte con Elian todos los días?

—Sí —confieso, confusa—. Pero también quiero dormir aquí, con vosotras. Siento que, si me quedo allí con él, lo estaré molestando y provocándole un gasto innecesario. Demasiado tiene que cargar ya por sí mismo...

—Jonathan no te lo ha contado, ¿verdad?

Aquella pregunta me desconcentra por completo. Esto no está saliendo como yo quería. Yo pretendía entrar en el cuarto de Melissa, despertarla y, rápidamente, convencerla para que me ayudara a recuperar la amistad con Gal. Idear un plan que pudiera usar en el ratito que tengo antes de ir a clase. Sin embargo, que Melissa me diga que Jonathan me ha estado ocultando algo importante me deja intrigada y un tanto asustada. Si es tan importante, ¿por qué no me lo ha dicho?

—¿Qué cosa? —pregunto, temerosa.

—Elian está buscando trabajo —me informa Melissa—. Todavía no ha encontrado nada, pero está en ello. Se puso con el tema hará un par de semanas. Dijo que no quería ser alguien de quien te avergonzaras.

Bajo el cojín y lo dejo sobre mis piernas.

—¿Cómo...? ¿Cómo puede decir eso...?

—Eso tendrás que preguntárselo tú luego. Si quieres, vaya. Pero yo te aconsejo que te lo guardes hasta que Elian te diga que ha conseguido un trabajo en algún sitio. Así no pones en evidencia a Jonathan.

—Todos lo sabíais menos yo...

—No —repone Melissa antes de que yo empiece a divagar—. Solo lo sabemos Gal y yo. Y ahora, tú. Sebastian y Mike creen que le está dedicando más tiempo a estudiar, pero no es así. De hecho, está estudiando menos para poder encontrar algo.

Me llevo una mano a la boca y empiezo a hacer como que me muerdo las uñas, sintiendo cómo los engranajes de mi cerebro empiezan a hacer horas extra.

—¿Gal lo sabía? —repito, analizando la frase; Melissa asiente levemente con la cabeza—. ¿Crees que fue por eso por lo que se enfadó? ¿Porque es por mí por quien Elian está buscando un trabajo y no por ella?

—Para nada —repone mi amiga, haciendo un gesto con la mano—. Gal siempre ha creído, desde su último novio, que ningún tío podría jugársela. Tampoco se le pasó por la cabeza que Elian estuviera tras de ti. Está más enfadada porque no se lo dijiste, porque no confiaste en ella, que por otra cosa.

—Pero... —empiezo a protestar.

—Lo sé, lo sé —me interrumpe Melissa, poniéndome los dedos sobre los labios—. Ya sé lo que me vas a decir. Pero eso ella no lo sabía. Piensa que has traicionado su confianza, su amistad. De alguna manera, le da igual que estés con Elian, aunque cree que te hará lo mismo que le hizo a ella.

Siento como si mi pecho se ensanchara y el aire pasara con mayor fluidez por mis pulmones. La idea de que mi amiga estuviera enfadada por haberle quitado el novio se me antojó cómica, incluso. Eso era lo que yo había estado pensando y me estaba equivocando de cabo a rabo. Gal no estaba herida porque Elian se hubiese enamorado de mí y no de ella, sino porque no le había confesado mis sentimientos desde el principio, negándoselo a la cara cuando me lo preguntó directamente aquella tarde de confesiones.

—Dios mío... —suspiro, notando que los ojos se me humedecen poco a poco.

Veo que Melissa sonríe con ternura y se inclina hacia mí para estrecharme entre sus brazos. Quito el cojín de en medio y dejo que me abrace, consolándome. Soy como una niña pequeña ahora mismo. Lo único que quiero es que Gal y yo hagamos las paces, y ahora que sé lo que la impulsó a gritarme y a pegarle a Elian el sábado, siento que tengo una nueva esperanza. Una nueva posibilidad de reconstruir la confianza que Gal depositó en mí. Sé que será imposible que acepte a Elian, pero al menos quiero que siga a mi lado, que no me rechace de nuevo.

—Vas en serio, ¿no, Melissa? —murmuro en medio de un sollozo.

—Totalmente en serio.

Frunzo el ceño. No he notado la vibración del pecho de mi amiga. Es más, esa voz no le pertenece a ella.

Me separo de Melissa y fijo mis ojos llorosos en la puerta. Mi otra amiga, Gal, está cruzada de brazos y apoyada en el umbral de la puerta. No me he dado cuenta de que esta se había abierto ni de que ella estaba allí. Al verla, tengo más ganas de llorar.

—Gal...

Capítulo 33

Gal chasquea la lengua con fastidio mientras yo no dejo de lloriquear sobre Melissa. Mi amiga entra en la habitación, coge la silla del escritorio y se sienta frente a nosotras. Se cruza de piernas y brazos y me mira con desdén y diversión pintados en sus impactantes ojos.

—Creía que no ibas a volver después de lo que te dije —observa Gal, alzando una ceja.

Me muerdo el labio inferior y sorbo por la nariz mientras me seco las lágrimas con el dorso de la mano derecha.

—No estaba segura de lo que me harías si venía —confieso en voz baja, sintiendo las manos de Melissa acariciándome los brazos a modo de consuelo—, pero soy incapaz de estar enfadada con una de mis dos únicas amigas.

Mis palabras parecen tener efecto en Gal, porque desvía la mirada y se remueve sobre la silla, incómoda. Inspiro con fuerza y me acerco un poco a ella, lo suficiente para seguir manteniendo el espacio personal de Gal intacto al tiempo que tanteo el terreno con mi cuerpo. Es como cuando un perro quiere comer la comida de otro, pero no sabe si va a atacarlo o no y se va aproximando poco a poco, con timidez. Yo soy el perro que quiere comer y ella, la que protege la comida.

—¿De verdad estás enfadada... por lo que ha dicho Melissa? —murmuro, temerosa.

Los ojos de Gal giran hacia mí y me atraviesan de parte a parte durante unos segundos.

—Me has oído hace un momento —responde, eludiendo la pregunta directa —. No voy a repetir las palabras de Melissa.

Suspiro y junto mis manos sobre mi regazo, entrelazando los dedos. Fijo mi mirada en ellos, pensativa.

—No quiero que sigas enfadada conmigo —comienzo a decir con un hilo de voz— y tampoco quiero que te cabrees aún más por lo que te voy a decir ahora, pero... —Alzo la mirada y encaro a Gal—. Yo no tengo toda la culpa de todo esto.

—Lo sé —repone mi amiga, cogiéndome por sorpresa; a mi lado, Melissa frunce el ceño, tan intrigada como yo—. Ese imbécil de Elian...

—No —la interrumpo al momento, consciente de lo que va a soltar por la boca—. No. No hablo de él. Hablo de ti.

El giro en la conversación desata un torrente de emociones en el rostro de Gal, entremezclándose de tal manera que no consigo distinguir una de otra.

—¿De mí? —repite ella, confundida y anonadada—. ¿Qué he hecho yo, a ver?

—Si no fueras tan cerrada y si no dieses tanto miedo cuando te decimos las cosas a la cara, yo quizá no me habría callado lo que siento por Elian y, tal vez, las cosas habrían salido de otra forma —suelto a toda prisa, a sabiendas de que lo que digo puede tener un efecto u otro en Gal—. Es decir, si yo hubiese podido confiarte sin miedos mis sentimientos, tú quizá habrías comprendido por qué te dejó Elian y no tendría que haberte ocultado mi relación con él.

»De hecho —sonrío un poco, aliviada conmigo misma al darme cuenta de que lo que digo es verdad—, él cortó contigo para no hacerte más daño del que te estaba haciendo el declarárseme y al tontear conmigo. Es el único tío que sé que ha hecho las cosas en condiciones contigo. ¿No cuenta ese gesto para nada?

—Si estás intentando que deje de odiar a Elian con todas mis fuerzas...

—No estoy intentando nada de eso. Yo vengo a solucionar mi relación contigo, no la suya contigo. Eso es cosa vuestra, aunque la verdad es que me facilitaría mucho la vida que una de mis mejores amigas y mi novio se llevasen bien.

—Ya tienes a Melissa para eso.

—Pero me faltas tú —insisto—. Aun así, mantengo lo dicho. Tu relación con Elian es cosa tuya. No puedo meterme ahí.

Guardo silencio a la espera de que Gal reaccione de alguna forma. Me observa, me analiza con la mirada, pero no como lo hacía antes. Sus hombros no están tensos y la pierna que tiene sobre la otra se ha relajado visiblemente. Ha dejado caer sus brazos sobre su regazo y su pecho sube y baja a una velocidad

más normal. Tengo la impresión de que le va a salir humo de la cabeza, con sus engranajes trabajando a toda máquina. Miro a Melissa, a mi lado, pero ella no dice nada. Creo que quiere dejar que Gal decida por sí misma. Me gustaría que añadiera algo a todo lo que he dicho, aunque no sería justo para ella. Ya tiene suficiente con saber que Gal me ha echado del apartamento.

Pasan lo que me parecen horas hasta que, con un largo suspiro, Gal echa la cabeza hacia atrás y mira al techo.

—Odio admitirlo —dice, bajando la cabeza y mirándome con una media sonrisa—, pero tienes razón. Yo tampoco te he puesto las cosas fáciles. No tenía ni idea de lo que pasaba entre vosotros y, a decir verdad, dudo mucho que Elian y yo hubiéramos durado más de un mes.

Le devuelvo la sonrisa, nerviosa.

—¿Significa eso que me perdonas?

Gal vuelve a suspirar.

—Significa que no estoy enfadada contigo, que puedes volver al apartamento sin tener que temer por tu vida y que no he quemado nada de lo que te dejaste aquí.

Melissa chilla a mi lado, dejándome sorda. Da un gran salto en la cama y tira de Gal hacia nosotras. Mi amiga rubia cae sobre ella y sobre mí, aplastándonos con su cuerpo.

—Ay... —llora Melissa, emocionada—. Qué bonita es la amistad...

Veo que Gal pone los ojos en blanco y yo me echo a reír, liberada por fin de una pesada carga. Ha sido un día y medio tan y intenso y largo que se me ha antojado una eternidad. Ahora que tengo a Gal de vuelta a mi lado y que puedo regresar al apartamento, solo me queda un problema por resolver antes de poder continuar tranquilamente mi relación con Elian. Y ese problema tiene nombre y apellidos.

Corinna

La veo llegar a clase, tan sonriente como siempre. Me dan ganas de darle un puñetazo en la cara para borrarle esa sonrisita de niña buena que tiene. Me da asco verla. Desde que llegó a mi vida y a la de Elian, no ha dejado de causarme problemas. Elian es mío y ella se empeña en no darse cuenta. He intentado ser buena, pero ya no soporto más ver cómo *mi* Elian la abraza, la besa y la lleva de un lado para otro de la mano delante de todo el mundo. Él, que podría haberme elegido a mí en vez de a ella, babea como un perrito faldero y besa el suelo que

pisa esa niñata.

Se sienta junto a Jonathan y conversa con él. Algo debe de haberle salido bien, porque no deja de gesticular con las manos animadamente hasta que, en cierto momento, ella y Jonathan se abrazan con fuerza. Ya he intentado jugar un ratito con el primo de Elian y no ha dado resultado. Solo conseguí una discusión sin importancia entre él y la zorrita de pueblo. Sin embargo, creo que puedo seguir usándolo un poquito más. Antes de una semana, esa sonrisa desaparecerá, la luz de sus ojos se desvanecerá y, en menos que canta un gallo, Elian volverá a ser completamente mío.

—Te has cruzado en el camino equivocado, *preciosa* —mascullo, sonriendo y dándole la espalda al tiempo que Elian entra en el aula y se sienta junto a mí.

—Buenos días, Corinna —me saluda, sacando sus cosas de la mochila negra.

Sonrío más ampliamente y hago lo de siempre: le cojo el brazo izquierdo y me pego a él, rozándome descaradamente contra su chaqueta.

—Buenos días, Elian. ¿Has visto a Keira? Está muy pegada a Jonathan, ¿no te parece?

Él se encoge de hombros, quitándose de encima mi brazo, pero no mis pechos.

—Son buenos amigos, es normal.

—Bueno, yo no diría que lo de hace un momento fuera de buenos amigos.

Por fin consigo captar su atención. Sus preciosos ojos azules se vuelven hacia mí por primera vez en el día.

—¿Lo de hace un momento?

Suelto una risita y miro hacia atrás de reojo. Me inclino hacia él al ver que Keira tiene su mirada fija en nosotros. Me contoneo y pego mi boca a su oreja sin dejar de mirar hacia ella.

—Deberías tener cuidado, Elian. Los sentimientos de Jonathan por ella no han desaparecido todavía. Ya sabes... Esas cosas no se olvidan tan fácilmente...

Elian frunce el ceño y se gira parcialmente para encararme. Bien.

—¿Qué estás queriendo decirme?

Encojo un hombro y le guiño un ojo.

—¿Yo? Nada...

—Corinna...

—No quiero ser una chivata ni una acusica —me excuso, sabedora de que mi actitud ya ha sembrado la semilla de la desconfianza en mi dulce y manipulable Elian—. Pero, en fin... Yo que tú, le dejaba las cosas claras a Jonathan. Y, por supuesto, si tienes que hablar con Keira, pues...

—Sentaos todos, por favor.

La voz del profesor me interrumpe en el momento perfecto. Sigo sonriendo a Elian, pero él tiene las manos apretadas sobre la mesa. Bien. Fase uno: completada. Fase dos: iniciando.

Keira

La clase de la primera hora termina por fin. Me estiro en mi asiento y empiezo a recoger mis cosas.

—Me alegro de que todo haya salido bien —comenta Jonathan mientras se echa la mochila a la espalda y se pone en pie—. ¿Cuándo vas a volver al apartamento?

—Pues me gustaría volver esta misma tarde —le digo, levantándome también —. Tengo colada que hacer y quiero deshacer la maleta cuanto antes.

—Entiendo. Te echaré de menos en el piso. Ya me había acostumbrado a ti.

Me echo a reír y le doy un golpe en el hombro. Justo en ese momento, atravesamos el umbral de la puerta, y justo en ese instante, me choco contra algo duro y oscuro. Alzo la cabeza y me encuentro el rostro de Elian a menos de cinco centímetros del mío, serio y furioso.

Frunzo el ceño.

—¿Elian? —Levanto una mano para tocarle la cara—. ¿Estás bien?

Elian me coge la mano antes de que pueda siquiera rozarlo y tira de mí hacia fuera. Pego un gritito, sorprendida, y dejo que me lleve hasta la puerta que da a los jardines del campus. Espero que Jonathan me guarde sitio en el aula siguiente. Mientras, Elian me guía por una serie de caminos poco transitados; se nota por la hierba joven y fresca que crece entre las uniones de los adoquines. Caminamos hasta la parte más alejada, junto al gimnasio en el que entrenan los que estudian Ciencias del Deporte. Rodeamos el edificio de ladrillo visto y, en menos de un segundo, me pega a la pared y me quita el maletín de las manos. Lo tira al suelo junto con su mochila y me acorrala contra el ladrillo. Me coge de las manos y las lleva hacia arriba de mi cabeza, juntando sus caderas con las mías. Estoy apresada e indefensa. El pecho me sube y baja a toda prisa, nerviosa y confundida. Miro a Elian a los ojos unos segundos y es entonces cuando él agacha el rostro y me abre la boca con sus labios.

Empieza a besarme con suavidad, aunque siento su aliento sobre mí a demasiada velocidad. Me lame el labio inferior y yo me dejo llevar. Cierro los ojos y le devuelvo el beso, sacando mi propia lengua y jugueteando con ella. Elian aumenta la fuerza del beso. Jadea contra mi boca mientras recorre mi

interior con la lengua y sujeta mis muñecas con una sola mano, mientras que pone la otra sobre mi cintura y me pega más a él, como si quisiera fundirme con su cuerpo. Y no me importaría. Ahora, en este instante, sería capaz de meterme en los vestuarios del club de Natación y dejar que me hiciera lo que quisiera.

El beso es potente, es ardiente. Me sube la temperatura y siento que el frío de esta mañana de noviembre se derrite al contacto con nuestras pieles. Me muerde el labio inferior y yo gimo contra su boca.

—Eres mía —me susurra, anhelante.

Abro los ojos y me encuentro con la mirada suplicante de Elian, que me desarma por completo, puesto que no refleja para nada lo que me está provocando en el resto del cuerpo.

—Te quiero —añade con voz ronca.

—Y yo a ti...

Cierra los ojos y gime, como si le dolieran mis palabras.

—Elian... —lo llamo entre beso y beso.

Él abre los ojos, pero apenas separa su boca de la mía.

—¿Qué te pasa?

Nuestros alientos se entremezclan, creando vapor que se eleva por encima de nosotros. Nuestros corazones laten al mismo ritmo, haciendo subir y bajar nuestros pechos en sintonía. La forma en que nos compenetramos, la manera en que casi sabemos lo que le ocurre al otro con solo mirarnos a los ojos, me deja sin palabras y sin fuerzas. Tiene razón, soy suya, pero no porque él lo diga ni porque sea una idea que me imponga, sino porque estoy segura de que no tendré jamás con nadie lo que tengo con Elian.

—Nada... —murmura, pegando su frente a la mía, perlada de sudor—. Nada...

Me suelta las manos y estas caen sobre sus hombros. Las echo sobre su cuello y lo abrazo. Él entierra su rostro en mi cuello y suspira, ralentizando su ritmo cardíaco y su respiración, al igual que yo. Me muerdo el labio inferior, preocupada. Nunca he visto a Elian de esa forma, tan indefenso y asustado como ahora, con esa necesidad de mí, de saber lo que siento por él... No tiene nada que ver con lo de la otra noche. Esta vez es diferente y me da miedo lo que mi marcha del apartamento suponga para él. Algo debe de estar frustrándolo, hasta llegar al punto de marcarme con sus besos. Sea lo que sea, tengo que averiguarlo. No puedo irme del apartamento hasta saber exactamente lo que le pasa. Ha sido de un momento a otro y eso es lo más preocupante de todo: ¿qué hay en este mundo que sea tan fuerte como para perturbar la mente de Elian?

Capítulo 34

Después de ese episodio, Elian apenas se separó de mí. Han pasado dos días y parece que se ha relajado bastante. Al mismo tiempo, Gal ha rebajado su hostilidad hacia él, aunque no lo mira ni le habla a no ser que sea estrictamente necesario. No puedo pedir nada más por parte de los dos, sé que mi amiga está dolida y que le costará tiempo olvidar lo que ha ocurrido. Y, a pesar de que parece que todo ha vuelto a su cauce (Melissa está en las nubes con Sebastian, Mike ha conseguido avanzar con Gal, Jonathan ya no me mira de esa forma soñadora y Elian y yo estamos muy bien), sigo pensando que algo está a punto de pasar. Me siento rara, estoy en alerta todo el tiempo. No sé decir qué es, pero no me gusta un pelo.

No dejo de pensar en eso mientras intento comprender el significado de una frase del libro de Filosofía que he leído, al menos, quince veces. El silencio de la biblioteca es perfecto, pero no me quito de encima ese temor que me quema en el pecho. Suspiro y alzo la vista al techo. Escucho cómo llueve a cántaros fuera, en la calle, y me arrebujo dentro de mi jersey azul marino. Me froto las piernas para hacerlas entrar en calor. No sé por qué tengo tanto frío, la calefacción está puesta dentro de la biblioteca y hay gente incluso con las mangas de la camisa remangadas.

Miro a mi izquierda. Las filas interminables de libros me saludan sin voz. Me giro hacia la derecha y veo al resto de mis compañeros de universidad, todos enfrascados en sus libros, en las pantallas de sus ordenadores o en sus conversaciones en voz baja. Y de pronto, de entre ellos, aparece Corinna,

sonriendo de esa forma que me pone de los nervios. ¿Es que siempre tiene la misma expresión en la cara? Sin embargo, conforme más me fijo en ella, más me doy cuenta de que viene hacia aquí. Frunzo el ceño y me enderezo en la silla a la espera de que llegue a mi altura.

—Hola, Keira —me saluda en voz baja, moviendo la silla que hay a mi lado —. ¿Puedo sentarme?

No sé ni para qué me lo pregunta, ya lo ha hecho.

—Escucha —me dice antes de que pueda pensar en protestar—, he visto a Jonathan en la cancha de baloncesto del polideportivo. Estaba solo, empapado y... —se para y pone una mueca extraña en la cara, como si se estuviera pensando realmente si decirme o no lo que sea— llorando.

Abro mis ojos al máximo y me inclino hacia ella, olvidando por un momento el asco que le tengo a esta chica.

—¿Llorando? —repito, incrédula—. ¿Cómo que llorando? ¿Por qué?

—Ay, yo qué sé, Keira. No me he parado a preguntarle, no quería incomodarlo.

—Ya... —Eso no se lo cree ni el Papa.

—Pero pensé que quizá tú sí podrías saber lo que le pasa. Podrías ayudarlo.

—No tengo ni idea de lo que le ocurre, pero vale. —Empiezo a recoger mis cosas, respirando hondo—. Decías que estaba en la cancha, ¿no?

—Sí —asiente, mirándome fijamente mientras meto mis cosas en el maletín y lo cierro con fuerza—. Ten cuidado, está diluviando.

Alzo una ceja, suspicaz. ¿Que tenga cuidado? Esto no pinta nada bien. Sin embargo, se trata de Jonathan. No pienso dejarlo solo si realmente está tan mal. Si luego resulta ser una broma pesada de Corinna para entretenerse un poco, le daré el gusto de reírse de mí. Si no, por lo menos sé que algo de corazón tiene.

No le digo nada y le doy la espalda, caminando deprisa y con decisión hacia la puerta. Nada más salir, me recibe una cortina de agua y viento que me hace tiritar momentáneamente. Saco el paraguas que llevo guardado en el maletín y lo abro. Me pongo debajo y salgo casi a la carrera hacia el polideportivo. Cruzo el edificio que tengo enfrente, por dentro, y salgo a la parte trasera del campus, donde se alza la imponente construcción donde Elian me acorraló el lunes.

La rodeo y encuentro la puerta metálica que da acceso al enorme gimnasio de la universidad. Nada más entrar y cerrar el paraguas a mi espalda, me recibe un olor a moqueta, desinfectante y sudor que me hace dar un paso hacia atrás. Madre mía... Fijo mis ojos en el ancho pasillo que divide el enorme edificio en dos. A mi izquierda, está la cancha de tenis, un campo de fútbol siete y una zona donde se juega a algo llamado «frontón». A mi derecha se abren diferentes

secciones. La primera es la cancha de baloncesto, más adelante hay una parte que está llena de máquinas para hacer todo tipo de ejercicio. Y, finalmente, los aseos y los vestuarios.

Me dirijo hacia la cancha de baloncesto, sacudiendo el paraguas para sacarle toda el agua posible antes de meterme ahí dentro. Abro la puerta y dejo el paraguas a un lado, en el suelo. Me muerdo el labio inferior y alzo la mirada, esperando encontrarme a Jonathan sentado en las gradas. Pero no hay nadie. Ni una mosca, ni una sola mota de polvo en el suelo, tan solo las marcas de los botines. Frunzo el ceño y me adentro aún más en la cancha. No, definitivamente no hay nadie.

Suspiro. Corinna se ha reído de mí. O puede que se haya equivocado; es tan tonta que fijo que no distingue el baloncesto del fútbol. Cojo mi paraguas y salgo por donde he entrado. Recorro las demás partes del polideportivo, asomándome y encontrándome con algunos, entrenando; otros, jugando un poco y, otros, dando una última clase. Finalmente, llego a la zona de los vestuarios. Entro y veo que aquello se divide en dos: los vestuarios de los chicos y los vestuarios de las chicas. Me quedo en la puerta de los aseos masculinos y carraspeo.

—¿Jonathan? —llamo desde fuera; no pienso entrar ahí—. ¡Jonathan!

—¿Qué te parece, eh? —Escucho entonces unas voces acercándose a los vestuarios.

No sé por qué, pero me entra el pánico. Sé bien que no he hecho nada malo, no he visto nada que no debiese ver, pero me siento como si me hubieran pillado en medio de una travesura. Mis pies corren hacia el aseo de las chicas y me meto en uno de los compartimentos con un retrete. Me quedo pegada al fondo del lugar, quieta y en silencio, escuchando las voces de las chicas y sus pasos venir hacia aquí.

—¿De verdad se ha tragado todo eso? —dice una voz diferente.

—Por supuesto —contesta alguien que me suena tremendamente familiar.

Me agacho un poco y, nada más ver los zapatos y las piernas, sé perfectamente de quién se trata.

—Esa niña no sabe con quién se ha metido —continúa diciendo Corinna—. Sigue pensando que Elian es su príncipe azul, pero se equivoca. Si supiera que es solo parte de un juego...

¿Qué?

—Bueno, pero él no aceptó en ningún momento, ¿no? —apunta una de sus amigas.

Mi corazón deja de latir, esperando la respuesta.

—Ay, Jess, ¿cuántas veces te lo tengo que explicar? —suspira Corinna con

fastidio—. Elian nunca sale en serio con nadie. Keira se le presentó en bandeja. Sé perfectamente que conmigo habría disfrutado más, pero... En fin...

Oigo la risa de Jessica junto a otro más. Son tres. Corinna, Jessica y otra más.

—Así que... ¿Elian no está realmente enamorado de ella?

—Chicas, Elian es mío, ¿entendéis? No puede enamorarse de nadie.

—Pobre Keira, la que le espera cuando se entere...

—¿Sí, verdad? Yo no he querido decirle nada, claro. Estoy esperando que Elian tenga un poco de misericordia con ella, pero está claro que quiere jugar un poquito más. A mí me da igual. Sé perfectamente a quién pertenece, y él también lo sabe.

Los oídos me pitan. No puedo escuchar nada más. Siento que el poco calor corporal que tengo se desvanece. Apenas soy consciente de que ellas salen del vestuario y me dejan sola en ese habitáculo enano. El corazón me late a un ritmo demasiado lento, no sé ni cómo sigo consciente. Aunque, ojalá no lo estuviera, porque eso significaría que esto es un sueño, que es mentira y que Corinna no ha dicho la verdad. No, no puede ser verdad... No puede... Es...

Tengo que saberlo. Tengo que saber si Elian realmente ha... Él ha... No soy capaz de decirlo, ni siquiera de pensarlo. Me pongo en pie (no me había dado cuenta de que me había dejado caer sobre la tapa del retrete) y salgo del compartimento. Me veo en el espejo al pasar frente a los lavabos. Estoy despeinada, demacrada, con mis ojeras aún más pronunciadas y mis ojos oscuros, saltones, demasiado abiertos, como si quisieran captar todo lo que ocurre a mi alrededor. Dejo de mirarme antes de que realmente me desmaye y salgo de los vestuarios apoyándome en la pared.

Y justo en ese momento, mientras no estoy segura de cómo voy a ser capaz de dar un paso sola, aparece Jonathan. Su rostro se descompone al verme y se acerca a mí corriendo, sujetándome cuando me separo de la pared y caigo de rodillas al suelo.

—Keira —murmura, abrazándome—. Keira, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

Estoy como ida. La voz y los brazos de Jonathan me reconfortan, pero no me alivian el agujero que siento en el centro del pecho.

—Keira —insiste mi amigo, ansioso.

—Elian... —musito con un hilo de voz y los ojos fijos en cualquier parte—. Elian...

—¿Qué pasa con él? ¿Está bien?

Niego con la cabeza débilmente. No sé si está bien o no, solo quiero saber... Yo solo...

—Ven —me dice Jonathan, levantándome con esfuerzo y llevándome a los

vestuarios de los hombres—.Vamos a refrescarte, estás ardiendo.

¿Que estoy ardiendo? Mis ojos se giran hacia él, hacia su pelo rubio y su rostro amable y preocupado. ¿Que estoy ardiendo? No, tengo frío. Tengo muchísimo frío. Me estremezco cuando Jonathan me sienta en un retrete y moja papel higiénico para ponerlo sobre mi frente y mis mejillas. Las gotitas de agua caen por mi cuello y se meten debajo de mi ropa, enfriando la supuesta temperatura anormal de mi cuerpo.

—Dime, ¿qué ha pasado con Elian? —me pregunta con suavidad, aunque estoy segura de que tiene más ganas de chillar que de hablarme de esa forma.

Abro la boca. Quiero contestar, pero no me salen las palabras. Estoy en shock. Vuelvo a estremecerme y empiezo a tiritar. Jonathan se da cuenta de que mi temperatura no corresponde con la que yo siento y se quita la chaqueta para taparme, quedando solo en mangas de camisa. ¿Cómo no puede tener frío? Este sitio está helado. Incluso con la chaqueta tibia de mi amigo tengo frío. Me echo contra él y me dejo caer entre sus brazos. Jonathan apenas puede cogerme en ese espacio tan reducido, pero se las apaña para arroparme y frotarme los brazos con sus manos. Y yo escondo mi rostro en su cuello, esperando desaparecer.

No sé cuánto tiempo paso así. Solo sé que no he desaparecido como quería. Abro los ojos y alzo un poco la mirada. Me encuentro con la pared del compartimento ante mí. Jonathan no se ha movido y yo tampoco.

—Keira —murmura Jonathan junto a mi oído.

Noto sus manos sobre mi espalda y mi cabeza, me acaricia con tanta dulzura que siento que algo dentro de mí se recompone levemente. Jonathan está aquí. Jonathan me está cuidando, aun sin saber lo que ha ocurrido. Tal vez él sepa algo. Es su primo, ¿no? Tal vez, él podría...

—Jonathan —murmuro con la boca seca; mi amigo pega un brinco y me separa de él para poder verme la cara, atónito—. Jonathan...

—Dime —dice, ansioso.

Estoy tan cerca de él que puedo ver que sus ojos no son de un color uniforme. Son realmente bonitos. Me fijo en su rostro, fino, dulce, con los últimos rasgos de la infancia en la línea de su mandíbula. Jonathan es realmente guapo, además de amable, cariñoso, simpático y sincero. ¿Por qué no pude enamorarme de él? ¿Por qué tuvo que ser Elian quien ocupara ese puesto, con sus increíbles ojos azules, su sonrisa traviesa, su forma de darme una de cal y otra de arena hasta que acabé en sus brazos? ¿Por qué? ¿Por qué no Jonathan, que me ha cuidado y se ha preocupado por mí desde el primer día? ¿Por qué Elian, que me ha hecho sufrir incluso durante nuestra relación, separándome de Gal, haciendo que me

preocupara por su amistad con Corinna...? ¿Por qué?

—¿Keira?

Es él. Jonathan no ha hablado, ha sido él. Su voz llega a mi nuca y baja por mi espina dorsal, haciéndome estremecer de dolor. Mi giro hacia él sobre Jonathan, que ha abierto por completo sus ojos al encontrarse con su primo. Elian me mira como si me hubiera descubierto en medio de una bacanal a la que él no ha sido invitado. Leo la traición en sus ojos y eso solo me hace reír de forma histérica.

—No me mires así —lo amenazo sin demasiadas fuerzas—. Tú has sido el primero que has jugado conmigo...

Veo que frunce el ceño. Parece que lo he sorprendido. Claro, seguro que no esperaba que descubriera su secretito.

—¿De qué demonios estás hablando, Keira? ¿Y qué haces encima de Jonathan?

Me acurruco contra el pecho de mi amigo y suspiro, derrotada.

—Desaparecer...

—Y una mierda.

Abro los ojos justo en el instante en que Elian me coge por la cintura y me pone en pie. Su contacto me quema y me separo de él al instante, apoyándome sobre los lavabos para no caerme. Veo por el rabillo del ojo que Jonathan también se levanta del suelo y nos mira sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué haces con él? —exige saber Elian otra vez; se gira hacia Jonathan—. Y tú, ya puedes ir diciéndome qué hacías con mi novia aquí escondido, porque te juro que...

—Para el carro, Elian —intervengo, impulsándome con una mano en el lavabo y poniéndome entre él y mi amigo—. No tienes ningún derecho a pedirle explicaciones, no cuando tú eres el único mentiroso en toda esta historia.

—¿De qué estás hablando? —repite—. ¿Qué mentira?

Siento que me tambaleo, pero Jonathan me sujeta a tiempo. Elian lo fulmina con la mirada, pero me alegra comprobar que a mi amigo eso le da igual. No va a dejar que me caiga..., tal vez en más de un sentido.

—Lo he oído de Corinna. Solo soy un juego, ¿no? Como una más de tus conquistas. Solo que yo era virgen. —Río por lo bajo sin ganas—. Ya tienes un nuevo trofeo, Elian. Eres el rey de los casanovas. ¿Quieres tu corona? ¿Quieres tu cetro? He caído ante ti, como tú querías.

—Keira... —murmura, suavizando de repente la voz y dando un paso hacia mí con la mano levantada—. No es lo que tú...

—¿Pensaba? —finalizo por él—. Eres tan dramático, Elian. Te gusta hacer

una escena de todo lo que te ocurre en la vida. Exageras tus emociones al máximo... Yo, no. —Borro la sonrisa y clavo mi mirada en el suelo—. Llevo toda la vida sufriendo. ¿Por qué a mí, Elian? —Levanto los ojos de nuevo y me encuentro con lo más parecido al desastre pintado en su cara—. ¿Qué te he hecho yo?

—Keira, ¿por qué dices...?

Lo detengo antes de que siga andando hacia mí. Me echo a un lado haciendo eses, como si estuviera borracha. Me llevo a Jonathan conmigo. Rodeo a Elian pegada a los lavabos. No quiero ni que me toque. Es más, si dejara de mirarme me haría un favor.

—Keira —mi nombre en su boca me pone nerviosa, cuanto hace tan solo un rato me sonaba a gloria—, ¿adónde vas?

—¿Qué más da? —respondo, mirando a Jonathan—. Quiero irme a casa.

—Te acompaño —murmura Jonathan junto a mí, que, desde que Elian llegó, se ha llevado todo el rato en silencio.

—¡No!

Elian se planta en la puerta y me bloquea la salida. Siento que me agobio.

—Dime que no te vas a ir con él... —me suplica Elian, cogiéndome de la muñeca antes de que sea capaz de evitar su agarre.

Lo miro a los ojos por primera vez en varios minutos. Sus dedos se afianzan sobre mi brazo.

—Ya has jugado suficiente conmigo —musito, tirando de mi brazo hacia atrás, soltándome—. Déjame pasar, Elian.

—No... Keira, escúchame... Tengo algo que contarte y es...

—¡ME DA IGUAL!

Estallo, finalmente. Quiero que me deje, quiero irme, ¿acaso no lo entiende? Ya he oído suficiente. Corinna nunca fardaría de algo que es mentira. Nunca. Está demasiado orgullosa de sus logros y presume de ellos a diario. No tiene motivo para inventarse nada de eso. Además, siempre ha dejado claro que Elian le pertenece, lo que pasa es que yo era demasiado estúpida y ciega para verlo.

Elian es suyo. Y no puedo hacer nada por evitarlo.

Lo miro a los ojos mientras trato por todos los medios de no echarme a llorar delante de él.

—Deja que me vaya —le ruego, ansiosa—. Si me tienes aunque sea un poquito de respeto, deja que me vaya... Por favor...

Tras unos segundos en los que los ojos de Elian se humedecen poco a poco, se echa a un lado, abriendo el paso. No me lo pienso. Salgo huyendo de allí con Jonathan tras de mí. Mi único objetivo es llegar a casa, aunque sea corriendo

bajo la lluvia. Me da igual si me dejo mis cosas en el vestuario o no. Me da igual si está diluviando. Me da igual si Melissa se enfada luego por no haberla avisado. Y tendría que darme igual dejar a Elian solo en el vestuario, pero eso no lo consigo. Y es por ello por lo que necesito correr, para sacar lo que siento de mi corazón y empezar a sanar lo antes posible.

Aunque no estoy segura, porque... ¿se pueden volver a juntar todos los trocitos de mi corazón?

Capítulo 35

El tiempo pasa demasiado lento. Cuando eres feliz, sientes que el reloj corre, haciendo que los mejores momentos duren un suspiro. Esa sensación se repite en todos los seres humanos. Por el contrario, el tiempo parece reírse de nosotros siempre que atravesamos una mala racha. El problema es que mi reloj lleva así desde el día en que nací. Tan solo se ha acelerado una sola vez y apenas ha durado un mes y medio. ¿Lo malo? Que quien lo aceleró no tendría que haberlo hecho.

¿Existe algo peor que el desasosiego infinito, la certeza de saber que, por mucho que luches por ello, tu corazón ya no te pertenece? ¿Que su dueño es alguien que no lo va a cuidar, que lo está destrozando día tras día, a veces sin que te des cuenta? Si alguien ha vivido este tipo de soledad, sabrá bien de lo que hablo. Sabrá perfectamente lo que se siente al comprender que una parte de ti se ha esfumado, que no volverás a ser la misma persona, que aquello por lo que tanto has luchado se ha convertido en cenizas. No queda nada cuando la auténtica razón, el motivo por el que seguías adelante, se ha convertido en la causa de que no quieras levantarte de la cama.

No quiero ir a clase, porque sé que, si voy, tendré que encontrarme con él. Y no estoy preparada aún para eso. Después de dos meses, los profesores me han advertido de que mis faltas tendrán consecuencias. Lo cierto es que no les he informado del cuadro de depresión que me ha diagnosticado mi psicóloga, una mujer que cree saberlo todo sobre mí, que cree tener las respuestas para todas mis preguntas. Pero se equivoca, al igual que lo hace Melissa al obligarme a ir

dos veces por semana a mis sesiones de terapia. Ella dice que todo esto lo ha provocado el cúmulo de cosas que he tenido que soportar: mis padres, las drogas, la prostitución, el acoso, la falta de seguridad en cuanto a mi educación y a mi salud se refiere... Y, ahora, Elian, el único que yo pensaba que me entendía perfectamente.

Y, aun así, a pesar de todo, tuve el valor de detener a Gal antes de que le rompiera todos y cada uno de los huesos. No quiero cargar también con el peso de una discapacidad o más neuronas muertas en su cerebro. Ya está muerto por dentro, eso es suficiente para mí. Al menos, no me arrepiento de haberlo amado como lo he hecho. No me arrepiento de haberme permitido sentir esa clase de emociones, esa felicidad, ese éxtasis. No sabía que apenas estaba atada al muelle hasta que Elian no me remolcó por completo hacia el puerto. Melissa y Gal me habían mantenido a flote, pero fue él quien reparó todos mis agujeros y los cerró..., para volver a abrirlos de nuevo. Y ahora duelen más, muchísimo más.

***

Ha llegado febrero. He podido volver a clase. El segundo cuatrimestre ha empezado y, aunque no me he presentado a mis exámenes del primer cuatrimestre, los profesores se han apiadado de mí. Me han permitido hacerlos dentro de una semana, así que podré tener mis notas antes de que cierren las actas.

Hoy comienzo nuevas asignaturas. Él no está en ninguna de ellas. Ni ella. Solo Jonathan y yo, como debería haber sido desde el principio. Jonathan me hace reír un poco. Aunque, cuando lo hago, me callo al momento y vuelvo a meterme en mi burbuja de acero. Iron Man me tendría envidia, mi material es mucho mejor que el del escudo del Capitán América. Sin embargo, sé que mi amigo está haciendo esfuerzos monumentales para hacer de mí la persona que era antes, aunque yo ya le haya dicho cien veces que eso no va a pasar. Esa Keira ha desaparecido y la ha reemplazado la chica zombi que soy ahora.

***

Estamos en marzo. Mis notas perfectas ya están en el acta y doy por concluido

oficialmente mi primer cuatrimestre. Me siento más animada. Mi psicóloga me ha dicho que puedo ir a verla solo una vez cada dos semanas. Melissa ha dejado de darme la tabarra y está centrada en su carrera y en su relación con Sebastian. Gal y Mike han empezado a salir. ¡Ya era hora! Me alegra ver a una de mis mejores amigas tan feliz. Jonathan dice que Mike tiene el cielo ganado por aguantar el humor cambiante de Gal. No puedo más que darle la razón.

***

Hoy es 30 de marzo. Lo he visto. Nos hemos mirado a los ojos y creo que quería decirme algo, pero yo le he cogido la mano a Jonathan y he salido corriendo. No voy a pararme a analizar sus gestos ni cómo sus ojos azules parecen haberse iluminado al verme. No he sabido nada de él desde aquel día lluvioso de noviembre; solo algunos comentarios escuchados de refilón: no está con nadie, ha dejado de hablarse con Corinna, tiene las mejores notas de su curso... Jonathan no me ha negado nada, pero tampoco me lo ha confirmado. Y yo ni siquiera le he pedido información. Cada vez que escuchamos algo de eso, salimos por patas. Entiendo que para él sea una situación difícil, pero veo que mi amigo prefiere ayudarme a salir de mi agujero que estar junto a su primo.

El recuerdo viene a mí mientras rebusco entre las estanterías de la biblioteca. Este es uno de los pocos momentos en los que estoy sola y en los que puedo permitirme respirar hondo y recordar un poco. Aunque ya no lloro tanto como antes. Creo que me he quedado sin lágrimas, he agotado el cupo del año y estas no se recargan igual que la batería de mi móvil.

Encuentro el libro que estaba buscando y lo cojo. Está atascado entre otros cuantos ejemplares. ¿Es que nunca van a poner esto en condiciones? Tiro con fuerza de él, pero no sale.

—Maldita sea... —farfullo, dejando en el suelo otros dos tomos que tengo en el regazo y tirando con todas mis fuerzas del libro.

Parece que se mueve un poco. Sigo tirando y tirando... Y cuando sale, lo miro, victoriosa.

—Bien...

—¡Cuidado!

Alguien grita justo cuando veo que la estantería se me cae encima. No tengo tiempo para salir del pasillo ni de coger los otros libros. Me tiro al suelo y me cubro antes de que unos cuantos ejemplares empiecen a caer sobre mis brazos y

mi cabeza... Pero no cae ninguno. Frunzo el ceño y me atrevo a mirar desde debajo de mis brazos. Hay un chico frente a mí. La forma en que apoya los pies en el suelo me resulta tremendamente familiar.

Contengo la respiración mientras alzo la mirada y me encuentro con el rostro de Elian a unos veinte centímetros del mío. La estantería ha caído sobre su espalda y los libros que tendrían que haberme aplastado no salen de las baldas gracias a sus brazos. A ambos lados, los demás libros sí han caído, creando una especie de óvalo de piel y papel en torno a mí.

—¿Estás bien, Keira? —me pregunta él, pronunciando mi nombre con el mismo tono preocupado con que lo hacía meses atrás.

No puedo reaccionar. Creía que había superado mis sentimientos, que los había enterrado, pero no es así. Siento un pellizco en la boca del estómago en cuanto cruzo mi mirada con la suya y lo observo. Aparentemente, sigue igual, con el pelo negro cayéndole sobre los ojos azules, el rostro encogido por el esfuerzo, los brazos y las piernas igual de delgados y fuertes. Pero tras sus iris eléctricos, hay algo diferente. No sé qué es...

—¿Keira? —me pregunta de nuevo.

Ya hay un grupo de personas a nuestro alrededor, quitando libros del suelo para llegar hasta nosotros.

—Sí... —musito, como en trance.

—Bien —suspira y cierra los ojos.

En ese instante, alguien tira de la estantería hacia atrás y se la quita de encima a Elian. Él se endereza y se lleva las manos a los hombros, quejándose en silencio. Debe de haberse hecho verdadero daño. Y todo por salvarme. Odio admitirlo, pero se lo debo. Me pongo en pie como puedo, olvidando en el suelo los libros que había conseguido, y lo cojo de la muñeca derecha. El contacto hace estallar algo entre nosotros, como una tormenta eléctrica cuando espera para soltar su primer rayo. Nos miramos a los ojos, soy incapaz de apartarlos de él. La gente a nuestro alrededor nos pregunta si estamos bien, pero ninguno de los dos responde. He vuelto a perderme en los ojos de Elian, irremediablemente.

Alguien a mi lado me zarandea un poco y me hace romper el contacto visual con Elian. Tengo a Mike junto a mí, con el rostro fruncido, preocupado.

—¿Estáis bien, Keira? —pregunta, mirándonos a los dos.

—Sí —contesto sin soltar a Elian—. Estamos bien.

Mike abre por completo los ojos al darse cuenta de la situación. Sí, yo tampoco sé qué demonios estoy haciendo. Puedo imaginarme lo que está pensando, que hay una esperanza para nosotros. Pero se equivoca. Desde que empezó su relación con Gal se ha mostrado más optimista y se ha vuelto más

confiado. No. Mi historia con Elian se acabó en los vestuarios del polideportivo.

Le doy la espalda a Mike sin decir nada más y tiro de Elian, evitando mirarlo de nuevo a toda costa. Nuestros compañeros se apartan para dejarnos pasar y se afanan en recoger los libros mientras yo saco a Elian de la biblioteca y lo llevo a través del campus hacia la salida. Le mandaré un mensaje a Melissa para que recoja mis cosas de la biblioteca, si es que Mike no lo ha hecho ya.

—Keira —oigo la voz de Elian llamándome—, ¿puedes parar un segundo, por favor?

No le hago caso. Sigo caminando con decisión, llevando a Elian como si fuera un perro, hacia la calle. Salimos del campus y él sigue pidiéndome que me pare. Creo que estoy crispándole los nervios y agotando su paciencia porque no le echo cuenta ni le respondo a sus preguntas, pero me da igual. Quiero cumplir con mi objetivo y volver a olvidarme de él.

—¡Keira! —insiste Elian una última vez, me da un tirón y me hace tropezar con mis propios pies, por lo que caigo hacia atrás.

Él me coge antes de que me desplome al suelo y pega su pecho a mi espalda. Intento apartarme al instante, pero no me deja. Me sujeta firmemente con el brazo libre y se mantiene junto a mí. Noto que se agacha un poco y deja caer su aliento sobre mi cuello. Cierro los ojos, rezando para que Dios me dé fuerzas y no haga lo que no quiero hacer..., lo que mi cuerpo me grita que haga.

—¿Podemos hablar un segundo, por favor? —murmura junto a mi oreja, en medio de una calle donde me ha parado, a pocos metros del hospital al que lo llevo.

Me tenso y trago saliva con esfuerzo. Asiento débilmente con la cabeza. No tengo otro remedio. Dudo que me deje llevarlo al hospital si no respondo a sus preguntas.

Se relaja notoriamente contra mi espalda y deja caer la cabeza sobre mi coronilla. Más contacto, justo lo que no quiero.

—Gracias —musita; y su tono de voz, de derrota, me alerta.

Quiero girarme y leer en sus ojos lo que está pensando. Solo ha habido una vez, una sola vez que yo haya escuchado esa forma de hablar: el día que descubrí su mentira. Ahora vuelve a usar ese tono conmigo y no parece forzado. Noto su peso contra mi cuerpo, como si ese gesto fuese una muestra de confianza ciega en que no lo dejaré caer. Dios, ¿qué está pasando?

—¿Adónde me llevas? —dice finalmente en voz baja, con la boca pegada a mi pelo.

—Al hospital —le respondo, y mi voz no parece la misma—. Tiene que verte un médico, te has hecho daño en la espalda.

Suspira contra mí.

—Estoy bien...

—No —lo interrumpo.

Elian levanta la cabeza de la mía y afloja un poco la sujeción de su brazo para darme la vuelta con suavidad. Sus ojos azules rezuman confusión. ¿Acaso no entiende lo que quiero hacer?

—¿Por qué estás haciendo esto? —me pregunta, rendido—. No me debes nada. Yo a ti, sí.

Me remuevo incómoda.

—Me has salvado. Esa estantería iba a aplastarme.

Su pecho sube y baja con lentitud, tiene el ceño fruncido y el rostro contraído en una mueca de sufrimiento. Lo observo y me doy cuenta de que no puede enderezarse en condiciones. Levanto la mano que me queda libre y lo toco en la unión del cuello con el hombro. Él se queda quieto, a la espera. Aprieto un poco con los dedos y él se encoge visiblemente.

—¿Ves? Te has hecho daño —le explico como si fuera un niño.

—Esto no es nada —replica, apretando los dientes—. Hay cosas peores.

Y clava su mirada en la mía, atravesándome de parte a parte, como solía hacer. Esa frase tiene un doble sentido, está claro. Y tiene toda la razón del mundo, hay dolores mucho peores. Como el de saber que se han aprovechado de ti, que te han sacado cada gota de energía y la han tirado a la basura para reírse después. Aunque Elian no parezca estar disfrutando, sé que puede ser un gran actor. Debo recordar esto constantemente para no dejarme llevar por mis impulsos.

Bajo mi mano de su cuello y le doy la espalda. Tiro de él en silencio y ambos cruzamos la transitada calle hasta el hospital. En cuanto entro por las puertas automáticas, un remolino de recuerdos y olores me aplasta como si fuera hormigón armado. Me detengo de improviso y Elian choca contra mí, pero apenas soy consciente de su voz preguntándome qué pasa. Solo puedo mirarlo todo a mi alrededor, recordar la primera vez que entré aquí, con mi madre a cuestas, inconsciente. Recuerdo a la mujer de la recepción saliendo de su puesto de trabajo con rapidez para ayudarme a cargar a mi madre hasta la sala de urgencias. Los médicos me sacaron de allí de inmediato y tuve que esperar durante cuatro horas a que la estabilizaran y la llevaran a una habitación en la tercera planta, en la sección de Terminales. Pasé allí los meses anteriores a conocer a Gal y a Melissa. Ni siquiera estoy segura de cuánto tiempo fue... ¿Cuatro meses? ¿Tres? ¿Cinco? La parte consciente del cerebro olvida ese tipo de cosas y las almacena en la papelera de reciclaje, como si fuera un ordenador, a la

espera de que una parte de mí requiera de nuevo esa información para torturarme.

Siento un empujón y parpadeo varias veces para volver al tiempo presente. El corazón se me va a salir del pecho y necesito apoyarme en Elian, que está ahora frente a mí, hasta que mi respiración se tranquiliza y soy capaz de pensar de nuevo con la mente fría. Cuando me quiero dar cuenta, mis manos aferran con demasiada fuerza la ropa de Elian, hasta el punto de tener los nudillos blancos. Noto sus manos sobre mis brazos y mi cuello.

—Keira. —Ahora escucho su voz—. Keira. —Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos azules, muy cerca de mí—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

No sé de dónde saco la fuerza.

—Sí —respondo con un hilo de voz—. Lo siento... Es que... —Trago saliva—. Este es el hospital donde... mi madre...

—Podemos irnos, no necesito que me vea nadie...

—¡No! Espera. Solo dame un par de minutos, ¿vale? Conozco a todo el personal, podrán verte ahora mismo. —Miro a ambos lados y encuentro los asientos donde tanto he pasado—. Quédate ahí, ahora vuelvo.

Me separo de él y lo empujo en dirección a una de las sillas de plástico blanco. Acelero el paso para espabilarme y me inclino sobre el mostrador de recepción. Dibujo mi mejor sonrisa y saludo.

—¡Hola!

La mujer que trabaja ahí alza la mirada y su boca forma una O gigante cuando me ve ahí. Sigue tan bajita y regordeta como la recordaba.

—¡Dichosos los ojos, cariño! —exclama, levantándose de un salto de su silla y saliendo del mostrador para abrazarme—. Qué de tiempo, preciosa. ¿Cómo estás?

—Muy bien —le miento—. ¿Y tú?

—Oh, ya sabes, como siempre. —Hace un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto—. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a visitar a alguien?

—La verdad es que no —admito, esta vez—. Me gustaría ver al médico de mi madre, si puede ser. —Le señalo a Elian a mi espalda—. Ha tenido un pequeño accidente en la biblioteca de la universidad y se ha hecho daño. Sé que aquí lo tratarán muy bien.

La recepcionista sonríe y se inclina hacia un lado para poder ver tras de mí. Los ojos se le salen de las órbitas al localizar a Elian y yo respiro hondo.

—Santo Dios y santos sean los arcángeles del cielo. —Ala, sí que es creyente esta mujer—. ¿De dónde ha salido semejante chico?

—No hables muy alto, se lo tiene muy creído.

—No me extraña. Yo también lo estaría si fuese la mitad que él.

No puedo evitar reírme, y el sonido me hace dar un brinco, extrañada.

—¿Crees que podrá verlo?

—Naturalmente —asiente la mujer; rodea de nuevo el mostrador y rebusca entre los cajones hasta dar con un folio escrito a ordenador—. Rellena esto y llévaselo a su despacho. Ya sabes dónde es.

Cojo el papel y asiento con la cabeza.

—Muchísimas gracias. —Le sonrío, alejándome un poco de la recepción.

—No es nada, cariño. Espero que tu novio se ponga bien.

Empiezo a negar al momento.

—No es mi...

—Keira. —La voz de Elian me hace dar un salto.

—¿Sí? —respondo con voz chillona, como si me hubiera pillado haciendo o diciendo algo que no debiera; pero, claro, yo solo estaba negando algo que... Da igual.

Elian alza una ceja, suspicaz.

—Nada. Solo quería saber si ibas a tardar mucho más.

—No, no, no. Qué va —respondo, sonriendo de manera extraña, nerviosa.

Elian debe de estar pensando que me he vuelto loca al entrar aquí. Aunque, ¿qué más me da lo que piense? Le cojo de nuevo de la muñeca y lo arrastro lejos de la recepción. Me giro un segundo y veo que la mujer me guiña un ojo descaradamente.

—¿Qué es lo que...? —farfulla él, intentando mirar en la misma dirección que yo.

—Nada. No pasa nada. Ven.

Otro tirón.

—Keira, me estás haciendo polvo el brazo —se queja Elian.

—Te aguantas.

Escucho que se ríe, y ese sonido me hace estremecer. Lo guío hasta los ascensores y espero, impaciente, a que uno de ellos acuda a mi llamada y se presente en la planta baja. Por fin, las puertas de uno se abren y, en cuanto salen los que bajan, entramos Elian y yo. El espacio es tan grande (apto para llevar camillas) que más personas entran en el habitáculo, dejándonos a Elian y a mí al fondo, contra la pared metálica y escondidos en una esquina. Estoy, literalmente, con una de mis piernas entre las suyas, mis brazos sobre su pecho y mi cara casi pegada a la de él. Siento como si estos últimos meses no hubieran pasado, como si todo fuera igual que antes, con las risas, el coqueteo y esos momentos en los que, dadas las circunstancias, estábamos así de juntos, apretujados y sin

posibilidad de salir. Oh, Dios, ¿no se supone que estas cosas tienen límite de peso? ¿Cómo es posible que haya tanta gente aquí metida?

Miro hacia atrás por el rabillo del ojo. Hay una mujer que debe de pesar como dos hombres. Suspiro, exasperada, y vuelvo mi cabeza a su posición normal, intentando evitar por todos los medios mirar hacia arriba y rezando porque Elian no agache la cabeza.

—Me siento como si fuera un atún en una lata de conservas —farfulla Elian, removiéndose contra mí y la pared.

—Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para venir al hospital hoy —coincido en un susurro.

Nos paramos en la primera planta y se bajan dos personas. Las puertas se cierran de nuevo y subimos hasta la segunda. Nos paramos. Salen tres personas. Seguimos subiendo. Llegamos a la tercera y se bajan otras dos. Pongo los ojos en blanco sin sentir en ningún momento que la presión sobre mi espalda descienda.

—¿Es que esto no se va a acabar nunca?

—¿A qué planta vamos? —pregunta Elian, intentando ver por encima de la gente.

—A la última. Es donde están los despachos de los médicos.

—No fastidies...

—Fastidio, fastidio.

Elian suspira, y el aire me revuelve el flequillo. Intento ponérmelo bien, pero él me ahorra el esfuerzo y me peina con los dedos, rozándome levemente la frente.

—¿Por cuál vamos? —pregunto, deseando que este viajecito se acabe ya.

—La quinta. ¿Cuántas son?

—Ocho.

Elian respira hondo y yo lo imito. Al fin llegamos a la séptima planta, y las siete personas que quedaban por bajarse salen del ascensor y nos dejan solos. Yo me aparto de él y me estiro, al mismo tiempo que uso esa distancia para volver a levantar por completo el muro que he creado entre él y yo. Y justo cuando estaba terminando con mi tarea, el ascensor da una sacudida y se detiene. Miro a Elian, pero este tiene los ojos fijos en la puerta. Me giro hacia ella y veo, horrorizada, cómo esta se abre y nos muestra la mitad de un piso y la mitad de otro. Vuelven a cerrarse y se enciende una luz de emergencia naranja dentro del habitáculo. Estamos encerrados.

Capítulo 36

—Esto tiene que ser una broma —murmuro, mirando la puerta como si, de esa forma, el ascensor volviera a funcionar y terminara de subir hasta la octava planta.

—Creía que este sitio tenía caché —me pincha Elian, sonriéndome, y yo le lanzo una mirada envenenada.

—A lo mejor tendría que haber dejado que te lesionaras en la biblioteca. Así, tú podrías seguir con lo que estabas haciendo y yo no estaría aquí contigo.

Elian no deja de sonreír, pero el gesto mengua un poco. La intensidad de su mirada aumenta, pero no se separa de la pared metálica. Bajo la luz anaranjada de emergencia, Elian parece un personaje traído de otro mundo, de uno en el que los dioses toman forma humana y se relacionan con mortales.

—Yo no he dejado de hacer lo que estaba haciendo —confiesa en voz baja.

De nuevo, se me antoja peligrosamente atractivo y me veo en la obligación de apartar mis ojos de él y respirar hondo varias veces, sin que se me note el nerviosismo. Miro arriba y abajo, pidiendo en silencio que alguien nos ayude. Me giro hacia el panel de plantas y pulso el botón de ayuda, pero nadie nos contesta desde el otro lado del interfono. Maravilloso, estoy en un hospital que parece un hotel de cinco estrellas, pero cuyo contacto con el servicio de ascensores es nulo.

Vuelvo a pulsar el botón y de nuevo suena la llamada. Nada. No parece haber nadie dispuesto a sacarnos de esta caja de metal suspendida en medio de dos plantas. Siento que me agobio un poco y no solamente por estar encerrada aquí. La cuestión es que estoy atrapada en un ascensor con la última persona con quien

querría estarlo y sin nadie que me saque de aquí y me aleje de esta situación. Al menos, Elian parece entender cómo me siento, porque ha dejado de sonreír y tiene los ojos clavados en algún punto del techo.

No sé cuánto tiempo pasamos así, en silencio. No tengo cobertura en el móvil, así que tampoco puedo llamar a nadie para pedir ayuda. Me dejo caer en el suelo y me envuelvo las rodillas con los brazos. Apoyo la barbilla sobre ellos y suspiro.

—¿Estás bien? —me pregunta Elian, sacándome de mis cavilaciones.

—Sí —respondo con sequedad.

—¿No eres claustrofóbica?

—No exactamente —digo con el mismo tono de voz—. Odio los espacios reducidos llenos de gente.

—Como los de las fiestas —señala.

—Sí. Como los de las fiestas —coincido sin mirarlo siquiera.

No sé qué cara tiene puesta, no sé cómo me está mirando, pero sé que lo hace. Eso es algo que aprendió a hacer durante el tiempo que estuvimos juntos, porque sabía que me encanta ver sus ojos todo el rato. Creo que aún lo sabe y por eso intenta siempre establecer algún tipo de contacto visual conmigo. Como ahora. Noto por el rabillo del ojo que me imita y se sienta en el suelo, haciendo una mueca de dolor al apoyar la espalda contra la pared. Me muerdo el labio inferior y vuelvo a centrarme en el tabique de enfrente.

—¿Has vuelto a ir a alguna? —me pregunta con cierto cuidado.

No puedo evitarlo. Sonrío un poco.

—No. Sabes que odio esas fiestas.

—Lo sé —admite y guarda silencio unos segundos antes de seguir hablando, como si no estuviera seguro de sus siguientes palabras—. Yo tampoco he ido a ninguna... —Baja la voz y lo oigo respirar hondo—. Pero dudo que eso te importe.

Tiene razón. No debería importarme, pero saber que no ha ido a ningún sitio con ese ambiente, que ha dejado esa forma de relacionarse, hace que me dé un vuelco el corazón. Sin embargo, no quiero dejarme llevar por la emoción que siento. Mi cerebro trabaja ahora a mil por hora. No ha regresado a ese mundo, así que no ha visto a Corinna en ninguna fiesta. Por estúpido que parezca, eso me alivia y me reconforta.

—Me... —comienzo a decir, y casi noto el brinco que da al escuchar mi voz; estoy segura de que no esperaba que le respondiera—. Me alegro —confieso, finalmente.

—¿En serio? —Su tono de voz me hace ver que está realmente sorprendido

por mi actitud y mis palabras; yo también lo estoy, porque no tengo ni idea de por qué estoy diciendo esto.

—Sí —reafirmo—. Sé por qué ibas a esas fiestas. Me alegra saber que ya no tienes esa motivación tan... dañina.

—Dejé de ir porque nada consigue motivarme lo suficiente —me corrige, y es entonces cuando tengo que girarme hacia él y encontrarme con una expresión que me atraviesa el pecho y me parte en dos—. Dejé de ir porque sabía que no estarías allí y porque pensaba que no te gustaría enterarte de que seguía con mis viejos hábitos. Te dije que cambiaría por ti, que intentaría ser merecedor de ti.

No sé qué responder a eso. Estamos hablando del tema que he rehuido tratar con él desde aquel día en el polideportivo. De hecho, he rehuido todo tipo de contacto con Elian porque sabía en lo que acabaría convirtiéndose el encuentro. Y ahora no puedo escapar; no esta vez.

Bajo la mirada y la fijo en sus piernas, doblada una por debajo de la otra, con el codo derecho apoyado sobre la rodilla derecha. Veo que se lleva una mano a la boca y se pasa el dedo pulgar por los labios inconscientemente. Mi corazón se acelera y mi respiración se entrecorta. No quiero dejarme llevar, pero hay algo dentro de mí que es más fuerte que mi fuerza de voluntad.

—Yo nunca dije que no lo fueras —musito con un hilo de voz entrecortada.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos azules, abiertos al máximo y observándome con tensión, con necesidad, con esperanza. El cerebro se me hace puré con esa expresión. No me siento capaz de enfrentarme a él cuando me mira de esa forma, tan derrotado y frágil... Sí, me hizo daño; me usó y se rio de mí. Aun así, Elian sigue siendo mi punto débil y acabo de darme cuenta de ello. Podrán pasar mil años, pero él seguirá siendo el único capaz de verme como soy, de leerme y de saber qué decir en cada momento.

—Pero me traicionaste —añado con el mismo tono de voz y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Eso es lo que tú crees, pero no me has explicado por qué lo piensas. De hecho, si lo miras de esta forma, me has dejado sin motivo aparente. No sé lo que ocurrió, no sé qué te dijeron o quién para hacerte cambiar de parecer sobre mí en apenas unas horas. ¿Tan frágil era la confianza que habías depositado en mi persona? ¿Qué motivo te había dado yo para que dudaras de mí y de lo que siento por ti?

Sus acusaciones hacen que me ponga a la defensiva, aunque mi otra mitad está deseando dejar la discusión de lado y lanzarse a sus brazos.

—Sabes muy bien lo que has hecho, Elian. No te hagas el ingenuo...

—No, no lo sé —insiste, empezando a desesperarse—. Porque si lo supiera, te

aseguro que habría hecho ya algo para enmendarlo.

—No hay nada que puedas hacer...

—¿Por qué? —pregunta de nuevo—. Dime qué demonios te he hecho, Keira. Me estoy volviendo loco, joder. Concédeme eso, por lo menos. No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo, esa decisión es tuya. Solo... explícamelo, por favor.

Se me forma un nudo en la garganta que me impide hablar al momento. Me quedo mirándolo, dividida. ¿Debo creerle? ¿Debo creer que realmente no sabe lo que ha pasado?

Ahora, cuando me pregunto esto, nace una duda dentro de mí, una que no tiene nada que ver con mi dilema actual. ¿Y si Corinna estaba mintiendo? ¿Y si estaba diciendo todo esto porque sabía que yo estaba allí? Al fin y al cabo, fue ella la que me mandó al polideportivo al decirme que Jonathan estaba mal. Fue ella la que mintió al decirme que mi amigo estaba en la cancha de baloncesto. Ella sabía que yo no dejaría de buscarlo hasta que diera con él y supiera qué le pasaba. Sabía que iría incluso hasta los vestuarios.

Ella lo sabía, por eso empezó a hablar. Estoy segura de que me acorraló, ahora solo me falta saber si lo que realmente dijo era verdad. Y si no lo era..., bueno, le va a faltar país para esconderse por haberme hecho tantísimo daño.

Asiento, finalmente, y respiro hondo un par de veces antes de hablar. Elian se relaja un poco, pero no del todo. Sus hombros siguen tensos y sus ojos siguen fijos en mí, expectantes, preocupados, ansiosos.

—Corinna dijo —empiezo a hablar en voz baja, temerosa por su respuesta— que tú habías empezado a interesarte en mí por una especie de broma o apuesta.

Elian mueve la cabeza afirmativamente con lentitud y mi corazón se estrecha.

—Así que realmente era eso... —murmura, borrando de mi mente lo siguiente que iba a decir.

—¿Cómo?

—Keira —me llama, sonriendo y relajando los hombros—, ¿sabías que no hablo con Corinna desde ese día? —Frunzo el ceño y él vuelve a asentir—. Cuando me dejaste hecho una mierda en los vestuarios, me encontré con ella por casualidad en el polideportivo. Iba con dos amigas. —Ahora soy yo la que asiente con la cabeza—. Una de ellas soltó algo de que yo era suyo porque ella se había encargado de ello. Al final, Corinna confesó que se había deshecho de todas las chicas con las que yo había empezado a salir, contándoles mentiras sobre mí para hacer que me odiaran.

—Qué gilipollez... —exclamo sin darme cuenta—. Parece una niña de doce

años.

—En cuanto me enteré de eso —prosigue, suspirando—, la mandé a paseo. Deshice la promesa de cuidar de ella hasta que encontrara a alguien que la hiciera realmente feliz. La liberé, por así decirlo. En aquel momento, no me imaginé que había hecho lo mismo contigo, porque estaba seguro de que tú eras completamente diferente a todas las demás.

Me encojo un poco sobre mí misma. Me doy cuenta entonces de que me he inclinado hacia Elian sin darme cuenta y que él ha hecho lo mismo respecto a mí. Estamos más cerca que antes, pero no lo suficiente para rozarnos ni tocarnos.

—Y, sin embargo, no sabía lo que había pasado para que me odiaras. —Sonríe con tristeza y sacude la cabeza; estira el cuello hacia atrás y suspira de nuevo—. Debería haberte acosado hasta que me dijeras lo que pasaba.

—Entonces, ¿no es verdad? —me atrevo a preguntar.

Elian ríe por lo bajo.

—No. Ya estaba atado a ti desde el día de la presentación. —El nudo en la garganta se deshace y se me pasa al estómago; el aire me falta en los pulmones y tengo la boca seca—. Verte en mis mismas clases solo hizo que mi interés por ti se intensificara. Corinna bromeó con el tema, tal vez para tantear cuánto me atraías. Esa es la única broma que ha habido respecto a ti y yo no fui partícipe de ella.

—Oh... Vaya... —No sé qué otra cosa decir.

Estaba preparada para que me confesara que sí, que había sido todo un juego para él. Estaba lista para gritarle, chillarle y mandarlo a tomar viento fresco. Pero no para esto, no para que me dijera que sintió la misma conexión que yo la primera vez que nos miramos a los ojos. Y menos aún para que me diga que Corinna me ha tomado el pelo y que ha sido la causante de mis sesiones de psicología, de mis exámenes retrasados, de mi yo zombi, de mi no-relación con Elian y de tantas y tantas cosas que prefiero no pensar en ellas.

—Dios mío... —murmuro, llevándome una mano a la frente—. Dios mío... Yo... no sé... Yo...

Elian se separa de la pared y se arrastra por el suelo hasta llegar a mí. Me coge de las manos y tira de mí hacia él, echándome sobre su regazo y estrechándome entre sus brazos con tanta fuerza que tengo miedo de que me vaya a romper las costillas.

—¿Me crees cuando te digo que lo único por lo que sigo vivo es porque estás en el mundo? —susurra con la boca pegada a mi oreja izquierda, por encima del pelo.

Me estremezco y cierro los ojos.

—No digas eso... —musito, abrumada por la nueva realidad, por las emociones que se desbordan de mí y por la extraña sensación que es dejar caer mi barrera de hormigón armado y acero y permitir que Elian vuelva a traspasar mis fronteras.

—Siempre he sido sincero respecto a ti —me asegura, pegándose aún más a mí si cabe—. Eres diferente. Te lo dije entonces y te lo digo ahora: quiero ser merecedor de ti, porque eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Y porque... no puedo evitarlo... —Su voz se quiebra, y me separo de él un poco para descubrir que tiene los ojos húmedos y que me mira con tal adoración que siento que mis huesos desaparecen y soy una muñeca de trapo sobre su cuerpo—. Estoy enamorado de ti.

Se me escapa una risita nerviosa y escondo el rostro en su pecho. Soy feliz. Soy tremendamente feliz por primera vez en meses. Ya no estoy en un ascensor encerrada; no han existido estos últimos meses y semanas de auténtica tortura psicológica, de ejercicios mentales y apoyos. Se ha desvanecido el tiempo y el espacio y lo único que existe es Elian abrazándome, Elian consolándome, cuando debería ser yo quien lo hiciera.

—Lo siento —murmuro, aferrando su camisa con los dedos—. Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento...

—Espera, para un segundo —me interrumpe, obligándome con suavidad a mirarle—. ¿Por qué dices eso?

—Porque no te di la oportunidad de explicarte, me tragué la trola de Corinna cuando yo sabía perfectamente que ella era... es...

—Mi pasado con las otras chicas siempre te ha preocupado —me recuerda, quitándome el pelo de la cara con los dedos en una dulce caricia—. Solo hacía falta encender la mecha y dejar que explotara todo...

—He sido una estúpida...

—Deja de martirizarte, por favor —me pide, cogiéndome el rostro con las dos manos y mirándome a los ojos, con su boca muy cerca de la mía—. Debería haber sabido antes lo que hizo Corinna. Debería haberte escuchado cuando me decías que no era trigo limpio, así que... No es culpa tuya. Ha jugado con los dos.

—Estos meses han sido...

—Lo sé, para mí también. Pero ¿de qué sirve pensar en eso ahora? Yo solo quiero besarte de una maldita vez, porque llevo muriéndome por hacerlo desde que te vi antes de que te marcharas a la biblioteca aquel día.

Sonrío y me impulso con las piernas para acortar la distancia entre los dos. Elian no se queda atrás y, en menos de lo que podría haberlo pensado, vuelvo a

sentir la cálida presión de sus labios sobre los míos. Gimo cuando repasa el contorno de mi boca con la lengua, con tanta lentitud que un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me besa con suavidad, con paciencia, con tanta dulzura que me dan ganas de echarme a llorar.

Ya me había hecho a la idea de que no volvería a sentir esto, que no volvería a maravillarme con la boca de Elian y, mucho menos, que volvería a tener esta sensación de estar en el limbo. Noto sus manos acariciándome la mandíbula y el cuello, pegándome más a sus labios a medida que aumenta el ritmo del beso. Me abre la boca con la lengua, pidiéndome permiso para entrar. Le dejo, no soy capaz de negarme, ya no tengo motivos para ello. Si alguna vez pensé que había superado mi relación con Elian, estaba muy equivocada. Sobre todo porque el cielo no está allá arriba, sino ahora mismo, besándome.

Me acomodo sobre él y se echa hacia atrás. Gruñe un poco al dejarse caer sobre el suelo del ascensor y yo me separo un poco para ver cómo está.

—No —murmura, tirando de mí hacia él.

Mi boca se une de nuevo a la suya. Yo me acomodo sobre él, de manera que mis piernas quedan alrededor de su cintura. Él me coge por las caderas, me abraza, me acaricia de arriba abajo mientras me sostengo con las manos para no dejarme caer sobre él por completo.

—Te he echado de menos —me confiesa, buscando mi cuello.

Sonrío y me agacho un poco para darle acceso a la parte que quiere.

—Y yo a ti, Elian...

Me lame, me besa y me muerde. Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior.

—No te separes de mí otra vez, por favor —musita, subiendo su boca hasta el lóbulo de mi oreja y mordisqueándolo con suavidad.

Suspiro.

—Quiero estar contigo para siempre —confieso.

Ya está. Está dicho. No hay vuelta atrás. Él sabe lo que significa eso, yo sé lo que significa eso, todo el mundo sabe lo que significa eso. No merece la pena pararme a explicarlo, está todo muy claro. Claro, no, cristalino, como los ojos de Elian cuando me acomodo sobre él y lo miro unos segundos para ver el efecto de mis palabras.

Abre la boca para decir algo. Y, entonces, ambos sentimos un temblor bajo nosotros. Me enderezo y Elian hace lo mismo, quejándose por lo bajo. El ascensor se está moviendo. Hacia arriba. La luz naranja pasa a ser de nuevo de blanco inmaculado. Y apenas tenemos diez segundos para ponernos en pie y arreglarnos un poco la ropa antes de que el ascensor llegue a la octava planta y las puertas se

abran.

Hay bastante gente esperando en el rellano, médicos y un operario de la compañía del ascensor. Todos nos preguntan si estamos bien y se disculpan por la tardanza. Al parecer había habido un corte de luz en todo el hospital. Cuando por fin nos dejan ir, Elian y yo nos miramos y nos echamos a reír. Bendito sea el corte de luz.

No tenemos tiempo de hablar de nada de lo que ha pasado. Lo llevo al despacho del médico de mi madre y, tras los saludos y las presentaciones, se lleva a Elian hacia la camilla que hay en su despacho y lo obliga a quitarse la camisa. Tengo que mirar hacia otro lado para no lanzarme sobre él.

No sé cómo he pasado de ser la Keira zombi a la Keira de antes. Bueno, no sé si realmente volveré a ser la chica de antes. He aprendido mucho en estos meses y no creo que llegue a ser tan dependiente como tiempo atrás. Sin embargo, sí hay una cosa que no va a cambiar nunca y es lo que siento por Elian. Hay una leyenda japonesa que dice que las personas nacemos unidas por el dedo meñique por un cordón rojo. El rojo significa «destino». La leyenda asegura que el lazo del destino no se corta jamás y que, tarde o temprano, las personas unidas por la cinta se encontrarán y no se separarán nunca. Estoy segura de que Elian es mi destino, es mi mitad, la persona a la que nací unida. Y no sé qué nos va a deparar el futuro, pero sé que, sea lo que sea, solamente quiero vivirlo con él.

La cuestión ahora es: ¿cómo le explico todo esto a Melissa?

Epílogo

—Keira, ¿puedes pasarme esa carpeta?

Alzo la cabeza de mi mesa y sonrío a mi compañera de oficina.

—Sí, claro.

Han pasado cuatro años desde que Elian y yo pudimos estar juntos de nuevo. Al día siguiente, cuando llegué a la universidad, me encontré cara a cara con la causante de toda mi desgracia. Gal estuvo a punto de convertirla en un saco de huesos, pero Mike apareció y la calmó con unas pocas palabras. Corinna estaba tan demacrada y falta de energía que me pareció injusto aprovecharme de esa situación para restregarle por la cara el fallo de su plan: y es que Elian estaba realmente enamorado de mí.

Y, bueno, sigue estándolo (espero), porque esta noche me ha dicho que quiere llevarme a cenar a un sitio muy especial. De solo pensarlo, se me instala una sonrisa tan estúpida en la cara que soy incapaz de borrarla. Mientras cojo la carpeta que me ha pedido mi compañera de una estantería de metal, pasan por mi mente estos cuatro años de relación. Bueno, cuatro y medio, si contamos los meses anteriores al Período Oscuro, como lo llamo yo.

Melissa casi se desmayó cuando le relaté todo lo que había ocurrido, Gal se echó a reír y Jonathan solo pudo abrazarme y decirme que se alegraba por mí. A Elian le costó bastante dejarme entrar en mi apartamento esa tarde, pero desde entonces casi no se separa de mí. Y no me importa, la verdad. Sigo sintiendo que perdí mucho tiempo en esos largos meses de sufrimiento; y aunque Elian se ha esmerado en compensarme por lo que me hizo Corinna, aún hay algo que espero

que suceda. Sigo teniendo el miedo de que me deje en algún momento, a pesar de que me ha asegurado y demostrado que no va a ser así.

Sea como sea, el día de hoy en el archivo de la universidad se me está haciendo eterno. Tal vez a Elian le esté yendo mejor hoy como profesor de Historia Antigua y Medieval. No lo sé. Solo quiero que el reloj avance más rápido. Y como sé que mis deseos no se van a ver cumplidos hasta dentro de unas tres horas, me enfrasco de nuevo en mi análisis y no salgo de ahí hasta que suena una alarma en mi móvil.

Miro el reloj, son las seis de la tarde. Doy un salto en mi silla y recojo deprisa mis papeles. Los dejo en una bandeja junto a mi ordenador, cojo mi bolso y me despido sin muchos miramientos de mis compañeros de trabajo. Salgo a toda prisa del archivo y paro un taxi para llegar antes a nuestro nuevo apartamento, situado a medio camino entre el suyo antiguo y el que yo compartía con mis amigas.

Me monto en el coche y le pido al conductor que se dé prisa. Las calles pasan volando frente a mis ojos hasta que el taxi se detiene en la mismísima puerta del edificio. Le pago de sobra al taxista y salgo flechada hacia la puerta. Abro, entro, cierro, me monto en el ascensor, pulso el botón de la décima planta... Lo hago todo tan rápido y de una forma tan mecánica que me sorprende estar dentro del apartamento a las seis y media.

Bien, todavía tengo una hora para arreglarme. Espero que sea suficiente...

Dejo mi bolso y mi chaqueta sobre el sofá del salón y camino, algo más calmada, hacia la habitación. Sin embargo, cuando voy a encender la luz del cuarto, esta no me hace ni caso. Entrecierro los ojos para ver qué le pasa al interruptor; pero nada, todo parece estar bien. Me enderezo y es entonces cuando me doy cuenta del camino de pequeñas velas blancas que hay en el suelo y que recorre la habitación desde la puerta hasta la cama. Me llevo una mano a la boca al reírme por lo bajo.

—¿Qué es esto? —murmuro, aunque sé que nadie va a responderme.

Contengo el aliento antes de continuar.

Ando entre las velas hasta la cama y veo que hay un precioso vestido azul eléctrico sobre la colcha, cuidadosamente estirado, junto a unos increíbles zapatos negros, una cajita gris cerrada con letras doradas sobre la tapa y una rosa roja de tallo largo sobre las dos cosas. Me muerdo el labio inferior y me agacho para coger la cajita. La abro y me encuentro con una nota escueta. Reconozco al momento la caligrafía y el corazón me da un vuelco.

Ponte más hermosa de lo que ya eres.

Te recogeré a las siete y media.
P.D.: no te entretengas, Keira, que nos conocemos.

Suelto una carcajada al leer la posdata y quito la notita para encontrarme con una preciosa y sencilla gargantilla de oro blanco. Tengo ganas de dar saltitos de emoción, pero me contengo. Elian tiene razón. Si por mí fuera, me quedaba todo el rato maravillándome con el vestido y el collar. Así que dejo la cajita abierta sobre la cama y me desvisto con rapidez para meterme en el cuarto de baño de la habitación. Me ducho, me repaso las piernas y las axilas con la maquinilla y salgo envuelta en mi toalla favorita. Me maquillo con suavidad, poniendo solo un poco de sombra marrón en mis ojos y rímel en las pestañas. Echo un poco de colorete en mis mejillas (aunque creo que con el vapor de la ducha y los nervios tengo color más que de sobra en la cara) y me recojo algunos mechones de pelo hacia atrás. Mientras hago todo esto, intento no pensar en lo que va a ocurrir esta noche. Prefiero no hacerme ilusiones o tener ideas hipotéticas sobre lo que puede pasar, sobre todo porque Elian y yo ya habíamos hablado de que hacía bastante tiempo que no teníamos una «cita» como Dios manda.

Salgo del cuarto de baño y me embuto en el vestido y los zapatos. Todo me queda como un guante. ¿Desde cuándo Elian tiene el gusto y la puntería para acertar con mi ropa? Cambio de bolso mis cosas, me pongo la gargantilla y, en ese instante, suena el interfono del apartamento. Voy hacia la entrada y descuelgo.

—¿Sí?

—¿Me vas a hacer esperar mucho más o qué? —dice Elian con la diversión pintada en la voz.

Miro el reloj de la cocina. ¡Dios, son las ocho menos cuarto!

—Lo siento, lo siento —me disculpo de inmediato—. Ya bajo, de verdad.

Cuelgo antes de poder escuchar cualquier comentario de Elian. Cojo las llaves y abro la puerta para salir definitivamente. Cierro y me meto corriendo en el ascensor, rezando por que los tacones aguanten este traqueteo. Nada más llegar abajo, respiro hondo y cuento hasta tres antes de abrir la puerta y encontrarme al Elian más elegante, formal, guapo y caballeroso que he podido ver en mi vida. Sonrío y siento que me sonrojo un poco. Junto con el colorete, seguro que parezco un tomate *cherry*.

Elian me coge de la mano y tira de mí hacia él con suavidad para abrazarme y buscar mi boca sin ningún preámbulo. Cuando me separa de él a los pocos segundos, se me escapa un suspiro. Me ha dejado con ganas de más. Le miro a los ojos, frustrada, pero él solo me sonríe de esa forma que hace que mi corazón

estalle.

—¿Preparada?

—¿Tú qué crees? —Doy una vuelta frente a él—. ¿Quién te ha dicho que me compres este vestido?

Pone los ojos en blanco.

—Aunque te sorprenda, distingo lo bonito de lo hortera.

—Eso díselo a tu chándal de rayas. ¿Cuándo piensas deshacerte de él?

—¡Eh! No te metas con mi chándal. Es mi amuleto de la suerte. Con él conseguí mi primera cita de verdad contigo. —Me guiña un ojo.

Bufo mientras dejo que me conduzca al coche.

—¿Y qué me dices del peluche del capibara? Es horroroso, por el amor de Dios. Y coge mucho polvo.

Elian se abstiene de responder y me abre la puerta del coche aparcado justo donde hace un rato había parado el taxi. Me meto dentro y espero a que le dé la vuelta al capó para entrar en el asiento del copiloto y encender el motor. Recorremos la ciudad en silencio, él con una mano sobre mi muslo, jugueteando con el bajo del vestido de forma distraída. A medida que nos acercamos a nuestro objetivo, me pongo cada vez más nerviosa. Sobre todo cuando veo que Elian aparca en la acera de enfrente del centro comercial y apaga el motor. Me echa una mirada misteriosa y sale del coche para darle la vuelta y ayudarme a salir antes de que tenga tiempo de poner un pie en la calle.

Alzo una ceja, sorprendida.

—¿Qué? No quiero que nada se me fastidie hoy —me explica, cerrando el coche a mi espalda y llevándome hacia el paso de peatones.

Sonrío y le doy un apretón cariñoso en la mano, y él vuelve sus ojos hacia mí.

—Gracias.

—Si todavía no he hecho nada...

—Me refiero al vestido, los zapatos... Todo. Es increíble. Gracias.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la comisura izquierda. Noto que sonríe y yo me relajo. Estoy tan nerviosa que suelto por la boca lo primero que se me ocurre. Me muerdo la lengua para evitar decir cualquier otra barbaridad y dejo que me lleve hasta el centro comercial, donde la gente se nos queda mirando de arriba abajo. Llamamos mucho la atención con esta ropa, pero a estas alturas, me digo, todo me da igual.

Elian me lleva hasta la terraza donde están las taquillas para el cine y es entonces cuando ya sé a dónde vamos. Se me escapa una risita que capta su atención.

—¿Vamos al jardín? —pregunto, emocionada.

—Sí —confiesa—. No podía traerte aquí con una venda en los ojos ni nada parecido, como pasa en las películas. Además... —Desvía un poco la mirada, pero veo que su expresión se ha ensombrecido un poco—. Te prometí que te traería aquí a hacer un pícnic y no lo he hecho todavía. Así que..., bueno, tendremos una cena aquí.

—¿Y será legal?

La sombra que se había instalado en los ojos de Elian desaparece y es reemplazada por una mueca de diversión.

—Por primera vez, sí —admite, y los dos nos echamos a reír.

Llegamos hasta la puerta, y Elian saca una llave de uno de los bolsillos de su chaqueta negra. La mete en la cerradura y la puerta se abre con un chasquido. Entramos y Elian cierra la puerta con llave. Miro la llave y luego lo miro a él.

—No puedes escapar de mí —bromea, aunque sé que hay una pizca de seriedad en sus palabras.

—No quiero hacerlo —le aseguro, acercándome a él y rodeándole la cintura con los brazos.

Noto que su pecho sube y baja con lentitud en un suspiro. Me devuelve el abrazo y me besa en la coronilla antes de separarme de él y cogerme de la mano. Subimos las escaleras en silencio y Elian abre la segunda puerta. De nuevo, nada más atravesar el umbral, me maravillo con la gran cantidad de colores y texturas que hay aquí arriba, como si fuera la primera vez que lo veo. Esas flores, esos olores, esa forma tan especial y bonita de entremezclarse un tipo de pétalo con otro... Y allí, justo en una de las esquinas del jardín, hay una bonita mesa redonda con un mantel blanco pulcramente estirado sobre ella. Y, encima, dos servicios de cubiertos y platos con sendas copas de agua y vino para cada uno, dentro de las cuales hay una servilleta de tela blanca doblada con esmero y formando el dibujo de la cola de un pavo real.

Sonrío, sonrío y sonrío. Como siga así, terminaré convirtiéndome en el Joker.

—¿Te gusta? —susurra Elian junto a mi oreja, preguntándome lo mismo que me preguntó la primera vez que me trajo aquí.

Asiento levemente con la cabeza y me giro para encararlo.

—Nunca dejas de sorprenderme —admito, feliz como una perdiz.

—Eso debería decirlo yo —repone, y me echa un vistazo de arriba abajo—. Pensaba que no había nada que superase tu vestido de graduación, pero veo que me equivocaba.

—Lo dices porque sabes que el color del vestido hace juego con tus ojos —apunto, nerviosa.

Chasquea la lengua con fingido fastidio.

—Y yo que creía que no te darías cuenta...

Me echo a reír y le doy la espalda. Caminamos hasta la mesa y nos sentamos el uno enfrente del otro. No me había fijado, pero hay una enorme carreta de metal junto a nuestras sillas, como las que usan los camareros de los restaurantes para cocinar la comida y servirla frente al cliente. Elian destapa una de las fuentes y nos encontramos con una deliciosa ensalada tropical. Yo destapo otra y veo un surtido de patés con panecillos y dos cuchillos para untar.

—Madre mía —exclamo por lo bajo cuando Elian destapa la tercera fuente y nos encontramos con un delicioso estofado de conejo, humeante.

Casi me da miedo ver lo que hay bajo la cuarta fuente. Al quitar la tapadera, veo que hay dos copas de helado dentro de dos cajas congeladas. Está claro que Elian no quería que nadie nos interrumpiese con sus idas y venidas con platos y vasos.

—¿Empezamos? —propone él, haciéndome reír.

Nos servimos el paté, probamos la rica ensalada, nos ponemos un poco de carne cada uno y, para cuando llega el postre, siento que necesito una talla más del vestido. Me hace gracia ver que Elian está tan imperturbable como siempre, como si todo aquello hubiese sido un aperitivo.

—No sé cómo puedes comer tanto —farfullo, exhausta—. No puedo más.

Elian se ríe por lo bajo y se levanta. Rodea la mesa y me ofrece su mano.

—Camina un poco para bajar la comida.

Le hago caso y me pongo en pie con esfuerzo. Rodea su brazo con el mío y juntos damos pasitos pequeños, recorriendo poco a poco el jardín. A nuestros pies, la ciudad se extiende como un caleidoscopio de luces, colores y sonidos, tan cercano pero tan lejano al mismo tiempo. Es increíble. Junto a Elian, me siento como si estuviera, literalmente, en una nube, viéndolo todo desde una perspectiva diferente de la que suelo tener. Me muerdo el labio inferior, abrumada, sobre todo porque hubo un tiempo en que nunca pensé que volvería a estar junto a él, que volvería a sentirme exultante de felicidad...

—Keira —me dice en voz baja a mi lado, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

Lo miro y le sonrío, pero él no me devuelve el gesto.

—¿Qué pasa? —pregunto al instante, preocupada.

Él desvía un instante la mirada antes de volver a encararme. Sus ojos no me dicen nada, son herméticos, cerrados a mí a cal y canto, y eso no me gusta para nada. Respira hondo y se lleva mi mano que está sobre su brazo a la boca.

—Te quiero —dice contra mis dedos sin dejar de mirarme a los ojos—. Eso lo

sabes, ¿verdad?

Asiento, con miedo de hablar por si se me quiebra la voz.

—Y sabes que he luchado todo este tiempo para ser lo que tú necesitas que sea...

—Nunca has sido menos que eso —me atrevo a decir; ahora me da igual si se me rompe la voz en medio de la frase—. Siempre has sido lo que yo necesitaba y quería. Nunca menos, siempre más. —Elian abre los ojos un poco más, seguro que no esperaba que le dijera eso, aunque ya debería saberlo—. No quiero que cambies. Te quiero a ti, tal y como eres.

Noto que traga saliva un instante.

—¿Incluso para pasar el resto de tu vida a mi lado? —murmura con un hilo de voz.

Me quedo paralizada un instante.

—¿Qué?

Sin soltar mi mano, Elian se separa de mí un poco y se arrodilla delante de mis narices. ¡Elian se está arrodillando! No puede ser... No, no, no... Es broma... Pero no lo es, sobre todo cuando, con la mano libre, rebusca dentro de su chaqueta y saca una cajita igual a la de la gargantilla, pero más pequeña. La abre con dos dedos y me muestra un anillo de oro blanco que va a juego con la preciosa gargantilla. Un anillo con pequeños diamantes engarzados en el centro de un aro de oro blanco fino y precioso. Es algo tan inusual que siento que estoy ante la obra de joyería más hermosa del mundo.

—Dios, Elian... —susurro, sin saber qué otra cosa decir.

Este es el típico momento en el que la chica nunca está segura de cómo reaccionar. Siempre espera a que sea él quien se lo pida, pero Elian y yo no somos como ellos, aunque él se esté ciñendo al guion a la perfección.

—¿Quieres casarte conmigo? —decimos los dos a la vez, él como un ruego y yo con el asombro pintado en la voz.

Nos miramos a los ojos unos segundos, en silencio, y rompemos a reír. El romanticismo se ha ido, pero me da igual. Me pongo de rodillas frente a él, suelto mi mano de la suya y le cojo el rostro con las dos.

—Definitivamente, sí —murmuro y me lanzo contra su boca como si me fuera la vida en ello.

Y se me va, sobre todo cuando Elian me alza del suelo y me obliga a enrollar mis piernas alrededor de su cintura sin devolverme el suelo. Camina hasta una silla conmigo en brazos y se sienta, dejándome a mí encima de sus piernas. No para de besarme ni de recorrerme el cuerpo. Noto que busca mi mano izquierda y que desliza el precioso anillo en mi dedo anular. Oigo el golpeteo de la cajita

cayendo sobre la mesa y, tras eso, nuestras respiraciones al unísono pidiendo más, muchísimo más.

Elian recorre el lateral izquierdo del vestido y desliza hacia abajo la cremallera. Me saca el vestido por la cabeza sin contemplaciones y le dedica todo tiempo de atención a mi cuerpo, ya únicamente cubierto por un conjunto de encaje negro, su favorito. Quizá por eso no lo ha roto todavía. Sin embargo, yo no me quedo atrás. Siento el fuego quemándome en las venas mientras le quito la chaqueta y le deshago el nudo de la corbata, a juego con mi vestido. Le desabrocho los botones de la camisa y se la saco, aunque le dejo la corbata puesta. Es mi fetiche.

Elian apenas es capaz de dejarme en suelo para quitarme la ropa interior a base de besos y caricias. Se desabrocha el pantalón y lo baja. Ahora mismo, a los dos nos da igual que esa ropa valga un dineral. Estamos centrados en lo que queremos, en el deseo, en el ansia de nuestras pieles de reencontrarse. Lo amo, oh, Dios mío, lo amo. Lo amo cuando pasa su boca por mi cuello y baja hasta mis pechos. Lo amo cuando los succiona y me acaricia la cintura con las manos, apretando sus dedos sobre mi piel. Lo amo cuando vuelve a sentarse y me pone sobre él, situándose en la entrada unos segundos antes de ayudarme a empalarme en él. Lo amo cuando gime mi nombre en el instante en que empiezo a moverme encima de él. Lo amo cuando busca mi boca de nuevo y me muerde el labio inferior, desafiando la poca cordura que me queda y que me impide soltar un grito de placer en el instante en que mete una mano entre los dos y me acaricia el clítoris con suavidad.

—Elian...

—Te amo —dice con voz ronca, mientras recorre la línea de mi mandíbula con los labios y deja un reguero de pequeños besos, tan dulces que me ponen los pelos de punta—. Te amo, Keira...

Gimo sin poder evitarlo. El éxtasis es tan grande que apenas soy consciente de que he llegado al orgasmo cuando Elian se pone en pie conmigo y me tumba en el suelo, sobre la ropa arrugada, para hacerme suya un par de veces más, sin descanso.

Y cuando no puede más y se deja ir conmigo, tengo la certeza de que estoy en el cielo, que esta es la gloria más grande que se puede alcanzar y que, después de todos los malos momentos, al final siempre nos quedará esto: él y yo, desnudos, demostrándonos lo que realmente nos hace fuertes, lo que realmente importa.

Y es que torres más altas han caído, y yo he caído ante Elian.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis padres el apoyo incondicional en esta aventura. Escribir es mi pasión y ellos no dejan de animarme para que no deje de hacerlo. Gracias a mi madre por ser mi más fiel lectora, la que lee los borradores y me señala los errores.

Gracias a mis amigos, que no dejan de darme ideas, frases y situaciones para plasmar en mis libros. Está claro que sin ellos, más de un personaje no existiría.

Mil gracias a mi pareja, que no deja de decirme que siga adelante, que no me rinda, que es un orgullo estar conmigo. Sinceramente, no sé qué sería de mis libros sin su chispa, sin su sentido del humor y sin su capacidad para hacerme reír en los momentos más inesperados.

Por supuesto, no puedo olvidarme de ese grupo de escritores y escritoras de mi red de Twitter e Instagram, que me acogieron con tanto cariño y respeto, en especial mis *litewarriors*, mis brujis y mis *twitscritores*.

Mención especial merecen mi editora, Lola, y mi correctora. Ambas le habéis dado alas a esta historia y sin vosotras, ni el equipo de Penguin, este sueño no se habría hecho realidad.

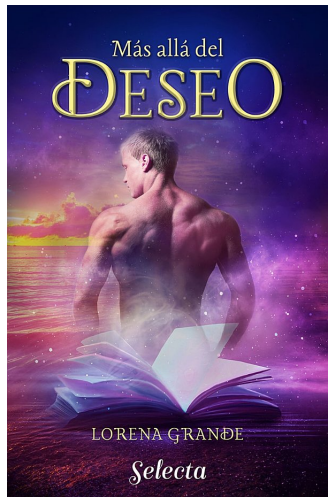
Lectores/as míos/as, espero que esta primera parte de *Amanecer en Boston* os deje con buen sabor de boca, que os haya enganchado y que estéis dispuestos/as a descubrir la historia de los siguientes personajes que componen los cuatro volúmenes de la serie. ¿Tenéis ganas de saber más sobre... Jonathan? Os espero en *Bajo tu cielo* para que os enamoréis de él.

GRACIAS DE CORAZÓN. Os quiero.

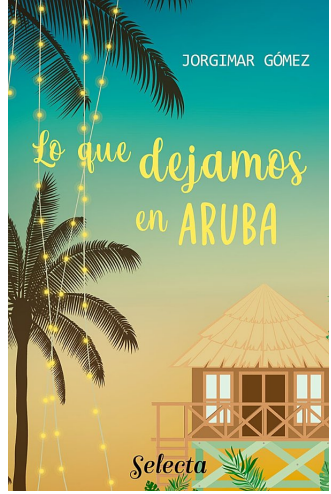
Si te ha gustado

Torres más altas han caído

puedes disfrutar de estas



REBECA CID VELA
Cuando florece la
PRIMAVERA
Selecta


JORGIMAR GÓMEZ
Lo que dejamos en ARUBA
Selecta

No sirve de nada hacer planes cuando es el corazón quien manda.

Keira Payne es una chica de diecinueve años que va a cursar por fin su primer año de universidad. Tiene los planes hechos y está dispuesta a acabar su carrera cuanto antes para dejar atrás su horrible infancia.
Sin embargo, conoce a Elian, quien no le pondrá las cosas tan fáciles y le enseñará que no sirve de nada hacer planes cuando es el corazón quien manda.

Lorena Grande. Nací y crecí en Sevilla (España). Ya desde pequeña mostraba mi amor por las letras. Estudié Traducción e Interpretación en la Universidad Pablo de Olavide y un Máster en localización de sotfware en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Sin embargo, leer y escribir siempre han sido mis mayores pasiones.

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Lorena Grande
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín
Imágenes: Istockphoto, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-33-9

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Torres más altas han caído

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Lorena Grande
Créditos